



LARA ADRIAN  
CENIZAS  
DE MEDIANOCHÉ

Lectulandia

Una mujer impulsada por la sangre. Un hombre sediento de venganza. Un lugar donde convergen la oscuridad y el deseo... Cuando cae la noche, Claire Roth huye de su casa, impulsada por una feroz amenaza que parece provenir del mismo infierno. Luego, de entre las llamas y las cenizas, aparece un guerrero vampiro. Él es Andreas Reiche, que antaño fuera su amante, y que ahora es un desconocido consumido por la venganza. Atrapada en un fuego cruzado, Claire no puede escapar de su furia salvaje, ni del hambre que la arrastra a su mundo de eterna oscuridad e infinito placer.

Nada impedirá a Andreas destruir al vampiro responsable de la masacre de su raza... aunque eso signifique utilizar a su ex amante como peón en su mortífera misión. Vinculada por la sangre a su peligroso adversario, Claire puede conducir a Andreas hasta el enemigo que busca, pero es un camino cuajado de peligros... y de profundos e inesperados placeres. Pues Claire es la única mujer que Andreas no debe ansiar, y la única a la que ha amado.

Se inicia así una peligrosa seducción que difumina la línea que separa a la presa del depredador, y aviva las llamas de una ardiente pasión que puede consumir todo a su paso...

**Lectulandia**

Lara Adrian

# **Cenizas de Medianoche**

**Raza de Medianoche 6**

ePub r1.0

Marley2 28.08.15

Título original: *Ashes of midnight*

Lara Adrian, 2009

Traducción: Violeta Lambert

Editor digital: Marley2

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Al fénix que vive dentro de todos nosotros: fuerte, glorioso, indestructible.

**E**l vampiro no tenía ni idea de que la muerte lo esperaba en la oscuridad. Sus sentidos estaban sobrecargados de necesidad, sus manos y brazos ocupados con una mujer pelirroja que lo manoseaba con una lujuria apenas contenida. Demasiado caliente como para notar que no estaban solos en su dormitorio del Refugio Oscuro, abrió las puertas dobles talladas y guio a su ansiosa y jadeante presa hacia el interior. La mujer se tambaleó sobre un par de tacones altos, riéndose mientras se retorció para apartarse de él y movía un dedo delante de su cara.

—Hans, me has dado demasiado champán —dijo arrastrando las palabras, tropezando en la habitación a oscuras—. La cabeza me da vueltas.

—Se te pasará. —Las palabras del vampiro alemán eran lentas, demasiado, aunque no por el alcohol que había embriagado a su desprevenida compañera americana. Los colmillos sin duda llenaban su boca, y la saliva inundaba su lengua anticipando el alimento.

Él la seguía con movimientos deliberados mientras cerraba la puerta tras él y la rondaba. Sus ojos brillaban como brasas, con su color natural transformado en un color de otro mundo. Aunque la mujer parecía totalmente ajena al cambio que se había operado en él, el vampiro mantuvo la cabeza baja al acercarse, procurando ocultar el revelador calor de su mirada sedienta de sangre. Excepto por ese oculto brillo ámbar y el tenue resplandor de las estrellas al otro lado de las altas ventanas que daban a los terrenos privados de la finca del Refugio Oscuro, no había luz en la habitación. Sin embargo, siendo de la estirpe, él podía ver suficiente sin ella.

Y quien había venido a matarlo también.

Envuelta en sombras al otro lado de la gran habitación, una oscura mirada observaba al vampiro mientras este agarraba a su huésped por detrás y se ponía en acción. El primer aroma cobre y picante de la vena humana perforada hizo que los colmillos del observador emergieran de sus encías como una respuesta refleja. Él estaba también hambriento, más de lo que quería reconocer, pero había acudido allí con un propósito mayor que el de cubrir sus propias necesidades básicas.

Había venido por venganza.

Por justicia.

Fue esa la misión primordial que sostuvo a Andreas Reichen firmemente sobre sus pies mientras el otro vampiro bebía con glotonería y ciegamente al otro lado de la habitación. Esperó, con paciencia, solo porque sabía que la muerte de aquel macho lo llevaría un paso más cerca del pleno cumplimiento de la promesa que había hecho doce semanas atrás... la noche en que su mundo se había desintegrado en un montón de cenizas y escombros.

La contención de Reichen estaba sujeta por una cadena raída. En su interior, se agitaba con el calor de su ira. Sus huesos eran como barras de hierro caliente debajo de su piel. Su sangre corría a través de su cuerpo, fuego líquido que lo quemaba

desde el cuero cabelludo hasta los tobillos. Cada músculo y cada célula dentro de él gritaban pidiendo castigo... lo exigían con una furia que se asemejaba a un reactor nuclear.

«Aquí no —se advirtió a sí mismo—. No así».

El precio sería excesivo si se dejaba llevar por la medida de su rabia, y por Dios, ese hijo de puta no lo merecía.

Reichen mantuvo a raya esa parte explosiva, pero el esfuerzo llegó una fracción de segundo demasiado tarde. El fuego ya estaba creciendo en su interior, ardiendo a través de la frágil cadena de su autocontrol...

El otro vampiro levantó de golpe la cabeza, dejando de alimentarse del cuello de la mujer. Inspiró profundamente por la nariz, y luego gruñó, con un sonido animal y alarmado.

—Aquí dentro hay alguien.

—¿Qué dices? —murmuró ella, todavía mareada por el mordisco mientras él le sellaba la herida con la lengua y luego la empujaba a un lado. Ella avanzó estupefacta hacia delante, murmurando enfadada un par de juramentos por lo bajo. En el instante en que su mirada lenta reparó en Reichen un grito desgarrado salió de su garganta.

—¡Oh, Dios mío!

Sintiendo sus ojos ardientes por el fuego ámbar de su rabia y sus colmillos desgarrando sus encías preparados para la inminente lucha, Reichen avanzó un paso fuera de las sombras.

La mujer gritó de nuevo, y la histeria aumentaba en sus ojos salvajes y aterrorizados. Miró a su compañero en busca de protección, pero el vampiro ya no la necesitaba. Le dio un cruel manotazo para apartarla de su camino y avanzó hacia delante. El golpe la hizo caer rápidamente al suelo.

—¡Hans! —gritó—. ¡Oh, Dios!, ¿qué pasa aquí?

Silbando, el vampiro plantó cara al inesperado intruso y se acuclilló en posición de ataque. Reichen apenas tuvo un momento para dirigir una mirada rápida a la confundida y aterrorizada mujer.

—Vete de aquí. —Envió una orden mental que quitó el cerrojo a las puertas de la habitación y las abrió de golpe—. Vete, mujer. ¡Ahora!

Mientras ella se levantaba del pulido mármol donde había caído y escapaba de la habitación, el vampiro del Refugio Oscuro dio un salto en el aire con un único y fluido arco de movimiento. Antes de que sus pies tocaran el suelo, Reichen saltó también hacia el bastardo.

Sus cuerpos chocaron, la explosión de Reichen lo impulsó hacia delante propulsándolos a los dos a través del ancho de la habitación. Sus enormes colmillos rechinaban, los feroces ojos color ámbar se clavaban en el adversario con la más despiadada maldad, y chocaron el uno con el otro como una bola de demolición contra la pared más lejana.

Los huesos crujieron con el impacto, pero no era suficiente para Reichen.

Estaba muy lejos de ser suficiente.

Arrojó al suelo a aquel macho de la estirpe furioso y luchador y lo dejó clavado allí, con una rodilla sobre su garganta.

—¡Idiota ignorante! —rugió el vampiro, despreciando con arrogancia su dolor—. ¿Tienes alguna idea de quién soy?

—Sé quien eres... el agente de las fuerzas de la ley Hans Friedrich Waldemar. —Reichen mostró sus dientes y colmillos en una sonrisa irreverente mientras lo miraba desde arriba—. No me digas que tú has olvidado quién soy yo.

No, no lo había olvidado. El reconocimiento se abrió paso a través del dolor y el miedo en las estrechas pupilas de Waldemar.

—Hijo de puta... Andreas Reichen.

—Eso es. —Reichen sostuvo una mirada de una furia tan letal que hasta debía de arderle—. ¿Qué es lo que ocurre, agente Waldemar? Pareces sorprendido de verme.

—No... no lo entiendo. El ataque en el Refugio Oscuro el verano pasado... —El vampiro aspiró, entrecortando la respiración—. Había oído que no sobrevivió nadie.

—Casi nadie —lo corrigió Reichen con tensión.

Y ahora Waldemar sabía por qué había recibido esa visita inesperada. La mirada del otro macho captó de modo inconfundible la lóbrega comprensión. Y el miedo crudo. Cuando habló de nuevo, su voz tembló un poco.

—Yo no tuve nada que ver con eso, Andreas. Debes creerme...

Reichen resopló.

—Eso es lo mismo que dijeron los otros.

Waldemar comenzó a retorcerse, pero Reichen apretó con más fuerza la rodilla que tenía clavada contra la garganta del vampiro. Waldemar resolló, tratando de levantar las manos mientras el peso comenzaba a impedirle el paso del aire.

—Por favor, dime lo que quieres de mí.

—Justicia.

Sin ningún tipo de satisfacción ni remordimiento, Reichen agarró la cabeza de Waldemar entre sus manos y le dio un tirón feroz. El cuello hizo un chasquido, y luego la cabeza del macho de la estirpe cayó hacia atrás contra el suelo dando un pesado golpe.

Reichen soltó un profundo suspiro que de poco sirvió para purgar su angustia, o el dolor que sentía por estar vivo y solo. El único superviviente. Él último de su linaje familiar.

Mientras se levantaba y se preparaba para dejar atrás ese último cadáver, el brillo de vidrio pulido en una de las estanterías caoba de la habitación captó su atención. Caminó hacia allí, moviéndose de manera automática, con la mirada fija en el rostro del enemigo que lo contemplaba desde la fotografía que había en el interior del marco plateado. Agarró la imagen y la examinó, con los dedos calientes al apretar el metal del marco. Los ojos de Reichen ardían mientras observaba aquel rostro odiado, un gruñido se enroscó en su garganta, crudo por la rabia todavía ardiente y visceral.



Wilhelm Roth estaba de pie entre un pequeño grupo de machos de la estirpe que llevaban el atuendo ceremonial de las fuerzas de la ley. Todos ellos iban engalanados con esmoquin negro y camisa blanca almidonada, y sus pechos adornados con bandas de seda brillantes y medallas que colgaban relucientes, con estoques dorados a los lados. Reichen resopló ante el aire engreído y la arrogancia hambrienta de poder que había grabada en esos rostros sonrientes y petulantes.

Ahora eran hombres muertos... todos menos uno.

Había dejado a Roth para el final, tras haber seguido meticulosamente su cadena de mando. Primero, los miembros de la cuadrilla letal de la Agencia que había tendido una emboscada en su hogar de los Refugios Oscuros y había disparado contra todo lo que estuviera vivo, incluyendo las mujeres y hasta los niños dormidos en sus cunas. Su próximo blanco fueron los compinches de las fuerzas de la ley que no mantenían en secreto su lealtad con el poderoso líder de los Refugios Oscuros responsable de ordenar la matanza.

Uno por uno, durante las pasadas semanas, los culpables habían hallado su fin. El vampiro que yacía muerto y roto en el suelo era el último miembro conocido del círculo corrupto de Wilhelm Roth en Alemania.

Con lo cual, solo quedaba el propio Roth.

El bastardo ardería por todo lo que había hecho.

Pero primero tendría que sufrir.

La mirada de Reichen volvió a dirigirse a la fotografía del marco y sus manos se quedaron heladas allí. En un primer vistazo no había reparado en la mujer. Toda su atención, toda su furia, había estado centrada únicamente en Roth. Ahora que la había encontrado a ella, no podía apartar la vista.

«Claire».

Estaba de pie a un lado del grupo de los hombres de la estirpe, pequeña pero majestuosa con un vestido sin mangas de un gris fantasmal que lograba que su piel, ligeramente bronceada, pareciera tan suave y exuberante como el satén. Su sedoso cabello negro estaba cuidadosamente recogido en un moño, sin un solo mechón fuera de sitio.

El tiempo no la había hecho envejecer ni siquiera un año desde que él la conocía... no era extraño, ya que se conservaba joven y fuerte gracias al lazo de sangre que compartía con el compañero escogido desde hacía unos treinta años. Ella miraba a Wilhelm Roth y a sus amigos criminales sonriendo con una expresión perfectamente adiestrada y perfectamente indescifrable.

La perfecta compañera del vampiro que había demostrado ser el más traicionero adversario de Reichen.

«Claire.

Después de todo este tiempo.

Mi Claire», pensó él con gravedad.

No, no era suya.

Lo fue una vez, quizá. Mucho tiempo atrás, y por unos pocos meses. Un período de tiempo muy breve.

Una historia antigua.

Reichen contemplaba la imagen de ella detrás del cristal con marco plateado, sorprendido de la facilidad con que su furia por Wilhelm Roth podía extenderse a la compañera de sangre del vampiro. La dulce y adorable Claire... unida a su más odiado enemigo. ¿Estaba ella al tanto de la corrupción de Roth? ¿Acaso la aprobaba?

Eso apenas importaba.

Él tenía una misión que cumplir. Una justicia que reclamar. Una mortal venganza que atender.

Y nada se interpondría en su camino... ni siquiera ella.

La mirada de Reichen se echó encima de la fotografía, ardiendo con la luz ámbar que le devolvía el reflejo desde la superficie del vidrio. Los dedos le quemaban allí donde su piel entraba en contacto con el metal del marco. Trató de enfriar la tormenta ácida que se arremolinaba en su interior, pero era demasiado tarde para pretender ni siquiera una pequeña medida de calma. Con un rugido, lanzó al suelo la fotografía y se apartó de ella. Caminó hasta una de las altas ventanas y abrió los cristales con una orden de su voluntad, consciente de que no podía confiar en su tacto ahora que su ira estaba tan cerca de dominarlo.

Reichen se puso en cuclillas sobre el alféizar, mientras oía los escupitajos y el chisporroteo de la plata derretida y el cristal roto a medida que el marco de la fotografía ardía en llamas detrás de él.

Luego saltó para adentrarse en la espesa noche otoñal con la intención de acabar lo que Wilhelm Roth había empezado.

Claire Roth frunció los labios con actitud reflexiva mientras contemplaba el plano de arquitecto extendido sobre la mesa de su biblioteca.

—¿Qué te parecería apartar el banco del camino de paseo y acercarlo al estanque de las carpas, justo al otro lado de la cabaña de rosas?

—Una idea excelente —dijo una alegre voz femenina a través del teléfono de manos libres que había cerca. La joven procedía de uno de los Refugios Oscuros de la región. Claire había visto algunos de sus trabajos en otros lugares de la comunidad de vampiros y llevaba una semana con ella, consultándole en privado el diseño de un pequeño parque jardín.

—¿Ha decidido los materiales para las pasarelas, *Frau* Roth? Creo que al principio mencionó adoquines o piedras alisadas...

—¿En lugar de eso no sería posible conservar los senderos naturales? —preguntó ella trasladándose al otro lado de la mesa, mirando detenidamente el resto del modelo a escala—. Estoy pensando en caminos de tierra blanda adornados con algo sencillo y a la vez atractivo. ¿Flores de nomeolvides, por ejemplo?

—Desde luego. Puede quedar precioso.

—Bien —dijo Claire, sonriendo mientras consideraba el cambio—. Gracias, Martina. Has hecho un trabajo maravilloso. De verdad, no podría estar más contenta de comprobar cómo has cogido las ideas dispersas que habíamos planteado y las has llevado mucho más lejos de lo que imaginaba.

La voz de la joven compañera de sangre al otro lado de la línea sonó aún más alegre.

—El parque va a quedar precioso, *Frau* Roth. Es evidente cuánto tiempo y cuidado ha invertido en su visión de cómo le gustaría que fuera.

Claire registró rápidamente el cumplido, sintiéndose más que orgullosa, aliviada. Quería que aquel pedazo de tierra vacía se transformara en algo bello. Quería que fuera perfecto. Pretendía que cada planta, cada escultura cuidadosamente colocada, los bancos y los caminos de paseo fueran lugares de una paz y tranquilidad absolutas. Un santuario hecho para inspirar la mente, el corazón y el alma. Ella no era de las que levantan la antorcha por una causa —o hacía mucho tiempo que ya no lo era, en todo caso—, pero tenía que reconocer que aquel proyecto se había convertido en algo cercano a una obsesión para ella.

—Necesito que salga bien —murmuró, pestañeando porque los ojos de repente se le nublaron. Estaba demasiado sensible últimamente, y agradeció que no hubiera nadie en la biblioteca para ver su debilidad.

—No se preocupe —la calmó la alegre voz de Martina—. Estoy segura de que le va a encantar.

Claire tragó saliva al ser pillada desprevenida.

—¿Cómo?

—*Herr* Roth —respondió la joven compañera de sangre. Un silencio incómodo se alargó durante unos momentos—. Lo siento... si estoy siendo entrometida. Me pidió que mantuviera en secreto el jardín y el diseño, así que supuse que quería que fuera un regalo para él.

¿Un regalo para Wilhelm? Claire tuvo que esforzarse para disimular su reacción de perplejidad ante aquella idea. Llevaba medio año sin ver a su compañero. Él venía al campo solo porque su sangre lo obligaba a hacerlo. Claire había llegado a tener pavor de esas visitas, que tenían lugar para que su compañero se alimentara de sus venas y ella tomara su sangre en un intercambio. Wilhelm apenas fingía ver de otra manera su frío acuerdo obligatorio. Habían vivido discretamente separados durante las tres décadas que llevaban como pareja: él en su mansión de los Refugios Oscuros de la ciudad, ella y algunos empleados de seguridad en aquella casa de campo a un par de horas de distancia.

No, el jardín no era ningún regalo para su compañero crónicamente ausente. De hecho, ella estaba segura de que se pondría furioso si averiguaba que había asumido el proyecto por su cuenta. Por fortuna para ella, Wilhelm Roth ya llevaba mucho tiempo sin mostrar interés en nada de lo que pensara o sintiera o hiciera. Estaba más que satisfecho dejando que ella cumpliera con sus variadas actividades filantrópicas y sociales; sus negocios con las fuerzas de la ley eran lo único que le importaba, sobre todo últimamente. Esa era su obsesión, y en un callado rincón de su corazón, Claire estaba encantada con su soledad. Especialmente las últimas y difíciles semanas.

Martina dejó escapar un pequeño suspiro por el altavoz.

—Por favor, *Frau* Roth..., perdóneme si me he excedido de mis límites de alguna manera.

—En absoluto —le aseguró Claire. Antes de que pudiera ofrecerle a Martina una agradable mentira acerca de sus motivaciones para la construcción del parque o explicarle su distanciamiento del hombre de la estirpe a quien apenas veía, sonó un fuerte golpe en la puerta de la biblioteca—. Te doy de nuevo las gracias por el precioso diseño, Martina. Si tienes otras preguntas antes de que prosigamos con el proyecto, házmelo saber.

—Por supuesto. Buenas noches, *Frau* Roth.

Claire cortó la llamada, luego salió de la habitación. Cerró la puerta tras ella, sintiendo todavía la necesidad de proteger su cometido secreto y no viendo ninguna razón para provocar preguntas de los leales sabuesos de Wilhelm. Pero ahora que se hallaba sola ante uno de los seis agentes de seguridad asignados para vigilarla a ella y a la propiedad que ella ocupaba, se dio cuenta de que su pequeño proyecto era la menor de las preocupaciones concernientes a su seguridad. El guardia parecía agitado, inusualmente nervioso.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Necesito que venga conmigo, *Frau* Roth.

—¿De qué se trata? —Se dio cuenta de que el enorme hombre estaba asustado y

parecía preocupado. Considerando que era un macho de la estirpe, y que además de tener colmillos llevaba armas de fuego y traje de combate, para que algo lo asustara no podía ser poca cosa. Algo iba terriblemente mal.

El aparato que llevaba sujeto a su chaleco a prueba de balas emitía una luz intermitente y se oían fragmentos de una conversación entre otros agentes de la casa de campo.

—Tenemos que evacuar este lugar inmediatamente. Por aquí, por favor.

—¿Evacuarlo? ¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Me temo que no hay tiempo que perder. —El aparato emitió más ruido de electricidad. Al fondo más voces seguían discutiendo órdenes—. Ya tenemos preparado un vehículo para usted. Por favor, debe venir conmigo.

Él se dispuso a cogerla del brazo, pero Claire se puso fuera de su alcance.

—No lo entiendo. ¿Por qué tengo que irme? Exijo que me expliques lo que está pasando.

—Hemos tenido un incidente en el Refugio Oscuro de Hamburgo...

—¿Un incidente?

El guardia no entró en detalles, simplemente se apresuró a responderle.

—Como modo de precaución, estamos desalojando el lugar y vamos a llevarla a otro sitio. Una casa segura en Mecklenburg.

—Espera un momento... no tengo ni idea de lo que estás hablando. ¿Qué ha ocurrido en Hamburgo? ¿Por qué tengo que ser trasladada a un lugar seguro? ¿Qué significa todo esto exactamente?

El guardia la miró con impaciencia mientras comunicaba su posición ladrando a través del aparato.

—Sí, estoy ahora con ella. Trae los vehículos a la puerta principal y prepáralos para partir. Vamos hacia allí.

Hizo otro intento de agarrarla y a Claire se le acabó la paciencia.

—¡Maldita sea, háblame! ¿Qué demonios está pasando? ¿Y dónde está Wilhelm? Llámalo por teléfono. Quiero hablar con él antes de permitir que me saquéis de mi propia casa sin apenas explicaciones.

—El director Roth lleva desde julio fuera del país —le dijo el agente. Su estudiada expresión parecía sugerir que no advertía la incomodidad de ella ante el hecho de que un simple guardia supiera más detalles que ella acerca del paradero de su compañero. Se aclaró la garganta—. Estamos intentando contactar con el director para informarle del ataque...

—Ataque —respondió Claire, olvidando su incomodidad mientras la piel se le ponía fría y tirante—. Dios santo. ¿Alguien ha sido atacado en el Refugio Oscuro? ¿Ha habido algún herido?

El guardia la miró fijamente durante un momento que a ella le pareció interminable, hasta que finalmente murmuró una blasfemia y le soltó los detalles dejando salir las palabras en un tono carente de matices.

—El Refugio Oscuro de Hamburgo fue asaltado hace menos de una hora. Acabamos de recibir la llamada del único guardia que logró escapar —explicó—. Ha sido una aniquilación total. Todos los que estaban esta noche en la mansión han sido asesinados.

—Oh, no —susurró Claire, buscando apoyo en las puertas cerradas de la biblioteca—. No lo entiendo. ¿Quién ha podido hacer una cosa así?

El guardia negó con la cabeza.

—No tenemos claro cuántos atacantes estaban involucrados, pero el agente que ha sobrevivido dice que el asalto no se parece a nada de lo que ha visto antes: había fuego por todas partes, como si el mismísimo infierno hubiera abierto sus puertas e irrumpido en el lugar. No quedan nada más que cenizas.

Claire se quedó de pie, afectada y sin palabras, tratando de asimilar todo lo que estaba oyendo. Era imposible... increíble. Simplemente no tenía sentido. Dios, cuántas cosas de las que habían pasado últimamente no tenían ningún sentido.

Cuánta violencia gratuita.

Cuántas muertes sin sentido.

Cuánto dolor y pérdida...

—No podemos demorarnos —dijo ahora el guardia—. Tenemos que evacuarla antes de que este lugar sea también el blanco de un ataque.

—¿De verdad crees que quien lo haya hecho vendrá también aquí? ¿Por qué?

Esta vez el guardia no se detuvo a decirle nada más. La agarró con fuerza del brazo y comenzó a caminar rápidamente. El mensaje que transmitía con sus pasos veloces estaba bastante claro: o ella se apresuraba a salir de allí con él o él la sacaría a rastras. De cualquier forma, tendría que salir de aquel lugar y lo haría bajo la vigilancia de aquel hombre de rostro serio pesadamente armado.

No podía detenerse a buscar un abrigo o su bolso. Escapó con el guardia, saliendo de la casa para adentrarse en la helada tarde de finales de octubre. La fría brisa de otoño se colaba a través de los hilos de su suéter de cachemir y sus pantalones grises de lana mientras avanzaba junto al guardia por el camino pavimentado, y las suelas de sus mocasines de ante dejaban marcas en su esfuerzo por seguir los pasos largos del guardia que la arrastraba del brazo.

La condujo hasta un Mercedes que tenía las puertas traseras abiertas y se hallaba en el centro de un grupo que completaban otros cuatro vehículos.

—Suba —le ordenó el guardia, y con suavidad pero también firmeza la hizo entrar delante de él.

Cuando se sentó a su lado en el asiento de piel que había junto a ella y cerró la puerta, Claire trató de ahuyentar el escalofrío que parecía surgir del interior de su cuerpo y no de una causa exterior. Todo estaba sucediendo tan rápido. Ella todavía estaba tratando de asimilar la terrible noticia del ataque en el Refugio Oscuro de Hamburgo, por no hablar del hecho de que hacía apenas unos minutos su mayor preocupación era el lugar correcto donde ubicar un banco del jardín o un parterre.

Ahora, los familiares y los guardias de seguridad de Wilhelm que residían en el Refugio Oscuro estaban muertos y ella había sido sacada de su casa en mitad de la noche, huyendo de un mal desconocido e incomprensible.

—¿Por qué?

La pregunta gemía en su mente. Era lo mismo que se había estado preguntando a sí misma tres meses atrás, cuando otro Refugio Oscuro había sido víctima de una tragedia... una tragedia que también había dejado tan solo una estela de humo y cenizas a su paso. Pero aquello había sido un accidente, de acuerdo con la investigación de las fuerzas de la ley. Una monstruosa explosión tan fiera y total que probablemente habría matado a todos los residentes del Refugio Oscuro instantáneamente.

Y la pregunta todavía la obsesionaba, tan dolorosamente como la primera vez que oyó la espantosa noticia...

«¿Por qué?»

—Nos ponemos en marcha —dijo el guardia sentado detrás del volante, dirigiéndose por la radio a los otros vehículos. Pisó el acelerador y, como una serpiente veloz, la flota de coches negros comenzó a avanzar rápidamente por el largo camino que se adentraba en el bosque.

Claire se echó hacia atrás, tratando de no sentir la ansiedad que flotaba en el aire rancio del interior del coche. El bosque a su alrededor parecía más oscuro de lo habitual, tan extrañamente quieto. Encima de su cabeza, la débil luz de la luna estaba manchada por las densas agujas de las cimas de los altísimos pinos. El vehículo que llevaba la delantera llegó a la primera curva en el camino privado de casi un kilómetro y medio de largo. Aceleraron en la recta, con todos los coches dando sacudidas, cada vez más veloces hasta llegar a la carretera principal.

No hubo advertencia del asalto que en el instante siguiente golpeó el coche que llevaba la delantera.

De un oscuro rincón del bosque salió una bola ciega de fuego naranja. Chocó contra el primer Mercedes de la fila, haciendo explotar el coche con el impacto. Claire chilló, sintiendo el sonido vibrante del estallido hasta en la suela de los pies.

—¿Qué demonios es eso? —gritó el guardia que iba en el asiento junto a ella—. ¡Dios santo, dale a los frenos!

Las luces traseras rojas brillaban delante de ellos, y lo único que pudo hacer el conductor fue poner todo su empeño en evitar chocar contra el otro sedán que derrapó al dar un frenazo. Como un tren de juguete que de pronto se descarrila, la caravana de vehículos se deshizo y toda la hilera quedó torcida y rota.

Y allí delante, el primer coche fue devorado por las llamas que se alzaban hacia el cielo negro.

Justo entonces, otra pelota de fuego fue lanzada desde el bosque. Voló a toda velocidad, como un cometa brillante que dibuja un arco, planeando directamente hacia los coches detenidos. Y enseguida otro orbe de llamas salió rápidamente en su

estela, ambas amenazas aéreas eran imponentes con su terrible y abrasadora belleza.

El guardia sentado junto a Claire se inclinó hacia delante, clavando los dedos en el reposacabezas del asiento que tenía frente a él.

—Retrocede... rápido, ¡maldita sea! —gritó al traumatizado conductor—. ¡Da marcha atrás y sácanos de aquí!

Los neumáticos chirriaron, y el vehículo dio una sacudida al retroceder violentamente. Mientras el coche daba la vuelta en el estrecho camino pavimentado y el parachoques golpeaba contra el vehículo que había detrás de ellos, provocando el pánico del conductor, Claire observó que los guardias de los dos coches que quedaban abrían las puertas para tratar de escapar a pie. Uno de ellos logró llegar a salvo al bosque.

El otro salió un par de segundos tarde. La primera bola de fuego se estrelló contra el capó de su coche, destruyendo completamente tanto al hombre como al metal, con un escalofriante bramido de desechos que volaban y se retorcían.

Claire gritó, apartando la vista de la carnicería justo cuando la segunda bola de fuego caía sobre el coche vacío que tenían delante de ellos en la carretera. La atronadora explosión sacudió la tierra y ocasionó un profundo y humeante cráter en el suelo.

El guardia que estaba al lado de ella se santiguó y luego dio un puñetazo al respaldo del asiento del conductor soltando un insulto.

—¡Vamos, imbécil! ¡Pisa el acelerador! ¡Sácanos de aquí!

Demasiado tarde.

Como salida de la nada, como salida del cielo mismo, apareció otra feroz esfera de calor. La bola de fuego pasó por encima del parabrisas, con un brillo tan intenso que llenó el interior del vehículo con una luz blanca, caliente y cegadora. Fuera lo que fuese, parecía estar cargada con el poder de diez soles, con tanta electricidad como un relámpago luminoso, concentrado dentro de un orbe del tamaño de una pelota de jugar a los bolos. Todo el vello de los brazos de Claire y de la nuca se le puso de punta mientras esa cosa chocaba contra el suelo a menos de un metro del capó del coche.

Otra bola de fuego cayó tras ellos, empujando a Claire y a sus dos compañeros hacia delante en sus asientos. La cabeza del conductor se dio un golpe contra el volante haciendo un sonido escalofriante. El *airbag* estalló con el impacto, disparando el sistema de seguridad del coche. En medio del rugido de la alarma y de la ráfaga de humo químico del *airbag* desplegado, Claire sintió también el rastro de un aroma de sangre. Se limpió la frente y tragó saliva al ver sus dedos con manchas de color carmesí.

Mierda.

Nunca era una buena cosa sangrar delante de vampiros, ni siquiera delante de los vampiros disciplinados de las fuerzas de la ley entrenados y dedicados al servicio de su poderoso e implacable compañero. Aunque en realidad no es que esperara vivir lo



suficiente aquella noche como para preocuparse de la potencial sed de sangre de sus guardias. No parecía probable que ella ni nadie sobreviviera en los próximos minutos.

—Corre —gruñó el que tenía detrás de ella. Sostenía un revólver en cada mano. Sus pupilas estaban contraídas en dos hendiduras verticales en el centro de sus iris de color ámbar que miraban con rabia la manija de la puerta que había junto a ella. La puerta se abrió con la fuerza de su mente de la estirpe—. Corre todo lo que puedas. Es tu única esperanza.

Claire salió a trompicones y se tambaleó en el suelo torpemente. Tenía las piernas débiles y le temblaban. Le zumbaba la cabeza y el corazón le martilleaba en el pecho. Oyó el rugido del guardia que salía del vehículo por el otro lado dispuesto a defenderse de la agresión, por donde fuera que viniera.

Claire se movió a la deriva hacia las altas sombras negras del bosque mientras el caos continuaba a su alrededor. Una pareja de guardias pasó corriendo a su lado, arrastrando sus armas, como si no pudieran tenerse en pie y defenderse contra el infierno que se había desatado aquella noche. Ella no era capaz de imaginar qué tipo de arma tenía el poder de emprender una ofensiva tan brutal. Claire lanzó una mirada aterrorizada por encima del hombro mientras se dirigía hacia el bosque.

Cualesquiera que fuesen las fuerzas del atacante, se estaban acercando. Detrás de ella, el brillo sobrenatural del bosque se hacía cada vez más potente, señalando su progreso. Ella caminó más despacio mientras la luz naranja emergía a través de los árboles como rayos infernales en medio de la más fría oscuridad. Claire miraba fijamente, transfigurada, incapaz de apartar la vista de aquel lugar donde probablemente encontraría su muerte.

Una silueta comenzó a cobrar forma.

No era un ejército, sino un único hombre.

Un hombre cuyo ser entero estaba prendido en llamas.

Por un instante, un discordante e ilusorio instante, Claire creyó reconocer el ancho perfil de sus hombros, la fluida arrogancia de sus pasos. Era imposible, por supuesto. Sin embargo, un atisbo de familiaridad se encendió en el fondo de su mente. ¿Podía conocerlo de algo?

Pero aquello no era un hombre, desde luego no era un hombre que conociera o hubiera conocido nunca. Esa criatura era una especie de pesadilla.

Era la encarnación de la muerte.

El ruido de una pistola disparando sobresaltó a Claire y la hizo dirigir su atención hacia el grupo de agentes de la ley que estaban reunidos cerca. Se oyó otro disparo, y luego otro y otro, hasta que el aire se llenó completamente con el ruido atronador. Como si sirviera de algo.

El hombre en llamas continuó caminando, como si nada. Las balas reventaban como petardos al acercarse a él, explotando sin causar daño alguno en el instante en que topaban con la pared de calor que rodeaba su cuerpo.

Cuando se agotó el último proyectil, él se detuvo.

Levantó las manos al frente, pero no era un gesto de rendición. Sin que tuvieran ni un segundo para prepararse, lanzó una descarga de fuego contra los guardias. Claire no pudo reprimir el grito de horror mientras las llamas los engullían, incinerándolos en aquel mismo lugar.

Reconoció el instante en que el hombre reparaba en ella. Sintió el calor de sus ojos clavándose en ella a través de la distancia, y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se tensaron por el miedo.

—¡Oh, no! —susurró, dando unos pasos atrás con torpeza.

El hombre en llamas dio un paso en su dirección, con toda su terrible furia centrada ahora en ella.

Claire salió huyendo, sin atreverse a mirar atrás mientras se sumergía en el bosque y corría con todas sus fuerzas.

**C**aminó sin inmutarse a través de las cenizas ardientes y el pavimento en ruinas. Sus botas hacían crujir los cristales rotos y los pedazos de metal, y pisaban los charcos del aceite derramado, en llamas, y los restos humeantes que quedaban de los machos de la estirpe que le habían disparado con sus irrisorias armas.

Sus balas no lo habían detenido.

Nada podía detenerlo, no cuando estaba así.

El suelo crepitó bajo las pesadas suelas de sus botas: no por los restos aniquilados, sino por el calor que todavía circulaba a través de sus miembros, un chisporroteo eléctrico que viajaba por cada centímetro de su cuerpo en oleadas de pulsaciones de energía pura y vital.

Había dejado que su furia se descontrolara aquella noche; lo sabía. Entendía perfectamente lo importante que era contener el fuego que había en su interior, pero el odio que sentía hacia Wilhelm Roth le había impedido ser cuidadoso... primero en la ciudad, y luego allí. El ansia por completar su venganza lo había empujado un paso más allá del abismo y ahora estaba cayendo, cayendo...

Cayendo, justo cuando la justicia estaba tan al alcance de su mano.

Roth no había estado en su Refugio Oscuro de Hamburgo. Y tampoco había estado entre los muertos que habían tratado de huir del territorio aquella noche. Con la visión inundada de un rojo fuego, Reichen lanzó una mirada despiadada sobre los escombros. No pudo ver la señal del bastardo.

Pero la compañera de Roth estaba allí.

Ella sabría dónde encontrarle. Y si sus labios rechazaban decírselo, su sangre pronto se lo diría.

«Claire».

Su nombre titiló como si hubiera en su mente un cortocircuito, débilmente, oscuramente, solo para ser devorado con la rabia que se apoderó de él. Ahora, para él, ella no era nadie que hubiera conocido nunca. No era nadie que hubiera sostenido en sus brazos. Nadie que hubiera amado nunca.

En aquel preciso momento, lo único que su furia sabía es que ella era la mujer que pertenecía a Wilhelm Roth.

Y eso la convertía en enemiga, tan enemiga como el propio Roth.

Caminó hasta el límite del bosque por donde había huido la compañera de sangre. Vagamente, registró el aroma de piñas derretidas y hojas quemadas al adentrarse en un denso grupo de árboles. Ramas que colgaban a escasa altura.

Sabía exactamente hacia dónde había huido la mujer. Podía oír el rápido jadeo de su respiración cada vez más cerca a medida que se adentraba en el bosque. Estaba asustada, el aroma de su terror añadía a su sangre una nota fresca que el humo a la deriva no lograba ocultar.

Más adelante, sus pasos se silenciaron. Habría encontrado algún lugar donde

escondese de él... o eso es lo que ella creería. Las botas de Reichen recorrieron un camino certero hacia ella. Con los ojos teñidos de rojo y afilados como un láser, su atención se concentró en una enorme bola de tierra despedazada y las raíces retorcidas y expuestas de un árbol caído. La compañera de sangre de Roth estaba agachada detrás de él.

Reichen oyó los latidos de su corazón golpeando todavía más rápido a medida que se acercaba y la corriente que viajaba por su sangre comenzó a calentar la antigua bola de raíces, el vapor subía desde las profundidades de la oscura mata. En cuestión de minutos todo explotaría. El calor que desprendía era ahora demasiado fuerte y surgía hacia el exterior en olas vibrantes. No sería capaz de detener la inminente explosión, aunque lo intentara.

—Sal de ahí, mujer. —Su voz sonó oxidada y extraña para él. En su garganta tenía el sabor de cenizas secas—. No te queda mucho tiempo. Sal de ahí ahora que todavía puedes.

Ella no le obedeció. Una lejana parte de él no estaba exactamente sorprendido por su testaruda resistencia... podía incluso llegar a decir que se la esperaba. Pero otra parte de él, la parte que estaba encendida con furia piroquinética y cuya impaciencia resultaba letal, dejó escapar un rugido que hizo temblar la tierra.

La advertencia, pues eso es lo que fue, resultó efectiva.

Captó un destello de movimiento y oyó la rápida ráfaga de pisadas corriendo sobre el suelo cubierto de hojas, justo un instante antes de que las raíces del árbol detonaran. Las chispas salieron lanzadas en todas direcciones, enviando serpentinas de luz naranja por encima de sus cabezas. Reichen vio a la mujer de Roth adentrándose en el bosque a la velocidad de un rayo mientras los escombros ardientes llovían alrededor del cráter que ahora se había abierto sobre el terreno donde había estado escondida.

Dejó escapar un violento juramento y fue tras ella. Claire corría rápido, pero él era todavía más rápido. No tenía adónde escapar. No le llevó mucho tiempo descubrirlo por sí misma. Sus pasos se hicieron más lentos, y al fin se detuvo. Reichen se quedó donde estaba, unos diez pasos más atrás. Las hojas crujieron y se marchitaron por encima de su cabeza, a su alrededor todas las ramas se calcinaban por el calor.

Ella agitó las manos y los puños a los lados, moviendo los pies mientras parecía sopesar las posibilidades de escapar para desestimarlas rápidamente.

—Si vas a matarme ahora, hazlo de una vez.

Su voz sonó tranquila, sin el menor titubeo. Su timbre aterciopelado despertó en él recuerdos dispersos que acudieron a su mente en un aluvión de imágenes: él y esa mujer, desnudos en la cama juntos, enredados entre las sábanas, riendo, besándose. Su profunda mirada marrón danzaba a la luz dorada de las velas mientras él la alimentaba con frambuesas durante un *pícnico* a medianoche junto al lago. Los brazos de ella envolvían su cintura y su mejilla descansaba contra su pecho desnudo

mientras le confesaba que se había enamorado de él.

«Claire...»

Tardó un momento antes de poder apartar esos recuerdos del pasado. Se obligó a pensar en un recuerdo más reciente, aquel cuyo sabor todavía podía evocar a través del olor amargo del humo que colgaba en el aire del bosque. Ese que estaba empapado con la sangre de demasiadas víctimas inocentes.

—No he venido a matarte, Claire Roth.

Ella se quedó muy quieta al oírle mencionar su nombre. Reichen miró fijamente la columna que se mantenía rígida frente a él, los delicados hombros cuadrados que no temblaban, desafiantes, mientras la compañera de su enemigo se volvía lentamente hacia él. Sus grandes ojos oscuros le sostuvieron la mirada a través de la distancia. Él percibió un matiz de reconocimiento, pero este fue engullido por el descrédito. Silenciosamente sacudió la cabeza, mirándolo fijamente como si fuera un fantasma, o más bien una especie de monstruo. Él sabía que lo era, especialmente después de aquella noche, pero comprobarlo en otros ojos, en sus ojos, lograba que la ira de su interior resurgiera un poco más fuerte.

—Dime dónde está —exigió Reichen.

Ella no parecía oírlo. Lo miró durante lo que pareció una eternidad, haciéndolo sumergirse en esa mirada entusiasta e inquisitiva. Finalmente, negó lentamente con la cabeza.

—No entiendo cómo puede ser —murmuró.

Avanzó un paso, solo para retroceder un segundo después cuando las hojas ennegrecidas y agujas de pino cayeron en torno a él convirtiéndose en cenizas blancas a sus pies.

—Dios mío..., Andreas. ¿Esto es un sueño? Quiero decir... ¿debo de estar soñando, verdad? Esto no es real. No puede ser...

Las palabras sonaban entrecortadas, débiles, ahogadas en su garganta. A pesar del intenso calor que irradiaba de él, ella levantó la mano como si quisiera tocarlo.

—Creí que estabas muerto, Andreas. Durante los tres meses que han pasado desde que el fuego destruyó tu Refugio Oscuro... creí que estabas muerto.

Reichen rugió ante la amenaza de su contacto. Claire ahogó un grito asustado y retiró el brazo. Se frotó los dedos, que habrían quedado completamente calcinados de llegar a tocarlo, sin duda sintiendo en la piel en alguna medida la comprobación de ese hecho.

Su confusión era evidente. Y también lo era su horror.

—Dios santo, ¿qué te ha ocurrido?

Por supuesto que ella no lo sabía. Él era diferente cuando se conocieron. Por Dios, todo era diferente entonces. El calor que habitaba en él ahora estaba entonces frío y aletargado, acechando en las profundidades sin que fuera ni siquiera consciente... hasta que su infernal poder golpeara y lo atormentara por salir por primera vez treinta años atrás.

Había tenido que recurrir a todas sus fuerzas para sofocar el detestable poder y mantenerlo en su interior. Había transcurrido tanto tiempo desde que el calor se había alzado en él que de hecho fue lo bastante tonto como para pensar que había conseguido doblegarlo. Pero allí estaba, estancado pero ardiendo lentamente. Esperando la más mínima oportunidad para prender en llamas mientras se empecinaba en negar su misma existencia.

Había vivido en una mentira durante las últimas tres décadas, solo para que esta estallara ante sus propios ojos.

Ahora nunca volvería a ser el mismo. Ahora, la traición de Wilhelm Roth había vuelto a despertar su lado monstruoso. Ahora, el dolor y la ira habían traído la terrible habilidad de vuelta a su vida, y el fuego estaba siempre ardiendo en su interior.

Estaba comenzando a controlar su vida.

A destruirlo.

Y por culpa de los actos despiadados de su compañero, Claire estaba ahora viendo la oculta verdad con sus propios ojos.

No, nunca volvería a ser el mismo.

Y no descansaría hasta hallar su venganza.

A través de las llamas, los ojos de Claire buscaron los suyos, en parte con preocupación y en parte con lástima.

—No entiendo qué está pasando, Andre. ¿Por qué estás así? Dime qué te ha ocurrido.

Él odió el tono de preocupación de su voz. No quería oírlo, no de la compañera de Roth.

—Por favor, hágame, Andre.

«Andre». Solo ella lo llamaba de ese modo. Después de ella, él no había permitido a nadie ese trato tan familiar, tan íntimo. Después de ella, había habido muchas cosas que no se atrevía a permitir, ni a sí mismo ni a los demás.

El sonido de su nombre en los labios de ella le producía un dolor que no había anticipado. Reichen exhibió sus dientes y colmillos con un rugido que pretendió encogerla de miedo, pero ella no cedió en su exigencia de respuestas.

—Quién, Andre..., ¿quién te ha hecho esto?

Él dejó que el fuego de su ira lo inundara, y su voz sonó áspera como gravilla en su garganta.

—El bastardo que envió un escuadrón de la muerte a mi casa para masacrar a mi familia a sangre fría. Wilhelm Roth.

—Imposible —se oyó decir Claire a sí misma, aunque no sabía si se estaba refiriendo a la horrible acusación contra Wilhelm Roth o al hecho de que Andreas Reichen estuviera vivo... vivo y absolutamente letal—. Necesitas ayuda, Andre. Sea lo que sea lo que te haya provocado esto... no importa lo que hayas hecho esta noche... necesitas ayuda.

Él se burló, oscuro y peligroso. Era un sonido animal, en combinación con la

expresión feroz de sus ojos. Su ira era evidente, una fuerza tan inmensa que su cuerpo no parecía capaz de contenerla. La mirada de Claire se extendió por encima de él, por encima de las corrientes pulsantes de calor que formaban un círculo en torno a sus miembros y su torso y distorsionaban las facciones de su rostro convirtiéndolo en algo monstruoso e inhumano.

Dios bendito.

Aquel infernal calor era su ira.

—Oh, Andre —susurró ella, con el corazón acongojado, a pesar de la confusión de emociones que la invadía—. Sé que debes de estar muy dolido. Yo me sentí dolida por ti, también, cuando supe lo que había pasado en tu Refugio Oscuro.

—Quince vidas —rugió—. Todos muertos. Incluso los niños.

A Claire le dolió pensarlo, y cerró los ojos.

—Lo sé, Andre. Lo oí, por supuesto. Todo el mundo en la región estaba conmocionado ante las noticias que nos llegaron de Berlín. Fue una tragedia espantosa, inimaginable...

—Fue un terrible baño de sangre —ladró él interrumpiéndola de manera cortante y cruda—. Quince vidas inocentes destrozadas por una orden de Wilhelm Roth. Todos asesinados, recibiendo disparos como perros bajo sus órdenes.

—No, Andre. —Claire negó con la cabeza, confundida. Horrorizada ante el hecho de que él pudiera pensar semejante cosa—. Hubo una explosión. Las investigaciones de las fuerzas de la ley concluyeron que se había producido una ruptura en la tubería maestra del gas. Comprobaron que fue un accidente, Andreas. No sé de dónde has sacado la idea de que Wilhelm...

—Basta —gruñó él—. No puedes proteger a tu compañero con mentiras. Nada puede protegerlo del castigo que merece. Yo los vengaré.

Claire tragó saliva. No era tan inocente como para creer que el honor de Wilhelm Roth no tuviera más de una mancha. Era un hombre frío, distante, pero no cruel. Era un político implacable que no guardaba en secreto sus desmesuradas ambiciones. Pero ¿un asesino? ¿Alguien capaz del tipo de muertes de las que Andreas lo estaba acusando? No, ella no era capaz de resignarse a esa idea.

Por muy difícil que le resultara considerarlo, Claire se preguntó si no sería Andreas, y no Wilhelm, el verdadero monstruo. Solo tenía que mirar más allá de sus anchos hombros para ver el humo y el fuego que todavía salían de la carnicería que había dejado en la carretera. Y había habido más muerte y destrucción en Hamburgo, en el Refugio Oscuro donde vivían Wilhelm Roth, sus familiares y sus empleados.

Muerte y destrucción probablemente no muy distinta a la que estuvo presente en el Refugio Oscuro del propio Andreas tres meses antes. El incendio en Berlín había sido inmenso. La aniquilación despiadada, completa. No había quedado nada de la mansión o de sus habitantes cuando el humo finalmente se había disipado. Las llamas lo habían consumido todo.

«Oh, Dios...»

Claire miraba fijamente a Andreas y algo feo y enfermizo se avivó en su corazón mientras el calor que emanaba en oleadas del cuerpo de Andreas contaminaba el aire a su alrededor. Tal vez existía alguna explicación para lo que había sucedido en su Refugio Oscuro. Tal vez él había tenido algo que ver. ¿Podía haber ocurrido algo que lo hubiera llevado al límite, que hubiera despertado ese lado suyo aterrador?

—Andre, escúchame. —Dio un paso hacia él, con las manos extendidas en un gesto de paz, de calma—. No sé lo que te ha ocurrido, pero quiero ayudarte si puedo.

Él ladró un desagradable insulto. El calor que lo envolvía pareció intensificarse, dejando en el aire un penetrante olor eléctrico.

Claire continuó, esperando ser capaz de atravesar aquella locura que lo tenía atrapado.

—Háblame, por favor. Dime cómo puedo ayudarte y lo superaremos juntos. Yo estoy dispuesta si tú lo estás.

Aunque se esforzó para que su voz sonara sin miedo, no pudo evitar dar un pequeño salto cuando un chisporroteo de luz, tan intenso como un relámpago candente, comenzó a salir de su cuerpo. Gruñó a través de sus dientes y colmillos. Sus pupilas, ya muy finas, se estrecharon aún más hasta convertirse en negras hendiduras verticales en el centro de sus feroces ojos ámbar. Pertenece a la estirpe, era depredador por naturaleza, pero el vampiro que había en él nunca había asustado a Claire. Era esa otra parte suya —ese lado que ella ni siquiera sabía que tenía y que jamás había visto— lo que le helaba la sangre en las venas.

Insegura, horrorizada por todo lo que había ocurrido esa noche y temerosa ante aquel extraño que ella ya no conocía, Claire avanzó otro paso hacia él.

—Por favor, debes saber que puedes confiar en mí. ¿Me dejarás que te ayude, Andre?

—¡Maldita sea, deja de llamarme de ese modo!

Ante su bramido, un árbol que estaba justo a la derecha de ella prendió en llamas. Claire lanzó una mirada nerviosa al fuego que de repente subía por el tronco del alto pino. El calor del gran incendio se expandía hacia ella, azotando su cara como si estuviera dentro de un horno.

¿Era aquello algún tipo de advertencia o amenaza?

¿Podía ejercer algún control sobre esa parte de su naturaleza?

No estaba segura de que pudiera. Claire se apartó unos centímetros de las llamas, manteniendo los ojos fijos en Andreas, que la siguió con una mirada penetrante y abrasadora. Ella buscó en esos ojos algún signo de razón, algún pequeño atisbo de cordura, pero todo lo que vio fue ira. Y dolor. Dios santo, cuánto dolor había ahora en esos ojos.

—Dime dónde está, Claire.

Ella negó débilmente con la cabeza.

—No lo sé.

—Dímelo.



Ella negó con la cabeza de nuevo mientras sus pies la apartaban algunos pasos de aquella criatura que en otro tiempo había sido su amigo... su amante. En otro tiempo había creído que Andreas Reichen lo era todo para ella. Ahora estaba segura de que él buscaba su muerte. La muerte de ella y de Wilhelm Roth.

—Llevo mucho tiempo sin ver a Wilhelm. Él no me mantiene informada de sus asuntos ni de sus viajes. Pero no está aquí, y no sé dónde está. Esa es la verdad, Andre.

Él dejó escapar otro rugido al oírla pronunciar su nombre. Cerca, otro árbol se prendió en llamas como una bengala. Luego otro, y otro. El calor estallaba a cada lado de ella, el fuego se alzaba hacia el cielo nocturno. Claire no pudo contener un grito. Y no pudo refrenar el instinto de supervivencia que puso sus piernas en movimiento cuando el bosque a su alrededor se encendió en llamas.

Corrió en la única dirección que pudo, lejos de Andreas. Había perdido todo sentido de la orientación por el terror que la invadía, y no es que esperara escapar. Corrió, a la espera de sentir las quemaduras de aquel fuego infernal, segura de que Andreas no le permitiría salir con vida.

Pero siguió corriendo.

Estaba sin aliento cuando llegó al límite del bosque. Sin aliento y temblorosa, y sus pies tropezaron en la hierba y el áspero terreno. Levantó la cabeza y casi estalló en un llanto de alivio al divisar la mansión. Detrás de ella, oscuridad y el brillo de llamas en la distancia. Una sacudida de adrenalina se alzó como una oleada en su corriente sanguínea, y Claire corrió a través del campo abierto hacia la puerta principal de la finca que era como una fortaleza.

No estaba cerrada, había quedado abierta por la precipitación de los guardias al abandonar el lugar. Claire entró como una flecha y cerró la puerta tras ella, usando todos los cerrojos y pestillos. Corrió hacia la planta de arriba, cogió un teléfono inalámbrico por el camino y subió las escaleras volando hasta el tercer piso, rezando para que el refugio que acababa de encontrar no se convirtiera en su tumba. Cuando había marcado la mitad del número del secretario de Wilhelm se dio cuenta de que el teléfono no daba tono. No funcionaba, no había más que un sonido de interferencias en la línea.

—¡Maldita sea!

Claire lanzó el teléfono hacia abajo y se dirigió a las grandes ventanas con postigos de la pared lejana. Tenía un presentimiento acerca de lo que iba a ver al otro lado del cristal, pero aun así se le cortó la respiración cuando abrió los postigos y miró detenidamente el extenso terreno de la finca.

Un humo negro se acercaba por el largo camino y desde el interior del bosque. El fuego naranja se alzaba por encima de las copas de los árboles, con llamas que lamían el cielo estrellado. Y en el centro del bosque, había una luz más brillante, vibrando con calor blanco, de una intensidad cegadora.

Andreas. Él era la fuente de esa luz fantasmal.

¿Vendría ahora a por ella? Si lo hacía, Claire no tendría ningún lugar donde escapar.

Pero la luz que emitía su cuerpo no se movió. Y Claire tampoco lo hizo. Sus pies estaban clavados en el suelo junto a la ventana mientras observaba esa pulsación sobrenatural, incapaz de apartar la vista.

Se quedó observando durante horas, hasta que el fuego de la carretera y del bosque comenzó a amainar.

Observó hasta que la noche fue dando paso al amanecer y el brillo de la furia de Andreas continuaba ardiendo.

No sabía qué era lo que la había despertado.

Sobresaltada, Claire levantó la cabeza, apartando la frente del tacto frío del cristal de la ventana. No sabía cuánto tiempo había estado dormitando... lo bastante para que el débil tono rosado del amanecer se hubiera extendido por el horizonte, trayendo con él una llovizna envuelta de niebla que cubrió el bosque y el terreno que había junto a la casa.

Oh, Dios... la mañana.

La luz del día brillaba cada vez con más fuerza.

Y no había señal de la luz de Andreas por ninguna parte.

La respiración de Claire empañó el cristal mientras miraba atentamente a través de la ventana la inerte zona de hierba, pavimento y pinos del exterior. ¿Se habría marchado mientras ella dormía? ¿Adónde iría ahora?

¿Estaría muerto?

Después de lo que le había visto hacer la noche anterior no entendía por qué aquel pensamiento le provocaba un nudo de terror en el pecho. Pero antes de que Claire pudiera decirse a sí misma que debería sentirse condenadamente agradecida por haber sobrevivido aquella noche, ya estaba en las escaleras, bajando rápidamente a través del corazón de la casa señorial. Quitó los cerrojos de la puerta principal y la abrió con cuidado, cogió uno de los abrigos de los guardias de un perchero del vestíbulo y se lo puso sobre los hombros para protegerse del frío húmedo al salir fuera.

El asombroso silencio la sorprendió al principio. No había otro sonido más que el golpeteo intermitente de una débil lluvia. Estaba todo tan tranquilo y quieto que tuvo la tentación de creer que la noche anterior había sido tan solo una espantosa pesadilla. Pero entonces sintió el penetrante hedor del fuego extinguido circulando a través del campo.

Todo había sido real, mucho peor que cualquier pesadilla. Le quemaba la nariz el acre recuerdo de la violencia de la que había sido testigo.

Claire caminó a la deriva a través de la hierba, eludiendo el largo camino de entrada para evitar ver la carnicería de cerca. No quería descubrir lo que el fuego había hecho a los machos de la estirpe muertos la pasada noche, no quería saber lo rápido que el sol había consumido los restos que quedaban de ellos. Fue ese pensamiento —el hecho de saber lo que la exposición prolongada a la luz ultravioleta provocaba en la hipersensible piel de la estirpe— lo que impulsó a Claire a adentrarse en el bosque.

Hacia el lugar donde había visto a Andreas por última vez.

Era difícil saber dónde acababa la niebla y dónde empezaba el rastro de humo de los árboles quemados y el suelo calcinado. Todo parecía sumergido en una densa niebla gris. Sintiendo que su piel se humedecía con cada paso que daba, Claire observó el movimiento de sus pies a través de la niebla baja, siguiendo una huella

ennegrecida que se adentraba en el bosque. El hedor de humo rancio y vegetación quemada se hizo más intenso, atorando su garganta.

Y otro olor penetrante... no el de las frías llamas extinguidas ni esa acidez eléctrica que emanaba del cuerpo de Andreas la pasada noche. Había algo más en el aire. Un olor reciente, un calor que crecía. El repugnante olor dulzón a carne quemada.

Oh, no.

Avanzó con ansiedad, tropezando un poco cuando el terreno descendió abruptamente, medio metro por debajo de ella. El agujero se hallaba donde habían estado las viejas raíces de un árbol, registró ella vagamente. Era el agujero que se había convertido en un cráter cuando Andreas vertió su ira hacia el lugar donde ella se hallaba escondida.

En aquel recóndito lugar del bosque él había pasado la noche. No la había seguido. Y no se había marchado antes de la salida del sol.

Todavía estaba allí.

Claire se aproximó con cuidado a la forma grande y oscura que se hallaba acurrucada ante ella en el suelo cubierto de niebla. No se movía, casi no respiraba. El fuego que había estado ardiendo a su alrededor y en su interior ahora se había apagado. Su piel chisporroteaba bajo los brumosos rayos del sol, que ya habían formado ampollas en todas las zonas expuestas.

En aquel estado no parecía tan peligroso. No era el monstruo que había conocido en la oscuridad; ahora era tan solo un hombre. Un hombre terriblemente vulnerable por aquella parte de él que no era humana.

Al verlo así, a ella no le resultaba nada difícil recordar que lo había amado como a nadie. Le sorprendió también con cuánta facilidad la embargaba también el dolor de su abrupta separación.

Aquellos días habían pasado hacía mucho, pero no importaba lo que sintiera entonces o ahora por él, no podía dejarlo sufrir. No lo abandonaría bajo el sol, no importaba lo que hubiera hecho o en qué se hubiera convertido durante todo aquel tiempo en que no habían estado juntos.

—Andre —susurró Claire. La voz se le quebró al llegar junto a él y ver la gravedad de sus quemaduras—. Oh, Dios, Andreas, ¿puedes oírme?

Él gruñó algo inaudible, pero desagradable. Cuando ella se agachó y le puso la mano en el hombro, él mostró los colmillos y gruñó como un animal atrapado en una trampa.

—Tienes que levantarte. —Claire se quitó el abrigo de talla grande y se lo mostró para que lo viera—. Voy a cubrirte con esto para protegerte del sol. Pero no puedes quedarte ahí porque te morirías. Tienes que levantarte y venir conmigo. ¿Lo harás?

Él no respondió, pero tampoco la apartó cuando ella colocó el abrigo suavemente sobre su piel expuesta.

—¿Puedes levantarte?

Él la miró con rabia, con los labios todavía curvados para mostrar los dientes. Le pasaba algo muy grave, a pesar del hecho de que ya no estuviera prendido en llamas. Sus pupilas elípticas aún no se habían dilatado para volver a la normalidad, y sus iris tenían todavía ese brillo ámbar en lugar del absorbente color avellana que solían tener.

Todos los de la estirpe se transformaban de esa manera cuando estaban hambrientos o en ocasiones de estrés emocional, pero aquello parecía algo diferente. Más grave. Claire no podía ver muchos de sus dermoglifos —los intrincados diseños de la piel presentes en todos los miembros de la estirpe—, pero los que eran visibles en sus brazos y a través de los desgarrones de su ropa no tenían buena pinta. Sus colores latían intensamente, cambiando, mutando, como si alguna parte en su interior sufriera un cortocircuito.

—Levántate —dijo ella, más enérgicamente esta vez—. Necesito que camines, Andreas.

Para su sorpresa, él comenzó a obedecerla. Lentamente se arrastró hasta levantarse del suelo. Claire le ofreció la mano al ver que se le doblaban las rodillas, pero logró ponerse en pie, alzándose por encima de ella, aunque con la columna encorvada y la cabeza baja sobre el pecho. Claire le subió el cuello del abrigo protegiendo la nuca y el cráneo para evitar que su cabeza sufriera más daños por causa de los rayos UVA.

—Por aquí —le indicó—. Puedes agarrarte a mí si lo necesitas.

Ella advirtió que él no tenía la menor intención de hacerlo. Con un gruñido doloroso, se puso en movimiento junto a ella. Avanzaban muy lentamente, arrastrándose en silencio hacia las afueras del bosque para dirigirse a la zona de césped que rodeaba la casa señorial. Cuando llegaron a la entrada principal a Andreas le pesaban los pies como si fueran de plomo.

Claire trató de ayudarle a subir los pocos escalones que había ante la puerta, pero él la apartó como si su contacto lo quemara aún más que los rayos de sol que se colaban a través de la bruma que ya se desvanecía. Ella entonces se adelantó y abrió la puerta, sujetándola mientras él subía los escalones para acabar derrumbándose en el vestíbulo. Se dobló sobre una rodilla, y luego de pronto soltó un gruñido escandalizado.

—Maldita sea —ladró, dejando escapar el aire entre los labios resecos. Alzó la vista hacia ella, con el rostro empapado de sudor y en carne viva por las quemaduras de los rayos UVA—. ¿Dónde estamos ahora?

Claire señaló el otro extremo del vestíbulo.

—Estarás más cómodo en el sótano que hay abajo. Wilhelm instaló allí una habitación privada cuando se construyó la casa originalmente, pero nunca se ha usado...

Él comenzó a moverse incluso antes de que ella acabara de hablar. Claire lo siguió de muy cerca por si tuviera problemas con la vieja escalera de piedra que

conducía al piso inferior. Oyó su suspiro de alivio cuando la fría oscuridad lo envolvió. Él no necesitaba luz artificial para ver, pero los ojos de Claire tardaron un rato en adaptarse a la profunda oscuridad que los envolvía. Encendió la luz y observó cómo Andreas bajaba el último escalón y se dejaba caer sobre el helado suelo de piedra.

No se movió hacia la lujosa *suite* personal de Wilhelm, solamente se quitó el abrigo y lo arrojó a un lado. Luego se quedó medio encogido y despatarrado sobre el suelo. Claire no dijo nada, se limitó a sentarse en el tercer escalón. Lo observó en silencio durante un rato, sin saber qué hacer con él.

—¿Por qué lo has hecho? —Su ruda voz sonó a través de las sombras, y en su mirada todavía había aquel feroz brillo ámbar sobrenatural—. ¿Por qué me has ayudado?

A Claire le resultaba difícil soportar aquella mirada ardiente y destructiva.

—Porque necesitabas ayuda.

Él se mofó, dejando escapar un áspero sonido socarrón.

—Nunca has sido estúpida, Claire. Es mal momento para empezar.

La agresión le dolió, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Y tú nunca has sido de los que matan sin remordimiento a docenas de personas en unas pocas horas.

Él pestañeó, ocultando los iris ámbar durante un momento. ¿Sería consciente de lo que había hecho la pasada noche? ¿Era consciente de lo que hacía cuando se encontraba en aquel estado?

Él soltó una maldición por lo bajo, luego apartó el rostro de ella.

—Andre —murmuró Claire suavemente—. Sea lo que sea lo que te ocurre, estoy segura de que hay gente que puede ayudarte. Pero no es necesario que pienses en nada de eso ahora. Lo que necesitas es descansar, comenzar a curarte. Aquí estás a salvo.

—Nadie está a salvo ahora —murmuró él por lo bajo. Se dio la vuelta para verla de frente, clavando en ella sus ojos transformados, penetrantes como rayos láser—. Y mucho menos tú, Claire.

Ella lo miró fijamente durante un momento, sin saber qué responderle. No podía fingir que no estaba asustada. Todavía era un depredador letal, armado con un terrible poder que ella no tenía ni la menor idea de que poseía.

La tenía estupefacta el hecho de haber creído conocerlo bien durante los cuatro meses que habían sido inseparables, pues ignoraba por completo la parte de él que había visto la otra noche. Además, había creído que él la amaba, solo para quedarse perpleja cuando simplemente desapareció de su vida sin dar ningún tipo de explicación.

Ahora que había vuelto —ahora que finalmente, después de tres décadas, volvía a verlo, aunque no tenía nada que ver con nada que pudiera haber imaginado— ya no sabía quién era él... o qué era.

—Descansa un poco —consiguió decir finalmente.

Claire se puso en pie y comenzó a subir las escaleras del sótano, muy consciente de que los ojos de Andreas la seguían todo el tiempo. Apagó la luz, dejando el lugar de nuevo sumido en la oscuridad antes de cerrar la puerta del sótano y quedarse con la espalda apoyada contra ella.

Las manos le temblaban, el corazón parecía a punto de estallar dentro de su pecho.

Dios santo. Esperaba no haber cometido un terrible error.

De una cosa estaba segura: tenía que encontrar a Wilhelm, tenía que encontrarlo cuanto antes.

Wilhelm Roth estaba disfrutando de una mamada mientras iba al volante de un Jaguar XRK cuando advirtió que su compañera de sangre se había metido en su sueño sin avisar. Surgió de la mediana y se detuvo al borde de un tramo de la carretera iluminado por la luna a unos cuatrocientos metros por delante.

Por un segundo, Roth apretó el acelerador, pensando simplemente en pasar por encima de ella como si no estuviera allí... una manera de recordarle cuánto detestaba su talento único y el hecho de que mucho tiempo atrás le hubiera prohibido usarlo con él. Pero cuando el Jaguar aceleró y el rostro de Claire se hizo visible a la luz de sus faros se dio cuenta de que ella estaba preocupada por algo. Visiblemente afectada. Algo que contrastaba mucho con la típica frialdad y serenidad de esa mujer.

Ella levantó la mano para proteger sus ojos del brillo de los faros, y Roth aprovechó la oportunidad para suprimir el juguete de sus sueños. La rubia desnuda que había extraído de la película porno barata que estaba viendo al quedarse dormido desapareció con un solo pensamiento; la feroz erección que emergía de sus pantalones Armani con la cremallera bajada no desapareció tan fácilmente. No es que Claire fuera a preguntarle por eso si lo advertía. Ella había aprendido hacía años cuál era su lugar, y al fin y al cabo él no podía responsabilizarse de lo que ocurría en su mente cuando estaba dormido.

Precisamente esa era la razón que le había dado a ella para impedirle aparecer de improviso en sus sueños.

Eso y el hecho de que simplemente le fastidiaba que invadieran su privacidad de cualquier forma.

Preocupado, Roth volvió a abrocharse los pantalones mientras llevaba el coche a un lado frente a su ansiosa compañera de sangre. Ella no esperó que él le hablara, y tampoco se disculpó por la interrupción.

—Wilhelm, ha ocurrido algo horrible. —Ella se agarró al borde de la puerta del conductor, con los ojos oscurecidos por la intensa preocupación—. Ha habido un ataque en la casa de campo.

Roth sintió la mandíbula tensa, más por la ira que por la sorpresa.

—¿Un ataque? ¿Cuándo?

—Anoche. Hace unas horas.

¿Y él se enteraba ahora? ¿Y a través de ella y no de sus guardias?

Roth frunció el ceño.

—Explícame qué ha pasado.

—Ha sido horrible —dijo ella, cerrando los ojos ante el dolor que le provocaban los recuerdos—. Había fuego por todas partes... explosiones en el bosque cercano a la casa y en la carretera. Y también mucho humo y cenizas. Tratamos de escapar, pero fue demasiado tarde.

La ira de él aumentó.

—¿Dónde estás ahora?

—En casa... bueno, en mi casa. Estoy todavía en la casa de campo.

—Bien —asintió Roth vagamente—. ¿Qué ha pasado con los hombres que vigilaban allí? ¿Por qué dejan que seas tú quien me explique todo esto cuando son ellos los que me deben una explicación?

—Están muertos, Wilhelm. —Le falló la voz, y le habló en un susurro—. Todos los que estaban aquí anoche han muerto.

Roth soltó una blasfemia.

—Muy bien. Quédate ahí. Contactaré con el Refugio Oscuro de Hamburgo y pediré que vayan a recogerte y te lleven a la ciudad.

Claire estaba negando con la cabeza antes de que él tuviera la oportunidad de completar su idea.

—Wilhelm... ¿no te has enterado? El Refugio Oscuro de Hamburgo ya no existe.

—¿Qué?

—El Refugio Oscuro fue atacado primero. No queda nada de él. No ha sobrevivido más que un agente de las fuerzas de la ley que escapó de los incendios y nos advirtió que probablemente estábamos también en peligro.

Roth asimiló la noticia con un silencio sombrío. No tenía muchos parientes... no había hijos propios que quisieran derrocarlo por una cuestión de poder, ni hermanos de ninguna generación que hubieran sobrevivido tanto como él. La comunidad de los Refugios Oscuros que él regentaba en Hamburgo consistía solo en algunos sobrinos, que nunca habían servido para mucho, empleados de la casa y un pequeño grupo de guardias prestados de las fuerzas de la ley. En realidad, apenas conocía a toda aquella gente, y francamente, tenía cosas más importantes de las que ocuparse antes que ponerse a malgastar el tiempo en hacer un duelo por la pérdida.

—Lo siento, Wilhelm —decía Claire ahora, mientras él despreciaba aquel sentimentalismo haciendo un gesto cortante con la mano.

Probablemente tendría que haber sabido que aquello iba a pasar. De hecho lo sabía. Lo supo desde el momento en que le habían comunicado la muerte de la primera Agencia de las fuerzas de la ley en Berlín unas semanas atrás... el asesinato desde muy cerca, de manera muy personal, de un agente que respondía directamente a él en operaciones secretas, a menudo no oficiales. Cuando tuvo lugar la segunda muerte violenta dentro de su contingente privado, y luego la tercera y la cuarta, se



hizo bastante evidente que alguien quería aniquilarlos.

El único problema de esa teoría era el hecho de que ese alguien en cuestión estuviera muerto. Al menos ese era el informe que había dado la Agencia. En aquel momento, Roth no había tenido la oportunidad ni la inclinación de poner en duda la información; asuntos más importantes lo requerían en Montreal. Esos asuntos seguían siendo su principal prioridad, pero aquel asalto en sus propiedades personales no podía quedar sin respuesta.

—Me ocuparé del asunto —le dijo a Claire—. Y tú no te preocupes, pediré el favor de que te den refugio temporal hasta que yo pueda regresar.

—¿Dónde estás exactamente, Wilhelm? Uno de tus guardias me dijo que en Alemania. —Ella miró a su alrededor el paisaje del sueño, evidentemente tomando nota con su mirada de los riscos de granito que bordeaban parte del tramo de la carretera rural fabricada por su mente. ¿Estás en Nueva Inglaterra?

Demasiado inteligente, aquella compañera de sangre nacida en Estados Unidos. Y no le convenía ser tan inquisitiva, por su propio bien. Roth ni confirmó ni negó su paradero.

—Quédate ahí, Claire. Estarás bien.

—Wilhelm —dijo ella lentamente—. ¿No tienes la menor curiosidad por saber quién nos atacó anoche? Creí que querrías saber quién era el responsable y por qué.

Roth la miró fijamente.

—Andreas Reichen —dijo ella, observando su reacción con extraordinaria atención.

Él tuvo cuidado de no expresar nada, ni siquiera un pestañeo o una aceleración del pulso. Un momento después frunció el ceño, fingiendo confusión.

—Hablas de un fantasma, Claire. Andreas Reichen murió junto al resto de sus parientes el verano pasado cuando se quemó por completo su Refugio Oscuro.

De hecho, Roth pensó decepcionado que aquel arrogante hijo de puta debería haber muerto muchísimo antes.

Claire negó con la cabeza.

—Está vivo. Y ha... cambiado, Wilhelm. Tiene en su interior una terrible ira... un poder que no alcanzo a comprender. Los incendios y las explosiones aquí y en Hamburgo... los hizo él. Él los provocó. Lo vi con mis propios ojos.

Roth la escuchó, con incredulidad y preocupación.

—Wilhelm, dice que tiene la intención de matarte.

Él se burló.

—Ese bastardo nunca estará lo bastante cerca como para llegar a intentarlo.

—Está aquí, Wilhelm. —La mirada de Claire era suplicante—. Está aquí, en la casa conmigo, en el sótano. Y yo no sé qué hacer.

El furioso insulto de Roth fue salpicado por un balido electrónico que atravesó la tela de su sueño. Su entorno se retorció y vibró. El pavimento oscuro y el perfecto cielo estrellado temblaron, y la visión de Claire comenzó a extinguirse mientras las

olas de sonido lo despertaban del sueño.

—Está sonando mi móvil —dijo, ya con ganas de librarse de ella. Mientras hablaba, el Jaguar en el que estaba sentado desapareció, dejándolo de pie en la franja de pavimento iluminado por la luna, junto a ella—. Ahora tengo que atender esta llamada...

La diáfana imagen de Claire lo alcanzó.

—¿Qué pasa con Andreas?

Él apretó los dientes al ver la familiaridad que todavía parecía tener con aquel hombre, incluso después de décadas de separación.

—Mantén a ese hijo de puta encerrado en la casa mientras organizo las cosas para ocuparme de él.

—¿Quieres que me quede aquí con él? —Ella lo miró fijamente, insegura—. ¿Cuánto tiempo?

—El tiempo que haga falta. Enviaré otra patrulla de la Agencia para sacarlo de allí en cuanto se ponga el sol.

—¿Lo pondrás bajo la custodia de las fuerzas de la ley? ¿No le harán daño, verdad?

Su aparente preocupación lo dejó totalmente asqueado.

—Mis hombres son profesionales, Claire. Saben cómo manejar una situación como esta. No es necesario que te preocupes por los detalles.

El timbre de su móvil insistió, apartándolo de ella, devolviéndole la conciencia.

—¿Qué pasa conmigo, Wilhelm? —murmuró Claire—. ¿Cómo se supone que conseguiré retener aquí a Andreas hasta que vengan tus hombres?

—Haz lo que tengas que hacer —replicó Roth llanamente—. Tú lo conoces mejor que nadie, después de todo. Íntimamente, si la memoria no me falla. Estoy seguro de que se te ocurrirá alguna manera de retenerlo.

Él no esperó a que ella dijera nada más. El teléfono sonó otra vez y Roth abrió los ojos, cercenando las últimas hilachas de conexión con Claire.

Cogió el móvil de la mesilla de noche que había junto a su cama.

—Sí.

—*Herr* Roth —dijo un nervioso hombre de la estirpe al otro lado de la línea—. Soy el agente Krieger, de la oficina de Berlín, señor. Ha habido un asesinato la pasada noche... el cuerpo del agente Waldemar acaba de ser descubierto en su residencia. Tenía el cuello roto. Y... hay más, señor. Al parecer, también hubo un incidente en su Refugio Oscuro de Hamburgo.

Roth se burló, lleno de sarcasmo.

—No me digas.

—¿Señor?

—Reúne un equipo de combate y envíalo a mi casa de campo en cuanto se ponga el sol. La unidad de allí ha sido atacada y eliminada. Ahora mi compañera de sangre se encuentra allí sin protección. Está sola, y está reteniendo a Andreas Reichen para

vosotros.

—¿Reichen? —preguntó el agente—. No lo entiendo, señor. ¿No murió en el terrible accidente que hubo en su Refugio Oscuro hace algún tiempo?

Roth apretó con los dedos la delgada carcasa de su teléfono móvil.

—Por lo visto el bastardo ha sobrevivido... al menos de momento. Da al equipo la orden de que lo saquen de en medio. Que lo maten, agente.

—Sí, señor.

**R**eichen la vigilaba en silencio, con las manos apoyadas en los brazos del sillón orejero color verde musgo que había en una de las habitaciones de la finca. Claire se había quedado dormida allí. Por un momento, al quedarse solo en el sótano profundamente oscuro, no tenía ni la menor idea de dónde estaba ni de cómo había ido a parar allí. Tampoco pudo recordar inmediatamente por qué la mayor parte de su cuerpo estaba cubierta de quemaduras de rayos UVA. Esa amnesia le ocurría algunas veces, cuando se extinguía su energía piroquinética. Le era difícil recordar los detalles. Le costaba tomar conciencia de su entorno.

Le resultaba difícil cualquier cosa más allá de la feroz necesidad de sangre que lo embargaba cuando su fuego interior por fin se enfriaba.

Había estado desorientado al recuperar la conciencia en el sótano, pero entonces pudo oler el suave aroma a vainilla cálido y picante.

Claire.

El aroma de su sangre los había guiado en la oscuridad hasta subir las escaleras de piedra y entrar en la habitación donde ella dormía ahora. Respiró su olor mientras se cernía sobre ella, sintiendo la tentación de cerrar los ojos y saborear el recuerdo del pasado, pero en lugar de eso ni siquiera pestañeó. Observó el movimiento rápido de sus ojos detrás de los párpados cerrados.

Estaba soñando.

Reichen se preguntó cuánto tiempo llevaría dormida y dónde la habrían llevado sus sueños para que su pulso fuera tan rápido como una liebre asustada. Su mirada sedienta recorrió la delicada belleza de su rostro y la suave piel dorada de su garganta. En el lado derecho de su cuello, con un pulso frenético, su arteria latía junto a la pequeña marca de nacimiento de color escarlata. Los colmillos de Reichen le llenaban la boca, y ahora además latían, mientras clavaba sus ojos en ese tierno pedazo de carne con el diminuto símbolo de la lágrima sobre la media luna que se hallaba tan cerca del pulso de Claire.

Dios, estaba muerto de sed.

Sentía el estómago tirante y vacío, las piernas pesadas y agotadas. Se relamió los labios, casi sin poder resistir acercarse un poco más, hasta que el ligero latido de su pulso llegó a sonar en sus propias venas tan fuerte y tan exigente como un tambor.

Dios, estaba sediento... tenía tanta sed que su necesidad, primaria y animal, lo urgía a saciarse como el depredador que realmente era.

Que fuera Claire quien estaba justo a su alcance era lo único que lo hacía detenerse. ¿Cuánto tiempo se había estado preguntando cómo sería su sabor? ¿Cuántas veces había estado tan cerca —incluso mucho más cerca que ahora— de hundir sus colmillos en su suave piel y beber de su vena? En una época lo había deseado más que nada en el mundo. Pero era lo único que nunca había hecho, ni

siquiera en sus más ardientes momentos juntos.

Por más que ansiara probar su sabor, unirse a ella a través de la sangre, nunca había llevado tan lejos la necesidad que sentía por Claire. Ella era una compañera de sangre. A diferencia de la mayoría de mujeres pertenecientes a la raza del *Homo sapiens* que circulaban por el planeta, ella pertenecía al pequeño número de las que tenían una sangre diferente y distintas características en su ADN.

Claire y las que eran como ella, nacidas con la marca carmesí en algún lugar de su cuerpo, estaban además dotadas de alguna extraordinaria habilidad psíquica. Y a diferencia de las otras mujeres humanas, tenían también la capacidad de formar un lazo irrompible con los miembros de la estirpe y de procrear con ellos. Cuando una compañera de sangre ofrecía su sangre a alguien de la raza de Reichen se trataba de un don precioso, el más sagrado de todos. Se forjaba un lazo que únicamente podía romperse con la muerte.

Reichen no podía mentirse a sí mismo y fingir que nunca había estado tentado. Pero no era de los que se comprometen, especialmente no en aquella época. Por todas sus costumbres libertinas, por muy risible que le pareciera ahora, su honor lo había llevado a evitar tomar de Claire algo que nunca podría devolverle. Un sorbo de su sangre significaría que ella viviría mientras él siguiera respirando. Él estaría unido a ella para siempre, incluso si ella hacía cualquier tipo de voto con otro hombre.

Aun a través del humo y la niebla de su mente en proceso de recuperación, podía recordar lo difícil que le había resultado ejercitar el control cuando el ansia por Claire lo invadía. Pero había sido cuidadoso. Por muy duro que le resultase, se había contenido, hasta el final.

Si hubiera sabido entonces que ella tardaría tan poco tiempo en entregarse a Wilhelm Roth...

Reichen gruñó solo de pensarlo.

Su furia no había amainado tanto como para no contemplar la idea de saciar su sed con ella. Se inclinó, incapaz de apartar sus ojos hambrientos del rítmico latido de su pulso. Su aroma lo atraía tanto como la velocidad de su sangre bajo la piel.

Era incluso más bella de lo que recordaba. Estando tan cerca, le robaba la respiración. Le dolían las ganas de tocarla.

Dios bendito, ella lo hacía arder con más intensidad que la luz del sol o que la furia que sentía.

Le sorprendió darse cuenta de que todavía la deseaba, después de todo el tiempo transcurrido. Después de todo lo que su compañero había hecho para destruirlo. Deseaba que Claire fuera suya... todavía lo deseaba.

Reichen soltó el aire con rudeza, despegando los labios para sacar los colmillos. La deseaba y, por Dios, la tomaría.

—No —se gruñó a sí mismo—. Maldita sea, no.

Claire abrió de golpe los ojos, sorprendida. Ahogó un grito, y se apartó de él lo más que pudo, aunque el sillón le impedía escapar. Sus ojos de un marrón oscuro

buscaron su rostro, unos ojos demasiado inteligentes como para no comprender lo que había estado a punto de suceder.

Reichen se contuvo mentalmente, a pesar del ansia que todavía hacía latir sus colmillos con la urgencia de alimentarse.

—¿Sueños agradables, *Frau* Roth?

—Para nada —respondió ella, mirándolo fijamente y con dureza—. Después de lo que ocurrió anoche, estoy segura de que tendré pesadillas durante mucho tiempo.

Una oleada de vergüenza lo invadió, pero decidió ignorarla. Tenía que mantenerse concentrado.

—No habrás hecho una visita a tu compañero, ¿verdad?

Claire ni siquiera pestañeó. Él pudo ver el reconocimiento en su mirada, la constatación de que por muchos años que llevaran sin verse, Reichen no había olvidado su especial habilidad psíquica. Ella se ruborizó un poco, y él se preguntó si estaba pensando en todas las veces que se había colado en sus sueños cuando él soñaba fantasías eróticas durante aquellos intensos y apasionados meses en que habían estado enamorados.

Él no había olvidado ni uno solo de los momentos que habían compartido, despiertos o unidos en un sueño, y desde luego lo había intentado.

—A Wilhelm no le gusta que me introduzca en sus sueños —murmuró ella.

—Eso no es una forma de desmentir que lo hayas hecho —replicó Reichen. Mantuvo las manos apoyadas en los brazos del sillón, manteniéndola allí atrapada mientras continuaba el interrogatorio—. ¿Dónde está, Claire?

—Ya te lo he dicho, no lo sé.

—Pero tendrás alguna idea —dijo él, tratando de que no lo distrajera el hambre ni la súbita conciencia de lo cerca que estaban sus cuerpos. Podía sentir que el calor de ella se mezclaba ahora con el suyo, provocando en su piel irradiada y ya curada la sensación de estar siendo tocada por llamas—. No te equivoques, lo encontraré. Los otros no pudieron escapar, él tampoco lo hará.

Ella parecía desconfiada y asqueada.

—¿Qué... otros?

—Sus leales perros de caza, esos que cumplieron con su orden de acabar con todas esas vidas inocentes. Los he ido eliminando, uno por uno. Y a él todavía no. Lo he dejado para el final porque quería que supiera que voy tras él. Quería hacerle entender que va a tener que pagar por lo que hizo.

Claire tragó saliva y sacudió ligeramente la cabeza.

—¿Qué dijiste anoche... que Wilhelm es responsable de lo que ocurrió en tu Refugio Oscuro? Estás equivocado, Andreas. Tienes que estar equivocado.

—Digo la verdad.

—No puede ser...

—¿Por qué no? —le espetó él—. ¿Solo porque eso significaría que estás unida no solo a un conocido matón sino también a un asesino de sangre fría?

Ella arqueó las delgadas cejas oscuras con una expresión que estaba entre la lástima y el desdén.

—¿Y eso lo dice alguien cuyas manos están manchadas con la sangre de más de una docena de vidas?

Reichen retrocedió, sintiendo que se le ponían los pelos de punta ante el recuerdo. Se apartó de ella unos pasos, y luego se dio la vuelta para comenzar a caminar de un lado a otro de la habitación. No sabía adónde ir. Y le tenía sin cuidado. Lo que sabía era que no podía salir de la casa mientras fuera de día, y ahora mismo se sentía como en una jaula.

Claire avanzó a la deriva tras él, su pisadas sonaban en el suelo de mármol.

—Andreas, entiendo que estés terriblemente herido y confundido después de todo lo que has tenido que pasar. Podemos ocuparnos de todo eso más tarde. Ahora necesitas tranquilidad y reposo hasta que tu cuerpo se recupere de las quemaduras de los rayos UVA. Necesitas descansar...

—Lo que necesito ahora mismo es sangre —gruñó, poniendo en ella sus ojos de color ámbar—. Ya que te muestras tan reluciente a entregarme a Roth, supongo que tampoco permitirás que me alimente de ti.

Ella palideció, horrorizada, tal como él pretendía.

Reichen continuó sus paseos impacientes por el pasillo, al tiempo que se fijaba en la gran variedad de fotografías y cuadros que había en las paredes. Para alimentar su ira, buscó las imágenes de Claire y Roth, la adorable pareja, y estas avivaron aún más la llama que aún sentía arder en su estómago. Solo había unas pocas fotos de los dos juntos, la mayoría junto a algún grupo de miembros de las fuerzas de la ley o de los Refugios Oscuros, o cortando la cinta de inauguración en alguna de las variadas ceremonias que tenían lugar. La sonrisa de Claire era perfecta en todas ellas: agradable sin llegar a ser excesivamente entusiasta, educada sin llegar a ser fría.

Reichen no conocía aquella sonrisa. Parecía tan frágil y elegante como si estuviera revestida de un fino cristal.

—¿Dónde se ocupa de sus negocios Roth cuando está aquí? —preguntó, apartando la vista de la Claire perfecta para volverse hacia la mujer que estaba ahora de pie junto a él, lejos de su alcance—. Si tiene ordenadores aquí, o cualquier tipo de archivos, quiero verlos.

—No encontrarás nada de eso —dijo ella, simplemente constatando un hecho—. Wilhelm se ocupa de todos sus negocios en su despacho del Refugio Oscuro de Hamburgo y en una oficina que tiene en la ciudad... hasta donde yo sé. Nunca hablamos de sus asuntos de negocios.

Reichen gruñó, sin mostrar sorpresa. Pasó junto a otra de las habitaciones que daban al pasillo, y echó un vistazo a los sofisticados muebles de una sala de estar, luego pasó delante de un salón de baile que parecía una caverna con las paredes llenas de espejos, el suelo de parqué pulido y un elegante techo tallado de color crema. Al fondo había un imponente piano de color ébano, y sus múltiples reflejos

brillaban a su alrededor sobre los cristales pulidos.

—Es bueno descubrir que algunas cosas no han cambiado —murmuró. Claire miró el interior del salón de baile, pero parecía confundida—. El piano —dijo él—. Tienes un don para la música, si no recuerdo mal.

La frente le tembló un poco mientras lo miraba fijamente.

—Oh, no... llevo mucho tiempo sin tocar. Supongo que he estado ocupada con otras cosas más importantes. La música ya no forma parte de mi vida en realidad.

—No, supongo que no —dijo él, consciente de que sonaba muy destructivo—. ¿Ha quedado de ti algo de lo que yo recordaba, Claire?

Un largo silencio se extendió entre los dos. Reichen esperaba que ella se alejara, tal vez corriendo, por la puerta principal hacia la luz del día, donde él no pudiera seguirla. Pero permaneció allí de pie, clavando en él sus profundos ojos marrones. Tan tenaz como siempre.

—¿Cómo te atreves? Yo no te pedí que entraras en mi vida y la rompieras en pedazos, pero aquí estás. No tengo por qué explicarte nada, ni justificar por qué la vida me ha llevado a donde estoy.

No, no tenía por qué hacerlo, y él sabía que estaba siendo injusto con ella. Y hacerle esas preguntas tampoco iba a servirle para estar más cerca de Wilhelm Roth. No es que ninguno de esos argumentos le importara un comino cuando Claire estaba tan solo a un brazo de distancia de él y bullía con una rabia que pocas veces había visto en ella y que además encontraba justificada.

—Ambos hemos cambiado, ¿verdad, Andre?

—Tú desde luego sí.

—¿Qué esperabas que hiciera? Fuiste tú el que te marchaste, ¿recuerdas?

Él recordó la manera abrupta en que dejó las cosas con ella: inacabadas, sin explicación. Pensó en sus razones, irónicamente ninguna de ellas le importaba ahora. Desde luego ya no, después de lo que había pasado la noche anterior.

—No podía quedarme.

—¿No podías al menos haberme explicado por qué? Un día estábamos juntos y al siguiente te marchaste sin decir una palabra.

—Tenía cosas que resolver —dijo él.

Dios, odiaba sentir todavía el miedo incontenible, el impactante y abrumador desprecio que sentía hacia sí mismo que lo había obligado a escapar de todas las cosas y personas que amaba. Después de lo que le había ocurrido la última vez que vio a Claire no había tenido más remedio que dejarla. No quería hacerle daño, y no podía confiar en sí mismo para estar cerca de ella, ni cerca de nadie, hasta que consiguiera controlar el horrible poder que se había despertado en él por primera vez tantos años atrás. En ese entonces, ya se la había ganado Roth.

Él se encogió de hombros con negligencia.

—Yo regresé, Claire.

—Más de un año después —replicó ella cortante—. O eso es lo que oí, cuando



unos amigos de los Refugios Oscuros me dijeron que habías vuelto a Berlín. — Sacudió la cabeza, y había un brillo de arrepentimiento en sus ojos—. Yo no sabía si volverías.

—Por eso no me esperaste.

—¿Me diste alguna razón para hacerlo?

—No —dijo él, dejando que la palabra se deslizara lentamente de su lengua.

Quería decir más cosas, darle explicaciones que probablemente le debía, pero no tenía sentido hablar ahora. Claire tenía razón. Los dos habían cambiado. Los dos vivían vidas separadas, y a pesar del hecho de que esas vidas convergieran ahora, con violencia y derramamiento de sangre, nada que él pudiera decir cambiaría lo que el pasado era ni lo que podía haber sido. Él estaba allí por una razón: vengarse de Wilhelm Roth por lo que le había hecho.

Reichen comenzó a caminar de nuevo.

Claire lo siguió, manteniéndose detrás de él, como si no quisiera estar demasiado cerca.

—¿Qué estás haciendo?

—Ya te lo he dicho. Busco alguna pista sobre el paradero de tu compañero.

—Y yo te lo he dicho también: no encontrarás nada de eso aquí. Esta es mi casa, no la suya.

Reichen oyó el singular comentario, pero ya estaba en marcha. Vio una habitación llena de estanterías del suelo al techo y entró por la puerta abierta.

—Andreas —dijo Claire detrás de él—. Por favor, para. La biblioteca es mi espacio. Es privado. No encontrarás nada relevante...

—Entonces no te importará que eche un vistazo —dijo él, más interesado que nunca puesto que ella estaba insistiendo en que saliera de allí.

¿Qué estaba escondiendo? Él caminó a grandes pasos, deteniéndose ante cada estantería de libros, pasó junto al pequeño sofá y se dirigió al extremo de una mesa con una lámpara color jengibre que todavía estaba encendida desde la noche anterior. Más lejos, vio un escritorio de nogal bastante desordenado, como si el trabajo hubiera sido abandonado precipitadamente.

Y detrás del escritorio, extendida sobre una ancha mesa de trabajo, había una especie de maqueta de arquitecto a escala. Reichen imaginó que se trataba de algún proyecto del Refugio Oscuro, algo que probablemente traería como resultado otra fotografía de Claire y su perfecta sonrisa, posando como la perfecta compañera de Roth cerca de él y de algunos de sus amigos. Pero a medida que se acercaba al modelo, se le empezó a erizar el vello de la nuca.

Conocía aquel sitio.

Conocía su forma, su aspecto... la sensación que transmitía.

Era su sitio.

Esa propiedad a orillas del lago que se veía en la maqueta era el terreno donde estaba su Refugio Oscuro. O mejor dicho, donde había estado, antes de que la traición

de Roth y su propia desesperación lo hubieran dejado reducido a escombros.

—¿Qué demonios es esto?

Claire acudió junto a él, con expresión de ansiedad.

—Andreas, todo el mundo creía que estabas muerto. No había herederos vivos para reclamar la propiedad. Iba a ser subastada entre el resto de vampiros de la comunidad de Berlín...

—Esta era mi tierra. —Su voz tenía un extraño temblor—. Era mi hogar.

—Lo sé —se apresuró a decir ella—. Lo sé, y no podía dejar que la vendieran. Cuando algunos en la región hicieron la celebración conmemorativa para ti y tu familia hace unas semanas y nadie acudió a reclamar las tierras, yo adquirí la propiedad por mi cuenta. Nadie lo sabe. Quería convertirla en un lugar especial. Esperaba que pudiera ser una especie de santuario en recuerdo de las vidas que se perdieron.

Reichen contempló la maqueta del tranquilo parque con sus charcas, y sus paseos y sus cuidados parterres de flores. El diseño era precioso. Perfecto.

Claire había hecho aquello... para él.

Estaba atónito. No podía ni hablar.

—Probablemente no me correspondía hacerlo —dijo ella—. Lo siento. Simplemente no podía soportar la idea de que tu hogar, y el hogar de tus familiares, fuera olvidado o vendido al mejor postor. No me parecía correcto. Pero lo que he hecho probablemente tampoco te parece correcto a ti.

Reichen se quedó allí de pie, silencioso, inmóvil. Decir que estaba asombrado por el acto de compasión de Claire era una descripción extremadamente insuficiente. Estaba conmovido... más profundamente de lo que lo había estado en muchos años. Contempló la maqueta, observando los detalles, todo el cuidado y la atención que habían dedicado al diseño.

Para él, y para la memoria de los suyos.

Se volvió lentamente hacia Claire, y supo que su rostro debía de estar tan rígido como una piedra cuando la vio dar un paso atrás.

«Bien —pensó—. Bien. Aléjate».

Porque todo lo que quería hacer en aquel momento era cogerla en sus brazos y besarla hasta que ninguno de los dos pudiera respirar.

Pero era la compañera de Roth.

La compañera de su enemigo.

Y él todavía era peligroso, todavía sentía demasiado cerca el filo del hambre. Si tocaba a Claire ahora, no confiaba en poder detenerse. Si había sido honorable en algún momento de su vida, el fuego que se había reactivado en su interior hacía tres meses había devorado esa parte de él. Era una amenaza para Claire, en más de un sentido.

—Necesito estar solo —murmuró, con un gruñido gutural.

Eso era lo que quería; no podía estar con ella en aquel momento. No quería

pensar en el breve pero ineludible pasado que habían compartido, ni en la velocidad con que su cuerpo y su corazón de voluntad débil respondían ante su mera presencia.

No quería mirarla ahora, mientras ella se acercaba hacia él, con una expresión tierna y cariñosa, extendiendo la mano como si quisiera tocarlo. Algo que él ansiaba en aquel momento con cada fibra de su ser.

El pulso le martilleaba con fuerza en las venas. Tenía la boca húmeda por el hambre de ella, y el sexo tirante y duro por el deseo.

Un único paso los separaba ahora. Él contuvo la respiración mientras ella levantaba la mano y la colocaba suavemente en su pecho.

—Andreas, lo siento. Yo no quería herirte...

—Vete de aquí, Claire. —El aire salía con dificultad a través de sus dientes y colmillos—. ¡Ahora, maldita sea!

Ella se sobresaltó con su poderoso ladrido de ira, y se apartó de un salto como si le hubiera pegado. Lo miró pestañeando durante un momento, separando los labios pero sin hablar. Luego salió de la habitación sin decir ni una palabra. Cuando estuvo seguro de que se había marchado, Reichen fue hasta las puertas de la biblioteca y las cerró con fuerza. Se dijo a sí mismo que lo aliviaba que ella se hubiera ido. Si valoraba en algo su bienestar, saldría de la casa y correría lo más lejos que pudiera.

Solo rogaba ser lo bastante fuerte como para resistirse a ir tras ella cuando cayera el sol, cuando tendría la oportunidad de salir fuera y saciar su sed de sangre con ella... con nadie más que con ella.

**BOSTON, MASSACHUSETTS**

## 6

**L**ucan Thorne apretó los labios contra la cálida y suave piel de su compañera de sangre, justo detrás de su oreja izquierda. Estando con ella en el salón de sus estancias privadas, en la parte subterránea del recinto de la Orden, le resultaba muy difícil soltar de entre sus brazos a Gabrielle. En lugar de eso, la abrazó, desatendiendo deliberadamente sus obligaciones como líder del grupo de guerreros de la estirpe a cambio de disfrutar un poco más del placer de tenerla cerca. Dejó que su lengua jugara sobre la pequeña marca de nacimiento de color carmesí que se ocultaba en esa tierna carne detrás de la oreja, el mismo lugar donde había hundido sus colmillos un rato antes, cuando él y Gabrielle habían hecho el amor.

—Si sigues así —murmuró ella—, vamos a estar aquí toda la noche.

Él gruñó, sonriendo mientras continuaba acariciándole el cuello con la nariz.

—Esa idea no está nada mal. Y deberías saber que no me cuesta nada ponerme duro cuando te tengo cerca.

—Eres terrible, ¿lo sabes?

Él le cogió el lóbulo de la oreja entre los dientes y lo mordisqueó ligeramente.

—Eso no es lo que decías hace veinte minutos bajo la ducha. O antes de eso, en nuestra cama, cuando tenías tus largas y hermosas piernas rodeando mi culo desnudo, sacudiéndose. Entonces no creías que fuese tan terrible. Estabas demasiado ocupada en gritar mi nombre, pidiéndome que no parara nunca. —Ni siquiera intentó ocultar su orgullo masculino. No es que necesitara hacerlo, cuando su excitación era definitivamente obvia, tanto por sus colmillos emergentes como por la dura protuberancia en sus tejanos negros. Debajo de su camiseta gris, podía sentir sus dermoglifos latiendo en respuesta al deseo que sentía por ella—. Corrígeme si me equivoco, ¿no dijiste en algún momento que yo era un dios? Un «asombroso y maldito dios», creo que fue exactamente lo que dijiste.

—Bastardo arrogante —se burló ella. Pero él podía advertir el humor en su voz.

La suave risa de ella se convirtió en una inhalación temblorosa cuando él acarició con las puntas de sus afilados colmillos todo el recorrido que hacía la curva de su hombro. Extendió una mano en la tupida melena caoba y ella inclinó un poco la cabeza para permitirle acceder mejor a su cuello. Ella clavó las uñas en sus hombros y él, con la mano que le quedaba libre, hurgó por debajo de su camiseta de punto y del elástico de la cintura de sus pantalones de yoga. Ella tembló mientras él pasaba la boca y la lengua a lo largo de la delicada línea de su garganta, y lloriqueó suavemente cuando los dedos de él se hundieron en la aterciopelada grieta de su sexo. Todavía estaba mojada, caliente y gloriosamente receptiva a su tacto.

—Lucan —jadeó—. Oh, Dios mío... Dios...

—Sí, eso está mejor —gruñó él, atrapando su boca con un beso mientras la hacía alcanzar un rápido y repentino clímax.

Cuando se hubo recuperado, Gabrielle alzó la vista, irónica y saciada.

—¿Tu ego no conoce ningún límite, vampiro?

Él sonrió satisfecho, alzando una ceja oscura.

—Probablemente no.

Poniendo los ojos en blanco, ella lo cogió de la mano para sacarlo de las habitaciones. Él podía estar ahí toda la noche y no se cansaría de hacerle el amor, de darle placer. Pero el anochecer pertenecía a la Orden, y al trabajo crucial que exigía que todo el mundo estuviera disponible, incluso las mujeres del recinto, que habían demostrado ser unas valiosas compañeras en la batalla contra un demonio que pocos podían imaginar. Un demonio que parecía pretender nada menos que una guerra total.

Al menos ese demonio ahora tenía nombre: Dragos. En los pasados meses, la Orden había descubierto muchas cosas acerca de la segunda generación de vampiros y la operación que se había estado llevando a cabo durante décadas —durante centurias, en realidad—, encubierta a través de numerosas alianzas, alianzas hechas con miembros de la población general de la estirpe. Pero había también muchas cosas que no sabían. Sospechas demasiado lúgubres para quedar sin comprobación. La actual misión de la Orden era descubrir las alianzas de Dragos, localizar su base de operaciones y paralizar sus esfuerzos antes de que lograra ganar más terreno.

Habían tenido algunos éxitos recientemente, el último había sido la interrupción de una reunión a las afueras de Montreal, donde Dragos y un número de sus socios se habían encontrado el verano anterior. La Orden todavía no había logrado descubrir el propósito de la reunión, pero la inesperada llegada de los guerreros al lugar donde se reunía el grupo había obligado a escapar a Dragos y a sus aliados en la conspiración.

La interrupción de aquella reunión también había servido para conseguir un nuevo aliado inesperado en la Orden... o dos, si es que el asesino nacido de la primera generación de la estirpe y criado para servir a Dragos podía ser de confianza. Lucan todavía no confiaba plenamente en el vampiro llamado Hunter. Aquel macho era tan frío como una máquina, hermético y distante. Claro que su inusual forma de crianza, en la que había carecido de toda comodidad y había vivido completamente aislado de cualquier otro ser viviente a excepción del secuaz que se encargaba de manejarlo, difícilmente podía haber dado lugar a un hombre capaz de participar de forma despreocupada en un equipo. Hunter no había dado ninguna prueba de que hubiera que desconfiar de él, pero a Lucan le seguía pareciendo un lobo solitario de origen dudoso, y alguien cuya lealtad todavía no había sido puesta a prueba.

Pero la otra nueva alianza después de los acontecimientos de Montreal era de una ayuda incuestionable para la Orden. Se llamaba Renata, y había venido a la Orden como la compañera de Nikolai. Cuando Lucan y Gabrielle pasaron junto a la habitación de las armas para dirigirse al laboratorio de tecnología a través del laberinto de pasillos, vieron dentro a Niko y a Renata, compitiendo en la destrucción de un objetivo que habían colocado en un extremo de la habitación. Muy acorde para un aficionado a la última tecnología emparejarse con una mujer que lo sabía todo acerca de armamento automático. Pero los intereses compartidos de la pareja iban

mucho más allá de los metales y explosivos; eran también guardianes de una joven compañera de sangre huérfana llamada Mira, que habían rescatado de una peligrosa situación en Montreal y que ahora cuidaban como a una hija propia.

Junto a Niko y Renata estaba también Tegan, uno de los miembros más antiguos de la orden, y la compañera de sangre del guerrero, Elise. Cuando Tegan vio pasar a Lucan y a Gabrielle, dijo algo al oído de Elise, la besó y salió al pasillo.

Saludó a Gabrielle haciendo un gesto con la cabeza, pero cuando puso los ojos verdes en Lucan su expresión se volvió muy seria.

—¿Has hablado con Gideon esta noche?

Lucan negó con la cabeza.

—Íbamos ahora al laboratorio de tecnología para verlo. ¿Por qué tengo el presentimiento de que no va a ser una buena noche?

—Hay malas noticias de Alemania —dijo Tegan, pasándose una mano por el cabello pelirrojo—. Sin duda recordarás la explosión que acabó con el Refugio Oscuro de Andreas Reichen, ¿verdad?

—Sí. —Lucan la recordaba, por supuesto. La Orden perdió a uno de sus mejores aliados civiles, un verdadero amigo, la noche en que Reichen y su familia murieron víctimas de la terrible explosión en su finca. La pérdida había golpeado con fuerza a los guerreros, y no solo por el hecho de que Reichen hubiera desempeñado un papel fundamental en la lucha contra Dragos. Era un buen hombre, honrado, que debería haber vivido para disfrutar de la paz que los esfuerzos de la Orden algún día podrían traer.

El tono de Tegan era tan grave como su expresión.

—Gideon ha obtenido hoy un informe de Hamburgo. Parece que otro Refugio Oscuro se prendió en llamas anoche. Ha sido aniquilado por completo.

—Dios santo —susurró Gabrielle, apretando un poco más fuerte la mano de Lucan—. ¿Hay supervivientes?

—Solo uno —dijo Tegan—. Un agente de las fuerzas de la ley consiguió escapar e informó del ataque. Murió hace unas pocas horas.

—¿Has dicho ataque? —Lucan frunció el ceño, pues no le gustaba nada cómo sonaba eso—. ¿Qué es lo que sabemos exactamente de todo este asunto?

—No mucho por ahora. Gideon continúa reuniendo información, pero la Agencia mantiene muchos detalles ocultos. El Refugio Oscuro que se quemó la pasada noche pertenecía a uno de los directores. Un civil de la segunda generación llamado Wilhelm Roth. Por lo visto, el director y su compañera de sangre afortunadamente se hallaban fuera de la ciudad.

Lucan no conocía a Roth, pero ni él ni el resto de la Orden tenían una relación amigable con la mayoría de agentes de las fuerzas de la ley, ni en Estados Unidos ni en el extranjero. La orden tendía a pensar que los de la Agencia eran un grupo de fanfarrones arrogantes más interesados en sus beneficios personales que en la seguridad pública, y la Agencia consideraba que la Orden era una banda de vigilantes

peligrosos sin respeto por la ley.

En parte era cierto, Lucan tenía que reconocerlo. Ni él ni sus compañeros soportaban ese tipo de políticas autocomplacientes y masturbatorias ni esos procedimientos de avestruz tan propios de la Agencia. Como resultado, solían ignorar a las fuerzas de la ley y se dedicaban directamente a actuar y cumplir con las cosas. Si eso desagradaba a Wilhelm Roth y al resto de las fuerzas de la ley, podían humillarse ante la Orden e irse a la mierda.

—Veamos lo que ha descubierto Gideon —dijo Lucan, dirigiéndose con Gabrielle hacia el laboratorio de tecnología.

Tegan fue tras ellos a paso ligero, y Lucan no pudo evitar recordar que no mucho tiempo atrás, él y aquel otro guerrero —ambos pertenecientes a la primera generación, con varios siglos de vida a sus espaldas— pasaban demasiado tiempo arremetiendo el uno contra el otro en lugar de avanzar codo con codo como iguales. Ahora, cuando los dos entraron en el laboratorio junto a Gabrielle, los otros guerreros reunidos en torno a la mesa de conferencias de la Orden alzaron la vista de lo que estaban haciendo, como si el aire hubiera cobrado más densidad con la llegada de los dos miembros más mayores y poderosos del grupo.

Las tres últimas incorporaciones a las filas de la Orden —Kade, Brock y Chase— vestían su uniforme básico de patrulla, todo negro, desde las botas y los tejanos oscuros hasta las camisas negras, chaquetas de cuero y el arsenal de pistolas semiautomáticas y de cuchillos alrededor de sus caderas. El trío de hombres sin pareja había asumido muchas de las tareas más duras, una noche de salir cazando en los callejones de Boston seguida por otro tipo de caza en algunos de los *after* de la ciudad.

En cuanto a los otros, guerreros con pareja, habían tenido también su dura jornada para la Orden, pero al verlos ahora —Río sentado junto a su compañera, Dylan, y Dante, incapaz de dejar de acariciar la barriga de su compañera embarazada de seis meses, Tess, mientras hablaba con Chase y los demás— estaba claro que las cosas habían cambiado en el recinto. Evolucionan, pensó Lucan, mientras Gabrielle le soltaba la mano para sentarse en el suelo junto a Mira y Savannah, la pareja del genio residente, Gideon. El corazón de Lucan se tensó un poco al ver que su compañera de sangre sonreía y se ponía a charlar animadamente con la niña y con Savannah, que se habían estado lanzando entre sí una pelota de goma, evitando que la cogiera un feúcho cachorro de terrier que pertenecía a Dante y Tess.

Toda la escena le resultaba bastante inquietante.

De alguna manera, desde hacía cosa de un año y medio, el recinto se parecía cada vez menos a una fortaleza militar para asemejarse cada vez más a un hogar. Eso preocupaba bastante a Lucan. Los hogares podían volverse muy vulnerables, especialmente en tiempo de guerra. Pensó en los dos Refugios Oscuros de Alemania, que estaban en pie un día y habían sido destruidos al día siguiente. Le era difícil sacudirse de encima la frialdad que sentía instalarse en el estómago al considerar lo

fácil que era que las vidas de los seres amados dejaran de existir.

—Por la expresión de tu rostro veo que Tegan te ha contado las noticias de Hamburgo —dijo Gideon, apartándose de su flota de ordenadores y mirando a Lucan con seriedad por encima de sus gafas de cristales celestes—. ¿Quieres oír la parte más jodida de todo el asunto?

—¿Por qué no? —dijo Lucan arrastrando las sílabas.

—He estado indagando un poco más en los informes de la Agencia en Alemania. Resulta que tienen algunos problemas para mantener con vida a sus chicos. —Ante la mirada interrogante de Lucan, Gideon continuó—: Durante las pasadas semanas, nueve agentes de la ley entre las oficinas de Berlín y Hamburgo han muerto.

Tegan se unió a la conversación, acercándose para ver los datos en las pantallas de Gideon.

—¿Estás hablando de asesinatos?

Lucan estaba pensando lo mismo, preguntándose instantáneamente si habría otros como Hunter, asesinos entrenados de la primera generación que recientemente habían recibido de Dragos la orden de matar a los miembros más antiguos de la raza de vampiros. Tal vez ahora se estaban dedicando a eliminar a individuos de las fuerzas de la ley.

—No tiene nada que ver con los asesinatos que se han perpetrado entre la población civil —dijo Gideon—. Esos asesinos son cuidadosos... mierda, prácticamente hacen obras de arte de tan eficientes como son. —Se dio la vuelta y tecleó algo que hizo aparecer la imagen de un cadáver, un hombre de la stirpe amoratado y lleno de sangre que había perdido además parte del cráneo—. Estos asesinatos de personas de la Agencia son brutales, muy personales. Una unidad entera ha sido aniquilada, hombre tras hombre, y hay algunos agentes de alto rango —estoy hablando de directivos— que han sido eliminados también. Alguien ahí fuera está tratando de hacer una declaración muy contundente. Si me preguntáis a mí, yo diría que es un ajuste de cuentas.



**A**ndreas no salió de la biblioteca en todo el día. Claire estaba sentada en el vestíbulo tras las puertas cerradas; había ocupado su puesto silenciosamente, en un pequeño banco tapizado, unos minutos después de que él le exigiera con un bramido que se marchara de la habitación. Le dolía la espalda por estar en aquel asiento tan incómodo y se encontraba agotada, ya que no se atrevía a dormir más de cinco minutos seguidos.

No sabía lo que estaría haciendo él ahí dentro. Ni siquiera sabía si se encontraba bien. No había respondido cuando ella había llamado a la puerta un par de horas antes para ver cómo estaba. Ahora se encontraba sentada en el pequeño banco con los pies levantados sobre el almohadón y los brazos en torno a sus rodillas, mirando fijamente la silenciosa habitación como si hubiera un animal salvaje y rabioso esperando dentro.

Casi se había puesto el sol. No tardaría mucho en llegar el equipo de las fuerzas de la ley que, a petición de Wilhelm, se llevaría a Andreas.

Claire sabía que había hecho lo correcto acudiendo a Wilhelm en busca de ayuda. Había hecho lo único que podía hacer, no solo por su propia seguridad y la de su compañero, sino también por la de Andreas. El miedo crudo que había sentido por él la otra noche se había debilitado hasta convertirse en una cautelosa forma de compasión. Él estaba roto. Lleno de furia salvaje.

Lo único que ella esperaba era que al menos tuviera la sensatez de marcharse tranquilamente con los agentes de las fuerzas de la ley cuando llegaran. Si se ponía a luchar... en fin, ni siquiera quería pensar en eso.

El cerrojo de la puerta de la biblioteca hizo un débil sonido. Claire alzó la vista, desdobló las piernas y apoyó los pies en el suelo del vestíbulo mientras Andreas salía de la habitación. Estaba muy mejorado físicamente y, aunque la miró con el ceño fruncido, parecía más tranquilo que cuando ella se marchó de la habitación. Tal vez, después de todo, había una esperanza de que se mostrara razonable.

—Todavía estás aquí —señaló él, claramente disgustado—. Creí que te habrías marchado hace horas.

—No —murmuró Claire.

Andreas se mofó.

—Roth debe de conocer un buen número de casas de seguridad de la Agencia en la zona donde podía haberte enviado. Me sorprende que no te hayas precipitado hacia una de ellas a la primera oportunidad.

Claire no le explicó que Wilhelm le había ordenado quedarse en la casa de campo. Le había molestado entonces, pero ahora, al enfrentarse a la mirada penetrante de Andreas, sentía más que un atisbo de culpa al pensar que su compañero no trataría de protegerla de un posible daño. Claro que ella nunca se había mostrado ante él como una mujer desventurada e indefensa, y Wilhelm no le habría pedido que

permaneciera en compañía de Andreas a menos que confiara en que ella podía manejar la situación.

La racionalización se hizo un poco más falsa cuando recordó la cáustica manera en que le había dicho que hiciera todo lo necesario para retener a Andreas hasta que llegaran los agentes. «Tú lo conoces mejor que nadie. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo que hacer».

—Debe de estar casi amaneciendo. —La profunda voz de Andreas fue como una descarga eléctrica en su piel—. ¿Cuánto crees que tardará Roth en aparecer por aquí?

Claire pestañeó, y luego sacudió la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

Él esbozó una sonrisa fría y poco convincente.

—¿Vas a quedarte ahí sentada fingiendo que no has acudido a él para pedirle ayuda y advertirle de mí? —Cuando ella se disponía a negarlo, los labios de él se tensaron un poco más—. Como ya sabes, Claire, espero que hayas acudido a él. Espero que le hayas dicho que viniera lo antes posible, porque estoy deseando acabar con esto.

A ella se le heló la sangre en las venas.

—¿Estás realmente ansioso por morir, Andre?

Él se burló.

—No es por mí por quien tienes que preocuparte.

Chispas color ámbar iluminaron sus iris, y ella podía ver las puntas de sus afilados colmillos blancos cuando hablaba; estos le recordaban de forma contundente que aunque su ira pareciera haberse calmado no era difícil que se encendiera otra vez. Sería más seguro tratar de mentirle, pero ella sentía que le debía cierta honestidad a pesar de los riesgos.

—De acuerdo. He acudido a Wilhelm. Me presenté en sus sueños mientras tú estabas en el sótano, tal como imaginaste. Pero tu equivocada necesidad de venganza tendrá que esperar, porque él no va a venir.

—¿Le dijiste que yo estaba aquí?

—Sí. —Claire se levantó mientras Andreas daba un paso hasta acercarse al banco—. Es mi compañero. Tenía que avisarle.

—¿Le hablaste de los incendios? ¿Del Refugio Oscuro de Hamburgo? —Cuando ella asintió, él afiló su mirada. Se acercó un poco más, dejándola atrapada entre su enorme cuerpo y el banco tapizado, apretado contra la parte posterior de sus muslos—. ¿Sabe que estás sola conmigo, a mi disposición?

Claire tragó saliva.

—Sabe todo eso.

«Y no va a venir».

Aunque Andreas no pronunció las palabras, estaban claramente escritas en su rostro. Claire apartó el rostro de él porque de pronto se le hizo demasiado duro sostener su mirada. Su sorpresa fue total cuando notó que los dedos de él le tocaban

suavemente la barbilla. Cuando siguió ese gesto que la guiaba y alzó los ojos hacia él vio que no había ni el menor atisbo de dulzura en su expresión.

—¿Tienes la más remota idea de lo peligroso que es para ti estar a solas conmigo, Claire?

Él buscó su rostro, y ella sintió su cálida respiración en la frente. Estaba de pie tan cerca de ella que podía notar los latidos de su corazón, el fuerte y firme golpeteo que estaba enloqueciendo también su propio pulso.

Un ansia que ella no había invitado golpeaba en su interior, ardiente y retorciéndose. Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no apoyar la mejilla contra la palma de su mano y dejarse acariciar sintiendo la cálida curva de sus dedos contra su piel.

Aquello era un error.

Era una locura.

Oh, Dios... era algo que llevaba tanto tiempo sin sentir...

Lo cual demostraba que Andreas tenía razón. Estar a solas con él era muy pero que muy peligroso.

—Si fueras mía —murmuró él por lo bajo—, atravesaría el fuego del mismísimo infierno para protegerte de un hombre como yo.

Claire miró fijamente sus ojos salpicados de ámbar, sin saber qué decirle. Sin saber qué pensar. Lo único que sabía era que algo la quemaba por dentro... una encendida sensación de anhelo y de arrepentimiento que la sacudían hasta su centro.

Ganó el arrepentimiento.

Andreas frunció el ceño de repente y apartó la mirada. Echó un vistazo por encima del hombro, con la cabeza inclinada hacia un lado, escuchando. Claire no oía nada, pero ella no poseía el oído sobrenatural de la estirpe. Tampoco es que necesitara oír para entender lo que estaba pasando en el exterior de la finca.

—Los agentes de las fuerzas de la ley —susurró—. Wilhelm dijo que llamaría a una unidad para que vinieran a buscarte al ponerse el sol.

Andreas se apartó de ella con una oscura risa.

—Un escuadrón de la muerte.

—No —dijo ella. Dios santo, esperaba que no—. No va a ocurrirte nada. Yo no lo permitiré. Andre...

Él ya no la escuchaba. Con un movimiento fluido, dio un salto hacia la escalera y comenzó a subir los escalones de dos en dos.

—Vete de esta casa, Claire. Sal ahora mismo.

Demonios, no pensaba hacerlo. Soltó un juramento y salió corriendo tras él.

Él se metió en un dormitorio del segundo piso, en la parte frontal de la casa, y fue hacia la ventana. Abrió las persianas que impedían la entrada del sol y miró atentamente a través del cristal el terreno de abajo, dejando escapar un insulto. Claire llegó tras él justo a tiempo de ver las siluetas negras de varios agentes armados avanzando hacia la casa en sigilosa formación.

Andreas dio una vuelta alrededor, con las puntas de los colmillos brillando por debajo del labio superior. Su mirada era acusadora.

—¿Crees que tienen pinta de venir a negociar conmigo?

Claire no tuvo la oportunidad de responder.

Abajo, se oyó el estrépito de cristales rotos, seguido de pesadas botas golpeando contra el suelo de mármol. Los agentes ya habían entrado.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella con un tenso susurro, sintiendo que la energía de la habitación ya empezaba a calentarse. Era Andreas quien generaba el extraño chisporroteo en el aire. Su furia estaba creciendo, y traía consigo el terrible poder de la energía piroquinética—. Andreas, escúchame... no puedes continuar así. Por favor. Te lo ruego...

Su rostro era feroz, sus ojos resplandecientes.

—Wilhelm Rooth es el único que debería suplicarme. Pero no tú.

Los atronadores pasos continuaban en el primer piso mientras los agentes se dividían para registrar la casa. Uno de ellos llamó a Claire, advirtiéndole que indicara cuál era su posición en la unidad invadida.

—Ve con ellos —le dijo Andreas—. Deja que te saquen de aquí sana y salva.

Ella sabía que eso era lo que debería hacer. Que Dios la ayudase, sabía con cada resquicio de lógica que quedaba en su mente que la decisión más inteligente y más razonable sería permitir que los hombres de Wilhelm la escoltaran fuera de la casa mientras trataban de convencer a Andreas de que se entregara pacíficamente.

Su mente sabía todo eso.

Era su corazón el que vacilaba.

—Maldita sea, Claire. —Andreas se acercó a ella y la agarró de los brazos con fuerza. La sacudió de manera enérgica—. ¿Qué demonios te pasa?

Se oyó detrás de ella el ruido de una tremenda explosión. Ella sintió una flecha de calor pasando junto a su oído, agitando los mechones de su cabello suelto, que se le pusieron en la cara. Sintió el repentino impacto de una bala que no le dio apenas por unos centímetros y fue a parar al lado izquierdo del pecho de Andre.

—¡No! —gritó horrorizada.

Él se inclinó sobre sus talones, pero el disparo no lo derribó. El olor de la sangre y la pólvora mezcladas embotó la cabeza de Claire.

Le habían disparado.

«Oh, Dios... no».

Protegiendo a Andreas con su propio cuerpo, se interpuso entre él y el agente de las fuerzas de la ley que estaba de pie en el umbral de la puerta del dormitorio. Su enorme rifle negro apuntaba a Andreas, con el dedo peligrosamente apoyado en el gatillo.

—¿Está usted bien, *Frau* Roth?

Durante un momento, a ella le faltaba el aire para poder hablar. El corazón le martilleaba en el pecho, y las rodillas prácticamente se le estaban derritiendo. El

agente le hablaba, pero su atención estaba concentrada en Andreas, que se asomaba por detrás de ella, irradiando tanto calor como un horno.

—Está bien —dijo el agente—. Lo tengo cubierto. Ya no podrá hacerle daño.

El agente entró aún más en la habitación, avanzando con cautela hasta situarse a poca distancia de Claire. Su arma seguía apuntando al blanco. Mientras se acercaba, Andreas dejó escapar un feroz gruñido. El calor que Claire sentía emanar de él se estaba volviendo cada vez más fuerte, logrando que el vello de la nuca se le pusiera de punta.

—Por favor —logró articular ella por fin—. No tienes ni idea de lo que estás haciendo. Baja tu arma.

Los ojos del agente se clavaron en ella por una fracción de segundo, como si evaluara su cordura... su falta de ella.

—Es necesario que se aparte, *Frau* Roth. Tengo órdenes específicas. Debo cumplir con ellas.

«Órdenes específicas de matar a Andreas en aquel mismo lugar».

La conciencia de eso se hundió en ella como un veneno.

Aquel era un escuadrón de la muerte, justo como decía Andreas. Wilhelm había ordenado su muerte. No solo eso, sino que además quería que sus hombres mataran a Andreas a sangre fría, justo delante de ella.

La voz del agente sonaba fría y letal ahora, y a poca distancia, fuera de la habitación, otros agentes subían corriendo las escaleras.

—Apártese a un lado, *Frau* Roth. Me temo que no podré volver a pedirselo.

El rifle se acercó, como una forma de amenaza muy convincente. Ella no tenía ninguna intención de cooperar con el agente, pero en aquel mismo instante más que ver sintió que el brazo de Andreas pasaba por delante de ella para coger el arma a toda velocidad. Acompañando el movimiento, sintió a su lado el calor, una corriente eléctrica cuya vibración notó hasta en los huesos.

Andreas cerró el puño en torno al cañón del arma. Su brazo brillaba por el calor que irradiaba de sus dedos en anillos de luz vibrante y candente. La energía surgía de él e iba hacia el rifle con brillantes ondulaciones.

Al instante, los ojos del agente se abrieron con desconcierto. La cabeza se le fue hacia atrás y su cuerpo comenzó a sufrir violentos espasmos que le hacían castañetear los dientes. Claire sintió el olor de carne y de pelo quemados. Mareada, se apartó mientras el macho de la estirpe caía al suelo y se convulsionaba por la repentina dosis de aquel poder letal. Antes de que estuviera muerto, otro agente entró en la habitación, con el arma ya preparada.

—¡Claire, apártate! —rugió Andreas detrás de ella.

En aquel mismo instante, él lanzó más calor y luz, expulsándolos como una bala de cañón que se materializó fuera de la palma de su mano. Arrojó la orbe de fuego al agente recién llegado, matándolo en aquel mismo sitio. Estallaron llamas alrededor. El fuego consumía la pared más lejana expandiéndose hacia el techo.

Andreas lanzó una fiera mirada por encima de su hombro herido para ver a Claire de pie detrás de él, atemorizada por el terrible poder que él poseía.

—Vamos, tenemos que salir de aquí.

Ella lo siguió fuera de la habitación en llamas hasta el descansillo del segundo piso. Dos agentes más subieron las escaleras para enfrentarse a ellos. Él los detuvo en el acto, arrojando dos bolas de fuego que explotaron como bombas, abriendo un agujero en la pared tapizada de seda y arrancando un pedazo de la escalera de madera de forma curvada.

Mientras se dirigían hacia el piso principal, Claire permaneció cerca de él... pero no demasiado cerca, consciente de la energía abrasadora que emanaba de cada centímetro de su cuerpo. Cuando se colocaba a un pie de distancia de Andreas, el calor resultaba insoportable. El brillo incinerador que lo cubría en el bosque la otra noche había aparecido de nuevo. Si ella lo tocaba ahora, accidentalmente, sabía que eso la mataría.

Pero a medida que el infierno crecía en el piso de arriba y en el vestíbulo, y mientras Andreas aniquilaba al resto del escuadrón de la muerte que había venido a matarlo, sin duda bajo las órdenes explícitas de Wilhelm, Claire supo que aquel ser letal —ese hombre al que probablemente nunca había llegado a entender del todo— era su mejor oportunidad para sobrevivir en los próximos minutos.

Así que corrió cuando él le dijo que tenía que correr. Se mantuvo tan cerca de él como pudo. No fue hasta que los dos estuvieron fuera de la mansión, sintiendo bajo los pies la hierba fría y otoñal iluminada por la luna, que Claire se permitió caer de rodillas y romper a llorar.

Miró a su alrededor, asfixiándose con el aire fresco de la noche y la confusión de emociones que la estrangulaba. Su casa estaba en llamas. Se habían perdido más vidas. Quería gritar, pero en el rincón más profundo de su corazón se sentía inundada por la egoísta sensación de alivio que sentía al saber que Andreas aún respiraba.

Volvió la cabeza para mirarlo. Vio su figura grande y brillante borrosa a través de las lágrimas. ¿Cuántas veces durante los pasados meses había deseado que estuviera todavía vivo? ¿Cuántas lágrimas había derramado en secreto por sus familiares muertos?

No importaba lo que Andreas dijera, ella no podía permitirse ni por un segundo pensar que Wilhelm había tenido algo que ver con la destrucción del Refugio Oscuro de Andreas. Esperaba con cada hebra de su ser que aquella acusación fuera equivocada.

Pero ahora, después de lo que acababa de ocurrir, no podía arrancarse el afilado guijarro de duda que sentía incrustado bajo la piel. Y sabía que no sería capaz de descansar hasta saber si Wilhelm era culpable o inocente de aquel acto.

Necesitaba respuestas. Ahora más que nunca, necesitaba entender qué tipo de hombre era realmente Wilhelm Roth.

—¿Estás bien? —preguntó Andreas mientras ella se secaba los ojos húmedos y se

ponía en pie.

Claire asintió, pero por dentro se sentía entumecida, y con una sensación de mareo que le comenzaba en la boca del estómago.

—Él te hubiera matado esta noche —murmuró—. Yo no lo sabía, Andreas. Te juro que no lo sabía.

Él la miró en silencio, observándola a través del brillo vibrante que todavía recorría su cuerpo. Estaba herido y sangraba, y se había convertido en un monstruo de fuego, todo por culpa de Wilhelm. Y por culpa de ella. Ahora se arrepentía de haber contactado con Wilhelm, a pesar de cualquier obligación que pudiera tener con él como compañera de sangre. Prácticamente ella había firmado la orden de matar a Andreas.

—No tardarán en enviar más agentes —dijo ella—. Cuando esta unidad no dé un informe a Wilhelm, enviarán más hombres a buscarte.

—Sí —dijo Andreas, con un tono de llana y grave aceptación—. Enviarán más hombres a buscarme y los mataré también, hasta que haya matado tantos que Roth no tenga más remedio que enfrentarse conmigo cara a cara. Daré la bienvenida a ese momento. No me importa lo que me cueste llegar a él.

Claire se estremeció por dentro ante la idea de tanta violencia y muerte. Necesitaba desesperadamente respuestas de Wilhelm, y no estaba dispuesta a quedarse allí y ser testigo de más incendios y derramamiento de sangre. Pasó por delante de Andreas y se dirigió hacia la carretera que conducía fuera de la finca.

—Claire —la llamó él desde atrás, pero ella continuó caminando, moviéndose con una nueva determinación. La voz profunda de Andreas la alcanzó desde la oscuridad que había a su estela—. Claire, ¿adónde demonios piensas ir?

Ella se detuvo, y le dirigió una mirada cansada.

—Dijiste que querías localizar a Wilhelm y vengarte de él. Ahora yo necesito saber la verdad sobre él. La mayoría de sus negocios se manejan desde una oficina privada de la ciudad. Tal vez si vamos allí los dos encontraremos las respuestas que necesitamos.

**R**eichen no sabía muy bien qué era peor: el persistente dolor de la herida de bala, o la forma en que se le retorcía el estómago por la urgencia de alimentarse. Había una cosa capaz de solucionar ambos problemas.

Sangre.

Sintió que un gruñido se abría paso por su garganta reseca mientras sus orificios nasales se llenaban con la mezcla de olores de docenas de humanos próximos a él, todos ellos apretados en el compartimento del tren de Hamburgo. La tentación de elevar la mirada y escoger una presa posible —la necesidad de saciar su ardiente sed— era casi incontenible.

—Baja la cabeza —le susurró Claire, dejándolo sentir su cálida respiración resbalando contra su oreja—. Los ojos también, Andre.

Bastante malo era ya que estuviera herido y sangrando, y que tanto Claire como él olieran como un par de deshollinadores. No sería una buena idea dejar que alguno de los pasajeros sentados a su alrededor alcanzara a ver sus ojos transformados o el extraño estado de sus dientes.

Al menos su furia se había enfriado.

Él y Claire habían caminado alrededor de una hora antes de que el resplandor de su poder piroquinético hubiera amainado. No tuvieron más remedio que viajar a pie. Hasta que su metabolismo se estabilizara, todo lo que tocara, cualquier cosa que se acercara a él, se incineraría hasta quedar reducida a cenizas. Claire parecía muy consciente de ese hecho, y se mantuvo a una distancia prudencial mientras él luchaba por mantener bajo control su sistema.

Al ser de la estirpe, a pesar de haber recibido un disparo, Reichen podía haber caminado fácilmente durante las dos horas de recorrido que separaban la casa de campo de Roth de su oficina privada en Hamburgo. Podía haber cruzado esos kilómetros a una velocidad que los ojos humanos no lograsen detectar, pero bajo ningún concepto hubiera abandonado a Claire en plena noche. No después de lo que ella había tenido que pasar. Después de todo lo que él había puesto en su cabeza.

Ella estaba cansada, exhausta, incluso ahora que se hallaba sentada junto a él en un tren de la zona. No había discutido ni en un solo momento cuando él la condujo a la estación de la población rural y le preguntó qué línea debían coger. No tenían dinero, así que Reichen había tenido que usar un pequeño truco de prestidigitación. Bajo el efecto de la sugestión, el hombre que recogía los billetes entró en un rápido y breve trance, dándoles la oportunidad de subir al tren sin que nadie se diera cuenta.

El truco había consumido casi toda su fuerza, pero al menos Claire ya no pasaría frío y podría relajarse. Él, por otra parte, estaba de lo más tenso y agitado. Reichen bajó la barbilla hacia el pecho y encorvó los hombros para ocultar sus diversos problemas de los curiosos ojos humanos.

Su sed era otra cosa.



Lo corroía, siempre resultaba aún más encendida después del fuego. En circunstancias ordinarias, él y los de su raza podían pasar una semana o más sin alimentarse, pero desde el ataque en su Refugio Oscuro y el renacer de su poder letal, su sed se había vuelto persistente.

Casi constante.

Había visto a otros de su raza caer víctimas de la adicción a la sangre. No pasaba a menudo, y ocurría sobre todo entre las mentes más débiles y de menos edad, o en el otro extremo del espectro, entre las primeras generaciones de la estirpe, cuya sangre estaba menos diluida con los genes humanos y más cercana a la de los antiguos, los padres alienígenas de la raza de vampiros que poblaron la Tierra.

La maldición piroquinética de Reichen ya era lo bastante mala, pero la sed que arrastraba consigo lo horrorizaba tanto como el fuego que podía convocar a voluntad. Y si quería ser honesto, al menos consigo mismo, difícilmente podía negar que el fuego no era tanto una respuesta de su furia como una parte dominante de su propio ser.

Desde que había comenzado su misión de vengarse de Roth unas semanas atrás, los incendios se habían fortalecido. Ahora cobraban vida con tan solo un pensamiento, ardiendo intensamente y durante más tiempo, cada vez más explosivo. Y en cuanto se extinguían, era presa de una sed de sangre que apenas podía contener ni saciar.

Estaba perdiendo el control, y lo sabía. Si permanecía en compañía de Claire por mucho tiempo, ella lo sabría también.

A pesar de la gravedad de aquel pensamiento que daba vueltas a su alrededor, Reichen no podía evitar observar en la periferia a un joven con pantalón de cintura baja que se levantó de su asiento y se movió hacia un lugar que había quedado vacío en la parada anterior. Reichen siguió al humano con la mirada de un depredador, advirtiéndole que el joven estaba desorientado y se dejaba caer en el asiento. Los auriculares blancos emitían pequeños ecos de la música que resonaba en su cabeza. Tenía la mirada baja, y sus ojos huraños asomaban por debajo de su flequillo mal cortado, absortos en la pantalla táctil de su iPhone, ocupado como estaba en un intenso intercambio de mensajes de texto.

Reichen lo observaba con el mismo tipo de interés con que un león observaría a un impala en un abrevadero, con todos sus instintos de caza en tensión, ya separada la presa fácil del resto del grupo. El tren fue frenando su marcha. Mientras entraba en una estación, el humano se levantó. Los músculos de Reichen se tensaron en un acto reflejo. Comenzó a seguirlo, gobernado por el hambre, pero la mano de Claire le cogió con suavidad el antebrazo.

—No es esta la parada. Bajamos en la siguiente estación.

Él se echó hacia atrás en el asiento y se esforzó por contener el irritado aullido que casi se le escapa mientras las puertas del tren se cerraban y su antigua presa avanzaba tranquila e inconscientemente entre la multitud recién llegada al andén del

metro.

Unos minutos después, él y Claire llegaban a su parada. Se bajaron del tren y caminaron el resto del trayecto hasta Speicherstadt, una zona de almacenes del distrito de Hamburgo. Hileras de altos edificios de ladrillo divididos por canales fluviales brillaban con luz incandescente bajo el cielo nocturno. La mezcla de aromas de granos de café y especias viajaba en la fresca brisa mientras Claire lo guiaba hacia un puente de amplio arco y luego se adentraban en la zona histórica del barrio. Como indicaban los aromas, algunos de los edificios góticos parecían emplearse para almacenar productos; otros habían sido convertidos en tiendas donde se vendían elegantes alfombras orientales.

Claire continuó durante otro par de manzanas antes de detenerse frente a un edificio de ladrillo y piedra caliza parecido al resto de edificios vecinos. Un trío de escalones de cemento, flanqueados por una delicada verja de hierro forjado, conducía ante una puerta sin ninguna marca ni número.

—¿Este lugar pertenece a Roth? —preguntó Reichen mientras se detenían ante los escalones.

Ella asintió.

—Es una de las oficinas privadas que tiene en la ciudad. ¿Podrás abrir los cerrojos?

—Si no es con la voluntad, será con la fuerza —dijo él, colocándose delante de ella para enviar una orden mental al doble cerrojo de la puerta. Envió un golpe fuerte con la mente, con cuidado de no despertar el fuego que todavía acechaba al filo de su control, en espera de una excusa para encenderse otra vez. Con una serie de clics metálicos, los cerrojos se soltaron y la puerta se abrió unos centímetros. Cuando Claire avanzó hacia él para entrar, Reichen la retuvo con una mirada.

—Espera aquí mientras echo un vistazo. Puede que no sea seguro.

Él reconoció la ironía de su tono protector mientras entraba en el edificio oscuro en busca de alguna evidencia de problemas. Encontrarse con más agentes de las fuerzas de la ley sería definitivamente un problema, pero él era con diferencia la peor amenaza para la seguridad de Claire. Especialmente en su actual estado de hambre.

—Todo bien —le dijo cuando estuvo seguro de que el edificio estaba vacío. Encendió una luz para que ella entrara.

El gusto de Roth al decorar aquel lugar consistía en una incongruente mezcla del Viejo Mundo y el minimalismo moderno. Piezas de cromo y vidrio pulido competían con exquisitas antigüedades. En la paredes había hermosas obras maestras, aunque cada pintura representaba una escena de horrible brutalidad. Las escenas de muerte parecían ser las favoritas, fueran los protagonistas hombres, mujeres o animales. Al parecer, Roth no hacía discriminaciones en su apreciación de la violencia.

—¿Con qué asiduidad viene aquí? —preguntó Reichen, sin perderse el hecho de que había un dormitorio en el piso superior.

—A menudo. Al menos por lo que tengo entendido —dijo Claire en voz baja,

pero sin ninguna amargura, mientras caminaba hacia la zona de informática y encendía un ordenador. Mientras se ponía en marcha, abrió uno de los cajones del escritorio y comenzó a examinar sus contenidos—. Lo que sé es que su trabajo para la Agencia también lo lleva a Berlín de vez en cuando.

Reichen alzó la vista hacia ella, captando la duda en su suave mirada marrón. Puede que ella no quisiera creer las acusaciones contra su compañero, pero Claire estaba luchando al menos con cierta medida de incertidumbre respecto a Wilhelm Roth.

—¿Cómo está tu herida? —preguntó ella, pareciendo arrepentida cuando no tendría por qué estarlo.

Reichen se encogió de hombros con el hombro sano. La bala lo había atravesado limpiamente, en cuanto se alimentara, la herida sanaría rápidamente.

—Sobreviviré —dijo—. Lo bastante para hacer lo que tengo que hacer.

Él pudo ver el movimiento de su cuello mientras tragaba saliva.

—¿Cuándo acabarás con todo esto, Andre? ¿Cuántas personas más tienen que morir?

Su respuesta fue sombría y decidida.

—Solo una.

Ella sostuvo su dura mirada.

—¿Qué harás si tus acusaciones contra él resultan ser falsas?

—¿Qué harás tú si resultan ser verdaderas?

Ella no dijo nada mientras él avanzaba hasta donde ella estaba; se limitó a apartarse unos pocos pasos para permitirle acceder al ordenador y al puñado de tarjetas profesionales y recetas que ella había dejado sobre el escritorio. Reichen abrió el correo electrónico de Roth y comenzó a revisar sus archivos, sin saber exactamente qué era lo que estaba buscando. Pistas de las actividades de Roth, sus contactos. Alguna señal de su paradero. Cualquier cosa.

Lo que tenía que hacer en primer lugar era concentrarse en sus razones para estar allí, y no en la ineludible conciencia de Claire tan cerca de él, una cálida presencia que sentía directamente en la médula. Se esforzaba tanto por ignorar su respuesta visceral que tuvo que mirar las tarjetas profesionales que había sobre el escritorio de Roth hasta tres veces antes de fijarse en una hecha de papel de pergamino plateado con una tipografía negra sencilla y elegante.

Apartó la tarjeta de las otras y la leyó, a pesar de que ya sabía de memoria el nombre y la dirección que figuraban en ella. Aunque no era una sorpresa el hecho de haber encontrado esa tarjeta entre las posesiones de Roth, sentía que la sangre se agitaba en sus venas.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Claire, sin duda advirtiendo su repentina tensión. Se acercó a él, mirando con atención el trozo de papel translúcido que tenía en la mano—. Afrodita. ¿Qué es eso?

—Un club de Berlín —respondió Reichen—. Un burdel muy caro y exclusivo.

Miró a Claire a tiempo para ver cómo su curiosidad se convertía en una expresión de silenciosa incomodidad.

—Wilhelm nunca ha tenido escasez de mujeres bien predispuestas. Se lo pensaría muy bien antes de ponerse a pagar por compañía. El hecho de que tenga esa tarjeta no significa nada.

—Significa que estuvo allí —dijo Reichen—. No necesito este trozo de papel para demostrarlo. La dueña de Afrodita y yo éramos... muy cercanos. Yo confiaba en Helene incondicionalmente.

Claire se apartó de él durante un momento.

—Hace tiempo oí que estabas con una mujer mortal. Una entre muchas, según tengo entendido.

Él no hizo caso del comentario, pero le sorprendió saber que ella estuviese al tanto de sus asuntos personales. Y sí, había habido muchas mujeres en su vida a lo largo de los años, una serie de relaciones poco memorables de las que se enorgullecía muy poco, incluso ahora. Especialmente ahora.

Pero había respetado a Helene más que a cualquier otra de las mujeres humanas que habían estado en su cama o bajo sus colmillos. Ella se había convertido en una confidente cercana, una verdadera amiga, a pesar de que permanecía ajena a su lado oscuro y letal, ese aspecto que él tanto se había esforzado por reprimir.

—Helene era una buena mujer. Sabía que era de la estirpe y guardaba el secreto. Además, me mantenía informado de las cosas que pasaban en el club. Recientemente, me enteré de que una de sus empleadas había comenzado a citarse con un hombre muy rico e importante. Esta empleada había acudido al trabajo con marcas de mordeduras en el cuello en más de una ocasión. No mucho después de eso, desapareció sin dejar ningún rastro. Le pedí a Helene que investigara y me dio un nombre: Wilhelm Roth.

Claire arrugó las cejas y la frente.

—El hecho de que esa chica haya pasado tiempo con él no significa que él la matara.

—No se detuvo ahí —dijo Reichen, con la voz tensa—. Mientras yo me ocupaba de otro asunto, Helene se presentó en mi Refugio Oscuro. Alguien la dejó entrar, sin darse cuenta de que era una trampa. Helene se había convertido en una secuaz desde que la había visto por última vez. Su amo la envió a mi casa con una unidad de asesinos armados... un escuadrón de la muerte de la Agencia. Mataron a todo el mundo dentro. Los mataron a todos a sangre fría. Incluso a los niños.

Ella ahogó un grito aterrorizado y negó lentamente con la cabeza.

—No, hubo una explosión. Un incendio terrible...

—Sí, lo hubo —admitió Reichen, cogiéndola de los brazos mientras la ira comenzaba a enturbiar su recuerdo—. Yo hice arder la casa en llamas, pero fue cuando llegué y vi la carnicería que había dentro. Fue cuando llegué y encontré a Helene esperándome, cubierta con la sangre de mi familia. Me dijo quién lo había

hecho, Claire... justo antes de que terminara con su miseria y prendiera fuego a mi casa ya las almas que había en ella.

Los tiernos ojos marrones de Claire se inundaron repentinamente de lágrimas, pero no dijo nada. Ni una palabra para negarlo o desmentirlo. Ni una sola sílaba en defensa de su compañero.

—Andre...

No debería haberlo tocado. La cálida sensación de la palma de su mano, que vino a descansar en su mejilla lo hizo caer del precipicio donde se estaba tambaleando desde el primer momento en que volvió a verla. Y desde mucho antes que eso, para ser honesto.

Reichen llevó la mano hasta el suave arco de su nuca y la atrajo hacia él. Dobló la cabeza y apretó los labios contra los de ella. No hubo indecisión, ni un principio manso, cuando sus labios se juntaron y se mezclaron en un beso ardiente que era tan familiar y honesto como si estuviera prohibido.

Claire.

Ah, qué sensación.

Casi había olvidado lo que se sentía al abrazarla, al besarla. Al desearla con una necesidad que lo abrasaba como lava caliente en el estómago. Su cuerpo le recordó todas las veces que lo había hecho arder. La excitación lo invadió, convirtiendo su sangre en fuego y poniendo su polla tan dura como el hierro forjado. En aquel instante a él no le importó estar herido, sangrando y sediento de venganza.

No le importó que perteneciera a otro... a su peor enemigo. Lo único que sentía era el calor de la boca de Claire en la suya. El calor de sus curvas apretadas contra él.

Deseaba más.

Lo deseaba todo de ella. Y ahora el ansia que lo tenía aferrado tan despiadadamente lo envolvía todavía con más fuerza. Se le retorcía el estómago, ardiendo. Los colmillos le desgarraban las encías, las afiladas puntas latían con cada húmedo roce de sus labios contra los de ella.

Quería saborearla. Que Dios se apiadase, quería hundirse en ella, justo ahora y aquí.

Ella debía ser suya. Aquel beso le decía que ella era suya todavía, aunque la ley de la estirpe y el lazo de sangre que compartía con otro hombre lo prohibiera.

Siempre sería suya...

No.

Reichen gruñó mientras apartaba la boca de la de ella y la alejaba con manos rudas y temblorosas. Sentía el pecho oprimido, y respiraba costosamente a través de los dientes y colmillos. La herida de bala en la parte superior de su pecho gritó con renovado dolor, empeorando por el ansia con que latían sus venas. La habitación resultaba demasiado caliente, sofocante. Necesitaba calmarse antes de que su precario control se hiciera aún más débil.

Claire lo miraba fijamente con los dedos apretados contra su boca hinchada, como

si no supiera si gritar o llorar.

—Necesito algo de aire —murmuró él—. Dios bendito, ha sido un terrible error venir aquí contigo. Necesito salir de aquí inmediatamente.

—Andreas. —Él se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta, pero antes de que pudiera dar más de un par de pasos, Claire estaba justo detrás de él—. ¿Adónde vas? Háblame, por favor.

Él continuó caminando, esperando que lo dejara marchar. Quería que Roth pagara por lo que había hecho, pero ¿acaso tenía derecho de involucrar a Claire en el proceso? Una parte egoísta de él razonaba que sería justo que la compañera de Claire fuera parte del precio. ¿Había mejor venganza que la de arruinar a ese corrupto hijo de puta y hacer suya a aquella mujer?

Dios.

No quería llegar a ese punto.

Por muy tentador que fuera, no se trataba de eso. Se había marchado décadas atrás para proteger a Claire del monstruo en que se había convertido. ¿Acaso solo lo había hecho para regresar y destruirla ahora?

—Andreas, por favor, no te alejes de mí. —Su voz lo siguió mientras él llegaba a la puerta. Ella dejó escapar una risa ahogada y sin alegría, llena de dolor y crudo desprecio. Cuando finalmente recobró la voz, había en ella una blanda condena—. Maldito seas. ¿Cómo puedes hacerme sentir así después de todos estos años? ¡Maldito seas por dejarme! Y maldito por regresar de esta manera, justo cuando creía que te habías ido para siempre y que por fin sería capaz de olvidarte.

A pesar de que cada instinto lo impulsaba a avanzar y ocuparse de sus oscuros asuntos con Roth dejando a Claire al margen, Reichen se detuvo. Ella no sabía lo peligroso que era ahora. O tal vez sí, pero estaba demasiado confundida y enfadada como para que le importase.

Claire respiró con fuerza y luego dejó escapar un suspiro derrotado.

—Maldito seas, Andre, por estar aquí y hacerme dudar de cada una de las elecciones que he tomado.

Él se volvió para enfrentarse a aquella justificada acusación. La sed de sangre lo inundó al mirarla, su necesidad física de sustento se enfrentaba con un deseo carnal que ni el aire más helado de la noche podría calmar. Ella era tan hermosa y tan fuerte. Tan buena y tan honesta. Y ahora estaba furiosa con él; el latido frenético de su pulso en la base de su garganta suavemente tostada lo demostraba.

Reichen no podía apartar la vista del firme pulso de su corazón.

El fuego le pasaba factura, tanto como el golpe que había recibido en el pecho aquella noche. Ya no tenía ningún control sobre su sed; esta había derrocado su voluntad. Eso era lo único que sabía al avanzar hacia Claire, todo lo que tenía de la estirpe y de hombre estaba enfocado en aquella mujer.

—¿Por qué me dejaste? —preguntó ella mientras él se acercaba.

Él gruñó, saboreando el aroma de vainilla de su sangre, que corría bajo la

superficie de la delicada piel.

—Para protegerte.

Ella frunció el ceño, insegura.

—¿De qué?

—De la peor parte de mí.

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Nunca tuve miedo de ti, Andre. Y sigo sin tener miedo.

—Pues deberías tenerlo... *Frau* Roth.

Él mostró los colmillos y clavó en ella sus ojos ámbar, transformados... en una breve advertencia, suficiente como para que ella reculara o lo ahuyentara con un grito. Claire no podía saber lo duro que era para él lo que estaba haciendo. Se acercó más a ella, rodeándola con su cuerpo, a pesar de decirse a sí mismo que todavía tenía honor, que el fuego que ardía en su interior todavía no le había arrebatado toda su humanidad.

Pero era mentira.

Sintió desmoronarse el lúgubre vacío de esa esperanza en el instante en que sus colmillos se clavaron en la tierna carne de la garganta de Claire.

Ella ahogó un grito. Levantó las manos hacia el cuerpo de él, que se apretaba con fuerza contra el de ella; las colocó sobre su esternón. Él sintió la tensión repentina, el disparo del impacto y la adrenalina mientras la cogía en brazos y saboreaba el primer sorbo de su cálida e intensa sangre en la boca.

Al principio, se alimentó con hambre ciega. Trago tras trago, llevado por la primaria necesidad de nutrirse. Pero a través de la bruma de su mente encendida por la fiebre de la sangre, mientras bebía de la vena de Claire, comenzó a sentir algo más.

El aroma de su sangre lo inundó, llenando su cabeza de la más dulce intoxicación. El rápido latido de su pulso en su lengua floreció para convertirse en un latido visceral que hacía eco en su propia sangre. Un deseo de posesión creció dentro de él, oscuro y peligroso. Mantuvo el mordisco, saboreándola, mientras su cuerpo se ponía rígido por la necesidad de poseerla de una manera más carnal también.

Él sintió que los dedos de ella se clavaban en su espalda mientras continuaba bebiendo, y su respiración se volvió ronca y jadeante contra su oído. Los sentidos de él se llenaron con ella. Un poder que era como un murmullo lo inundó, un poder que sintió rugir a través de cada fibra de su cuerpo. Todavía más profundamente, dentro del tejido de su alma, en el centro de su ser.

Claire era la primera, la única compañera de sangre de la que había bebido, y no podría haber ninguna otra para él mientras ella viviera. Toda su naturaleza de la estirpe revivió como si hubiera estado toda su vida dormida y ahora floreciera ante la profunda conciencia de aquella mujer... ahora y para siempre. Un sello eterno, un lazo de sangre.

Una conexión con ella que no se podía deshacer más que con la muerte, la suya o la de él.

—Andreas. —El suave llanto angustiado de Claire lo traspasó como un cuchillo. Horrorizado por lo que acababa de hacerle, y de hacerse a él mismo, sanó su herida con un rápido movimiento de la lengua y retrocedió. Ella tenía las mejillas de un rosado intenso y respiraba agitadamente con los labios separados mientras lo miraba con abyecta conmoción. Reichen sintió su terror como si fuera propio. Cada emoción intensa que ella sintiera a partir de ahora, él la sentiría también.

—Andre —susurró ella, alzando la mano para tocar la zona del mordisco, ya curada. Su rostro reflejaba un amargo tipo de confusión—. Oh, Dios mío... ¿qué has hecho?

Él dio un paso atrás, abatido por la culpa.

Claire pertenecía a otro hombre. No a él. Se había entregado a Roth, le gustara a Reichen o no. Su sangre ya estaba unida a alguien, igual que la sangre de Roth estaba unida a la de ella. Ahora, con aquel sacrilegio inconcebible, Reichen se había interpuesto en ese lazo.

Al beber de Claire, se había ligado a ella de manera irrevocable.

Sería arrastrado hacia ella siempre. Consciente de ella siempre. Era el regalo más sagrado que una compañera de sangre podía dar a alguien de su raza, y él se lo había arrebatado, robado, en un acto de pura necesidad egoísta.

—Perdóname, Claire —murmuró. Enfermo consigo mismo por la profundidad con que la deseaba, con o sin la intensidad del lazo de sangre, se alejaría de ella. Se retiró unos centímetros hacia la puerta—. Oh, qué he hecho... Perdóname, por favor.



—**A**ndreas, espera.

Él no esperó. No, ni siquiera debía mirarla. Se dio la vuelta y fue hasta la puerta a una velocidad que los ojos humanos no podían captar. Abrió la puerta al aire frío de la noche. Puso los pies en el suelo de cemento de la entrada.

—Andre...

La breve mirada que él le lanzó por encima del hombro fue feroz y ardiente. Sus colmillos tenían un brillo descarnado, y un tamaño aterrador. Claire todavía podía sentir sus afiladas puntas en la tierna zona de su cuello. Aunque llegara a vivir cien años más le sería imposible olvidar el dolor sensual y espeluznante de su mordisco. O el placer.

Dios, qué abrasadora y maravillosa ráfaga de placer había sentido cuando Andreas bebía de su vena.

Eso los había condenado a los dos en aquel mismo instante. Ella lo sabía, y él también; la verdad de ese hecho estaba escrita en los rasgos tensos de su rostro, era posible verla en el brillo de su mirada cuando él se detuvo a contemplarla bajo la luz de las farolas.

Ella no le pertenecía. Claire tenía que recordarse eso a sí misma cuando sus piernas comenzaron a moverse instintivamente hacia él. Ella era de otro, por sangre y por voto, aunque no por amor.

Ese otro tenía que haber sentido el pinchazo emocional en el cuerpo de Claire como si fuera el suyo. De acuerdo con la ley de la estirpe, no había mayor pecado que traicionar el sacramento del lazo de sangre.

Pero cuando Andreas se dio la vuelta y abandonó la entrada y Claire corrió hasta la puerta justo a tiempo para verlo desaparecer en la noche, supo que había un pecado mayor. El pecado de haberse entregado a alguien como compañera de sangre mientras su corazón todavía añoraba a otro.

Tres décadas atrás, era una mujer de apenas veinte años, inocente acerca de tantas cosas... Una de ellas era la existencia de una raza de seres que crecían en medio de la sangre y la oscuridad, seres increíbles que tenían algo de humano... y algo que estaba muy lejos de lo humano.

Ella era una estudiante que estaba en el extranjero la primera vez que había sido asaltada por un vampiro en aquel mismo distrito de Hamburgo. Había sido mordida por otro como él, no una bestia cruda surgida de entre las sombras, sino un caballero sofisticado, alto y dorado llamado Wilhelm Roth.

Él la llevó a su casa —su Refugio Oscuro, como ella aprendería más tarde— y le ofreció su protección mientras estuviera en la ciudad. A Claire le habían gustado Wilhelm Roth y su compañera, una joven tímida llamada Ilsa que llevaba en su tobillo la misma extraña marca de nacimiento que ella tenía en su cuello. Claire aprendió mucho durante aquellas primeras semanas que vivió entre la estirpe como

protegida de Wilhelm Roth, incluyendo el hecho de que era totalmente posible para ella enamorarse de uno de los de su tipo, que es exactamente lo que ocurrió cuando conoció a Andreas Reichen.

Después de estar cuatro meses juntos, se había sentido devastada cuando Andreas desapareció abruptamente de su vida. Wilhelm Roth le había ofrecido un hombro fuerte en el que apoyarse. No mucho después fue el turno de Claire para brindarle apoyo, cuando perdió a Ilsa durante el ataque de un renegado. Claire sabía incluso entonces que aquel sentimiento de compasión y de cariño era algo diferente al amor. A Wilhelm no había parecido importarle el hecho de que ella tuviera todavía el corazón roto y sangrando por Andreas cuando más tarde la presionó para convertirse en su compañero. Sin embargo, no había transcurrido ni siquiera una semana desde que se unieran con el lazo de sangre cuando Wilhelm la hizo trasladarse al campo mientras él permanecía en Hamburgo.

Qué loco y terrible error había cometido. Ahora lo sabía... una lección terrible cuando su cabeza estaba llena de dudas acerca de Wilhelm y su corazón de nuevo roto por Andreas.

Claire estaba todavía dándole vueltas a aquel descubrimiento cuando un todoterreno negro frenó de manera estridente detrás de ella. Dos agentes de las fuerzas de la ley, pesadamente armados, salieron del vehículo y la apuntaron con el rayo cegador de una linterna.

—¿*Frau* Roth? —preguntó uno de ellos, claramente sorprendido de encontrarla allí—. Una alarma silenciosa nos dio la alerta de que habían entrado en la oficina. ¿Está usted bien?

Ella no sabía si responder o no. Se sentía entumecida, perdida... despojada.

—¿Hay alguien más en el edificio? —le preguntó el otro guardia.

—¿Está aquí sola, *Frau* Roth? ¿Cómo ha conseguido escapar de ese loco que ha estado sembrando la destrucción desde hace dos noches?

Claire no tenía respuestas para ellos. Lo único que quería hacer era correr detrás de Andreas, pero los grandes agentes armados la hicieron mantenerse cerca cuando entraron a registrar el lugar.

—No se preocupe —la tranquilizó uno de ellos—. Esta pesadilla ha terminado. Nosotros, junto con el director Roth, vamos a atrapar al bastardo que entró en su casa y a acabar con él como el perro rabioso que es.

—Eso es —intervino el segundo hombre, sonriendo como para alentarla—. Ya verá. Pronto estará en un lugar seguro, como si no hubiera ocurrido nada en las últimas dos noches.

Claire se excusó para ir al cuarto de baño y se sentó en la oscuridad, tratando de no gritar.

En una instalación subterránea oculta bajo un bosque virgen del sur de Nueva Inglaterra, una criatura que no pertenecía a esta época, ni tampoco a esta tierra, dejó al descubierto sus enormes colmillos al soltar un rugido que helaba los huesos. Con

más de dos metros de altura, sin pelo y desnudo, aunque una gruesa maraña de marcas ondulantes cubría su piel de la cabeza a los pies, el Antiguo era impresionante, algo terrible de contemplar. Todavía más mientras caminaba de un lado a otro dentro de la celda cilíndrica de rayos UVA donde estaba confinado, con un brillo asesino en las delgadas pupilas que anidaban en aquellos feroces agujeros de color ámbar.

Wilhelm Roth estaba mirándolo desde una distancia segura, arriba, en la habitación de observación del ala de alta tecnología del laboratorio, y de pronto lo distrajo una simple y repentina verdad: su compañera de sangre acababa de traicionarlo con Andreas Reichen. Los sentidos de Roth le dijeron al instante que ella había sangrado para Reichen. Sintió un sabor ácido en la lengua. Como el Antiguo cautivo en la otra habitación, a Roth lo sacudió la repentina urgencia de bramar con rabia salvaje, pero apretó sus molares y reprimió su furia.

Incluso ahora podía sentir el tormento de Claire, el pinchazo de sus emociones, su confusión y su desespero, resonando en sus propias venas. Que ella todavía estuviera prendada de Reichen no fue una sorpresa para él. Ella se había esforzado mucho para que sus sentimientos se desvanecieran a lo largo de todos esos años, pero su voluntad era débil y su sangre la traicionaba fácilmente. No es que a Roth le preocupara especialmente la fidelidad del corazón de Claire. El amor era fugaz, una emoción inconstante a la que nunca se había sentido muy apegado. La ambición y el poder, poseer y ganar, eran las cosas que valoraba.

Y él era un maldito y resentido perdedor.

—El Antiguo ha sido privado de comida durante veintiún días —dijo el macho de la estirpe que observaba junto a Roth desde la ventana del laboratorio superior de observación.

Su nombre era Dragos, aunque él había usado otro nombre, uno entre varios alias, al aproximarse a Roth para que este se uniera a su revolución. O mejor dicho, su «evolución», ya que el plan de Dragos pretendía sacar a la estirpe del mundo subterráneo de las sombras que ahora estaba obligado a habitar para otorgarle un lugar de supremo poder por encima de la humanidad. Un mundo donde Dragos y unos pocos socios escogidos llevarían el timón.

—La falta prolongada de alimento es dolorosa, por supuesto —continuó Dragos—, pero en unos pocos días sus funciones vitales comenzarán a ralentizarse hasta el nivel adecuado. Le hemos administrado dosis regulares de sedantes para acelerar el proceso, pero lamentablemente, con este tipo de operación el tiempo es lo único eficaz, el método más seguro... Dime si te estoy aburriendo, *Herr Roth*.

Roth se obligó a sí mismo a abandonar su distracción. Incluyó la cabeza con un gesto que expresaba cuidados respetos.

—Para nada, señor.

Era un suicidio burlarse de Dragos, y a juzgar por el tono aparentemente agradable del macho de la estirpe, estaba positivamente furioso.

—Estás empezando a preocuparme, Roth. ¿Será que ese asunto con el que has estado luchando en Alemania está distrayendo tu atención de cosas más importantes? Aunque eso le resultó irritante, bajó la cabeza todavía más.

—No, no señor. En absoluto.

Dragos sabía que el Refugio Oscuro de Roth en Hamburgo y su casa de campo habían sido destruidos. Sabía que su compañera había sido capturada violentamente, pero desconocía el hecho de que ella y aquel que había perpetrado los asaltos hubiesen tenido una historia juntos.

Roth también tenía su propia historia con Reichen. Un odio que empezó meses antes de que Claire entrara en juego, aunque a menudo se preguntaba si Reichen entendería la profundidad de su enemistad, o hasta dónde había sido capaz de llegar Roth para que Reichen sufriera.

Tendría que llevar las riendas de la actual situación de vuelta a casa en Hamburgo, y eso significaba asegurarse de que Andreas Reichen tuviera una muerte rápida, segura y preferiblemente dolorosa.

Roth levantó la cabeza para encontrarse con la dura mirada de su comandante.

—No tiene nada de qué preocuparse, señor. Nuestra misión es mi única prioridad.

—Bien. —La astuta mirada de Dragos lo perforó—. Que así sea, *Herr Roth*.

Al otro lado de la ventana de observación, el Antiguo dejó escapar otro aullido desesperado. Dragos observó, inquebrantable, cómo la criatura que había sido el padre de su padre se arañaba a sí misma y soltaba alaridos de dolor.

—Ya no te necesito —murmuró Dragos sin mirar a Roth—. Espero un informe tuyo más tarde.

—Sí, señor —murmuró Roth con una sonrisa tensa que le costaba sostener.

Esa sonrisa se transformó en una expresión de desprecio cuando salió del laboratorio y se dispuso a ocuparse de su trabajo para Dragos. Cuando el teléfono móvil sonó en su bolsillo, tuvo que reprimirse para no apretar el aparato con el puño mientras se dirigía a través del búnker.

—¿Qué pasa? —espetó al aparato.

Escuchó, con la sangre bullendo en sus venas, mientras un agente de las fuerzas de la ley de Hamburgo le comunicaba que su compañera de sangre se hallaba a salvo y bajo custodia.

—¿Está sola?

—Sí, director Roth. Y milagrosamente, no parece estar herida. La tenemos aquí con nosotros en su oficina de Speicherstadt.

—Excelente. —Roth entró en una habitación de suministros que estaba vacía y cerró la puerta tras él—. Pásale el teléfono. Quiero decirle algo.

Claire trató de ignorar al agente de las fuerzas de la ley que llamaba a la puerta del cuarto de baño, pero no podía esconderse allí para siempre. Y tampoco podía evitar hablar con Wilhelm, que por lo visto estaba ahora al teléfono, esperando para hablar con ella.

—*Frau* Roth —la llamó el agente—. ¿Está usted bien?

Ella se levantó del suelo, donde había estado sentada, y fue a abrir la puerta. Cuando salió de la habitación oscura, el agente le entregó el teléfono. Lo cogió. Lentamente se lo llevó al oído.

Tan pronto como oyó la respiración de Wilhelm, caliente a través del auricular, supo que estaba furioso con ella. Sus venas sonaban dándole una advertencia que ella no tuvo la paciencia de reconocer.

—Me mentiste —dijo ella a modo de saludo—. Pero me has mentido acerca de muchas cosas, ¿verdad?

La burla que él soltó fue tan afilada como un puñal.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De los hombres que enviaste a casa esta noche. No tenían ninguna intención de hablar con Andreas pacíficamente. Enviaste a un escuadrón de la muerte para matarlo.

—Andreas Reichen es un individuo muy peligroso —fue la respuesta de hielo—. Solo estaba pensando en tu seguridad, Claire.

—¿En serio? —Ella elevó ligeramente el tono de voz, lo suficiente como para provocar miradas ansiosas en los perros guardianes de la Agencia—. Si mi seguridad era importante para ti, entonces ¿por qué insististe en que me quedara allí con él? Prácticamente me dejaste en sus manos.

Ella dejó escapar una risa bajita e irritada por los nervios.

—Sinceramente, no veo el sentido de tu disgusto, querida. Conseguiste sortear la situación con tu precioso cuello ileso, supongo.

Claire despreció el pesado comentario sacudiendo con fuerza la cabeza. No iba a permitir que él la avergonzara cuando la había hecho enfermar de rabia y asco y también de miedo.

—¿Qué me dices de la chica del burdel Afrodita, Wilhelm? ¿Logró escaparse de ti ilesa?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio y eso le dio a Claire coraje para continuar, para soltarlo todo en una respiración.

—¿Qué sabes del ataque en el Refugio Oscuro de Andreas, Wilhelm? ¿Tuviste algo que ver con eso? —Ella prácticamente se asfixió con las horribles palabras—. ¿Enviaste a un secuaz a su casa con un escuadrón de la muerte y la orden de asesinarlos a todos? ¿Eres el asesino de sangre fría que él afirma que eres?

—Por el amor de Dios, Claire. Escúchate a ti misma. Estás arrojando un montón de tonterías paranoicas.

—¿Eso hago? —Ella captaba la vacilación en el tono de voz de él. Prácticamente podía oír las ruedas girando en su mente astuta, calculando los errores y cómo disimularlos—. ¿Qué es lo que ocurre entre Andreas y tú? ¿Te ha traicionado dejándote expuesto de alguna manera, o se trata de algo personal... que tiene que ver con el pasado?

—No me importa el pasado —respondió, totalmente vacío de emoción—. Y a menos que mi instinto me engañe, Claire, lo que hay entre Andreas y yo acaba de convertirse en una cuestión personal desde hace poco. ¿Qué tipo de compañero sería si le permitiera profanar la santidad de tu lazo y simplemente marcharse sin ser interpelado? No existe ni un solo hombre de la estirpe capaz de negarme el derecho a defender tu honor.

Oh, Dios. Eso era cierto.

Si la violencia desatada por Andreas durante las últimas semanas no era razón suficiente, beber de ella, de una compañera de sangre que ya compartía un lazo, significaba escribir su propia condena de muerte.

Claire tragó el terror que sentía en la garganta.

—Tú nunca me has amado, ¿verdad, Wilhelm? ¿Por qué quisiste que fuera tu compañera? ¿Por qué te preocupa lo que haga ahora si nunca he formado realmente parte de tu vida? Nuestro lazo nunca ha sido más que una farsa...

—Si estás buscando una forma de justificar tus acciones, Claire, estás completamente equivocada. El hecho es que tú eres mi compañera. Y que cuando ponga mis manos sobre Andreas Reichen, le exigiré todo lo que me debe. Puedes contar con eso.

Ella podía oír el peligro en su voz y supo, por la brusquedad con que le habló, que jamás encontraría piedad en él. Nunca había sido de las que se encogían, pero la idea de que enviara a otros de sus matones para buscar a Andre en la ciudad hizo que el corazón se le encogiera.

—Wilhelm, por favor...

—No me supliques, Claire. No por él —le espetó, lleno de veneno—. Pásale el teléfono al agente. Irás al cuartel de las fuerzas de la ley y los ayudarás en la persecución de ese... animal.

—Wilhelm, no...

—¡Pásale el teléfono al agente, maldita sea!

Ella no quería llamar la atención de los guardias armados. Los dos la miraron boquiabiertos cuando el furioso exabrupto de Wilhelm resonó en la habitación. Uno de los agentes fue hacia ella y le quitó el teléfono, que Claire soltó con reticencia. El guardia escuchó durante un momento y luego se acercó a su compañero para darle instrucciones de mantener a la mujer bajo custodia.

El corazón de Claire latía con fuerza en su pecho mientras el agente mantenía la conversación privada. Pudo ver la confusión y la simpatía en los ojos de aquel hombre de la estirpe cuando colgó el teléfono y fue hacia ella con la firme calma de un soldado acostumbrado a manejar situaciones difíciles.

—Ahora debes venir con nosotros —le dijo con suavidad pero también con firmeza—. Tenemos órdenes, *Frau Roth*. Lo siento.

—No. —Él se dispuso a cogerla y los ojos de Claire brillaron con pánico—. No iré con vosotros. ¡Quítame las manos de encima!

El segundo agente se movió, con expresión seria.

—No lo hagamos más difícil, ¿de acuerdo?

Claire apartó el brazo que tenía agarrado. Se alejó de ellos dos pasos, dispuesta a salir disparada hacia la puerta. Ni siquiera pudo acercarse. Uno de los guardias estaba allí antes de que le diera tiempo a pestañear. El otro se puso detrás de ella y le puso algo duro y frío en la nuca.

Ella sintió el lacerante golpe de la porra eléctrica un instante antes de que las piernas se le doblaran. Cayó al suelo con un grito roto, tensa de dolor.

—Levántala —oyó decir a uno de los guardias por encima de ella—. Iré a abrir el vehículo.

Claire sintió que unas manos grandes y fuertes la levantaban del suelo. Oyó que se abría la puerta del apartamento, sintió que entraba el aire frío de la noche y patinaba en el suelo. Luego se oyó un gruñido grave y enfermo, el sonido de alguien jadeando, asfixiándose y luchando por respirar.

El agente que sostenía a Claire la soltó para enfrentarse a lo que había de pie en el umbral de la puerta abierta.

—¡Qué demonios!

Claire levantó la cabeza y no pudo reprimir un llanto de inesperado alivio.

Andreas.

Oh, Dios... había vuelto a buscarla.

Su enorme cuerpo bloqueaba la puerta, sus ojos resplandecían y sus colmillos brillaban amenazantes. A sus pies yacía el cuerpo sangrante del agente que la había golpeado con la porra eléctrica, con la garganta brutalmente desgarrada. Cuando el segundo agente sacó su arma y se preparó para disparar, Andreas entró de un salto y disparó con el revólver de su compañero, matándolo con la velocidad y la puntería letal de un francotirador.

Y luego acudió a su lado como si no existiera nada más.

—Claire... Dios bendito —dijo, con la voz ronca y la expresión más grave que le había visto nunca. Le acarició la cara con las manos, tocando cada centímetro de ella como si temiera romperla. Los dedos le temblaban contra la piel. Por un momento pensó que iba a besarla otra vez, y lo deseó desesperadamente—. ¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza, sintiéndose débil y temblorosa hasta que Andreas la agarró de los hombros con su brazo y la condujo lejos de la sangre y de la muerte que cubrían el suelo.

—Ahora no estamos a salvo en esta ciudad —le dijo ella—. Acabo de hablar con Wilhelm. Sabe que estoy contigo. Sabe que esta noche bebiste de mí.

Andreas apretó la boca con tensión. Algo oscuro asomó a sus ojos. ¿Remordimiento, tal vez? ¿Arrepentimiento?

—No creo que ninguno de los dos estemos a salvo ahora —dijo ella.

Él la miró fijamente durante un momento, con una mirada intensa e indagadora. Luego asintió con firmeza.

—Vendrás conmigo, Claire. Pase lo que pase, te mantendré a salvo.



**T**ras despojarlos de sus armas, llaves, teléfonos móviles y dinero, Reichen dejó a los agentes de las fuerzas de la ley, y luego se unió a Claire para ir al todoterreno que los esperaba fuera.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella cuando subieron al vehículo y Reichen accionó el freno de mano—. Wilhelm no tardará en tener a la mitad de la Agencia detrás de nosotros.

Reichen reconoció ese hecho asintiendo con seriedad.

—No podemos quedarnos en Hamburgo. Y probablemente sería prudente abandonar también Alemania.

—¿Y dónde vamos a ir? —Él tiene contactos en toda Europa. No podemos confiar en ninguno de los Refugios Oscuros de la Agencia, pues podrían delatarnos a la primera oportunidad.

—Podemos confiar en la Orden.

Reichen vio de reojo la reacción de duda que tuvo Claire.

—¿La Orden? Por lo que he oído acerca de ellos, no tienen precisamente la costumbre de abrir sus puertas. ¿Por qué iba a querer ayudarnos un grupo de vigilantes de Estados Unidos?

Reichen resistió la urgencia de corregir su opinión acerca de la Orden, una opinión injusta ampliamente aceptada entre la población de la estirpe durante generaciones. Él la miró de reojo.

—He estado trabajando de cerca con Lucan, Tegan y otros guerreros desde hace un año. La noche que mi Refugio Oscuro fue atacado yo estaba fuera de Berlín, cumpliendo una misión para la Orden. Hemos reunido información acerca de una serie de asesinatos de vampiros de la primera generación y hemos investigado posibles conexiones con clubes de sangre de alrededor de Europa.

—¿Tú y la Orden... trabajando juntos? —Se quedó en silencio, estudiándolo mientras él giraba el todoterreno por un bulevar que conducía fuera de Hamburgo—. Hay muchas cosas que no sé de ti ahora, Andre. Me pareces diferente en todo.

No en todo, pensó él, recordando lo fácil que le había sido reconocer la presión de su cuerpo contra el de él, su boca con la suya en un beso caliente. Se sentía posesivo respecto a ella. Ferozmente protector. Todas las cosas que había sentido con ella al principio. El tiempo no había tamizado nada de eso, aunque difícilmente era algo que celebrar.

La necesidad de abrazarla fuerte en aquel mismo instante era incontenible. Sabía que ella se encontraba bien, pero la simple idea de que los agentes la hubieran empujado —la hubieran electrocutado con la porra, Dios santo—, le hacía hervir la sangre. El sabor de su miedo, de su dolor, todavía resonaba en sus venas.

Había una cosa que era diferente en él ahora: el lazo de sangre al que la había forzado con su mordisco inesperado. Aunque Claire ya lo había condenado por ello,

él cargaría con la culpa de sus acciones para siempre. Especialmente cuando la dejara viuda y sola, después de acabar con la vida de Wilhelm Roth.

Una parte mercenaria de él encontraba la inminencia de la muerte de Roth incluso más atractiva por el hecho de que dejaba libre a Claire para escoger otro compañero. Particularmente si ese nuevo compañero podía ser él. Pero a pesar del hecho de que ya estaba ligado a ella por la sangre, Claire merecía algo más de lo que él podía darle. Siempre lo había merecido.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, impaciente por desviar su mente de todas las cosas que había hecho mal con ella, ahora y antes—. No has comido en todo el día. Debes de estar muerta de hambre.

Ella se encogió de hombros de manera evasiva.

—No es buena idea parar ahora, lo entenderé...

—Necesitas comida —dijo él, con más brusquedad de lo que pretendía—. Pararemos.

Como compañera de sangre, la perfecta salud de Claire y su longevidad dependían del hecho de que tomara regularmente sangre de un macho de la estirpe, pero su cuerpo todavía necesitaba comer. Era mucho más agradable para Reichen arriesgar el tiempo que les llevaría conseguir un sándwich antes que pensar en Wilhelm Roth nutriendo a Claire como solo su verdadero compañero podía hacer. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que se alimentó de la vena de Roth. No mucho, suponía, a juzgar por lo joven y fuerte que se la veía. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que se acostó con Roth. ¿Lo habría amado?

Las preguntas eran amargas en su lengua, pero las reprimió. No quería saber todas las formas en que Wilhelm Roth había estado con Claire, o cuánto tiempo hacía. Ella no le pertenecía, y sería mejor dejar de lado todos los pensamientos sobre ella para mantener la atención en lo que realmente le importaba ahora: defender su promesa de vengar las almas inocentes que Roth había destruido. Si no lograba hacer eso no sería bueno ante sí mismo ni para nadie.

Reichen condujo sin hablar durante un tiempo, esforzándose para ignorar el hecho de que tan solo un pequeño espacio de cuero y de plástico lo separaba de Claire. Al menos no había vuelto a incendiarse en la oficina de Roth. Probablemente tenía que dar las gracias a la sangre de Claire por esa pequeña bendición. Había sentido que el fuego recobraba vida en su interior cuando estaba a algunas manzanas del lugar, pero de alguna forma, al llegar junto a los agentes que le estaban haciendo daño, consiguió impedir que surgieran las llamas.

Por poco.

Por más que lo tranquilizara haber logrado mantenerla a salvo, sabía que su poder destructivo representaba un peligro muy real para ella. Cuanto más lo usaba, más difícil le resultaba contenerlo. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que el fuego atrapado en su interior se escapara de su control completamente.

No le importaba lo más mínimo lo que pudiera ocurrirle a él, pero si el fuego se apoderaba de su cuerpo cuando Claire estaba cerca...

Reichen miró su bonito perfil bajo la luz lechosa del salpicadero. Claire mantenía la cabeza agachada mientras trataba de arreglar un enganchón que tenía en el suéter. Estaba concentrada en la imperfección, preocupada por el hilo suelto que sostenía entre sus elegantes dedos de pianista, mientras su cabello color ébano se mecía con la corriente de aire caliente de la ventilación.

—¿Qué es lo que lo asusta? —murmuró ella. Miró a lo lejos, frunciendo el ceño—. ¿Qué es lo que Wilhelm cree que necesita proteger de ti?

Reichen negó con la cabeza.

—No lo sé, y francamente, no puedo decir que me importe. No me importa por qué hizo lo que hizo. Lo único importante es el hecho de que debe pagar por ello.

Ella se dio la vuelta en el asiento, con los ojos oscuros brillantes, porfiadamente suspicaz.

—Se siente amenazado por ti, Andreas. No solo por lo ocurrido las dos últimas noches, sino antes de eso. ¿Por qué si no iba a tomar una decisión tan drástica como dar la orden de atacar tu Refugio Oscuro?

—Supongo que no le gustó que escarbara en sus asuntos. Sintió la necesidad de enviarme un mensaje fuerte.

Claire asintió sombría.

—¿Y qué creía que podías encontrar? No creo que pueda tener que ver con esa chica del club desaparecida. Eso no justifica el tipo de represalia que has descrito.

—Entonces, ¿ahora me crees? —preguntó él.

Ella le dirigió una mirada franca e inmutable.

—No quería creerte, pero después de hablar con Wilhelm esta noche... me cuesta tanto dudar de ti como confiar en algo de lo que él dice. Tú lo asustas, Andre. Todavía teme lo que puedas saber o lo que puedas hacerle. La pregunta es por qué. ¿Qué está protegiendo... o a quién?

A Reichen se le hizo un nudo helado en el estómago mientras oía hablar a Claire. Nunca se había preguntado por qué Roth iba tras él. Había supuesto que se debía a una mezcla de vieja animadversión y una nueva oportunidad de atacarlo cuando Reichen, sin darse cuenta, había puesto a Helene en el punto de mira de Roth. El porqué de todo eso nunca le había parecido realmente importante. No cuando la ira y el dolor habían sido los únicos sentimientos que lo invadieron después de la matanza.

Había estado cegado por la furia. Por la necesidad de venganza. Nunca se había detenido a considerar la simple verdad que Claire acababa de exponerle de manera tan sencilla.

Roth tenía algo muy significativo que esconder. Algo mucho más profundo que sus secretas alianzas con canallas y políticos que gravitaban en torno a la Agencia de las fuerzas de la ley. Estaba protegiendo un secreto monumental. Algo por lo que merecía la pena acabar con la vida de una docena de personas sin vacilar un solo

segundo. Algo por lo que merecía la pena aun mucho más que eso, Reichen estaba ahora seguro.

Mientras miraba fijamente la oscura forma de la carretera, un nombre se arrastró por su mente como si fuera una serpiente: Dragos.

Dios bendito. ¿Podrían estar conectados de alguna manera? ¿Acaso había estado a punto de descubrir algún tipo de alianza entre Dragos y Roth?

Si antes tenía intenciones de conectar con la Orden en Boston, ahora deseaba hacerlo cuanto antes. Reichen pisó el acelerador, y sus pensamientos se oscurecieron tanto como el paisaje nocturno que pasaba zumbando a través de la ventana del todoterreno.

A pocos minutos de la ciudad, vio un café con conexión a Internet. Salió de la carretera y se dirigió hacia el establecimiento, rogando que su intuición acerca del supuesto vínculo entre Roth y Dragos fuera erróneo.

¿Y si su intuición era acertada?

«Ah, joder».

Si estaban en lo cierto, acababa de clavar la tapa de su propio ataúd, y también del de Claire.

La llevó al interior del café, hasta la mesa y el ordenador más alejados del resto de los clientes que pudo encontrar. Usando algunos de los billetes que les había quitado a los agentes muertos, Reichen compró un cuenco de sopa y un sándwich para Claire y pagó una hora de conexión a Internet.

Mientras ella se entretenía con su comida, él abrió el navegador de Internet y usó la clave de seguridad de emergencia que daba acceso a la dirección de la Orden. Era una página como cualquier otra, básicamente negra, con un recuadro en blanco que pestañeaba en la pantalla esperando ser rellenado. Reichen tecleó el código de acceso y la contraseña que Gideon le había dado meses atrás, cuando había comenzado su trabajo a distancia para la Orden. Dio a la tecla de acceso y esperó, sin saber con seguridad si el código de identificación que le habían asignado continuaría siendo válido, hasta que el recuadro del mensaje desapareció y él se quedó mirando la pantalla negra vacía.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Claire, inclinándose hacia él.

Reichen negó con la cabeza, imaginando que los guerreros le habían dado por muerto hacía tres meses, cuando tuvo lugar la destrucción de su Refugio Oscuro.

—Este sitio enlaza con el recinto de Boston. Está completamente codificado y continuamente controlado por la Orden. En cuanto logre identificarme, tendremos una respuesta de Gideon.

Tan pronto como lo dijo, el espacio de escritura reapareció, pidiendo un medio de contacto. Reichen tecleó el número de uno de los móviles de la Agencia, advirtiendo que la línea había sido robada y probablemente estaba comprometida y distaba mucho de ser segura.

La respuesta de Gideon fue instantánea:

—Lo sabemos, y no es un problema. Te hago una llamada codificada ahora mismo.

El teléfono móvil empezó a sonar.

Reichen respondió, diciendo su nombre y una serie de palabras de seguridad al requerimiento computarizado que simplemente indicaba: Identificación.

—Supongo que es una buena cosa que por pereza haya conservado tus datos de acceso en el sistema —dijo Gideon cuando se conectó la llamada—. Dios, qué bueno oír tu voz, Reichen. De Alemania nos llegó la noticia de que te habíamos perdido. Veo que estás llamando desde Hamburgo. ¿Qué demonios ha ocurrido ahí?

Reichen trató de resumir las pasadas semanas en una sucinta explicación de los hechos, exponiéndolo todo, desde el ataque que Wilhelm Roth había perpetrado en su casa hasta la sistemática y a veces feroz retribución que había procurado al vampiro y a sus socios conocidos hasta ahora.

Le explicó que Roth y sus compinches de la Agencia de las fuerzas de la ley lo perseguían, y que su situación se había complicado todavía más ahora que Claire estaba huyendo con él. Y no podía tratar el asunto de Claire sin confesar lo que había hecho con ella en la oficina de Roth.

—Por el amor de Dios, Reichen —silbó el guerrero al otro lado de la línea—. Ella es su compañera de sangre. Sabes que estaría en su derecho si te matara por eso. Diablos, podría exhibir tu cabeza frente a cada uno de los líderes de los Refugios Oscuros de toda la nación de vampiros y nadie lo condenaría por ello.

—Sí, lo sé. —No pudo evitar lanzar una mirada a Claire y pensar cuánto había cambiado su vida durante el par de días que llevaba en su compañía—. No me importa lo que Roth trate de hacerme a mí. Es Claire la que necesita protección ahora. Roth está más que disgustado, y no me extrañaría que dirigiera su ira contra ella. Esta misma noche, sus agentes trataron de retenerla en custodia bajo sus órdenes. Uno de ellos la golpeó con una porra eléctrica antes de que yo pudiera incapacitarlo.

Gideon dejó escapar un fuerte suspiro.

—Dios. Este Roth es un auténtico príncipe, ¿verdad?

—Es de lo más sucio —dijo Reichen—. Y aún hay más. Estoy empezando a sospechar que está involucrado en algo mucho mayor que sus habituales negocios turbios. Existe la posibilidad de que pueda estar mezclado con Dragos.

—Ah, joder... ¿tienes alguna prueba o se trata de una intuición?

—Por ahora es una intuición, pero te aseguro que no me sorprendería nada.

—De acuerdo —dijo Gideon. Se oyó de repente el ruido de los dedos volando sobre el teclado mientras el guerrero de Boston hablaba—. Lo primero de todo será sacaros a los dos de Hamburgo. Ahora mismo organizaré las cosas para que os recojan, pero lamentablemente no podremos volar hacia allí hasta mañana por la noche. ¿Podéis encontrar algún sitio donde refugiaros durante las próximas horas antes de la salida del sol para esperar allí a que os recojan?

Reichen consideró las alternativas, que eran pocas o prácticamente inexistentes.

—Por ahora me temo que no hay nada claro. Roth tiene contacto con demasiada gente. Cualquiera de ellos podría traicionarnos.

—Entiendo. Bien, escucha. Estáis solo a tres horas en tren de Dinamarca. Si consigo encontrarte un lugar seguro allí con un amigo de la Orden, ¿crees que podréis llegar por vuestra cuenta?

—Lo haremos —dijo Reichen, decidido a lograrlo. Su herida de bala se estaba curando rápido y se sentía lleno de fuerza. Si tenía que hacer el viaje hasta Dinamarca a pie, llevando a Claire en sus brazos, por Dios que lo haría.

Otra vez se oyó como ruido de fondo los dedos de Gideon en el teclado.

—Estoy enviando el mensaje a nuestro contacto mientras hablamos —dijo Gideon—. En uno o dos minutos tendré la respuesta.

—Gideon —le interrumpió Reichen—. Te lo agradezco muchísimo.

—No tienes por qué dar las gracias. Tú nos has servido de apoyo en más de una ocasión. Ahora nos toca a nosotros. —Gideon hizo una pequeña pausa y luego soltó una risita—. Listo, acabamos de recibir confirmación de Dinamarca. Tu contacto te recogerá en la estación de tren de Varde. Ella sabrá ayudarte. Busca a una rubia escultural con un niño pequeño en brazos. Se llama Danika.

Reichen escuchó y luego le hizo a Claire un gesto de aliento.

—Muy bien. Nos pondremos en marcha ahora mismo.

Dragos se despertó sobresaltado por una pesadilla, un sudor frío le caía por la frente. Se sentó en la cama y pestañeó mirando a su alrededor, aliviado al descubrir que estaba todavía en su lujosa sede. Que era todavía el dueño y señor del dominio oculto y subterráneo que había sido excavado a lo largo de una gran extensión de granito de Connecticut hacía más de un siglo. Todavía estaba allí.

La pesadilla no era real.

Al menos no todavía.

Y nunca lo sería, si él podía hacer algo al respecto.

Durante las semanas transcurridas desde que había atisbado la visión de su humillante derrota —una visión que le había sido revelada en los ojos embrujados de una niña que presumiblemente ahora se hallaba bajo la protección de la Orden—, Dragos no hacía más que tener pesadillas. No podía quitarse de encima la visión de su laboratorio preso del caos, con todo su valioso equipamiento destrozado... y la cueva de rayos UV vacía, sin su monstruoso ocupante, el arma secreta de Dragos, en su interior.

Lo peor de todo era la miserable visión que había tenido de sí mismo: golpeado, humillado, suplicando piedad de rodillas.

—Eso nunca —dejó escapar bruscamente, a pesar de que no podía desechar la revelación de la niña vidente únicamente con su furia.

Se levantó de la cama y se puso una túnica de seda sobre su cuerpo desnudo para salir de su dormitorio y dirigirse al estudio adyacente. Había un gran monitor de ordenador sobre un antiguo y ornamentado escritorio que en el pasado había

pertenecido a un emperador humano. Dragos pasó el dedo sobre la superficie suave de la pantalla, encendiendo así un vídeo de su laboratorio.

«Ah, sí —pensó, agitado por la profundidad de su alivio—. Todo está allí todavía».

El brillo de los barrotos de rayos UV, poco separados entre ellos, le hacía escocer los ojos, hipersensibles, pero no le importó. Amplió la imagen sobre la criatura letárgica y famélica que estaba encerrada dentro de esa celda... la criatura que compartía su mismo linaje. El letal ser de otro mundo que era, de hecho, su abuelo. No es que a él le importara personalmente el linaje. Por otra parte, las poderosas células sanguíneas y el ADN del Antiguo habían demostrado ser un instrumento para lograr las metas de Dragos.

Tras décadas de trabajo, tras siglos de permanecer pacientemente escondido, organizando cada pieza mientras esperaba el momento oportuno para hacer su movimiento, la hora suprema de Dragos estaba a punto de llegar.

No estaba dispuesto a permitir que la Orden se la arrancara de las manos antes de tener la oportunidad de apoderarse de la gloria que le correspondía.

Todavía eran necesarios ciertos pasos como una manera de prevenir que la visión de la que había sido testigo se hiciera realidad. Estaba haciendo algunos cambios en su operación. Tomando medidas caras y algo drásticas para proteger sus recursos.

Y no pensaba quedarse sentado y permitir que los guerreros de Boston continuaran perturbando su trabajo. La Orden era un problema que no necesitaba... no podía permitirse exponerse a ella cuando estaba tan cerca de conseguir la victoria. Ellos habían declarado la guerra al asaltar su reunión en las afueras de Montreal el verano anterior, haciendo que él y su círculo íntimo privado de socios de alto rango de la estirpe tuvieran que huir al bosque como ratas en medio de un naufragio. Había sido un golpe bajo en público que había socavado su autoridad, por no mencionar el coste de su precioso tiempo. Haría que los guerreros pagaran por eso.

Pero Dragos tenía también otro problema.

Abrió el programa de teleconferencias en su ordenador y marcó el número de los cuarteles de Wilhelm Roth, al otro extremo de la fortaleza. El vampiro alemán, un duro director de la Agencia de las fuerzas de la ley de Hamburgo, estaba sin duda poco acostumbrado a desempeñar el papel de subordinado, y Dragos halló algo divertido en la idea de que ser despertado a media mañana podría resultarle irritante. Para su mérito, respondió a la llamada antes del segundo tono, tan eficiente como siempre. Era uno de los atributos que lo salvaban. Eso y el hecho de que Roth fuera implacable en sus ambiciones.

—Señor —dijo, asomando su rostro al monitor de sus habitaciones—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Cuál es la situación? —exigió Dragos, mirando con dureza a su teniente.

Roth se aclaró la garganta.

—Todo está arreglado. La primera operación de ataque comenzó la pasada noche.

No tardaremos mucho en tener resultados.

Dragos dio un gruñido de aprobación.

—¿Y el otro asunto?

Hubo un momento de vacilación, pero eso fue todo. Dragos se preguntó si Roth sabría que su honestidad era en aquel momento lo único que lo mantenía con vida. Roth se aclaró la garganta.

—Estoy manejando... una situación personal en Hamburgo, señor.

—Sí —dijo Dragos, sin necesidad de mostrarse tímido. A través de sus contactos en el extranjero, lo sabía todo acerca del asalto devastador a las dos residencias del alemán. También había oído que la compañera de sangre de Roth estaba desaparecida. Después de una confrontación con los agentes de las fuerzas de la ley en la oficina privada de Roth en Hamburgo, se suponía que había sido secuestrada por el vampiro que evidentemente tenía un ajuste de cuentas pendiente con Roth.

Un vampiro que, según los rumores, mantenía lazos con la Orden.

La mandíbula de Dragos se puso tensa por la rabia mientras consideraba las muchas formas en que un panorama como aquel podía traer numerosos problemas ante su puerta.

—¿Qué pretendes hacer, *Herr Roth*?

—Me las arreglaré, señor.

—Ya veo —silbó Dragos—. Sin duda no es necesario que te diga que la mujer es ahora mismo un verdadero lastre. Si está en manos enemigas, no es nada más que un arma que pueden usar en tu contra. Y también contra mí.

Roth mantuvo la mirada fija, afilando sus ojos astutos.

—No tiene ni idea de dónde estoy. Nunca he confiado en ella para ningún asunto importante. Además, sabe cuál es su lugar en relación a mis negocios.

—¿Y cuánto tiempo crees que tardará en encontrarte su secuestrador a través del lazo de sangre que compartes con ella? —preguntó Dragos—. Si la usa para encontrarte, me encontrará a mí también.

—Eso no ocurrirá, señor.

—Necesito una solución permanente para esto —dijo Dragos, sabiendo lo que le estaba pidiendo—. ¿Estás preparado para encargarte de eso, *Herr Roth*?

El alemán sonrió con frialdad.

—Puede darlo por hecho, señor.

Dragos asintió.

—Bien. Obviamente, mientras esa mujer viva tu presencia es un veneno para esta operación. Trasládate a Boston hasta que puedas asegurarme que has eliminado el problema. Vete en cuanto se ponga el sol, *Herr Roth*.

El vampiro inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Por supuesto, señor. Como usted desee.



U nas pocas horas después de salir del cibercafé de Hamburgo para tomar el tren hacia Dinamarca, Claire y Andreas eran escoltados hasta un Refugio Oscuro rural, por cortesía de la Orden. Su contacto, una hermosa compañera de sangre rubia llamada Danika, los llevó a las dependencias donde vivía como si fueran de su propia familia, procurándoles una cálida hospitalidad y sin hacerles preguntas.

—Espero que os parezca acogedor —dijo mientras entraba con ellos a una alegre cocina localizada en la parte posterior—. Solo tenemos una habitación de huéspedes y un baño, pero sois bienvenidos.

La granja donde vivía Danika junto con su pequeño bebé, Connor, y otra pareja, era pequeña comparada con las dimensiones de los Refugios Oscuros. Normalmente, los miembros de la población de la estirpe vivían en mansiones de grandes piedras de color marrón rojizo, y a veces en altos edificios de apartamentos. Los Refugios Oscuros generalmente estaban constituidos por comunidades estrechas de más o menos una docena de individuos. Todos se trataban como parientes, aunque no tuvieran lazos de sangre.

Pero la forma en que vivía Danika no era lo único inusual en ella. Era madre de un niño muy pequeño, un dulce bebé que tenía un color tan bello con el de ella y los inconfundibles genes fuertes de un padre que pertenecía a la estirpe. Ella no había mencionado a un compañero, y parecía haber un aire de nostalgia en la mujer, especialmente cuando miraba a su hijo.

Como ahora que el pequeño Connor se inclinaba en los brazos de Danika para señalar enérgicamente a Andreas. Los grandes ojos azules del niño se abrían con asombro y entusiasmo, mientras Andreas entrecerraba los ojos y fruncía el ceño.

—Lo siento —le dijo Danika—. Es el dermoglypho que asoma por tu cuello. Connor está fascinado por ellos desde las dos últimas semanas.

Andreas gruñó e hizo un gesto al pequeño de la estirpe.

—Ya reconoce a los de su raza. Es un chico inteligente.

Danika sonrió complacida.

—Sí, lo es.

Claire observó sorprendida cómo Andreas se subía la manga para mostrar más marcas de su piel, provocando evidente deleite en Connor. El pequeño vampiro estiró su mano regordeta y dio palmaditas a los bellos remolinos y arcos que cubrían el antebrazo musculoso de Andreas.

—Da —exclamó—. ¡Da! ¡Da!

—¡Oh! —Las tez lechosa de las mejillas de Danika se puso inmediatamente de un rosado intenso—. No, cariño, este no es tu padre. Oh, Dios... lo siento. Qué vergüenza.

Claire se echó a reír y Andreas soltó también una risita.

—No pasa nada —dijo él—. Te aseguro que me han llamado cosas mucho peores.

Danika sonrió, pero había en sus ojos un rastro de tristeza.

—El padre de Connor, Conlan, era un guerrero de la Orden. Murió en una misión de Boston antes de que Connor naciera.

—Lo siento —murmuró Claire, dándose cuenta de lo reciente que era todavía la pérdida, ya que el hijo de Danika probablemente no tenía todavía ni dos años.

Danika se encogió ligeramente de hombros y se aclaró la garganta.

—Después de perder a Conlan, me fui a Escocia, su tierra natal, para tener a Connor. Creí que me quedaría allí para siempre y que criaría a nuestro hijo en esas tierras que Conlan amaba tanto, pero estar en su país sin él me hacía extrañar más todavía. Así que regresé a Dinamarca el año pasado.

Andreas acarició con la palma de su mano la cabeza rubia clara de Connor.

—Él estaría orgulloso de ti, Danika, no importa dónde escojas criar a vuestro hijo.

—Gracias por decir eso.

Ella sonrió tímidamente, encantada, pudo advertir Claire por la suave mirada que le dirigió a él. Y es que Andreas estaba encantador, especialmente cuando cogió en brazos al pequeño para dejarle examinar desde más cerca los glifos que tanto le intrigaban. Claire vio un atisbo del hombre que recordaba, el hombre despreocupado y carismático del que había estado desesperadamente enamorada durante todos estos años.

Desde que volviera a aparecer en su vida dos noches atrás, Claire creía que aquel hombre que había conocido y adorado había desaparecido hacía mucho tiempo. Creyó que una parte de él había sido consumida por las llamas que se habían llevado a los suyos y lo habían dejado como único superviviente, decidido a vengarse.

Pensar que lo había acusado una vez de no tomarse en serio la vida... no tomarla en serio a ella. Había llegado a temer su carácter esquivo y temerario. Le preocupaba que nunca estuviera conforme con una sola mujer, y tal vez nunca lo había estado. Desde luego ella había oído hablar acerca de su numerosa compañía femenina durante esos años, mujeres mortales, todas ellas.

Sabía que nunca se había comprometido con una compañera de sangre para lograr estabilidad y tener hijos, y Claire se había alegrado secretamente de que él hubiera permanecido sin lazos todo este tiempo. En cuanto a su propio compañero mal escogido, su unión sin amor con Wilhelm Roth tampoco había producido descendencia... eso le parecía una bendición ahora que comprendía el alcance de la traición de Wilhelm.

A pesar del carácter temerario de Andreas y sus tendencias libertinas del pasado, habría sido para algunas mujeres un compañero maravilloso. Ella ahora se daba cuenta, por la amabilidad con la que hablaba a Danika y la soltura con la que tocaba a su hijo.

Claire lo miraba y se preguntaba cómo habían permitido que tanto tiempo — tantos errores y malentendidos— se interpusieran en su camino.

Se preguntó cuánto tiempo tardaría en olvidar su lado vibrante y magnético,

después de aquel peligroso viaje que habían compartido.

¿Cómo podría volver a haber luz en su vida después de todo lo que había descubierto acerca de Wilhelm y todo lo que ansiaba tener de nuevo con Andreas?

—Dios santo, no puedo creer que ya esté casi amaneciendo —dijo Danika. Su melodiosa voz interrumpió los cargados pensamientos de Claire—. Debéis estar agotados. ¿Queréis ver dónde vais a dormir?

Claire asintió, temiendo que sus sentimientos se hubieran reflejado en su rostro, por la forma en que la otra compañera de sangre la miraba, con ternura y simpatía. Se esforzó por dotar a su rostro de una máscara plácida e ilegible... una habilidad que había perfeccionado durante sus años como compañera de Wilhelm Roth.

—Lo que realmente me gustaría es darme un baño caliente —dijo, sintiendo la mirada de Andreas fija en ella, a pesar de que la petición parecía completamente razonable.

—Por supuesto —respondió Danika. Miró a Andreas, que todavía tenía en los brazos a Connor, quien estaba encantado—. ¿Te importaría cuidarlo mientras le muestro a Claire las escaleras?

—No hay problema —dijo él, clavando los ojos en Claire con una intensidad que le hizo crepitar la sangre en las venas—. Tómame el tiempo que necesites. El crío y yo estaremos bien.

Claire sintió que su ardiente mirada la seguía, tan palpable como una caricia prolongada, mientras Danika la conducía fuera de la cocina y la llevaba por las escaleras hasta el segundo piso de la casa.

—El baño está aquí —dijo la alta mujer rubia, señalando con un gesto la puerta abierta de un baño completo que había al final de las escaleras—. Nadie usa esta parte de la casa, así que por favor, consideradla vuestra. El dormitorio está al final del pasillo.

Claire apenas pudo reprimir el suspiro contenido de alivio al entrar en la habitación de invitados con el suelo revestido de madera noble brillante, los muebles color cereza oscuro y la cama de gran tamaño cubierta con una colcha. Llevaba mucho tiempo sin estar en una habitación que irradiara tanta calidez y sencillez.

—Te buscaré un camisón, y tienes muchas toallas en el baño. No sé a qué debes de estar acostumbrada en tu casa, pero espero que aquí te sientas bastante cómoda.

—Es precioso —respondió Claire. Avanzó hacia la enorme cama y pasó los dedos sobre el elaborado bordado de la hermosa colcha de un verde azulado, gris y crema con un diseño nórdico—. Esta habitación me recuerda al hogar de mi familia en Rhode Island.

Danika sonrió.

—Oh, entonces, ¿eres americana? —Caminó hacia un alto armario de cuatro patas y abrió las puertas con tiradores de latón pulido—. No lo pensé teniendo en cuenta que sueñas como una alemana nativa. No tienes nada de acento.

—No. Vine a Europa hace muchos años, a estudiar música, de hecho. —Claire se

acercó para ayudar a la otra mujer a sacar un par de almohadas extras y una manta de lana doblada—. Supongo que era muy idealista entonces, como muchas personas jóvenes. Yo estaba dividida entre mi amor por el piano y la necesidad personal de hacer algo importante con mi vida, como salvar el mundo.

—No estoy segura de que el mundo pueda salvarse —dijo Danika, volviendo hacia ella una mirada triste y solemne—. Hay demasiada corrupción y tragedia allá donde mires. Personas buenas mueren todo el tiempo, incluso aquellas cuya única culpa consiste en hacer bien su trabajo y conseguir que las cosas sean mejores para los demás.

Claire asintió.

—Mis padres eran de ese tipo de personas. Mi madre dejó una vida muy cómoda en Nueva Inglaterra para ayudar a proporcionar agua limpia y utensilios médicos a un pequeño país africano. Conoció a mi padre, un joven doctor de Zimbabue, mientras estaba trabajando en el extranjero. Se enamoraron casi instantáneamente, pero en esa época no era fácil que una mujer blanca estadounidense y un hombre negro africano pudieran casarse. Cuando mi madre se quedó embarazada de mí, volvió a Estados Unidos hasta que nací. Mi padre se quedó atrás para continuar su trabajo y esperar a que nos uniéramos para formar una familia. Unos meses después, el conflicto estalló en la región. Mi madre no podía soportar estar alejada de él mientras el pueblo donde habían trabajado tan duro era amenazado por la guerra. Volvió a África, y al mes de su regreso los dos fueron asesinados cuando las fuerzas rebeldes atacaron su campamento.

—Oh, Claire. —Danika la abrazó con cariño—. Qué horrible para ti y el resto de tu familia. Cuánto lo siento.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en la pérdida de sus padres, una pareja que solo conocía a través de fotografías y por las historias que su abuela había compartido con ella en Rhode Island mientras crecía, sin padres y diferente, aunque siendo una niña privilegiada de la alta sociedad de Newport. Ahora todos sus parientes de Estados Unidos habían fallecido. La casa de Newport todavía era administrada por otros para ella, cuidada por empleados privados que se ocupaban del terreno y del mantenimiento básico del lugar, pero Claire llevaba prácticamente dos décadas sin regresar. De repente extrañaba la casa, extrañaba la sensación de estar en un verdadero hogar.

Danika la dejó tranquila un momento y luego trató de pasar a un tema más ligero.

—Entonces, ¿cuál de tus metas decidiste perseguir?

—Finalmente, ninguna de las dos —reconoció Claire—. No mucho después de llegar a Alemania, tuve mi primera confrontación con un hombre de la estirpe. Él era muy joven, un adolescente, prácticamente. Era de noche, tarde, y yo volvía a casa caminando después de dar un concierto. Creí que quería robarme la billetera, pero en realidad buscaba algo más. Estaba a punto de morderme cuando otro macho de la estirpe lo detuvo.

—¿Andreas? —inquirió Danika, con una sonrisa.

Claire negó con la cabeza.

—No, no fue él. Era... otro vampiro. Alguien muy importante en Hamburgo, aunque entonces yo no lo sabía. Captó el aroma de mi sangre cuando el otro macho me golpeó haciendo que me cayera al suelo y me lastimara las rodillas. Se dio cuenta enseguida de que era una compañera de sangre, por eso me rescató del otro vampiro y me acogió como su protegida. No conocí a Andreas hasta más tarde.

Y, como en la condenada relación de sus padres, ella y Andre fueron instantáneamente presas de un amor imposible. Ella había pasado los últimos treinta años tratando de olvidarlo. Tratando de convencerse a sí misma de que después de tanto tiempo ya no estaba enamorada.

—Es mucho tiempo para estar separados. Sé lo difícil que resulta, verte privada de aquello que más ansía tu corazón —murmuró Danika un poco ausente.

Claire le lanzó una mirada atónita.

—Qué... cómo lo has sabido...

La otra compañera de sangre contuvo la respiración.

—Discúlpame. No quería entrometerme en tus pensamientos. —Se llevó el dedo índice a la sien—. Se trata de mi talento, me temo. No me gusta leer los pensamientos, a decir verdad, la mayor parte del tiempo odio poder hacerlo. Lamentablemente, desde que Conlan ya no está, mi talento se está volviendo inmanejable. No he tomado otro compañero, ni pretendo hacerlo, y sin tomar regularmente la sangre de Conlan, mi habilidad parece ir y venir a su propio antojo. Lo siento, Claire. Ha sido de muy mala educación por mi parte.

—No pasa nada.

—No sé qué decir para recomfortarte, pero has de saber que no estás sufriendo sola. Andreas también lo siente, lo sabes. Siente el mismo pesar que tú llevas dentro. —Danika sonrió dulcemente—. Sus pensamientos me resultaban tan transparentes como los tuyos cuando estábamos en la otra habitación. Está lastimado y roto por la rabia, pero también tiene otro tipo de herida.

Claire lo miró fijamente, incapaz de hablar. Prácticamente incapaz de respirar.

—La vida es un bien precioso —continuó Danika—. Y también es muy corta, incluso para los que son como nosotras. Cuatrocientos dos años con Conlan no fueron suficientes. No tenemos a menudo segundas oportunidades, ni en la vida ni en el amor. Si tuviera un minuto más con mi Conlan, no gastaría ni un segundo en lamentarme. Deja que Andreas sepa lo que realmente sientes.

—Pero él no me pertenece —murmuró Claire suavemente—. Ya no.

—Trata de decirle eso a tu corazón. —Danika apretó suavemente la mano de Claire—. Trata de decírselo a él.

Reichen evitó durante horas subir las escaleras después de que Danika regresara

para recoger a su hijo. Ella y Connor se fueron a descansar y dejaron a Reichen merodeando por la granja, matando el tiempo y tratando de no pensar en el hecho de que Claire estuviera en la cama en el piso de arriba.

En la cama sola, con su dulce cuerpo relajado y lánguido. Su piel suavemente bronceada tenía un tacto de terciopelo, cada exquisito centímetro de su limpia y suave y cálida...

«Dios santo».

Desde el momento en que dijo que quería darse un baño, lo había condenado a imaginarla desnuda y aromática después de un largo y caliente remojo. Había sentido la tentación casi irracional de subir las escaleras corriendo tras ella, y ese impulso todavía no se le había pasado. En aquel momento no había nada que deseara más que estar con ella, darle consuelo y hacerla saber que estaba protegida de Roth y de sus compinches. Asegurarle que no importaba el mal que los acechara, que él la mantendría a salvo a cualquier precio.

Eso era algo que no había podido proporcionar a sus parientes ni a Helene.

Al pasar tiempo junto a Danika y su pequeño hijo, su atención había vuelto a concentrarse en esa dolorosa realidad. Él no estaba allí para calmar los miedos de Claire, como tampoco para saciar el anhelo que sentía hacia ella en respuesta a esa fundamental llamada del lazo de sangre que lo uniría a ella para siempre. Un lazo de sangre que él le había impuesto, se apresuró a recordarse a sí mismo.

No. Estaba ahora allí por un único propósito: la venganza.

Todo lo demás —sus anhelos y deseos, su futuro, su derecho a reclamar aunque fuera el más pequeño momento de júbilo egoísta— había ardidido en el fuego que devoró su hogar, su Refugio Oscuro.

Mucho antes que eso, pensó con amargura, recordando la última noche que había visto a Claire. Había sido una noche de estupidez y violencia que lo había dejado golpeado y sangrando, calcinándose en un campo abierto bajo el violento sol de la mañana. Hasta ese momento, él no sabía nada del poder conque había sido maldecido en su nacimiento: un poder que le había transmitido una madre compañera de sangre a la que nunca había conocido, pues no había vivido lo suficiente para advertirle de lo que su furia podía hacer.

Había aprendido esa lección en un momento brutalmente intenso esa horrible mañana en las afueras de Hamburgo, y el horror por lo que hizo entonces nunca lo había abandonado.

Tantas vidas inocentes se habían visto reducidas a cenizas a su alrededor. Su propia vida se encaminaba rápidamente en esa misma dirección, pero todavía tenía tiempo de encontrarse con la justicia, al menos por aquellas vidas que habían sido aniquiladas bajo las órdenes de Wilhelm Roth. No dudaba de que su rabia y su odio únicamente servían para fortalecer el fuego que había en su interior. Tarde o temprano eso lo destruiría, más bien temprano, pero maldito fuera si no conseguía destruir a Roth con él.

Solo rogaba que su determinación fuera lo bastante firme como para mantener a Claire alejada de él mientras se acercaba todavía más a aquel final inevitable.

Fue la profundidad de esa convicción lo que finalmente le dio fuerzas para subir las escaleras y llegar a la habitación que les había dado Danika. Tampoco sabía si la pareja que compartía la granja estaba al tanto de que Claire y él se hallaban allí, y no quería poner a Danika en la situación de tener que mentir para encubrirlo si los otros residentes aparecían abajo y encontraban a un extraño entre ellos.

Reichen se detuvo frente a la puerta cerrada del dormitorio, al final del pasillo. El pulso le latía con la conciencia visceral de que Claire estaba al otro lado de esa puerta pintada de blanco. Rogó que estuviera dormida, imaginando que debía de estarlo por las horas que él se había quedado abajo. Tan silenciosamente como pudo, giró el tirador de porcelana desgastado y miró con atención la habitación.

—Hola —dijo ella, casi en un susurro. Estaba sentada a un lado de la enorme cama, y llevaba un fino camisón azul que apenas ocultaba sus oscuros pezones y la forma de sus redondeados pechos. Había una pequeña lámpara en la mesita de noche que estaba junto a ella, y esta iluminaba con luz dorada su pelo negro y su precioso rostro.

Él frunció el ceño y entró en la habitación, cerrando la puerta sin hacer ruido.

—Deberías estar durmiendo.

Ella se encogió de hombros.

—Creí que el baño me relajaría, pero no puedo ni cerrar los ojos.

Él tuvo que esforzarse para ignorar la ráfaga de lujuria que lo asaltó al recuperar la imagen de Claire sentada desnuda en una bañera llena de agua humeante y sedosas burbujas blancas.

—Pronto será de noche —gruñó él—. Tendremos que estar preparados para partir hacia Estados Unidos en cuanto se ponga el sol. Será mejor que apagues esa lámpara y trates de descansar.

Ella se movió en la cama, pero solo para dejarle espacio y señalar el lado vacío.

—He retirado una de las almohadas más blandas, pero si lo prefieres la puedes usar.

Él la miró frunciendo el ceño, más por incomodidad con su erección que por el hecho de que le ofreciera una almohada. Al moverse sobre el colchón, su camisón se había estirado hasta convertirse en una segunda piel. Y al desplazarse la colcha por su movimiento, la mirada ardiente de él se quedó fija en un delgado pedacito de sus bragas.

Bragas de un rojo carmesí, por el amor de Dios.

Se quedó congelado donde estaba, sintiendo en cada terminación nerviosa su excitación.

—Debes de recordar que soy muy ruidosa cuando duermo —dijo ella, pero él casi no oía lo que estaba diciendo—. Que no te preocupe despertarme si te empujo o monopolizo las sábanas. Probablemente no me daré ni cuenta.

Él recobró la conciencia cuando se dio cuenta de que ella esperaba que durmieran en la misma cama. Justo a su lado, y cuando la única cosa que le impedía dar rienda suelta a su deseo era una irrisoria prenda de algodón y un minúsculo triángulo de satén rojo.

—La cama es tuya —dijo él, con voz áspera—. Esto no es una fiesta de pijamas, por el amor de Dios. No puedes esperar que duerma contigo, Claire.

A ella le tembló la expresión.

—Yo no me refería...

—Dios bendito —murmuró él. La piel le picó por un calor repentino y un ansia que hizo que su deseo se hiciera todavía más fuerte—. Meterme en la cama contigo es la última cosa que necesito hacer ahora.

Debió sonar incluso más duro de lo que era consciente, a juzgar por la rapidez con que ella apartó la mirada. Sacudió la cabeza, y luego exhaló un suspiro.

—La cama es lo bastante grande para los dos. Eso es lo que estaba intentando decirte.

Él la miró fijamente durante un largo momento, con los músculos tensos por la urgencia de moverse, de lanzarse al colchón donde ella estaba y tumbarse sobre ella.

Lo deseaba con una terrible intensidad, era todo lo que podía ver. Todo lo que podía notar mientras las puntas de sus colmillos apretaban la carne de su lengua.

—Duerme un poco, Claire.

Dejó de mirarla y se acostó en el suelo. La alfombra que cubría las viejas tablas de madera estaba llena de bultos y olía ligeramente a cera con fragancia de limón. Se acomodó de lado en el duro suelo, en la única posición que no lo hacía dolorosamente consciente del empalme que sobresalía entre sus muslos como una columna de piedra.

¿Acababa de advertirle hacía unos minutos de que la noche llegaría pronto?

Demonios.

Habría una larga y jodida espera antes de la caída del sol.



Claire estaba acostada en la inmensidad de la cama, completamente despierta, mirando fijamente la cerrada oscuridad de la habitación. No se había movido desde que Andreas se había acomodado en el suelo. El tiempo se arrastraba, y durante bastante tiempo tuvo la seguridad de que él estaba tan despierto y alerta como ella... e igual de decidido a permanecer tumbado en silencio fingiendo que no pasaba nada.

Pero al cabo de aproximadamente una hora, su respiración cambió, pasando de las inhalaciones y exhalaciones que ella apenas podía distinguir a un profundo y rítmico sonido de sueño.

Claire escuchó los lentos sonidos de su sueño, mientras las palabras de Danika acerca de la poca frecuencia de las segundas oportunidades y de no derrochar el tiempo precioso con lamentos sonaban en su mente una y otra vez como una canción que no podía sacarse de la cabeza. Había tantas cosas que quería decirle a Andreas. Cosas que ella necesitaba que él escuchara.

Pero él no la escucharía. No parecía inclinado a dejarla acercarse lo suficiente para llegar hasta él. Y ella necesitaba estar cerca de él ahora, aunque solo fuera para sentir su fuerza junto a ella ahora que todo lo que creía saber sobre el mundo se derrumbaba a sus pies.

Sentía que una pared se había elevado entre ellos aquella noche. Parecía volverse cada vez más alta y menos escalable a medida que pasaban más tiempo en aquella granja Refugio Oscuro. Claire no sabía muy bien qué actitud suya lo había disgustado tanto, o tal vez era simplemente el hecho de que se veía obligado a cuidar de ella ahora que Wilhelm probablemente quería acabar con los dos.

Por un momento deseó haber sido obsequiada con el talento de Danika para que la mente de Andreas y sus enigmáticas emociones no fueran un misterio tan grande para ella ahora.

Su propia habilidad también podría servirle. Todo el mundo era más accesible en el reino de los sueños. No es que todo lo que se dijera o se viera fuera verdad, por supuesto, pero la naturaleza surrealista de los sueños tenía una manera de restar fuerza a las inhibiciones.

Claire aventuró una mirada por encima de la extensión de la amplia cama para ver la gran masa del cuerpo de Andreas dormido en el suelo. Sacó el brazo de debajo de la cabeza y se incorporó de lado para observarlo. Se preguntó dónde lo habrían llevado sus sueños. Cerró los ojos y pensó en él mientras dejaba que su cuerpo se relajara, permitiendo a su mente calmarse y prepararse para el sueño.

Dejó que su talento se desplegara, hebras de conciencia rastreando... buscando.

Normalmente necesitaba una extrema concentración para encontrar al soñador, pero con Andreas tan pronto como comenzó a deslizarse bajo el velo de la conciencia y el sueño ahí estaba él. Siempre había sido así con él, como si su conexión hubiera estado allí desde el primer instante en que se encontraron y nunca se hubiera

debilitado.

Había habido ocasiones, mucho después de que Andreas se marchara de su vida, en las que Claire había tenido la tentación de buscarlo, aunque solo fuera en el reino de los sueños. Pero tenía demasiado miedo de enfrentarse de nuevo a su rechazo, y estaba demasiado avergonzada de sí misma porque, por mucho que intentara sentir por Wilhelm algo cercano al amor, era incapaz de expulsar lo que sentía por Andreas.

Después de todo lo que había pasado las últimas dos noches, lo que sentía ahora por Wilhelm y el lazo de sangre que la encadenaba a él se reducía a fría y mordaz desconfianza. Desprecio, si todo lo que sabía ahora sobre él era verdad.

Después de todo lo que había pasado con Andreas en esas angustiosas e intensas horas que habían compartido, tenía que reconocer que sentía algo de miedo por el individuo letal en que se había convertido. Pero junto con el miedo había una ráfaga de emoción que la aterrorizaba incluso más por la fuerza de lo que sentía por él.

Por lo profundo que era todavía su deseo de él, su necesidad de él.

Qué fácilmente había vuelto a caer enamorada de él... si es que alguna vez había dejado de estarlo.

Mientras se adentraba en su sueño ahora, contuvo la respiración al encontrarlo bajo un cielo estrellado, sentado sin camisa y con los pies descalzos sobre la hierba fresca de la zona verde que ella había diseñado como santuario en el terreno donde antes había estado su Refugio Oscuro. Estaban todos los detalles que había en su maqueta, hasta el último banco y el último parterre de flores.

Dios santo. Había memorizado el plano entero.

—Es hermoso —dijo él, haciéndola sentir en los huesos la vibración de su voz profunda—. Sabías exactamente lo que tenía que haber aquí. De alguna manera, lo sabías.

Él no se volvió a mirarla mientras ella se acercaba con cuidado al borde de su sueño, donde la tierra que él estaba imaginando mientras dormía se unía a un brillante lago que había detrás. La piel dorada de Andreas estaba luminiscente bajo la luz de la luna, resaltando aún más los floridos y retorcidos glifos que recorrían su musculosa espalda como obras maestras de un artista de la pintura. Claire recordaba haber recorrido esas bellas marcas con la lengua; si cerraba los ojos, todavía podía visualizar cada arco y floritura únicos trazados en su suave y firme piel.

—Sabes que no debería estar aquí —dijo Andreas cuando Claire dejó de moverse y se quedó de pie a su lado. Ahora la miraba, y su expresión no podía considerarse amistosa. Sus iris lanzaban una penetrante luz ámbar. Cuando movió los labios para hablar, las puntas de sus colmillos brillaron con un blanco crudo y afilados como un cuchillo—. No perteneces a este lugar, Claire. No conmigo. No de este modo. No deberías venir aquí sin ser invitada.

—Tenía que encontrarte.

—¿Para qué?

—Necesitaba verte. Quería... hablar...

—Hablar. —Escupió la palabra soltando el aire con malhumor. Antes de que Claire supiera lo que estaba haciendo, él se puso en pie, alzándose ante ella. Sus ojos estaban encendidos, tan ardientes que era extraño que a ella no se le derritiesen la camiseta y las braguitas cuando esa intensa mirada la recorrió de la cabeza a los pies—. ¿De qué quieres hablar, *Frau* Roth?

—No hagas eso —dijo ella, estremeciéndose por su tono mordaz—. No lo uses a él para abrir una brecha entre los dos.

—Él es la brecha entre los dos, Claire. Los dos lo pusimos ahí, ¿no fue así? Si ahora te arrepientes, no es mi problema.

Ella lo miró frunciendo el ceño, sin querer sentir la herida de sus palabras cuando había acudido allí llena de afecto, como su amiga.

—¿Por qué haces esto, Andre?

—¿Qué estoy haciendo?

—Me apartas de ti. Me tratas como si Wilhelm y yo fuéramos una misma cosa, ambos tus enemigos.

—¿Y qué quieres que haga en lugar de eso? ¿Decirte que al final todo va a funcionar entre nosotros? ¿Fingir que Roth no existe y que nosotros podemos volver a empezar donde lo dejamos después de todos estos años?

Claire bajó la mirada, sintiéndose una tonta por haber querido que le dijera todas esas cosas... y más. Palabras que él nunca volvería a ofrecerle, ni siquiera en el endeble refugio de un sueño.

Él le levantó la barbilla con las yemas de sus fuertes dedos.

—No podemos cambiar nada de lo que ha sucedido, Claire. No voy a quedarme aquí diciéndote mentiras para que uno de nosotros se sienta mejor. Y no voy a hacerte promesas que no pueda cumplir.

—No —dijo ella—. Prefieres huir.

Él hizo una mueca y negó con la cabeza; sus ojos brillaban oscuramente.

—Tú crees que quería dejarte.

No era una pregunta, sino una tranquila acusación.

—¿Acaso hubiera importado si lo creía? —le contestó ella con una pregunta. Se burló, todavía dolorida por la herida que él le había infligido hacía treinta años—. No importa. No me respondas a eso. No quiero presionarte para que digas algo solo para hacerme sentir mejor.

Dándose cuenta de que había cometido un error al acudir allí, se dio la vuelta, dispuesta a marcharse y dejarlo solo y malhumorado en su sueño. Pero antes de que pudiera dar un solo paso, él envolvió su brazo con los dedos y la retuvo allí. Se colocó frente a ella, con el rostro tenso y mortalmente serio.

—Dejarte era lo último que quería. —Frunció el ceño, sujetándola con más fuerza, acercándola más a la pared de calor de su cuerpo—. Es la cosa más dura que he hecho en mi vida. La más dura, Claire.

Ella lo miró fijamente sin decir palabra, perdida en el oscuro brillo de sus ojos. Al

momento siguiente, él inclinó la cabeza y la besó, sus bocas se fundieron juntas en una larga unión que los dejó sin aliento.

Claire no quería parar nunca. No creía que pudiera dejarlo ahora que de nuevo estaba en sus brazos, aunque solo fuera en sueños.

—Dios, te deseo, Claire —gimió él contra su boca, raspándole los labios con las afiladas puntas de sus colmillos—. Quiero estar contigo ahora... Ah, Dios, hace mucho tiempo que necesito estar contigo.

Como ocurre en los sueños, y aquello era un sueño, a menudo basta con susurrar los deseos para hacer que se cumplan. En un instante, Claire se halló tendida sobre la suave y fresca hierba con el magnífico cuerpo de Andreas sobre el suyo.

Ahora estaban desnudos, las ropas habían desaparecido como si estuvieran hechas de niebla. Pero incluso en los sueños, la piel de Andreas era cálida y firme al tacto. Sus anchos hombros y gruesos brazos, su pecho musculoso y su marcado abdomen... todo él era real y fuerte y perfecto en su masculinidad. Claire no podía dejar de recorrerlo con los ojos. Recordaba demasiado vívidamente que la perfección de Andreas se extendía también más allá.

Como era un sueño, dejó de lado todas las razones por las que no podían estar juntos. Solo atendió a la llamada de su corazón, y cuando dejó descansar la palma de la mano en el pecho de él, supo que este respondía también. Su pulso martilleaba contra sus dedos. Su respiración se aceleraba, se hacía pesada y caliente por la necesidad. Claire lo miró a los ojos, esos ojos que ardían más brillantes que cualquier llama. Su rostro era una máscara atormentada y tensa.

—Sí —silbó ella, casi incapaz de articular palabras.

Contuvo la respiración cuando la ancha cabeza de su miembro la golpeó suavemente, haciendo que se abriera para él. Con un lento empujón de las caderas él se deslizó dentro de ella, enterrándose con un largo, glorioso y profundo arrebató. Claire gritó, arqueándose para sentirlo entero dentro de ella, con una necesidad imperiosa de que la llenara. Apretó los muslos, para sentir todo la longitud de su miembro en su centro.

—Oh, sí —jadeó mientras encontraban un ritmo familiar, perfectamente acoplados como si jamás hubieran estado separados.

Él era un amante feroz. Ella lo sabía y se deleitaba con su intensidad animal. Cada empujón fuerte la rompía justo un poco, cada gemido grave y cada gruñido enviaba un escalofrío a través de sus venas.

Él sabía exactamente cómo moverse con ella, conocía el ritmo preciso para llenar de placer cada centímetro de su cuerpo. Claire sintió los primeros temblores de su estallido de liberación como minúsculos relámpagos en su sangre. No podía contenerse, no tenía fuerza para resistirse al dominio que Andreas ejercía sobre sus sentidos.

Solo pudo hundir los dedos en los gruesos músculos de sus hombros y agarrarlo mientras él la conducía hacia un clímax que la hacía pedazos. No sabía si él la había

seguido allí. Solo era consciente de la increíble ola de placer que se abalanzó sobre ella... y luego vino el repentino y hondo dolor al darse cuenta de que Andreas se había ido.

Claire lo llamó dentro del sueño, pero no estaba en ninguna parte.

Y ahora el jardín del santuario donde yacían juntos había desaparecido también. Ella estaba sentada en medio de un campo calcinado por el sol, y la luz del día cegaba sus ojos.

—¿Andre?

Se levantó y comenzó a caminar, poniéndose la mano en la frente a modo de visera mientras luchaba por orientarse. No conocía aquel lugar. No podía encontrar sentido a la luz dorada, ni al fuerte hedor a humo y a algo peor, algo que no podía identificar y que llenaba los orificios de su nariz y se le atragantaba en la garganta. Tosiendo, Claire caminó por la vegetación calcinada.

Se tambaleó cuando sus pies tropezaron con un bulto carbonizado que yacía en el suelo.

El horror la inundó incluso antes de que sus sentidos pudieran procesar lo que estaba viendo.

Era un niño.

Un niño muerto, quemado hasta ser irreconocible.

—Oh, Dios mío. —Claire retrocedió, asqueada y afligida—. ¡Andreas!

Volvió la cabeza y dio un grito de alivio al ver la ancha pradera verde y la mansión de piedra y madera que había sido el Refugio Oscuro de Andreas en la cima de una suave pendiente. Claire corrió hacia la casa. Estaba desnuda y helada, aterrorizada y confundida por lo que acababa de ver ahí fuera.

—¿Andre? —lo llamó frenéticamente mientras caminaba alrededor de la mansión, sin ver ninguna luz ni movimiento dentro—. ¿Andreas..., estás ahí?

Fue hasta la parte delantera, envolviendo su desnudez con los brazos mientras subía los escalones de la elegante entrada. Llamó a la puerta. Se abrió con facilidad sobre sus bisagras silenciosas, pero nadie la esperaba dentro.

Claire cruzó el umbral y entró en un extraño mausoleo blanco. Todo lo que veía —las flores, las paredes, los muebles—, todo era prístino, de un blanco nieve. Tan silencioso como una tumba.

—Andreas, por favor. Estoy asustada. ¿Dónde...?

Él salió de una de las habitaciones que daban al vestíbulo fantasmal. Estaba desnudo, como ella, con los ojos todavía de color ámbar y los colmillos llenando su boca. Avanzó sin decir ni una palabra y la agarró con un abrazo violento e implacable. La besó con tanto ardor y tanto deseo que a ella casi se le doblan las rodillas.

Entonces, justo cuando comenzaba a sentirse segura otra vez, se apartó de ella. La soltó con fuerza, empujándola fuera de su alcance, de tal manera que ella se tambaleó un poco antes de recuperar el equilibrio. Bajo sus pies había algo húmedo y

resbaladizo. Ella resbaló... un instante antes de que su nariz reconociera la acidez cobriza de la sangre derramada.

—Oh, Dios mío.

Claire miró el suelo, que ya no era blanco sino de mármol con vetas. Mármol espantosamente manchado de sangre. Las paredes y muebles ya no eran tampoco inmaculadas e incoloras. Ahora todo estaba estropeado, acribillado de balas, lleno de sangre. Los muebles y obras de arte de las paredes estaban caídos y rotos, todo era un caos.

—Oh, no... Oh, Dios... no.

Ella no había comprendido qué era el campo quemado o la trágica muerte del niño ahí fuera, pero no había confusión acerca de lo que estaba viendo allí. Claire lo miró con horror abyecto y el corazón enfermo de tristeza, dándose cuenta de que él le estaba mostrando la destrucción de su hogar. Destrucción ordenada por Wilhelm Roth, tal como él le había dicho aquella primera noche en la casa de campo. Ofreció la mano a Andreas en señal de apoyo, pero él no la tomó. Su expresión era dura, de condena. Cuando ella bajó la mirada, entendió por qué.

La sangre le cubría los dedos y las palmas de las manos. Su frente estaba salpicada de sangre, e incluso su pelo estaba todo pegajoso. Y allí, a sus pies, estaba el cuerpo sin vida de un niño pequeño... uno de los sobrinos de Reichen, asesinado por un arma de fuego. Había también más cuerpos que yacían en la mansión, en el primer piso, a mitad de las escaleras, cerca de la puerta del sótano que daba al vestíbulo. Ella estaba de pie en el centro de una masacre que hubiera sido incapaz de imaginar en la peor de sus pesadillas.

Cuando miró de nuevo a Andreas, él estaba envuelto en aquel calor blanco y letal. Las llamas saltaban de su cuerpo para prender fuego a las paredes y los muebles. En unos pocos segundos, lo único que Claire pudo ver era fuego.

Un grito desgarró su garganta, un grito crudo y desesperado.

Salió de golpe del sueño, incapaz de soportar un solo momento más aquel horror.

Enferma y temblorosa, se incorporó para sentarse en la cama y apartó a un lado la colcha y las sábanas. Ahora no había sangre en ella. No había cenizas. Solo un sudor frío de auténtico terror y la angustia de haber sido testigo de la espantosa pesadilla de Andreas.

Claire esperaba que él se despertara y le ofreciera algún tipo de explicación o de consuelo. Él tenía que saber lo conmovida que estaba. Pero siguió durmiendo, tumbado en el suelo y respirando serenamente cerca de la cama. La dejó soportando a solas su profunda aflicción, como si quisiera que se sintiera trastornada, horrorizada, por lo que le había mostrado.

Tal vez también quería, de alguna manera, que se sintiera horrorizada por él.

Claire esperó a que se serenara su pulso y su cuerpo dejara de temblar; luego se encogió bajo las sábanas y contó las horas hasta el anochecer.

—Este maldito lugar está muerto esta noche —murmuró Chase, mirando detenidamente la abarrotada discoteca sin encontrar, por lo visto, nada que le gustara—. Tendríamos que haber ido al norte de la ciudad, como te dije, en lugar de perder el tiempo en Dorchester.

Kade se encogió de hombros, dedicando una sonrisa a Brock, el tercer miembro de la patrulla.

—Si quieres ver discotecas muertas déjame llevarte a Alaska. Eso sí que es patético. Tenemos más alces que mujeres por metro cuadrado.

—¿Eso es cierto? —gruñó Chase—. No me extraña que aprovecharas la oportunidad de salir de allí y venir a Boston el año pasado. ¿Cuántos meses hay que pasar con las pelotas congeladas antes de encontrar atractivo el culo de un alce?

Brock se rio por lo bajo y Kade curvó los labios para mostrar las puntas de sus colmillos, al tiempo que dedicaba a ambos machos de la estirpe un gesto obsceno con los dedos.

—Bueno, ha sido divertido, pero me largo de aquí —anunció Chase. Se pasó la mano por la mandíbula, cubierta con la barba de tres días, y sus ojos azules quedaron casi tapados debajo de su gorro negro de punto.

Kade hizo un gesto con la cabeza al exagente de las fuerzas de la ley.

—Te veo de regreso al recinto.

—Ya era hora de salir de aquí —respondió Chase, dirigiéndose a la salida del club.

Cuando se hubo marchado, Brow soltó un profundo suspiro y sacudió su oscura cabeza.

—Ese hijo de puta tiene un problema serio.

—¿Te refieres a uno distinto al hecho de ir todo el día con el palo de ser de la Agencia metido en su culo? —dijo Kade arrastrando las sílabas, mirando al enorme guerrero que había sido recluido por la Orden a las afueras de Detroit prácticamente en la misma época en que él había regresado de Alaska.

No es que a Kade no le gustara Sterling Chase, o Harvard, como lo llamaba a veces, por haber estudiado en una de las universidades más prestigiosas del país. Chase era un guerrero bastante competente, de hecho uno de los mejores. Era un hacha disparando y un hombre condenadamente bueno a la hora de respaldar a cualquiera en un combate, pero desde el punto de vista personal era frío como el hielo.

—No sé en qué anda metido —dijo Brock—. Pero será mejor que vigile sus pasos, es lo único que estoy diciendo. Me parece el tipo de hombre que tiene un pie en la tumba y el otro ansiando seguirlo. Nada le importa una mierda, y eso es peligroso. No solo para él mismo, sino para cualquiera que necesite contar con él.

Kade consideró eso mientras miraba la barra y la pista de baile.

Un par de mujeres jóvenes se dirigían a una mesa cercana. Brock les dedicó su sonrisa demoledora, esa que nunca le había fallado a la hora de hacer caer en su red a la mujer más deseable de cualquier reunión. El tipo tenía sus jugadas, eso estaba claro. No es que Kade se amilanara. Miró al par de preciosidades que se abrían paso entre la multitud, dirigiéndose hacia los dos vampiros como misiles guiados por rayos láser.

—Puedes quedarte con la rubia —murmuró él, fijando su vista en la morena con unas piernas que parecían no acabarse nunca por debajo de su minifalda de cuero roja.

A Brock y a él les llevó menos de tres segundos hablar con las chicas y convencerlas de que salieran fuera con ellos. Lamentablemente, en cuanto llegaron a la zona de aparcamiento, bastaron otros tres segundos para que la nariz de Kade pusiera en alerta sus sentidos de la estirpe listos para la venganza.

Sintió el olor de la sangre.

Sangre fresca, y en mucha cantidad, viniendo de la parte trasera del club.

Al mirar a Brock supo que al otro vampiro tampoco le había pasado inadvertida la acidez cobriza de la sangre derramada. Echaron a correr a la vez, dejando a las dos mujeres quejándose por su marcha mientras los dos se precipitaban hacia la parte trasera del edificio.

Allí no había nada.

La única luz de seguridad colocada en el techo iluminaba el cemento vacío y la escasa hierba mojada. Pero el aroma de la sangre permanecía en el aire, particularmente intenso para Kade y los de su raza.

—Allí —dijo él, señalando una mancha oscura entre la suciedad, a pocos pasos de donde se hallaba.

Había salpicaduras que habían empapado la tierra seca cerca de una alambrada de tela metálica bastante estropeada. Se veía que la persona ensangrentada había recibido la herida decisiva por allí, luego el hilo de hemoglobina por el suelo mostraba que, fuera lo que fuera lo que hubiese pasado, la víctima no había logrado ir demasiado lejos antes de desangrarse completamente.

—No hay solo sangre humana —dijo Brock, con la profunda voz seria—. El atacante era de la estirpe. Perdió algo de sangre en la lucha.

Ahora que el guerrero lo mencionaba, la nariz de Kade captó también algo más que células de *Homo sapiens*.

—No se trata de un renegado —dedujo, al no detectar el nauseabundo hedor que dejaban los adictos de su raza—. ¿Quién más podría ser tan idiota como para alimentarse sin ningún cuidado y dejar al huésped tambaleándose como un cerdo herido?

Brock sacudió la cabeza, pero una sospecha ensombreció su firme mirada obsidiana. Aunque no lo dijo, Kade leyó la callada duda en sus grandes ojos.

—¿Chase? —se burló Kade—. Ni hablar.



—Algo no anda bien en él, amigo.

—No como para esto —dijo Kade. El exagente no era un dechado de virtudes, pero ¿dejar desangrarse a un ser humano y violar una de las leyes más esenciales de la estirpe? Cuando dijo que tenía un ansia que debía ser saciada sin duda no se podía estar refiriendo a algo como eso...

Brock asintió con gravedad.

—Tal vez será mejor que echemos un vistazo, solo para asegurarnos.

Siguieron el rastro de sangre a través del terreno vacío y bajando por un estrecho callejón. A medida que avanzaban, encontraban cada vez más sangre derramada. Las salpicaduras se convertían en charcos, algunos se extendían y formaban manchas, como si la víctima se hubiera caído y luego hubiera conseguido levantarse y correr un poco más.

El rastro los condujo hasta la entrada de una chatarrería al final de una zona industrial. El lugar estaba vallado, pero el candado y las pesadas cadenas que cerraban la verja estaban sueltos. Había suficiente espacio para que alguien se apretujara y pasara dentro. Y alguien lo había hecho; las manchas húmedas color carmesí que había en el cerrojo y en el borde de la verja no dejaban lugar a dudas.

—Pasa —dijo Kade, abriendo la verja lo suficiente para que Brock pudiera deslizarse a través de ella.

Oyó una ráfaga de movimiento un instante antes de que dos grandes perros negros aparecieran disparados alrededor de una pila de chatarra y de basura. Dos rottweilers, grandes como tanques y con aspecto infernal.

—¡Mierda!

El grito de Brock fue tapado por los salvajes ladridos y gruñidos de los perros que se acercaban. Ningún animal vivo podía con un vampiro, pero eso no significaba que la visión de trescientos quilos de caninos furiosos no causara alarma. Kade se mantuvo firme, con las piernas separadas mientras los dos perros se acercaban rápidamente hacia él.

Los miró a los ojos fijamente.

Aminoraron el ritmo... luego se detuvieron, y ambos cayeron, encogidos, a sus pies. Los cazadores gimieron, arrastrándose sobre sus panzas y manteniendo las cabezas gachas mientras sus ojos oscuros suplicaban clemencia.

—Largaos de aquí.

Los dos se marcharon, dóciles como cachorros.

Brock ahogó un grito.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Por aquí —dijo Kade, ignorando la pregunta y la mirada atónita que lo seguía mientras se adentraba en la chatarrería. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse ahora.

No fue difícil encontrar a la víctima sangrante. El hombre joven se había desplomado sobre un cacharro de metal oxidado, con una pierna estirada delante de él

y la otra doblada sobre la rodilla. Parecía hecho polvo y agotado, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Sostenía las manos en la garganta, por donde más sangraba. No podía contener la hemorragia. En unos pocos minutos moriría.

—Dios bendito —silbó Brock.

La voz del guerrero sonó espesa y tensa, pero si era por repugnancia o por el simple hecho de que la vista y el olor de tanta sangre fresca despertaban la sed hasta del más controlado de los vampiros si estaba, como él, muerto de hambre, no había modo de saberlo.

Los colmillos de Kade sobresalieron de sus encías al ver al humano sangrando. Trató de esconder las afiladas puntas lo mejor que pudo mientras se acercaba.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó, a pesar de que era obvio que ese tipo de heridas solo podían haber sido infligidas por alguien de su raza.

—Me atacaron —resolló el humano—. Mi cuello... joder... me mordieron.

Cuando el hombre apartó la mano para mostrar la herida, la ráfaga de olor cobrizo fue para Kade como un puñetazo en el estómago. Se había alimentado el día anterior, pero la urgencia de beber lo inundaba. Su visión se agudizó, bañándolo todo de ámbar.

—¿Quién te mordió? —preguntó Brock al humano, acercándose con cuidado cuando Kade tuvo que apartar la mirada—. ¿Puedes describir a quien te hizo esto?

El hombre exhaló un lento y tembloroso suspiro. No le quedaba mucho. Alzó la vista, con los ojos lánguidos y vidriosos en la oscuridad. Levantó el brazo, y lentamente extendió un dedo para señalar un punto más allá del grueso hombro de Brock.

—Él —jadeó, con un hilo de voz, casi sin aire—. Detrás de ti... es él...

Kade y Brock volvieron la cabeza a la vez... justo a tiempo para ver al enorme macho de la estirpe que huía corriendo de la chatarrería. El vampiro llevaba un uniforme de trabajo negro y una camisa de punto negra de manga larga. Tenía la cabeza afeitada y la parte posterior de su cráneo desnudo cubierto con un diseño inconfundible de dermoglifos.

—Dios bendito —murmuró Kade.

Echó a correr con Brock siguiéndole los talones. Salieron disparados hacia la parte trasera del patio lleno de desechos, pero el macho de la primera generación era diez veces más rápido que ellos. Se subió sobre una pila de coches destrozados con un solo salto, y luego desapareció.

No había sido Chase quien atacó brutalmente al humano y luego lo dejó morir, sino otro macho de la estirpe que se había vuelto recientemente familiar para la Orden. Un vampiro de la primera generación que se había unido a ellos unas semanas atrás.

—Hunter —gruñó Brock—. Hijo de puta.

Claire se sentía un poco mareada después del vuelo cuando ella y Andreas bajaron del jet privado en Boston, a altas horas de la noche. Había sido un largo viaje, sobre todo por el abismo de incómodo silencio que parecía haberse abierto entre Andreas y ella. Afortunadamente, al no haber dormido después del desastre que ocurrió con él al entrar en su sueño, estaba agotada durante el vuelo de Dinamarca a Estados Unidos. Durmió casi todo el camino, y sin embargo él parecía estar demasiado tenso para descansar.

Incluso ahora, mientras la guiaba a través del hangar privado hacia un elegante Range Rover negro que había venido a recibirlos, Andreas prácticamente vibraba con una energía mediatibunda y peligrosa.

—Tegan y Elise —le dijo a ella cuando un enorme hombre de la estirpe con el pelo rojizo y su compañera menuda y rubia bajaron del vehículo. Al verlos, el comportamiento de Andreas pasó de la exasperante actitud distante a la que la había sometido durante el vuelo a otra de cálida familiaridad—. Mis amigos —dijo él, adelantándose para saludar a la hermosa pareja.

En uno de sus breves momentos de conversación en el vuelo, Andreas había mencionado que Elise había sido la compañera del director de las fuerzas de la ley en Boston. Lo había perdido unos años atrás por un altercado con un renegado mientras trabajaba, y más recientemente había perdido también a su hijo. Elise había encontrado de nuevo la felicidad junto a Tegan, era evidente por el brillo de paz que ambos irradiaban al acercarse que estaban profundamente enamorados.

Claire se echó hacia atrás cuando Andreas cogió la mano de la mujer y se la llevó a los labios para rozar sus dedos con un casto pero amistoso beso. Ella no tenía derecho a apreciar ni el más mínimo sentimiento de posesión hacia él, pero notó una punzada de dolor cuando la bonita compañera de sangre le dio a Andreas un caluroso abrazo.

El compañero de Elise parecía casi tan afectado como Claire. El alto y musculoso guerrero de la estirpe tenía un aspecto duro, desde las greñas salvajes de su pelo dorado hasta el brillo de sus ojos verdes, que vigilaban a su mujer con una combinación de orgullo y afán de protección totalmente masculino. Andreas había dicho que Tegan pertenecía a la primera generación de la estirpe, y al verlo de cerca, Claire ya lo hubiera adivinado por su cuenta. Su estudiada calma recordaba al semblante de un gato grande; todos esos músculos parecían relajados, pero le llevaría tan solo una fracción de segundo hacerlos entrar en acción si sentía que su mundo o el de su compañera a la que adoraba abiertamente resultaban amenazados de alguna manera.

—Hola, Claire. Soy Elise —dijo la compañera de sangre de Tegan, soltando a Andreas para acercarse y saludarla con igual amabilidad. Mientras los dos hombres se estrechaban la mano, Claire se vio envuelta en un rápido y caluroso abrazo. Elise dio

un paso atrás, con sus pálidos ojos lavanda brillando con inteligencia y calidez, y su melena rubia, que le llegaba a la barbilla enmarcando su delicado rostro—. Me alegro mucho de conocerte. Aunque nuestros caminos nunca se cruzaran en la Agencia, estoy familiarizada con tu trabajo filantrópico en Hamburgo. Has hecho mucho por las comunidades de los Refugios Oscuros de allí.

Claire se encogió ligeramente de hombros, incómoda con el elogio, dado el propósito de su llegada de emergencia a Estados Unidos con Andreas. Y aunque los dos hombres hablaban en voz baja, oyó que Tegan murmuraba condolencias por la muerte de los parientes de Andreas y la destrucción de su Refugio Oscuro.

—Recuerdo a uno de tus jóvenes sobrinos y su tímida compañera de sangre, que esperaban un hijo, la última vez que te vi en Berlín hace un año —añadió Tegan, frunciendo las cejas por encima de sus fieros ojos verdes.

Andreas asintió sombrío.

—Creo que me pidieron que hiciera de padrino cuando estuviste allí.

—Sí —replicó el guerrero, con una débil sonrisa ante el recuerdo antes de que su expresión se oscureciera por la compasión—. Nos quedamos todos de piedra al enterarnos de lo ocurrido. El ataque no quedará sin venganza, no si la Orden tiene algo que decir al respecto.

Tegan miró de reojo en la dirección de Claire, reconociendo tácitamente la intervención de su compañero en la tragedia en la que únicamente Andreas había logrado sobrevivir. Su sentimiento de culpa e incomodidad aumentó, igual que el nudo que sentía en el estómago. Sus nervios estaban especialmente tensos, y causaban un ansioso aleteo en su pecho.

Andreas puso su mano en el hombro de Tegan mientras continuaban su conversación en voz baja.

—Quiero que me des tu palabra respecto a algo, amigo. Si resulta que Dragos está aunque sea remotamente conectado con lo que ha ocurrido en mi Refugio Oscuro, yo haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros a derrocar al bastardo. Pero Roth es solo mío. ¿Puedes prometerme eso?

El guerrero inclinó la cabeza asintiendo lentamente.

—Sé el tipo de odio que estás sintiendo. Yo también he pasado por eso. Yo soy el último que debe decirte cómo lidiar con tus propios demonios, pero ten cuidado, ¿de acuerdo? Hay ahí fuera muchos bastardos que merecen estar muertos, pero la venganza puede consumirte si no la controlas.

«Puede que sea demasiado tarde para ese consejo», pensó Claire, observando la rígida postura y angustia de Andreas, y su mirada endurecida mientras los cuatro caminaban hacia el todoterreno que los estaba esperando. La necesidad de vengar a su familia y a su amante humana solo parecía hacerse cada vez más fuerte, más inestable por el hecho de que la justicia que tanto ansiaba no había llegado todavía.

Después de los errores que le había mostrado en su sueño, había una parte de ella que entendía su rabia, que incluso la compartía. Pero por lo que había visto durante

aquel par de días, le preocupaba que su propia vida no significara nada para él. ¿Podría seguir respetándola si finalmente tenía la posibilidad de destruir a aquel que lo había herido tanto?

«Wilhelm».

Solo de pensar en él, el estómago se le retorcía de desprecio. Claire no podía mantener ninguna esperanza razonable de que las acusaciones de Andreas contra Wilhelm no tuvieran fundamento. Pero lo que más la aterrorizaba era pensar que estar involucrada con Andreas no podía traer nada bueno... para ninguno de los dos. El afecto que Claire sentía por él era algo que Andreas no parecía querer ni necesitar. Ahora tenía un único propósito en la vida, y ella lo conocía bastante bien como para entender que si se le planteaba la posibilidad de escoger entre su propia vida o el hecho de obtener la justicia que sentía que necesitaba, gastaría hasta su último aliento en llevar aquel propósito hasta el final.

La idea de Andreas agonizando —de nuevo, después del milagro de su resurrección y vuelta a la vida— era algo que Claire no podía soportar. El pensamiento casi la tenía como estupefacta mientras se acercaba al vehículo y sentía el aire frío de la noche viniendo de la ciudad.

Una sensación de inquietud la perseguía, y había un sonido que aumentaba en sus venas. El despertar de una presencia que no había reconocido hasta ahora que resonaba en sus células como una alarma.

Wilhelm estaba cerca.

Oh, Dios. ¿Cómo no se había dado cuenta? Había estado tan enfrascada en Andreas y sus amigos, y en sus propias emociones confusas, que no había advertido en su cuerpo las señales de que su compañero de sangre estaba en algún lugar de la zona.

En alguna parte de la ciudad de Boston, estaba bien segura de eso.

Pero ¿qué estaba haciendo allí?

—Claire, ¿estás bien? —Elise le colocó la mano en el brazo con preocupación—. ¿Qué ocurre?

Ella sacudió la cabeza, con más fervor cuando Andreas se detuvo junto a Tegan y se volvió a mirarla con mirada interrogante y suspicaz.

—Me siento un poco mareada —dijo, buscando una excusa razonable que no supusiera decirle a Andreas que el enemigo al que pretendía dar muerte— que estaba igual de resuelto a matarlo a él —estaba probablemente a unos pocos kilómetros de donde se encontraban. Andreas no podía saber que Wilhelm estaba ahora tan cerca. No podía dejar que lo supiera, pensó, sintiendo de pronto que el terror se arrastraba en su garganta.

—¿Qué ocurre? —La voz profunda de Andreas la inundó, pero no fue suficiente para calmar la alarma que crecía en su interior.

—No ocurre nada —dijo ella, mintiendo únicamente porque la verdad lo enviaría directamente a los brazos de la muerte—. Estoy bien. Necesito un momento para

recuperarme, eso es todo. ¿Hay algún servicio en alguna parte?

—Sí, por allí —dijo Elise, haciendo un gesto hacia el anexo de una terminal cercana—. Te llevaré...

—No —soltó Claire—. Puedo llegar sola. Por favor... esperadme aquí. Vuelvo en unos minutos.

Lo único que evitó que saliera corriendo fue la mirada suspicaz de Andreas. Él sabía que estaba afligida; el lazo de sangre que lo unía a él se lo haría saber fácilmente. Pero era su otro lazo —aquel que compartiría con Wilhelm Roth mientras él estuviera vivo— el que la hacía huir en un estado cercano al pánico.

Se refugió en los servicios, sin aliento y temblorosa. Si ella sentía en su sangre que Wilhelm estaba cerca, entonces él también tenía que saber que ella estaba en la ciudad. Era horrible considerar las probabilidades de que él fuera a buscarla. Y por otro lado, ¿qué ocurriría si Andreas la obligaba a ayudarlo a encontrarle a través de su lazo de sangre? Ella nunca se lo perdonaría a sí misma, ni a él.

Y allí había otra cuestión, aún mayor y más turbadora. ¿Que pasaría si Wilhelm Roth estaba verdaderamente involucrado en algo mayor de lo que ella podía imaginar... en algo relacionado con Dragos? ¿Cómo podría Andreas enfrentarse a los escuadrones de la muerte de Wilhelm y a la maldad de alguien tan grande que ni siquiera la Orden había conseguido derrotar hasta ahora?

Oh, Dios. No podía permitir que Andreas supiera que Wilhelm estaba en la zona.

Por mucho que él quisiera su venganza, Claire quería sobre todas las cosas que él siguiese con vida. No podía tomar partido en su destrucción, que era exactamente lo que estaría haciendo mientras siguiese en su compañía.

Tenía que marcharse de Boston.

Tenía que alejarse de Andreas... antes de que el lazo que compartía con Wilhelm Roth la traicionara y lo condujera directamente a la muerte.

—¿Estáis seguros de lo que visteis? Porque este es un asunto serio, y debo tenerlo completamente claro. —Lucan detuvo su ir y venir por el laboratorio de tecnología para mirar a Kade y a Brock, que acababan de llegar de su patrulla con un informe terrible—. Ninguno de los dos tenéis ninguna duda de que era Hunter.

—Sí —dijo Kade, pasando los dedos a través del espeso pelo negro cortado en punta. Sus ojos volubles y de largas pestañas, sostuvieron la mirada de Lucan—. Era él. Es difícil confundir esos glifos, y uno no se topa con vampiros de la primera generación todas las noches que patrulla.

Lucan gruñó.

—Y él os vio a los dos... ¿pudo reconocerlos?

—El hijo de puta nos miró justo antes de desaparecer en la ciudad —replicó Brock. El guerrero negro exhibió los dientes con un gruñido apenas contenido—. Era como si quisiera ser visto. Como si quisiera que viéramos lo que había hecho.

Mientras Lucan asimilaba esa nueva dosis de buenas noticias, las puertas del laboratorio tecnológico se abrieron y Chase entró caminando en la habitación. Olía a

pólvora, a adrenalina y también tenía el olor metálico de sangre humana coagulada.

Ante la interrupción, Gideon se apartó de sus ordenadores y de una pantalla llena de datos que había tras él.

—Dios, Harvard. ¿Qué te ha pasado?

El exagente se dejó caer de golpe en la silla más cercana y se quitó el gorro negro de punto que le cubría la cabeza para tirarlo en la mesa de conferencias, frente a él.

—Me he pasado la última hora deshaciéndome de un pandillero muerto al norte de la ciudad. Alguien le abrió la garganta al bastardo y prácticamente lo desangró. Lo dejó muerto donde cayó, de manera que cualquiera podía encontrar el cuerpo.

Lucan dirigió a Kade una mirada de soslayo. La descripción de las heridas y la forma descarada del ataque eran demasiado parecidas para que pudiera tratarse de una coincidencia.

—¿Viste algún rastro del vampiro que lo hizo?

Chase alzó la vista y vaciló, como si no estuviera seguro de si debería expresar su sospecha en voz alta.

—Vi a alguien en la zona, pero se marchó antes de que pudiera estar lo bastante cerca como para identificarlo.

—Sí, bueno, nosotros sí pudimos acercarnos —intervino Kade.

Chase afiló sus duros ojos azules.

—¿Qué quieres decir?

—Después de que dejaras el club, Brock y yo nos encontramos con lo mismo en Dorchester. Un humano grave, con la garganta hecha jirones, perdiendo sangre a lo largo de dos manzanas y abandonado para morir en un área pública. Cuando seguimos a la víctima, su asesino todavía estaba cerca. Era un bastardo enorme con glifos de un vampiro de la primera generación y la cabeza afeitada.

—Ah, mierda —dijo Chase exhalando el aire lentamente—. Entonces, realmente fue Hunter. Yo también lo vi, pero mi instinto me sugería no condenarlo hasta no verlo mejor. Maldita sea, sabía que el chico no tiene muchas habilidades sociales, dado su origen, pero esto es de psicótico.

—Supongo que no tenemos que preguntarle qué le gusta hacer en su tiempo libre —señaló Gideon secamente.

Lucan lanzó a sus guerreros una mirada oscura.

—Si alguien más lo ve u oye algo acerca de él, quiero saberlo lo antes posible, y si sois testigos de otro asesinato humano esta noche y nuestro chico está cerca pero se niega a entregarse pacíficamente, os doy mi permiso para liquidar al bastardo.

—Mierda, Lucan, ¿lo dices en serio? —Gideon sacudió la cabeza—. Hay una niña viviendo en el recinto a la que se le va a romper el corazón si le ocurre algo a Hunter. Puede que no sea capaz de ganar ningún concurso de personalidad, pero Mira lo adora. Por muy raro que pueda sonar, creo que el sentimiento es mutuo. Tú has visto que cariñoso es con esa niña. Sabe que si Mira no hubiera suplicado por su vida tras el asalto en la reunión de Dragos, Niko le habría hundido una bala en el cráneo.

Hunter haría cualquier cosa por esa niña.

—Eso no implica que no sea lo que es —recordó Lucan a Gideon y a los demás—. Yo quiero creer que él está de nuestro lado tanto como el que más... demonios, tal como nos están yendo las cosas últimamente lo necesitamos de nuestro lado. Pero no olvidemos que apenas hace tres meses era tan solo una de las armas del arsenal de Dragos. Un arma letal y con una frialdad de piedra.

Gideon mostró su asentimiento con un gesto de la cabeza.

—Tal vez Tegan debería tener una charla con él, a ver qué tipo de impresiones saca del soldado —dijo, refiriéndose a la habilidad de Tegan para distinguir las emociones de alguien con el tacto. Una habilidad que le había dado a Hunter luz verde cuando ofreció su brazo al servicio de la Orden el pasado verano en Montreal.

—Tegan ha ido a hacer una recogida al aeropuerto —dijo Lucan—. ¿Alguien sabe a qué hora debe regresar Hunter de su patrulla esta noche?

Ante la tanda de encogimientos de hombros que se produjo en la habitación, Lucan dejó escapar un suspiro.

—Tenemos demasiadas cosas entre manos ahora como para estar ocupándonos de esto. Quiero este asunto controlado, y quiero que Hunter sea interrogado lo antes posible para obtener respuestas.

Kade, Brock y Chase murmuraron su aceptación, y luego salieron juntos del laboratorio. Cuando se hubieron marchado, Lucan dirigió su atención de nuevo a Gideon.

—Si tienes más noticias acerca de esos informes de personas desaparecidas en los que han estado trabajando Dylan y Savannahh, estaré encantado de oírlas.

Por la mirada que le dirigió Gideon, Lucan tuvo la sensación de que su noche iba a ir de mal en peor.

Reichen estaba sentado en el Range Rover con Tegan y Elise, y su ansiedad crecía a cada minuto. Claire se había marchado hacía ya un rato. Diecisiete minutos.

Ella había estado a punto de salir corriendo de inmediato después de que él y Tegan hubieran discutido acerca de Wilhelm Roth. Había sido cruel por su parte hablar de manera tan insensible mientras ella estaba presente; ahora se daba cuenta. A pesar del odio que sentía hacia Roth, era todavía el compañero de Claire, el compañero de hacía mucho años, y eso contaba. Le debía una disculpa, y se la daría en cuanto regresara al vehículo.

Le había parecido que Claire estaba bastante turbada durante el viaje, y sabía que eso también era culpa de él. Se sentía como un idiota después de lo que había ocurrido cuando ella entró en su sueño en casa de Danika. El sexo, que había sido increíble, no estaba planeado. La había deseado tan ardientemente que al verla de pie junto a él, fuera en sueños o no, había sido incapaz de apartarla.

Era la otra parte del sueño lo que lamentaba.



Le había sido igual de imposible frenarla, pero no tenía intenciones de llevar a Claire al centro de la carnicería de su Refugio Oscuro. No quería exponerla a la crudeza de la pesadilla que lo había estado asaltando desde hacía tanto tiempo, y que lo perseguiría siempre.

Nadie necesitaba ser testigo de ese tipo de horror, y mucho menos ella. No era culpable de nada, pero eso no había impedido que su mente la proyectara en la carnicería y, peor aún, en el papel de Helene. Su culpa por todo lo que les había ocurrido a sus parientes y a Helene era todavía un dolor crudo en su alma.

Y sí, tal vez en algún rincón paranoico de su corazón le preocupaba eso, que al igual que Helene, Claire pudiera ser usada contra él... que su lazo de sangre le sirviera de alguna manera a Roth para traicionarle. Había poco más que Roth pudiera hacer para herirle, pues ya le había arrebatado todo lo que tenía.

Pero podía herir a Claire.

Reichen había soportado y había sobrevivido a más de lo que se hubiera creído capaz. Si Claire sufría algún daño, especialmente por haberse visto involucrada contra su voluntad en la persecución de la venganza, Reichen sabía, sin ninguna duda, que eso acabaría con él. Eso lo mataría, sin remedio.

—Está tardando demasiado —murmuró, mientras una extraña sensación de vacío empezaba a extenderse en su pecho—. Algo no va bien.

Elise se volvió para mirarlo desde el asiento del copiloto.

—Ha pasado un rato. Iré a ver si está bien.

La compañera de sangre de Tegan salió del todo terreno y se dirigió hacia la terminal a la que había ido Claire. No tardó ni un minuto en salir, con una expresión de preocupación tensando sus labios mientras se acercaba al coche.

—No está en los lavabos. Los he revisado todos y también la zona que hay justo al salir de la terminal. No está allí.

—Maldita sea. Sube al coche, cariño —le dijo Tegan a Elise—. No puede estar lejos. Conduciremos hasta encontrarla.

—No. —Reichen abrió una de las puertas traseras del coche y salió—. Yo me ocuparé de esto. Creo que sé dónde puede haber ido.

Aprovechó el lazo de sangre que le indicaba que ella se estaba alejando de él, concentrando todos sus sentidos allí. El lazo lo conduciría hasta ella, pero incluso sin él, tenía la sensación de saber hacia dónde huiría Claire en caso de sentirse abrumada y confundida.

Tegan bajó su ventanilla y fijó en él su intensa mirada esmeralda.

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda?

Reichen sacudió la cabeza.

—Continúa sin mí. Yo tengo que ir tras ella.

Tegan asintió con la cabeza, y luego sacó un teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta.

—Coge esto. Los dos últimos números de marcación rápida te conectarán

inmediatamente con el recinto.

—Gracias —dijo Reichen—. Me pondré en contacto lo antes posible.

**L**as pisadas de Claire hacían un eco hueco en el suelo desnudo de la casa de su abuela. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que estuvo en la imponente casa victoriana que se alzaba en la agreste orilla de Narragansett Bay, pero todavía seguía igual. Olía igual, a madera vieja y muebles pulidos y a fresco aire salado. Desde luego, durante el tiempo que había pasado desde la última vez que estuvo allí, cuando era una joven que partía para empezar sus estudios en el extranjero, en Alemania, habían cambiado muchas cosas. Su abuela había muerto, y ahora la finca estaba a nombre de Claire, ya que ella era la única heredera, la última en el linaje materno. Ni siquiera Wilhelm sabía nada de aquel lugar. Ella había mantenido su existencia en secreto, un secreto que ahora se alegraba de no haber compartido con él.

Los cuidadores que habían sido contratados para encargarse de la finca habían hecho un trabajo espléndido en la casa y en los terrenos que la rodeaban, tras la muerte de su abuela. Como estaba estipulado en el acuerdo, había una llave extra que se mantenía detrás de uno de los ladrillos de la galería, el mismo lugar que había sido usado desde que la madre de Claire era una niña que crecía en aquella imponente casa. Claire contaba con esa llave a buen recaudo cuando huyó del aeropuerto de Boston y se subió al autobús que la llevaría a Newport.

Al encontrar la llave donde siempre había estado tuvo la esperanza de que todo iría bien otra vez. Tal vez todavía podría encontrar algo de paz, encontrar su verdadero hogar, cuando las aguas se calmaran y su vida se recuperara de todos los trastornos de los últimos tiempos.

El problema de esa esperanza era que continuaba imaginando a Andreas en su futuro, y eso solo servía para decepcionarla.

Trató de apartarlo de su mente mientras iba a la deriva a través del piso principal de la casa, reconociendo los recuerdos de un pasado lejano. Los retratos familiares y las pinturas enmarcadas habían sido descolgados y embalados para preservarlos. Los elegantes muebles, que su abuela había cuidado tan meticulosamente, estaban cubiertos con largas telas blancas, que les daban una apariencia fantasmal y abandonada, incluso con todas las luces encendidas. Las cortinas estaban corridas sobre las ventanas y las puertas acristaladas que conducían al patio con vistas al océano.

Claire avanzó hacia esas puertas acristaladas. Abrió los cuatro pares, y dejó que el viento salobre del otoño soplara desde el Atlántico. Su llamada era demasiado fuerte para resistirse. Salió y cruzó las anchas losetas de la terraza. Luego caminó por la hierba, respirando profundamente el aroma del océano que siempre había representado un hogar para ella.

Algo más lejos había un saliente de rocas que siempre había sido uno de sus lugares favoritos. Se dirigió hacia allí, avanzando con cuidado sobre las voluminosas

piedras negras en la oscuridad. Encontró la zona plana que formaba un asiento perfecto en el borde rugoso de un peñasco y se acomodó allí.

Durante un buen rato, simplemente se quedó contemplando el agua, observando el brillo de las olas bajo la pálida luz de la luna y las estrellas.

Podía haberse quedado en aquel tranquilo lugar durante horas, pero la marea iba subiendo alcanzando incluso mayor altura que las rocas, y pronto el agua la arrastraría. Con reticencia, se dio la vuelta y salió del borde. Cuando estuvo de pie, se sobresaltó al descubrir que no estaba sola.

—Andreas —dijo, atónita al verlo.

El pecho de él mostraba que respiraba con agitación, y la preocupación se reflejaba en las marcas de tensión de su rostro.

Claire tuvo que obligar a sus pies a permanecer quietos en el suelo y no moverse hacia él por acción refleja. No quería que estuviera allí, a pesar de lo que su corazón parecía pensar.

—¿Cómo me encontraste?

Aunque hiciera la pregunta, ella ya sabía la respuesta. Los sentidos de la estirpe tienen una agudeza superior a la humana. Si el lazo de sangre no fuera suficiente para guiarlo hasta ella, habría podido seguir su rastro fácilmente a través del olfato. No es que él pareciera inclinado a dar una explicación. Estaba enfadado y preocupado, y el hecho de que hubiera recorrido todo aquel camino para encontrarla debería parecerle algo reconfortante, incluso halagador.

Podía haber sido así de no ser por el hecho de que Wilhelm Roth se hallaba a unos ciento cincuenta kilómetros de allí. Necesitaba que Andreas se apartara de ella lo más posible. Y cuanto antes, mejor.

—Te fuiste sin decir palabra, Claire.

Ella trató de no mofarse por lo irónico que le pareció eso.

—Esperaba que te pareciera más aceptable, teniendo en cuenta tus precedentes con las despedidas.

Él la miró fijamente, con los ojos afilados.

—¿Qué es lo que te pasa?

Ella se encogió de hombros con una despreocupación que no sentía.

—Nada.

—¿Por qué te marchaste de esa forma? ¿No pensaste ni por un minuto que me preocuparía si simplemente desaparecías sin dar ninguna explicación? —Soltó una blasfemia en voz baja y sacudió la cabeza, compungido, aunque sus ojos todavía estuvieran encendidos de rabia—. Me lo merezco, lo sé. Pero me has dado un susto de muerte. Háblame. Dime qué te ocurre.

No podía decírselo. El miedo de lo que él haría si supiera que Roth estaba cerca impedía que esa parte de la verdad saliera de su garganta. Apartó la vista de su mirada intensa y sagaz.

—Estoy asustada, Andreas. Simplemente quería estar en algún lugar familiar,

algún lugar al que pertenezco. Después de todo lo que ha ocurrido, supongo que simplemente quería estar en casa. Quería un poco de paz.

—Hogar y paz —dijo él, con la duda reflejada en la tensión de sus labios—. No, no lo creo. Saliste huyendo de allí como si no pudieras soportarme más. Quiero saber por qué. ¿Es acaso por lo que sucedió... en el sueño? Porque yo no quería herirte. Quiero que sepas eso.

Cuando ella se limitó a mirarlo con mudo tormento, él alzó la mano y le acarició suavemente la mejilla.

—Por Dios, Claire, lo único que siempre he querido es mantenerte a salvo.

Un sollozo se abrió camino en la garganta de ella.

—¿Por qué? —murmuró—. ¿Por qué me muestras ahora toda esta ternura, Andre? ¿Por qué no la mostraste entonces?

Él maldijo en voz baja.

—Para mantenerte a salvo, tenía que dejarte marchar.

Ella negó con la cabeza, incapaz de aceptar esa excusa, pero él le cogió suavemente la barbilla. Con el pulgar, le rozó apenas los labios.

—Te dejé por la transformación que había sufrido. Ahora lo has visto... el fuego que habita dentro de mí. Sentí horror al pensar en lo que eso podía provocar en las personas que amaba. Como tú, Claire. Por Dios... especialmente tú.

Ella tragó saliva con la garganta seca.

—¿Por qué no me dijiste todo eso en aquel momento? Lo habríamos superado...

—No —dijo él—. No había forma de superarlo, no entonces. El fuego estallaba en mi interior sin ningún aviso. He vivido durante la mayor parte de mi vida sin saber lo que mi furia podía hacer. Desde que se desató la primera vez, me venció. Partí de Alemania porque era lo único que podía hacer. Me llevó prácticamente un año conseguir controlar el fuego. Cuando regresé, tú ya estabas con Roth.

Claire le escuchó, luchando por ordenar las piezas en su mente.

—Entonces, durante toda tu vida, nunca habías sabido nada de tu habilidad piroquinética.

—No hasta la última noche que te vi.

—Discutimos —dijo ella, recordando sus últimas palabras.

Habían salido durante casi toda la noche en Hamburgo, disfrutando el uno del otro durante los meses que habían estado juntos. Pero en una ocasión, ella se puso celosa cuando otra mujer comenzó a flirtear con él. Andreas siempre había sido un imán para la compañía femenina, por su belleza y su carisma, pero él le juró que únicamente estaba interesado en ella. Claire no le había creído. Le dijo que quería una prueba, una señal de compromiso que demostrara que su amor era verdadero. Cuando él vaciló, ella se había disgustado, temiendo que en realidad no la amara. Lo había llamado egoísta, irresponsable. Cosas crueles. Había sido poco razonable, y lo sabía, incluso entonces.

—Me arrepentí de mis palabras en el mismo momento en que las dije —le

explicó ahora. Una disculpa que llegaba décadas tarde—. Era joven y estúpida, y fui muy injusta contigo, Andreas.

Él se encogió de hombros.

—Y yo era un terco gilipollas que debería haber tenido más cabeza. En lugar de eso, estaba demasiado ansioso por demostrarte que tenías razón. Después de dejarte en el Refugio Oscuro de Roth, me fui a la ciudad en busca de una pelea. Encontré unas cuantas, de hecho, y después de haber hecho sangrar bastante mis nudillos y de usar mi cara para golpear la de otros, me encontré en un hotel destartado en compañía de dos mujeres borrachas que recogí en un bar durante el camino.

La decepción de Claire al oír eso ahora estaba en un segundo plano, ya que le preocupaba saber qué le había ocurrido a él después.

—En algún momento, alguien llamó a la puerta. Otra mujer. La dejé entrar, y como estaba distraído por mi propia estupidez, no me di cuenta de que tenía un cuchillo en la mano hasta que lo deslizó a lo largo de mi garganta.

Claire hizo una mueca de dolor, con el corazón encogido ante aquella imagen.

—¿Y qué hiciste?

—Sangré —fue su simple respuesta—. Sangré muchísimo, creí que iba a morirme. Y de hecho casi me muero. Estaba demasiado débil para luchar cuando un grupo de machos de la estirpe entraron en la habitación y me llevaron en un camión hasta un callejón. Me encadenaron y me depositaron en el campo de una granja remota para que me desangrara y me calcinara al salir el sol.

—Oh, no me lo puedo creer, Andre. Yo vi ese campo, ¿verdad? Me lo mostraste ayer en tu sueño.

La mirada que recibió por respuesta era una triste confirmación.

—En algún momento durante aquellas horribles horas, sentí un calor antinatural que comenzaba a crecer dentro de mí. Continuó creciendo, hasta que mi cuerpo entero estuvo bañado con un brillo energético. Y entonces estalló fuera de mí. No lo recuerdo todo: ese es uno de los efectos secundarios menores, por lo que pude comprender más tarde. El fuego surge desde mi interior, pero mi piel no se quema. Cuando el sol empezó a salir, las cadenas ya se habían derretido. Traté de buscar algún lugar a la sombra, pero estaba débil por la pérdida de sangre. No vi a la niña hasta que estuvo de pie a mi lado.

Claire sintió un nudo de terror en el esternón.

—¿Una chica?

Él asintió, haciendo tan solo el más leve movimiento con la cabeza. Tenía la boca tensa, y la cara rígida de arrepentimiento.

—Debía de tener tan solo diez o doce años, y estaba en el campo esa mañana buscando a su gato. Me vio luchando en la tierra y me preguntó que podía hacer para ayudarme. Por culpa de la herida de mi garganta, yo no tenía voz. No podría haberle advertido que se marchara, ni siquiera aunque hubiera tenido alguna idea de lo que iba a pasarle si se acercaba demasiado a mi cuerpo mientras estuviera todavía lleno

de calor.

Claire cerró los ojos, entendiéndolo todo. Le puso la mano en la mejilla, pues le faltaban palabras para expresar el dolor que sabía que él habría sentido ante lo que le ocurrió a la niña. Un dolor que claramente aún seguía sintiendo, después de todo ese tiempo.

—Salí arrastrándome de ese campo como un animal, exactamente lo que sentía que era. Peor que un animal, por haber destruido un ser tan inocente y tan puro. Cuando me recobré, salí huyendo. No podía quedarme... no después de lo que había hecho. Y desde entonces, a pesar de los muchos años que pasaron sin que el fuego regresara, continué viviendo con el temor de poder herir a la gente que más me importa. —Él le tocó ligeramente el pelo, y le acarició la frente con ternura—. Dejarte nunca estuvo en mis planes. Cuando volví y supe que te habías unido a Roth, me quedé en Berlín y me dije que estarías mucho mejor con él. De esa forma podría estar seguro de que estarías a salvo de ese lado letal que hay dentro de mí.

—He visto tu poder, Andre. He visto lo que puede hacer. Pero no me ha hecho daño... Tú no me has hecho daño.

—No todavía —respondió él con tono sombrío—. Pero ahora es mucho más fuerte que antes.

Claire vio su tormento, pero en lugar de que esto despertara su compasión, la hizo enfadarse un poco.

—¿Te parece que tu venganza vale la pena? ¿Te parece que vale la pena matarte para conseguirla? Eso es lo que estás haciendo, Andre. Te estás matando a ti mismo con ese horrible poder que tienes, y lo sabes.

Él se burló con dureza, desmintiéndolo sin palabras.

—Voy a hacer lo que debe ser hecho. No me importa lo que me acabe pasando al final.

—A mí sí —dijo ella—. Maldita sea, a mí me importa lo que te pase. Te miro ahora y veo a un hombre que se está destruyendo a sí mismo con su furia. ¿Cuántas veces más podrás salir de las llamas sin perderte en su interior? ¿Cuánto tardará el fuego en consumir tu humanidad?

Él la miró fijamente durante un largo momento, tensando la mandíbula cuadrada. Negó con la cabeza.

—¿Qué quieres que haga?

—Parar —dijo ella—. Parar todo esto, antes de que ya no tengas la posibilidad de hacerlo.

Para ella estaba muy claro. Él tenía una elección evidente: soltar su rabia y vivir, o continuar su persecución de la venganza y morir... ya fuera por el poder que, como ella veía, lo estaba destruyendo, o por la guerra que se proponía entablar con Wilhelm Roth.

—No hay forma de detenerse, Claire. He llegado demasiado lejos para echarme atrás, y tú lo sabes. He empujado a Roth demasiado lejos durante las pasadas noches

y semanas en que he estado tratando de cazarlo. —Soltó un suspiro entrecortado y curvó los labios en una sonrisa triste—. ¿Irónico, verdad? Eso es lo que me apartó de ti entonces y ahora es lo que nos ha vuelto a unir. Pero lo que decías antes es cierto. Tú ahora mereces paz... y yo debería procurártela.

Se acercó y apretó los labios contra su frente, luego le dio un tierno beso en la boca. Finalmente retrocedió, y comenzó a alejarse.

Claire lo vio caminar por la hierba. El corazón se le rompía un poco con cada paso que daba. No podía dejarlo marchar... no de esa manera. No cuando cada fibra de su ser lloraba porque se quedase.

—Andreas, espera.

Él continuó, con pasos largos se alejaba de ella cada vez más y más.

No podría haberlo dejado ir ni aunque estuviera encadenada y tirada y olvidada tras él. Claire corrió por la hierba y lo cogió de la mano. Lo hizo volverse para mirarla, con tantas palabras y lamentos atascados en la garganta.

—No te vayas —fue todo lo que consiguió decir. Era un ruego, una súplica.

Sus ojos oscuros brillaron con chispas ámbar. Su piel dorada parecía más tirante bajo la luz de la luna, su boca una línea severa y decidida que no alcanzaba a tapar los colmillos crecidos detrás de los labios.

—Andre, por favor... no te vayas.

Claire se alzó de puntillas y curvó los dedos alrededor de su fuerte nuca, haciéndolo inclinarse para encontrarse con sus labios. Lo besó con toda la pasión que siempre había sentido por él... con toda la desesperación y los anhelos imposibles que habían vivido en su corazón durante todos aquellos largos años.

Él le devolvió el beso aún con mayor ardor. La abrazó, apretándola contra él para que sintiera el calor de su pecho y sus muslos contra ella y también esa parte más caliente y más dura que se apretaba contra su cadera como una barra de acero. Claire disfrutó de su excitación, de su calor, del ronco gemido que vibró en sus huesos cuando él interrumpió el beso para enterrar el rostro en la curva de su cuello y de su hombro. La deseaba, tanto como ella lo deseaba y lo necesitaba a él.

Aquello no era un sueño. Era real y salvaje, y por eso tan bueno.

—Por Dios, Claire —dijo con la voz entrecortada, y las puntas de los colmillos erosionando la tierna piel de su clavícula—. ¿Por qué no me has dejado marchar?

Ella negó con la cabeza, demasiado aturdida para hablar o razonar. Lo único que sabía era el deseo que sentía por aquel hombre, aquel increíble y honorable macho de la estirpe que debería ser suyo. Que nunca volvería a ser suyo, una vez que la búsqueda de la justicia que lo consumía acabara por apartarle de ella.

Claire pasó las manos sobre las cadenas de músculos de su cuerpo, echando la cabeza hacia atrás para dejar que la boca de él deambulara en su piel por donde quisiera. Ella jadeaba con ansia, sintiendo que las piernas se le derretían por el calor que estallaba en su centro.

Andreas retrocedió para mirarla a la cara. La veía tan hermosa, tan salvaje y



poderosa, que le dolía el corazón. Ella vio la pasión desnuda en sus chisporroteantes ojos ámbar y supo que él veía en ella la misma necesidad. No lo podía negar. Ni siquiera era lo bastante fuerte como para intentarlo.

Habían estado demasiado tiempo separados. Había demasiados obstáculos que ahora parecía imposible superar. Pero sentían deseo. Claire temblaba con él, y sentía que una vibración parecida circulaba a través de Andreas mientras se aferraba a él.

—Por favor —susurró, con la necesidad de sentir su peso contra el de ella.

Necesitaba sentir su cuerpo fundiéndose con el suyo, no en un sueño o en un recuerdo, sino carne contra carne. Desnudo y carnal.

—Oh, Dios, Andre... por favor, quédate conmigo ahora.

Él gruñó contra su garganta, una brusca blasfemia que solo logró que el pulso le latiera aún más fuerte.

Con un movimiento fluido y seguro, él la levantó del suelo y la sostuvo contra su pecho con la fuerza de sus brazos musculosos. La llevó a través de la hierba hacia las puertas acristaladas de la casa. Dentro, la colocó lentamente en medio de los muebles envueltos y fantasmales. La besó tiernamente, dulcemente, mientras cogía el borde de una sábana blanca que cubría un antiguo diván almohadillado y la apartaba a un lado.

Claire dejó que él la guiara hacia el elegante asiento y la hiciera acostarse para echarse sobre ella como una especie de inmenso dios de otro mundo. La besó de nuevo, mientras sus dedos comenzaban a desabrochar precipitadamente los botones de su suéter.

A diferencia de lo ocurrido en el sueño, esta vez la ropa no se disolvió por sí sola. Andreas se tomó su tiempo en desnudarla, pasando la boca con veneración por cada centímetro de su piel a medida que la dejaba al descubierto. Le chupó los pechos y jugó con la curva de su vientre y de sus caderas. Cuando, laboriosamente, le quitó los pantalones y las bragas, hundió la cabeza en la coyuntura de sus muslos y pellizó de modo exasperante su tierna piel, hendiendo la lengua en los húmedos pétalos de su centro.

Claire echó la cabeza hacia atrás y gimió de placer mientras él le hacía el amor con la boca y jugaba con las afiladas puntas de sus colmillos.

El primer orgasmo la tomó totalmente por sorpresa. Se abalanzó sobre ella y la impulsó hacia arriba, causándole un placer que no pudo contener más y haciéndole soltar un grito roto contra el techo cuando el clímax la venció. Andreas se agarró a su regazo amorosamente, tranquilamente, aunque las manos le temblaran mientras tocaban su cuerpo desnudo, mientras masajearon y acariciaban su piel caliente.

—Tienes un sabor delicioso —murmuró contra su humedad—. Incluso más dulce de lo que recordaba. Mejor que cualquier sueño.

Claire le puso las palmas de las manos sobre los hombros, apartándolo hacia atrás mientras ella se incorporaba. Se puso encima de él, a horcajadas sobre sus muslos desnudos. Pasó las manos por debajo de su camisa amplia, desnudándolo para poder explorarlo con su boca.

Después de recorrer su cuello, le quitó del todo la camisa y dejó que sus ojos se recrearan en la belleza única de sus dermoglifos. Justo ahora, con el deseo grabado en cada músculo tenso y en la expresión de Andreas, sus glifos estaban inundados de índigo, burdeos y un intenso dorado otoñal. Claire los recorrió con la yema de los dedos, luego inclinó la cabeza y siguió los intrincados remolinos y florituras con la lengua, como había estado ansiando hacer desde que lo había visto sentado bajo la luz de la luna a la orilla del lago en su sueño.

Algunos de esos glifos seguían hasta abajo por su cuerpo, como ella muy bien recordaba. Sin querer descuidar ninguna parte de él, Claire desabrochó el botón de sus pantalones y le bajó la cremallera. Él contuvo la respiración mientras ella acercaba la cara a la suave piel de su ingle y mordisqueaba su tierna carne. Cuando le bajó los pantalones, pasando la lengua por la suave y sobresaliente cabeza de su pene, y luego aún más abajo, él soltó un taco en tono suplicante.

Claire besó todo su grueso miembro, admirando toda su longitud, su anchura y su poder antes de inclinar la cabeza y hundir la contundente punta en su boca. De momento solo jugó, recreándose en su sabor sedoso y salado. No quería precipitarse. Deseaba prolongar aquel momento, aquella noche robada que había soñado durante tanto tiempo.

Cuando habló, su voz sonó ronca de pasión y ardiente necesidad.

—¿Tienes alguna idea de las veces que he deseado buscarte en sueños? Ha habido días, semanas incluso, en las cuales no he podido pensar en otra cosa... lo único que quería era encontrarte. Sentir de nuevo este placer contigo. Tú eres el único, Andre. Siempre has sido el único.

Él gruñó, con un sonido de descarado deseo de posesión. Le agarró el pelo con las manos, le sujetó con fuerza la nuca mientras ella se inclinaba una vez para tomar el miembro entero dentro de su boca. Él arqueó la espalda, dejando escapar un grito sin palabras mientras ella chupaba profundamente.

—Ah, Dios —jadeó—. Es condenadamente bueno. Claire, si no paras...

Ella no paró. No tenía suficiente, ni siquiera cuando su cuerpo dio una fuerte sacudida y su liberación vino con un rugido. Ella lo acariciaba con la lengua y la garganta, codiciando todo lo que él pudiera darle después de tantos años de deseárselo.

De amarlo.

Ella no podía negar que era amor lo que sentía por él mientras él la soltaba y saqueaba su boca con un ferviente y exigente beso. Era amor lo que llenaba su corazón mientras él llenaba su cuerpo con el suyo.

Era amor lo que la hacía gritar su nombre mientras él la conducía hacia otro clímax devastador, antes de comenzar a seducirla de nuevo.

Esa puta estaba poniendo a prueba su paciencia.

Wilhelm Roth cerró la mano en un puño y atravesó con él la ventana empañada

del almacén de Boston al que se había visto obligado a trasladarse recientemente. El dolor era desgarrador al retirar la mano de los cristales destrozados, con la carne de los nudillos hecha trizas y sangrando. Sabía que Claire lo sentiría también, aunque distante, tal y como él estaba sintiendo la prueba de su infidelidad con Andreas Reichen.

Su placer le daba acidez de estómago.

Que fuera un placer que ella compartía con Reichen lo hacía desear matarlos a los dos.

Salvajemente.

Había estado más que sorprendido al detectar la presencia de Claire cerca de Boston, temprano en la noche. La conciencia de ella casi se había extinguido, pero estaba seguro de que se hallaba en alguna parte de Nueva Inglaterra. Ella y también Reichen, por lo visto.

Lo único que le impedía salir a cazarlos a los dos era que estaba ocupado con la misión que Dragos le había confiado en la ciudad. Sus prioridades habían sido expresadas por Dragos con una claridad cristalina cuando le ordenó ir a Boston, y Roth no podía fallarle.

Tendría su oportunidad para hacer que Claire y su maldito amante pagaran su deuda. Estaba seguro de que tendría ocasiones de sobra para infligirles un enorme dolor lo bastante pronto.

Y casi no podía esperar.

Había estado dándole vueltas al hecho de que Dragos hubiera insinuado que Reichen estaba involucrado con la Orden. No le sorprendería que fuera cierto. A pesar de la arrogancia e insubordinación de ese macho, siempre había habido en él un aire de superioridad moral.

Roth suponía que el tipo estaba suscrito a algún código de honor, incluso entonces, en el pasado, cuando había estado olfateando las faldas de Claire después de que Roth hubiera decidido que le pertenecería solamente a él. No importaba que ya tuviera una compañera; Ilsa y él siempre habían sido una pareja pobre, formada con precipitación en un momento de pasión y volviéndose aburrida no mucho después. Debía de haberse deshecho de ella antes de lo que lo hizo, pero entonces apareció Claire y en ella encontró la única excusa que necesitaba.

O, mejor dicho, Andreas Reichen le había procurado la excusa, justo un poco antes de que este hubiera conocido a la hermosa Claire Samuels.

Roth se había preguntado a menudo si Reichen se habría dado cuenta del desprecio furioso que le inspiró cuando tuvo un gesto de amabilidad con Ilsa, en la recepción de un Refugio Oscuro. Había sido una minucia, en realidad, una chaqueta seca para cubrirla después de que Roth la enviara a empaparse en el balcón bajo la lluvia porque había osado contradecirlo frente a sus iguales. Quería que el castigo permaneciera en privado, pero Reichen la había descubierto sentada fuera pasando frío. Por increíble que pudiera parecer, tuvo el descaro de insistirle para que tomara

su abrigo y luego hizo que su chófer la llevara a su casa sin el permiso de Roth.

Roth echaba chispas incluso ahora solo de pensarlo.

Había echado chispas también entonces, y esperó la oportunidad de poner a Reichen firmemente en su lugar. Encontró esa oportunidad en cuanto Claire llegó a Hamburgo y llamó la atención de todo macho de la estirpe disponible en la región. Así que Roth había esperado y observado, y cuando llegó el momento oportuno hizo que sus hombres se ocuparan de Reichen. Luego cumplió con la tarea de ayudar a la pobre y devastada Claire a recoger las piezas de su corazón destrozado. Tomarla como compañera fue simplemente añadir el azúcar glaseado a un delicioso pastel.

Oh, había tenido que matar a Ilsa para despejar el camino, pero ese era un pequeño inconveniente para darse la satisfacción de vengarse de Reichen robándole a la mujer que amaba.

No pudo estar más asombrado cuando supo que Reichen había reaparecido en Berlín al cabo de un año. Había que reconocerle el mérito de que después de sufrir probablemente la lección más amarga de su vida, había permanecido bien lejos de Hamburgo y de Claire. Hasta el verano anterior, cuando la prostituta humana que era la última amante de Reichen comenzó a meter la nariz en los asuntos de Roth.

No tenía paciencia para tratar con Reichen otra vez, y por eso le envió un mensaje muy claro y muy rápido al Refugio Oscuro de Berlín donde vivían él y sus parientes. Rápido y claro, pero del todo completo, puesto que Reichen había sobrevivido al ataque.

Eso no volvería a pasar, juró Roth.

En cuanto volviera a tener a Reichen al alcance, acabaría con él. Y tanto mejor si podía hacer morir a Claire junto a él.

Estaba complaciéndose con sadismo dando vueltas en su cabeza a la forma en que cumpliría esas dos metas, cuando sonó el teléfono que llevaba en el bolsillo de su chaqueta.

—Sí, señor.

—Confío en que tu operación esté funcionando como planeamos —dijo Dragos, con un tono prácticamente desafiante.

—Está totalmente bajo control, señor, como le prometí que ocurriría.

Dragos gruñó.

—Sigue así. Aquí casi he acabado con los preparativos. Pronto el nuevo objetivo estará en marcha.

—Muy bien, señor —dijo Roth—. Continuaré con el plan que acordamos y esperaré nuevas órdenes.

**A** la mañana siguiente, mientras Reichen se quedaba atrás y trataba de no ponerse paranoico respecto a los peligros que acechan en cada esquina de la calle o cada callejón, Claire dejó la casa, con los euros que le quedaban, y condujo hasta la ciudad para conseguir cambio y comprar algo de comida para ella y ropa fresca para los dos. Reichen había intentado convencerla de que esperara hasta la noche, cuando podría ir con ella por si surgían problemas, pero rechazó la idea con una mirada y lo dejó sentado solo en la gran casa vacía. Había olvidado lo independiente que era ella, y una parte de él admiraba el hecho de que varias décadas bajo el mando de Roth no le hubieran robado nada de su espíritu.

Sin embargo, estaba preocupado.

Sabía que estaba a salvo de Roth o Dragos o de cualquier otro miembro de la estirpe mientras fuera de día y el sol mantuviera encerrados a todos los de su clase. Pero su parte protectora, esa parte de él que todavía no había aceptado que ya no era un líder de los Refugios Oscuros, responsable de que su hogar y su familia permanecieran a salvo, se mostraba reacio a la idea de que Claire fuera por ahí sin que nadie la vigilara. Era demasiado preciosa, demasiado vulnerable en un mundo lleno de peligros ocultos. Era un tesoro cuyo valor había que preservar a toda costa.

Y no le pertenecía.

Maldita sea, debía hacer mucho esfuerzo para recordar eso, especialmente después de la pasada noche. Habían pasado una noche increíble juntos, haciendo el amor en el salón con vistas al Atlántico, y luego en el piso de arriba, en la cama con cuatro columnas de la grandiosa habitación que había pertenecido a Claire cuando era joven y vivía en casa de su abuela. Y aún una vez más justo antes del amanecer, después de que ella se asegurara de que todas las persianas estuvieran bajadas y las cortinas corridas para que él estuviera protegido del sol.

A él le habría gustado seguirla a la ducha antes de que saliera corriendo a hacer sus recados, pero ella lo había reprendido suavemente para que se calmara, diciéndole que habría mucho tiempo para estar juntos. Pero no tendrían ese lujo, él lo sabía. Era fácil imaginar que su reencuentro, aquella tregua en una situación idílica, sin el recuerdo constante de la oscuridad que había dejado atrás en Alemania, no duraría para siempre.

No podía ser.

Por muy bueno que fuera estar de nuevo con Claire, no podían quedarse juntos en Newport por mucho tiempo. Hasta que Roth fuera encontrado y eliminado, ella necesitaba estar en algún lugar seguro y fuera de su alcance. No iba a gustarle, pero mientras Roth siguiera con vida y fuera capaz de ponerle las manos encima, ella necesitaba permanecer al cuidado de la Orden. Cuanto antes mejor.

En cuanto a Reichen, cada minuto que pasara sin buscar a Roth era una oportunidad para que el bastardo se enterrara cada vez más donde fuera que estuviera

y continuara sus supuestas maquinaciones junto a Dragos. Reichen sabía que debía emplear cada aliento y agotar cada esfuerzo en la persecución de Roth. El deseo de venganza todavía ardía en sus entrañas, y su asunto con Wilhelm Roth no sería perdonado simplemente porque Claire calentara su corazón y su cama.

A Roth no le podía estar permitido continuar respirando cuando su maldad le alcanzaba hasta la médula. Y menos ahora que había decidido castigar a Claire por haber vuelto a la vida de Reichen de nuevo.

Alentado por ese grave pensamiento, sacó el teléfono que Tegan le había dado y marcó el último número de la lista de llamadas. Sonó dos veces antes de que Gideon, con su rastro de acento británico, contestara al otro lado de la línea.

—Dime —le dijo, animado a pesar de la intrusión en su mañana.

—Soy Reichen. Discúlpame por no llamarte anoche.

—No te preocupes. ¿Dónde estás?

Desnudo después de la ducha reciente, se echó hacia atrás en el sillón envuelto.

—En Newport, Rhode Island.

—¿Encontraste a tu mujer?

—Sí —respondió Reichen, sin molestarse en aclarar que ella no era, en realidad, su mujer—. Todo está bien. Claire está a salvo, y también yo. ¿Has descubierto algo acerca de Roth?

—Todavía no, pero estamos en ello. Estoy siguiendo un par de pistas internacionales ahora mismo. Confía en mí, tenemos tantas ganas de dar con este bastardo como tú. Puede que en este momento sea nuestro vínculo más sólido con Dragos, así que estamos investigando a fondo toda información que pueda conducirnos hasta él.

Mientras Gideon hablaba, Reichen consideró el hecho de que debería estar con los guerreros, indagando en cada pista sobre el paradero de Roth y ayudándolos a eliminar a ese hijo de puta. Estaba ansioso por hacerlo, las palmas de las manos le picaban con la necesidad de acabar con la vida de Roth por todo lo que había hecho.

—Entonces, ¿cómo están las cosas en Newport? —preguntó Gideon—. ¿Vas a quedarte allí por un tiempo?

—No —dijo él, a pesar de que estaba dividido entre lo que su corazón quería que dijera y lo que el deber le exigía—. No más demoras. Necesito arreglar algunas cosas aquí, pero Claire y yo podemos estar preparados para que nos recojan esta noche si puedes organizarlo.

—No hay problema. Uno de los chicos puede estar allí una hora después de que haya anocheado.

Reichen frunció el ceño, calculando las pocas horas que tendría para darle a Claire la noticia de que sería arrancada de su hogar. De nuevo.

—Puede que necesite más tiempo, Gideon. Claire no sabe que te he llamado, ni que va a salir de Newport esta noche. Acaba de salir de una jaula de oro; tengo la sensación de que no estará deseando que la metan de nuevo en otra.

—Ah. —El guerrero soltó un suspiro poco profundo—. A eso te referías con lo de arreglar algunas cosas, ¿verdad? En fin, que tengas suerte con eso.

—Pues sí —respondió Reichen, sabiendo que finalmente tendría que tener esa conversación con Claire, pero a la vez temiéndola—. Me pondré en contacto más tarde para acordar una hora de recogida.

Mientras cortaba la llamada, se abrió la puerta principal. Entró Claire, colándose con cuidado en el interior de la casa para impedir que entrara mucha luz.

—Hola —dijo ella, sonriendo mientras cerraba la puerta y él se ponía de pie para saludarla—. Estás desnudo.

—Y tú deberías estarlo también —dijo él, sorprendido por la rapidez con que su cuerpo respondía al simple hecho de verla—. ¿Qué tal fueron las compras?

—Un éxito. —Levantó en una mano dos bolsas llenas de comestibles y un montón de bolsas de tiendas en la otra—. Una de estas bolsas es para ti —dijo, levantando una que llevaba el logo de una tienda de ropa masculina—. Otra es un conjunto de sábanas y almohadas, y el resto es para mí. Estoy deseando ponerme algo fresco en lugar de estas añejas cosas de casa.

Reichen avanzó hacia ella, con intenciones muy claras.

—Creo que debería ayudarte.

La sonrisa que recibió por respuesta fue rápida y juguetona. A él le dolió pensar que tendría que quitársela.

—Primero tendrás que cogerme.

Ella dejó caer los comestibles en el vestíbulo y salió corriendo hacia las escaleras zarandeando las otras bolsas a un lado. Reichen fue tras ella, recorriendo con un paso lo que ella hacía con tres. La alcanzó a la mitad del segundo piso. Su chillido de sobresalto se disolvió en una carcajada y luego, algo después, en los suspiros y gemidos sin aliento de una mujer muy complacida y completamente saciada.

Esa noche, mientras Claire se secaba después de una ducha caliente, todavía sentía en el cuerpo el murmullo de las horas que había pasado haciendo el amor con Andreas. Salió del cuarto de baño y lo encontró holgazaneando en la cama como un rey negligente. Tenía una pierna larga y musculosa estirada hasta el final del colchón, y la otra pierna doblada relajadamente a la altura de la rodilla. Estaba apoyado sobre los cojines, con el brazo derecho colocado debajo de la cabeza. Los glifos de su torso, sus brazos y sus piernas eran todavía de un color intenso, pero lentamente iban recuperando el tono dorado de su piel.

Y al igual que el resto de su cuerpo, su sexo era impresionante.

Ella no se acostumbraba a su desnudez; esta siempre la hacía detenerse a admirarlo. La lenta curva de sus labios le indicó que él sabía exactamente lo que su visión le provocaba, y su vanidad masculina, por no mencionar otras partes, estaba orgulloso de advertirlo con regularidad y de forma tan apreciable.

Claire rompió el hechizo que su cuerpo desnudo parecía tener sobre ella y avanzó para coger la ropa nueva que había comprado. Le dirigió una mirada irónica y

sesgada mientras se ponía los pantalones tejanos y el suéter gris claro.

—Eres malo para mí, ¿lo sabías?

—Sin duda —replicó él, pero mientras ella estaba bromeando, él se puso sombrío y serio. Parecía preocupado por algo, como si unos pensamientos oscuros le pesaran. Ella estaba a punto de preguntarle qué era lo que iba mal cuando él se levantó de la cama y avanzó hacia ella, sosteniendo en las manos una falda de lana negra—. Ponte esta falda esta noche, en lugar de los tejanos. Y también las botas altas con tacones.

Ella alzó la vista hacia él, desconcertada.

—Quiero salir contigo. Puedes mostrarme tu vieja ciudad.

—¿Una cita? —preguntó ella, indudablemente excitada ante la idea.

Una parte de ella se preguntaba cómo era posible que hubiera pasado un día entero sin que Andreas mencionara a Wilhelm Roth o a los asuntos que todavía tenía pendientes en Boston con la Orden. No es que Claire deseara que ninguna de esas cosas se inmiscuyera en el tiempo que pasaban juntos, pero no era tan inocente como para pensar que unas horas de sexo —unas horas realmente extraordinarias— le hubieran hecho olvidar la venganza que deseaba llevar a cabo.

Mientras lo miraba, supo con un atisbo de preocupación, que tal vez aquella era la calma que precede a la tormenta. Que podría despertarse y darse cuenta de que aquella breve escapada con Andreas había sido tan solo un sueño. Esperaba que aquel perfecto espacio de tiempo se quebrara y quedara hecho añicos a sus pies.

Pero la sonrisa de Andreas era tan encantadora como siempre, incluso más, ahora que ella todavía sentía su propio cuerpo cálido y susurrante después de haber hecho el amor.

—Hace mucho tiempo que no te pido una cita como es debida, Claire. ¿Quieres aceptarla?

—Sí —asintió ella entusiasmada—. Me encantaría.

—Vístete —le dijo él—. Me ducharé y nos encontraremos abajo.

Aturdida, como una colegiala que acaba de enamorarse, se puso la falda y el suéter, luego se colocó unas atractivas botas negras con cremallera y fue flotando hasta el piso de abajo para esperarlo en el salón. Cuando él bajó, minutos más tarde, recién duchado, afeitado y vestido, con el pelo castaño húmedo y despeinado alrededor de la cara, Claire sintió un pequeño vuelco en el corazón. Estaba increíble con los pantalones de un gris carbón y la camisa de seda negra que ella le había comprado. Tan increíble que lo único que deseaba era desnudarlo y hacer de nuevo con él cosas escandalosas.

—¿Preparada? —preguntó.

Ella asintió y tomó la mano que le ofrecía. La noche era agradable fuera, fresca pero despejada, mientras hacían el corto paseo que los separaba del área histórica de Newport. Las cosas habían cambiado mucho desde la última vez que Claire había estado allí, veinte años atrás. *Boutiques* pintorescas, tiendas familiares y cafeterías de comida rápida habían sido acorraladas por los hoteles y multipropiedades, cadenas de



ropa de rebajas y restaurantes finos y pijos. Pero todavía quedaban también los lugares de la ciudad vieja, incluso en la zona del embarcadero, el sitio favorito de Claire en Newport. Los muelles de la ciudad eran un lugar mágico, especialmente por la noche. Meciéndose suavemente en la oscuridad, la marea entrante era una ecléctica mezcla de yates millonarios y veleros atados al lado de gastados barcos de pescadores y los omnipresentes botes turísticos del puerto. Galerías, tiendas y restaurantes se alineaban en los callejones peatonales de ladrillo que conducían al embarcadero, todos los sitios radiantes con suaves luces amarillas y vibrando con los sonidos de risas y conversaciones de grupos de turistas de finales de otoño, que paseaban y se asomaban a curiosear, tal como estaban haciendo Claire y Andreas.

Fuera, entre esa vasta y anónima multitud, muy lejos de la violencia y el trauma de la vida que había dejado atrás hacía tan solo un par de noches, Claire podía casi cerrar los ojos e imaginar un futuro de paz. Mucho mejor aún si Andreas le agarraba con fuerza la mano. Con él a su lado de aquella forma, casi podía fingir que eran una pareja, todavía tan enamorados como antes, con nada más que aventuras y felicidad por delante.

Claire trató de no pensar en Wilhelm Roth. Ya no podía pensar en él como su compañero, si es que alguna vez había cumplido verdaderamente ese rol. Sabía que era peligroso, todavía más ahora que sabía que ella se había acostado con Andreas. Él le había hecho notar su desagrado la pasada noche, enviándole una punzada de dolor físico a través de la conexión de sangre que compartían. Su mensaje no podía haber sido más claro ni aunque se lo hubiera grabado en la carne. Compañero o no, Wilhelm Roth era ahora su enemigo, tanto como el de Andreas.

Ese turbador pensamiento se aferró a ella mientras los dos entraban en una tienda de exquisitos chocolates adyacente al muelle.

—Ven aquí —dijo él, guiándola hacia los brillantes mostradores que contenían surtidos de pasteles que hacían la boca agua.

Claire los miró socarronamente, sabiendo que el sistema digestivo de la estirpe no podía procesar los alimentos humanos excepto en cantidades minúsculas. Generalmente solo usaban esta capacidad para aparentar que eran también humanos. Era una verdadera lástima, pensó ella, al mirar la colección de chocolates que encandilaban la vista y tentaban las papilas gustativas.

—¿Cuál prefieres probar primero?

Ella se mordió los labios, con dificultad para decidir.

—Ese brillante con rayas rojas tiene buena pinta. Oh, ese pequeño cuadrado con motas doradas también. Y el que lleva coco por encima.

Mientras ella dudaba entre las diferentes opciones, un hombre calvo de mediana edad salió del fondo de la tienda cargando un suministro de cajas de regalo vacías. Les sonrió educadamente y los saludó con un gesto de la cabeza mientras colocaba las cosas detrás del mostrador.

—Otra buena noche del veranillo de San Martín —dijo—. ¿Os puedo ayudar en

algo?

—A la dama le gustaría probar algunos chocolates —dijo Andreas.

—Por supuesto. ¿Cuáles te interesan, querida?

Claire alzó la vista para encontrarse con la amable mirada del tendero.

—¿Puedo probar ese pequeño cuadrado de chocolate?

Él asintió y retiró para ella uno del mostrador.

—Una elección excelente. Es nuestra firma de la casa.

Claire dio un pequeño mordisco y saboreó el dulce pastelito de chocolate negro, con un alto porcentaje de cacao. Se derritió en su lengua como mantequilla.

—Oh, Dios mío —murmuró ella cuando aquella dicha explotó en su boca—. Es maravilloso.

El tendero le sonrió, y sus ojos permanecieron un momento en su rostro antes de pasar a mirar a Andreas.

—¿Y para usted, señor?

—No, gracias. Pero por favor, póngale a ella todos los que quiera.

El hombre se rio.

—Una sabia filosofía.

Claire señaló uno más grande de chocolate con rayas rojas.

—¿Este de qué es?

—Chocolate negro con puré de frambuesas. ¿Te gustaría uno? —Y de nuevo esa mirada estudiándola. Claire, al mirarlo esta vez, sintió una ligera sensación de reconocerlo—. ¿Nos conocemos?

—No, no lo creo.

Él soltó una risita, y se rascó la barbilla canosa.

—Es solo que te pareces a alguien que conocí hace mucho tiempo. Eres la viva imagen, de hecho.

—¿De verdad? —preguntó Claire, fijándose ahora en la placa plateada que el hombre llevaba en el pecho para indicar su nombre: Robert Vincent—. No creo que te conozca.

—Es de lo más extraño. Eres exactamente igual a una compañera de clase que tuve en la escuela. ¿El nombre de Claire Samuels te dice algo?

Andreas, junto a ella, se había quedado ahora totalmente quieto y silencioso. Claire pestañeó, sobresaltada al oír su nombre de soltera en boca de aquel hombre. Por supuesto que no podía decir que había sido su compañera de clase. Había abandonado Estados Unidos para estudiar en el extranjero cuando tenía veinte años. Si no fuera por la sangre de Wilhelm Roth y la inusual constitución química de su propio cuerpo, ella también tendría la apariencia de hallarse en la mediana edad. En lugar de eso, tenía esencialmente el mismo aspecto que hacía treinta años.

—Mi madre —tartamudeó—. Debes de estar pensando en mi madre.

—¡Ah! —Su sonrisa era ahora incluso más ancha—. Tu madre, por supuesto. Dios bendito, podrías ser su gemela.

Claire sonrió.

—Lo oigo decir de vez en cuando.

—Debemos ponernos en marcha —intervino Andreas, con una tonalidad oscura en su voz.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó el tendero.

—Bien —respondió Claire—. Ha estado viviendo en el extranjero durante muchos años.

—En el colegio me encantaba. Era la chica más guapa de la clase, y también la más buena. Y cómo tocaba el piano. Así es como la conocí. Yo era el ayudante del director de orquesta de nuestra escuela.

—Buddy Vincent —soltó Claire, recordando al chico torpe y encantador mientras contemplaba aquel rostro desgastado por la edad de un hombre mortal.

—¿Entonces me mencionó? —Sonrió orgulloso.

Andreas se aclaró la garganta con impaciencia, pero Claire no le hizo caso.

—Siempre fuiste muy dulce —le dijo a Buddy, recordando las veces que la había hecho sentirse bien recibida y especial en una época en que ser diferente no era siempre lo más fácil del mundo—. Significaba mucho para ella que fueras su amigo.

—Bueno —dijo él, hinchando un poco el pecho. Se inclinó para coger una de las pequeñas cajas de regalo y comenzó a llenarla con varias piezas de chocolates que habían llamado la atención de Claire—. Nunca tuve que esforzarme para ser agradable con una joven tan bella. Cuando hables con ella, por favor, dile a tu madre que le mando mis mejores deseos.

—Lo haré —dijo Claire.

Él le entregó la caja llena.

—Disfrútalos, cortesía de la casa.

—¿Estás seguro?

—Los pagaremos —dijo Andreas al mismo tiempo—. ¿Cuánto cuestan?

Buddy negó con la cabeza.

—Ni hablar de dinero, por favor. Es un regalo.

Claire le dio un suave apretón de manos.

—Gracias, Buddy. Ha sido un placer verte.

—Cuídate. Tú y también tu preciosa madre.

Claire se despidió educadamente de su antiguo compañero de clase, y Andreas la hizo salir de la tienda con un extraño silencio meditabundo. Más que eso, parecía directamente irritado por algo.

—¿Estás... celoso?

Él resopló.

—Por favor.

—¡Sí lo estás! —Claire echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír—. Oh, no me lo puedo creer. Cuando tú caminas entre la multitud todo el mundo vuelve la cabeza para mirarte, tanto los hombres como las mujeres. Y yo de pronto llamo la atención

de un hombre mayor inofensivo...

—Ningún hombre es inofensivo, Claire.

—Buddy Vincent debe de tener cincuenta años y es dulce como un gatito — señaló ella, todavía riendo divertida.

—Sigue siendo un hombre —dijo Andreas casi gruñendo—. Y todavía nos está observando.

—¿Ah, sí? —Claire lo cogió de la camisa para captar su atención—. Entonces, ¿por qué no dejas de mirarlo a él y me das un beso?

Con una mirada oscura que prometía más que besos, Andreas hizo exactamente lo que ella le pedía.

**K**ade captó el aroma de sangre fresca derramada, sangre humana, tan solo un par de horas después de haber comenzado a patrullar aquella noche.

—Por ese callejón —dijo a Brock y a Chase, que asintieron en silencio.

Los tres guerreros avanzaron juntos, sigilosamente, con las armas preparadas para disparar, dirigiéndose por el estrecho callejón de asfalto que separaba dos viejos edificios de ladrillo en la parte más sórdida de la ciudad. La estrecha franja de pavimento estaba llena de hediondos desechos humanos y basura podrida. Pero nada de eso podía disfrazar el aroma cobrizo que emanaba del otro lado de un contenedor desvencijado.

Kade fue el primero en llegar ante el humano. Esta vez era una mujer joven, sometida a una brutalidad tan salvaje como el hombre que él y Brock habían encontrado la noche anterior. Lamentablemente para ella, el vampiro que le había masacrado la garganta también había probado algo más. Su falda corta estaba hecha jirones y llena de sangre. Sus uñas brillantes, pintadas de rosa, estaban rotas, y sus rodillas heridas, como si hubiera intentado, sin conseguirlo, escaparse de su asesino.

—Dios —murmuró Brock por lo bajo—. Esta chica es la hija de alguien. Tal vez la hermana de alguien. Qué tipo de maldito animal haría...

Chase levantó el puño pidiendo silencio. Señaló los tejados sobre sus cabezas. Había alguien allí. El ruido de pisadas se oía a lo largo del callejón en la clara noche otoñal.

¿Era Hunter?

Aquel nuevo cadáver sin duda encajaba con lo que parecía ser su pasatiempo.

—Voy a subir —murmuró Chase.

—No sin refuerzos —replicó Kade. Pero el exagente ya estaba en movimiento. Desenfundó su arma y subió al contenedor de un salto silencioso. Desde allí saltó para agarrarse al extremo de la escalera de incendios del edificio. Casi sin hacer ruido, subió los escalones de hierro, y luego subió al tejado.

Los disparos estallaron desde el momento en que Chase desapareció de vista.

—Ah, mierda —silbó Brock—. Ese loco hijo de puta. Tú ve por la escalera interior; yo iré por la escalera de incendios.

Tomaron vías separadas hacia el techo, y ambos llegaron en pocos segundos para encontrar a Chase yaciendo en un charco de su propia sangre, que brotaba de una salvaje herida en el pecho. Estaba grave, pero respiraba.

—Hijo de puta —dijo Kade mientras corría hacia el guerrero caído.

—No... es él —gimió Chase, con una mueca de dolor por el esfuerzo—. No era Hunter...

—¿A qué te refieres con que no era Hunter? —preguntó Kade—. ¿Entonces quién demonios...?

Otra lluvia de disparos surgió de la oscuridad desde un punto que no se veía.

Sonido metálico. Ladrillos viejos rompiéndose en pedazos.

Kade y Brock devolvieron el fuego, disparando hacia la fuente del asalto pero sin distinguir ningún blanco donde apuntar. Más balas los atacaron.

Brock gritó por un dolor repentino.

—¡Mierda! ¡Me ha dado!

—¡Maldita sea! —gruñó Kade, mirando alrededor a tiempo para descubrir a un gran guerrero negro que había recibido una bala en la parte superior de los bíceps. Era una herida considerable, pero no fatal. Chase, por otra parte... mierda, él sí que estaba en mal estado.

La furia por las heridas de sus compañeros rugió a través de las venas de Kade cuando comenzó a arrojar una lluvia de balas enloquecidas. Captó un destello de movimiento en la oscuridad, y vio que el asaltante saltaba al techo del edificio adyacente.

—Ese cabrón se está moviendo. Voy a ir tras él.

Dejó a Brock cubriendo a Chase y fue tras el enorme vampiro que saltaba de edificio en edificio, como un gato. Al no ser de la primera generación, a diferencia de su presa, que sin duda lo era, Kade no tenía ese tipo de velocidad, pero tenía determinación. Siguió adelante, navegando por el complejo sistema de ventilación, puertas de acceso, tuberías sueltas, herramientas, y otros utensilios que encontraba a lo largo de su camino por los tejados de Boston.

Justo cuando estaba ganando terreno a ese maldito cabrón, atisbó más problemas que venían a su encuentro. En un tejado distante, surgió otro vampiro de la primera generación, vestido de negro. Este también llevaba un arma automática. Si los dos vampiros iban tras él empleando sus armas, estaba más que jodido.

Pero el segundo vampiro de la primera generación no abrió fuego contra él, sino que disparó contra la presa de Kade. Hubo un horrible jaleo de balas iluminando la noche. Kade estaba de pie en el tejado más cercano y observó sorprendido cómo pasaban de los disparos al enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

La lucha fue salvaje. Huesos rotos, carne desgarrada y sonidos que no tenían nada de humano rasgaban el aire a medida que la batalla se intensificaba.

Kade mantenía su arma apuntada y preparada para disparar, pero en medio de la refriega no podía estar seguro de a qué vampiro alcanzaría. Finalmente uno ganó el control sobre el otro. Este golpeó la cabeza de su oponente contra el suelo de cemento, luego agarró algo que parecía un trozo de tubo y lo levantó por encima de su cabeza. Lanzó un rugido furioso y luego golpeó con el tubo como si fuera un diabólico martillo. Un ruido metálico sonó un instante antes de que una luz blanca cegadora surgiera en la oscuridad.

Kade se tiró al suelo. Instintivamente se tumbó sobre su estómago y permaneció allí hasta que el rayo desgarrador se extinguiera, un momento más tarde. Cuando estuvo oscuro otra vez, se sentó en cuclillas. Sobre el otro tejado, el vampiro victorioso también empezaba a levantarse. A pesar de que la mayor parte de sus

músculos y su sentido común prácticamente al completo le decían que mantuviera el culo quieto, Kade agarró su arma y saltó la distancia que los separaba para confrontarlo.

Se aproximó con cuidado, con un dedo sobre el gatillo para disparar sobre el bastardo una descarga de plomo. Mientras se acercaba pudo ver al vampiro muerto. Su cabeza estaba separada del cuerpo, las llamas todavía crepitaban alrededor de su cuello formando un círculo perfecto, y también tenía esos familiares dermoglifos que Kade había visto la noche anterior en el vampiro que huía.

En el suelo cerca del cuerpo humeante, había un collarín negro abollado equipado con algún tipo de aparato electrónico. Había una pequeña pantalla con una luz roja intermitente que luego se extinguió.

Kade miró atentamente el rostro del vampiro muerto y soltó un taco por lo bajo. Chase tenía razón. No era Hunter. Parecía que fuera un pariente de sangre, quizás un hermano, pero no era el asesino de la primera generación que se había unido a la Orden unas semanas atrás.

No, Hunter estaba de pie y avanzó hacia Kade. Lanzó una mirada desapasionada al truculento muerto, como si se tratara de alguien simplemente muy similar a él genéticamente. Avanzó y se inclinó para recuperar el extraño collarín de aquel nido de sangre.

—La última vez que vi a Dragos dijo que había otros como yo —dijo Hunter como confirmando una realidad—. He estado siguiéndole el rastro a este durante las últimas tres noches en la ciudad. No está solo. Y vendrán más. Pronto.

Kade se pasó una mano por la cabeza.

—Bueno, qué alegría me das con esta noticia.

Hunter volvió la cabeza y lo miró fijamente sin responder.

—Vamos —dijo Kade—. Vamos a ocuparnos de los demás y volvamos para dar el informe a la Orden.

Él no quería que aquella noche juntos terminara. El paseo por Newport había sido de lo más agradable, aunque solo fuera por ver cómo Claire se iluminaba al mostrarle los lugares que recordaba de cuando era joven, los lugares que todavía parecían importarle. Aquel era su hogar, no Alemania. Ella pertenecía a aquel sitio, con la brisa salada y el fresco otoño de Nueva Inglaterra enrojeciendo intensamente sus mejillas.

Reichen no podía imaginarla regresando a Alemania. No sabía qué iba a suceder en los próximos días o semanas, ni cuánto tiempo le iba a llevar encontrar a Wilhelm Roth y acabar con su vida. Ni siquiera sabía si él seguiría con vida cuando todo hubiera terminado. Pero sabía una cosa: el tiempo que había pasado con Claire, justo ahora, aquel improbable y demasiado breve encuentro que habían experimentado, serían las más preciosas horas de su vida.

En realidad, si no sobrevivía a su confrontación con Roth, su muerte valdría la pena por haber vuelto a conocer a Claire de nuevo de aquella manera y tener la

seguridad de que Roth jamás podría hacerle daño.

—Es realmente una pena que no puedas compartir estos bombones conmigo — dijo ella, mordiendo un pedazo mientras lo hacía pasar al interior de la casa. Él cerró la puerta tras ellos, encendió las luces y observó el suave balanceo de sus caderas con aquella falda negra ajustada. Esa visión lo había estado tentando la mayor parte de la noche—. ¿Estás seguro de que no puedo convencerte de que pruebes un poquito?

Él recorrió en menos de un pestañeo la distancia que los separaba. La besó, recorriendo sus suaves labios con la lengua y entrando en el delicioso calor de su boca. El chocolate en su lengua tenía un gusto a la vez amargo y dulce, pero no era ni mucho menos tan tentador como sentirla a ella en sus brazos.

—Delicioso —murmuró contra su boca—. Creo que simplemente debo comerte.

Ella se rio y le dio un empujón juguetón, pero sus ojos brillaban con interés al mirarlo.

—Vamos a dar un pequeño paseo por la orilla.

Él negó con la cabeza.

—Tengo una idea mejor.

—Oh, sí, apuesto a que sí.

Él sonrió, y le acarició suavemente la mejilla colorada.

—¿Harías algo por mí? —Ante su mirada burlona, él la cogió de la mano y la llevó hasta el imponente piano que estaba cubierto con una tela—. Toca para mí, Claire.

—Oh, no sé... —Ella dio un rodeo, frunciendo el cejo mientras retiraba el gran cuadrado de tela para dejar al descubierto el brillante Steinway negro—. Hace mucho tiempo que no toco nada. Estoy segura de que sonará terriblemente mal. Además, probablemente el piano debe de llevar años sin ser afinado.

—Por favor —dijo él, negándose a ser disuadido. Saldrían de Newport en cuestión de un par de horas, tan pronto como él le contara que había llamado a la Orden para que enviaran un coche, y no sabía si aquella sería una de las últimas veces que estarían juntos. Fuera egoísta o no, él quería exprimir cada momento de aquella noche especial que pasaban juntos—. Toca lo que quieras. No me interesa la perfección. Solo quiero oír tu música otra vez. Para mí.

—Para ti —respondió ella, dedicándole una lenta sonrisa mientras retiraba el pequeño banco y se sentaba—. Está bien, pero no me eches la culpa si empiezan a sangrarte los oídos.

Él se rio.

—No me preocupa en absoluto. Toca, Claire, por favor.

Ella levantó la tapa que protegía las teclas, luego suspiró profundamente mientras levantaba las manos y las sostenía sobre ellas.

Desde las primeras notas, lo hipnotizó. Él conocía la pieza que estaba tocando; era hermosa... evocadora y triste, poderosa. Cada nota era conmovedora, un movimiento tan profundo y emocional que él solo podía quedarse allí parado y dejar



que la música lo invadiera... circulando a través de él.

Mientras la veía tocar la pieza de memoria, sintió la profundidad con la que ella respondía a la música. La vivía mientras la tocaba, y cada estrofa estaba llena de sentido. Se dio cuenta entonces de que ella misma la había compuesto.

La bella obra surgía del corazón de la propia Claire... de su alma.

—Tú lo escribiste —dijo en voz baja mientras se iba apagando la última nota.

Ella lo miró con ojos radiantes.

—Después de que te fueras, durante un tiempo la música era lo único que tenía. Escribí varias piezas, entre ellas esta. Era simplemente como si... no lo sé... como si manara de mí durante las primeras semanas después de tu partida.

Reichen se acercó a ella, impulsado por el poder de todo lo que oía y sentía cuando estaba en presencia de esa mujer.

—Es increíble, Claire. Tú eres increíble.

Se sentó a su lado en el pequeño banco. Contempló sus ojos oscuros y con los dedos acarició la tersa perfección de su bella piel morena.

Cuando la besó esta vez, no lo hizo con hambre ardiente, sino con un cuidado y una reverencia infinitos. La sujetó como si estuviera hecha de cristal, veneró su boca como si fuese el manjar más exquisito.

La amaba.

Si antes había ansiado negarlo —incluso ante sí mismo— la verdad ahora le estaba mirando abiertamente a la cara. Amaba a esa mujer, aunque ella no era suya. Aunque no era lo suficientemente bueno para ella, y nunca lo había sido. Roth tenía razón en eso, aunque solo fuera en eso, cuando lo decía tantos años atrás.

—Él sabe de nosotros —espetó Claire en un susurro mientras Reichen la sujetaba en sus brazos—. Sabe que hemos estado juntos, y que estoy contigo ahora.

A él no le sorprendió oírlo. El lazo de sangre entre Roth y Claire la habría delatado. Pero el pequeño temblor de miedo en su voz hizo hervir la sangre de Reichen.

—¿Qué pasó? ¿Te ha hecho algo?

—Anoche, mientras hacíamos el amor, me dejó saber que sabía de mi infidelidad. No sé lo que puede haber hecho, pero su mensaje de dolor me llegó fuerte y claro.

—No me lo dijiste. —Reichen la apartó de él y la miró con dureza—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no se puede hacer nada al respecto, Andre.

—¿Cómo no se va a poder hacer nada! —dijo, apretando los dientes con rabia—. En cuanto sepa dónde está escondido ese hijo de puta, yo mismo voy a hacer algo al respecto.

Claire se estremeció, moviendo lentamente la cabeza.

—Me da miedo lo que él intente hacer. Te matará si puede. Tienes que saberlo. Es más que probable que fuera él quien intentó matarte allí en Hamburgo durante todos esos años. Él estaba allí en el Refugio Oscuro después de que tuviéramos la

discusión. Yo estaba llorando cuando me fui para dentro. Le dije que lo que más quería era que tú me quisieras como tu compañera de sangre. Se lo dije todo, Andre. Y lo siguiente que supe fue que habías desaparecido. No lo relacioné con el hecho de haber hablado de ti con él, pero ahora...

Reichen la estrechó contra sí y le dio un beso en la cabeza.

—No hiciste nada malo. Siempre me pareció que el ataque fue demasiado personal y violento para ser aleatorio. Quizá no tuviera que ver totalmente con el hecho de que estuviéramos juntos. Pero da lo mismo que Roth participara o no en el ataque, porque el resultado final, la transformación que me ocurrió en ese campo, fue lo que me separó de ti. Es lo único que podría haberme separado de ti.

Ella lo envolvió con sus brazos y sepultó la cara en su pecho.

—Lo siento tanto... Siento todo lo que te ha hecho. Tu familia, tu amiga en Berlín que convirtió en secuaz... Oh Dios, André. Siento tanto, tanto, todo el dolor que has tenido que sufrir.

Reichen la calmó, abrazándola.

—Esto es algo entre Roth y yo. Tú no tienes ninguna culpa. Lo que me pasó carece de importancia. Pero mi familia merece justicia. Y Helene, también.

Claire se quedó callada durante un largo rato, luego le preguntó con delicadeza:

—¿La amaste mucho?

Reichen pensó en Helene y el fuerte lazo de confianza y comprensión que compartían. Era una mujer increíble que no había sido simplemente una más en su larga cadena de relaciones casuales y sin compromiso. Verla vaciada de su humanidad casi lo había matado, pero más le había destrozado tener que rematarla después de que Roth la dejara como una cáscara hueca, con la mente esclavizada para ejecutar cada maldad que él le pedía.

—Sentí mucho afecto por Helene —reconoció—. La quise todo lo que podía. Pero no era capaz de entregarle mi corazón, porque este ya pertenecía a otra mujer.

Claire se soltó de sus brazos y lo miró atentamente.

—Siempre has sido tú, lo sabes. —Levantó el rostro de Claire con las palmas de sus manos—. He estado enamorado de ti durante todo este tiempo.

Ella cerró los ojos durante un largo rato. Cuando volvió a abrirlos, estaban llenos de lágrimas.

—Oh, Andreas. Yo todavía te quiero. Nunca he dejado de quererte.

Con un gruñido que era incapaz de contener, Reichen captó su boca en un posesivo beso. Cuando ambos estaban jadeando de deseo, empujó hacia atrás el banco del piano y la puso de pie delante de él. Las teclas soltaron una ráfaga de ruido cacofónico cuando Claire se reclinó sobre ellas. Él levantó su larga falda por encima de los muslos.

—Ay, Dios —bufó entre sus enormes colmillos—. No llevas bragas.

Claire le dedicó una sonrisa coqueta.

—Sorpresa.

Si lo hubiera sabido antes no habrían logrado salir de la casa. Ávido por saborearla, sepultó la cabeza entre sus piernas y se hundió en su dulzura. Ella lo sujetó, entrelazando los dedos en su cabello. La besó sin misericordia, necesitando sentir cómo ella se deshacía contra su boca. Cuando ya se estaba retorciendo, gimiendo y suspirando con el apuro de un feroz orgasmo, él abrió la cremallera de sus pantalones y liberó su embravecida erección.

Se levantó del banco y se impulsó entre sus hermosos muslos. Lo único que quería hacer era meter su miembro, pero el aspecto de ella era demasiado seductor para ir con prisas, tenía el sexo enrojecido y jugoso, los oscuros rizos como la seda humedecida. Él sujetó su pene en la mano y rozó la cabeza del miembro contra la brillante hendidura del cuerpo de Claire, sintiéndose feliz con sus maullidos jadeantes de placer.

Era un tormento que él resistió menos que ella.

Al filo de la eyaculación por el simple hecho de tocarla, desplazó las caderas y la penetró. Sintió el calor líquido de la funda de terciopelo que lo tragaba desde la punta hasta los testículos. Empezó a moverse, despacio al comienzo, aún con la ilusión de poder tener paciencia cuando se trataba de amar a Claire. El cuerpo de la mujer lo ordeñaba, la cálida y húmeda fricción lo impulsaba a aumentar el ritmo, cada vez con más urgencia. Ya no podía parar. Era incapaz de aguantar un segundo más.

Apretó los dientes y soltó un agudo rugido cuando su semen estalló y se hundió en ella. Ella se corrió al mismo tiempo, marcándole los hombros con sus uñas mientras gritaba de placer. Él repitió una y otra vez su nombre, con su miembro todavía duro como el mármol mientras los últimos temblores de su propio orgasmo aún lo sacudían.

La miró debajo de él, conmovido como siempre por su exquisita y delicada belleza. Amaba la manera en que se veían juntos, el contraste de sus pieles, el acoplamiento perfecto de los cuerpos. Y amaba el picante y cálido olor de su sangre, sobre todo cuando se mezclaba con el perfume de almizcle de su excitación.

—No quiero que se me escape esta noche —murmuró, contemplando el absorbente color de sus ojos—. No quiero que tú te me escapes.

—Entonces no me sueltes. —Lo envolvió en sus brazos, apretando un poco más—. Esta vez yo tampoco te voy a soltar.

Reichen sonrió, sintiéndose desgarrado por el remordimiento y el deber. Ya había tenido la intención de explicarle al menos en una media docena de ocasiones que su tiempo en Newport había acabado. Tenía la intención de explicárselo ahora, también, pero en vez de hacerlo se encontraba perdido en los ojos de Claire. Perdido en el placer embriagador de su cuerpo.

—Por ahora —dijo, hablándole entre besos—, ninguno de los dos vamos a soltarnos.

—Sí —le respondió, moviendo las caderas contra su cuerpo de una manera provocadora. Lo miró entonces, con los ojos intensos e implorantes—. ¿Harás algo

más por mí esta noche, Andre?

Reichen soltó un bufido e inclinó la cabeza para saborear la suave piel por debajo de la oreja.

—Cualquier cosa.

—Hazme el amor de nuevo, como lo harías si estuviéramos verdaderamente emparejados.

Levantó la cabeza y la miró con extrañeza.

—Bebe de mí —le dijo, acariciándole la cabeza con amorosa ternura—. Hagamos como si estuviéramos juntos como compañeros de sangre. Solo esta noche.

Dios, la simple noción encendió las venas de Reichen como un fogonazo. Podía sentir cómo los glifos latían con colores hambrientos y los colmillos se alargaban aún más dentro de su boca.

—Quiero que lo hagas —le dijo, exigiéndoselo con suavidad—. Bebe de mí como si realmente te perteneciera.

El sonido que emergió de los labios de Reichen era áspero, profano. Dio un salto atrás, luchando contra la necesidad que lo sacudía. Pero luego Claire inclinó la cabeza y apartó el pelo de su cuello, y entonces se sintió completamente perdido.

La asaltó con un impulso primitivo, sus colmillos buscándole la vena mientras se adentraba en el calor que otra vez lo acogía.

El sabor dulce y cálido de su sangre arremetió contra los sentidos de Reichen en un estruendoso torrente de poder. No pudo refrenar un rugido posesivo mientras chupaba duramente contra su garganta. Le habría gustado llegar aún más cerca mientras se aferraba a Claire y se hundió por completo. Empujaba con rapidez y firmeza, incapaz de ser suave mientras la sangre lo galvanizaba como si fuese una potente y embriagadora droga.

Nunca había conocido este tipo de unión, tan básica y visceral.

Lo asombraba.

Lo humillaba.

Lo avergonzaba, también, cuando lo que quería más que nada en el mundo era entregarse a Claire de esa misma manera, pero no podía hacerlo porque ella ya era la compañera de sangre de otro. Reichen podía ofrecerle su vena, pero por mucho que bebiese de ella, se mantendría su lazo con Wilhelm Roth.

Un rayo de agresividad y furia empezó a retorcerse y arder en las entrañas de Reichen simplemente con pensar que otro pudiera tener derechos sobre Claire. El hecho de que fuese Roth añadía aún más combustible a una ira que amenazaba con incendiarse dentro de él.

No, se dijo, con feroz intención, negando el calor que estaba tan dispuesto a desatarse, a la espera de su llamada.

Reichen centró toda su mente en Claire, olvidando todo lo que no fuese el poderoso latido del pulso contra su lengua, y el sexo de ella que suavemente apretaba al suyo. Disfrutó de los pequeños gritos que ella soltó al correrse, y plasmó en su

memoria cada rubor y cada movimiento que recorrían su cuerpo mientras la gozaba una y otra vez, desolado al pensar que la noche —y el breve tiempo que pasaban juntos— iba a terminar.

—¿Cómo está Harvard? —preguntó Lucan cuando Gideon salió de la enfermería del recinto.

—Todavía inconsciente, que es probablemente lo mejor por el momento. Afortunadamente, la bala lo atravesó por completo, pero los agujeros que le ha dejado en el pecho y en la espalda van a tardar mucho en sanarse. Se pondrá bien, pero le dolerá durante bastante tiempo y estará de baja al menos una semana.

—Mierda —murmuró Lucan—. Lo último que necesitamos es perder fuerzas mientras Dragos, según parece, sigue montando su operación.

El altercado ocurrido esa noche en la ciudad había resultado ser una revelación espectacular. La Orden ya sabía que Dragos disponía de otros asesinos muy hábiles, parecidos a Hunter. Todos ellos mantenían su lealtad por los collarines de rayos ultravioleta, que eran imposibles de quitar y estaban programados para detonar y arrancar la cabeza de cualquiera que intentara manipular el mecanismo o no obedeciera a Dragos. Pero lo que Lucan y la Orden no sabían —y francamente no habían querido ni imaginar— era que uno o más de esos asesinos podrían ser de la estirpe de la primera generación, como Hunter.

Si se llevaba ese inquietante pensamiento un paso más allá, cabía suponer que si Dragos tenía otros asesinos de la primera generación a su servicio, asesinos que se parecían mucho al propio Hunter y con glifos muy similares, entonces el hijo de puta debía de estar criándolos a partir de uno de los padres originarios y extraterrestres de la raza de vampiros.

Un Antiguo.

Como el que, según descubrió últimamente la Orden, había sido escondido en estado de hibernación en las profundidades rocosas de las montañas de Bohemia probablemente a lo largo de siglos. El que Dragos había despertado y sacado hacía Dios sabe cuánto tiempo.

Si esa criatura estaba viva y había sido utilizada para producir nuevos hijos con fuerza y habilidades de la primera generación, si un proceso de reproducción de esa índole funcionaba desde hacía décadas, entonces no solo tenían que preocuparse la Orden y la nación de vampiros, sino toda la humanidad. Reproducida en grandes cantidades, una fuerza tan brutal, tan sanguinaria y poderosa, resultaría casi imparable.

Esos oscuros pensamientos perseguían a Lucan mientras él y Gideon abandonaban el ala de la enfermería y recorrían los pasillos sinuosos que conducían al laboratorio de tecnología. El recinto entero estaba allí reunido, los guerreros recién llegados de sus patrullas y todos los compañeros de sangre. Hunter también estaba allí. La presencia del gran vampiro de primera generación se imponía desde el fondo de la sala, mientras que el resto del grupo se había sentado en torno a la gran mesa del centro.

Lucan le dio un breve saludo, en reconocimiento silencioso de la ayuda que Hunter había prestado esa noche, una ayuda que probablemente había salvado la piel de más de un guerrero y que también había conseguido para la Orden la oportunidad de examinar con detalle la hazaña tecnológica del collarín de rayos ultravioleta del asesino muerto. Aunque estuviera hecho pedazos y detonado, Gideon había estado examinando el mecanismo desde que llegó, intentando comprender cómo funcionaba y cómo potencialmente podía ser utilizado en contra de su portador.

—¿Qué tal el brazo? —preguntó Lucan, dirigiéndose a Brock, que estaba sentado a la mesa entre Kade y Nikolai.

El corpulento guerrero negro encogió sus hombros heridos y esbozó una amplia sonrisa.

—Estará muchísimo mejor en cuanto tenga la oportunidad de mandar al carajo a alguno de esos monstruos. —Miró rápidamente hacia Hunter—. Sin ánimo de ofender.

La mirada dorada del vampiro se mantuvo pétrea.

—No me ofendo.

Lucan se sentó junto a Gabrielle a la cabecera de la mesa y se dirigió al equipo allí reunido.

—Evidentemente, después de lo que hemos aprendido en estas últimas horas, nuestra misión de desactivar a Dragos y su operación ha adquirido un nuevo y urgente objetivo. No hace falta que os cuente que lo último que necesitamos es un asesino de primera generación suelto en la ciudad, masacrando seres humanos a su antojo y provocando un caos generalizado. Ahora bien, podemos tener la esperanza de que se trate de un solo individuo, un incidente aislado, pero no tengo la costumbre de depender de mis esperanzas. Necesito respuestas. Información concreta sobre qué es esto que estamos tratando, antes de que Dragos nos lo envíe directamente aquí.

Hubo varias muestras de asentimiento en torno a la mesa, y más de uno de los guerreros con lazos de sangre dirigieron a Lucan una mirada que comunicaba ese mismo pavor que él sentía cada vez que pensaba en la posibilidad de que su guerra con Dragos llegara al recinto.

—Mañana por la noche quiero un rastreo de toda la ciudad —dijo—. Nos dividiremos: Tegan, Hunter y yo acompañaremos a grupos diferentes por si nos encontráramos con más asesinos de la primera generación. Se trata de una misión de exterminio. Si divisamos a uno de los asesinos de Dragos, lo matamos. Quiero enviar a ese hijo de puta un mensaje muy claro y mandarlo de vuelta. Con toda dureza.

—Es posible que eso sea exactamente lo que él quiere que hagamos —respondió Tegan—. ¿Te has planteado la posibilidad de que lo que haya ocurrido durante estas últimas dos noches podría ser la manera que tiene Dragos de provocarnos? ¿De intentar atraernos a una lucha callejera con sus subordinados para que dejemos de perseguirlo a él?

Lucan asintió con la cabeza.

—Puede ser. Pero si él ha enviado asesinos a la ciudad, ¿podemos permitirnos el lujo de no enfrentar la amenaza directamente?

Con gran sutileza, con ternura, Tegan cubrió la mano de Elise con la suya.

—No, no podemos.

—Bien —dijo Lucan—. Vamos a estudiar el mapa y repartir territorios para la patrulla de mañana.

Reichen cerró el móvil y se peinó el pelo con una mano.

—Dios mío.

—¿Son malas noticias? —Claire salió del cuarto de baño envuelta en una toalla, su cuerpo aún radiante con gotas de agua de la ducha.

—Buenas no son —respondió, levantando la mirada desde el lugar donde estaba sentado, sobre el borde de la cama. Era casi medianoche y estaba esperando a que Claire se bañara y se vistiera antes de abordar el tema de abandonar Newport, cuando llegó la perturbadora llamada de la Orden—. Dos de los guerreros han sido tiroteados esta noche en una confrontación con uno de los esbirros de Dragos.

—Dios mío —murmuró ella—. Siento oírlo, Andre. Qué horror.

Reichen asintió con gesto sombrío.

—Ya han perdido a un hombre y tienen planes de ejecutar intensivos rastreos de la ciudad mañana por la noche para erradicar cualquier otra amenaza potencial.

Claire se acercó lentamente y se sentó a su lado, pero en vez de tocarlo se abrazó a sí misma. Él podía sentir su malestar tanto en la manera tentativa de sus movimientos como en el pico repentino de adrenalina que resonaba también en sus propias venas.

—¿Creen entonces que Dragos está en Boston?

—No lo sé. Es suficientemente grave el hecho de que haya enviado a sus asesinos de primera generación para causar problemas.

—¿Tiene asesinos que también son de la primera generación de la estirpe? —La expresión de Claire decayó un poco más—. No tenía la menor idea. Dragos debe de ser un enemigo muy peligroso.

—Sí —asintió Reichen—. Pero los asesinos de primera generación son solo una parte de lo que lo hace tan peligroso. Tiene otras cosas, también... la Orden cree que tiene el control de uno de los Antiguos, escondido en algún lugar que todavía no conocemos.

Claire frunció el ceño.

—Pero todos los Antiguos murieron durante la Edad Media. Fue la Orden quien les declaró la guerra y ejecutó la matanza. Incluso yo conozco esa parte de la historia de la estirpe.

Reichen movió lentamente la cabeza.

—Por lo visto, hubo uno que logró escapar de la guerra contra la Orden.



Permaneció oculto en una cripta de Bohemia durante muchísimo tiempo... hasta que Dragos lo sacó de allí. Yo mismo pude ver la cripta vacía, el año pasado, cuando subí la montaña a las afueras de Praga con algunos de los guerreros. Teníamos la esperanza de que el Antiguo estuviese muerto y ya convertido en polvo, pero no. Parece que Dragos ha mantenido la criatura con vida durante siglos, utilizándola para crear una nueva generación de los vampiros más poderosos que existen. Con tiempo y recursos suficientes, Dragos podría formar su propio ejército personal de asesinos de la primera generación criados para obedecerle en todo.

—A menos que la Orden pueda pararlo —respondió Claire con voz esperanzada.

—Tenemos que pararlo —corrigió Reichen—. Tenemos que golpearlo dondequiera que sea y de la manera que sea.

Claire lo observó con ojos cautelosos.

—¿Nosotros? Pero tú no eres...

—Se lo debo —dijo, con voz solemne—. La Orden ha estado allí cada vez que la he necesitado en el pasado, y les he jurado que estaré aquí para cuando me necesiten. Lo dije en serio. No puedo retractarme de lo dicho.

—¿Qué estás diciendo?

—En estos momentos tienen un hombre de baja en Boston. Necesito reemplazarlo y ayudarlos.

—¿Vas a Boston? —Él no sabía por qué la idea la estremecería de esa manera, pero sintió su alarma reverberar por sus propias venas—. Pero tú no eres uno de ellos, Andreas. No eres un guerrero, así que ¿cómo podrían pedirte eso?

—No me han pedido nada. Les he ofrecido mi ayuda porque son mis amigos.

Claire alejó la mirada y parecía estar en lucha con sus propias palabras.

—Pero yo pensaba que éramos... Pensaba, después de anoche, después de todo lo que nos dijimos...

Reichen puso la mano suavemente en su mejilla.

—Eso no cambia nada respecto a lo que hemos compartido aquí o a lo que siento por ti. Te amo, Claire. Ya sabes cuánto te quiero. Pero no se trata de una elección entre tú y ellos. Es simplemente mi deber. Mi honor. Y si el hecho de unirme a la Orden para luchar contra Dragos me ayuda a encontrar a Roth, tanto mejor.

Claire se levantó y caminó hacia el otro extremo de la habitación. Sus hombros estaban tensos. Aunque no compartiera un lazo de sangre con ella, solo con verla habría podido saber que lo que la inquietaba era algo mucho más profundo de lo que había expresado hasta entonces.

—No quiero que te vayas, Andre. No puedes ir a Boston. Ahora no.

—Deberías saber que ninguno de los dos iba a poder quedarse aquí de esta manera mucho tiempo. —Se le acercó, y la hizo volverse suavemente para que lo mirara—. La Orden ha enviado un vehículo. Llegará en menos de una hora.

—Te van a matar —dijo, con voz temblorosa—. Andreas, morirás si vas a Boston. Lo siento en mi corazón. Si esta venganza tuya no te mata, lo hará entonces

sin duda tu ira.

Reichen levantó su barbilla para obligarla a mirarle a los ojos.

—Tengo más motivos para vivir que nunca. No busco la muerte, pero sé que no tendré un momento de paz hasta que Roth y sus semejantes estén borrados de este mundo. Y tú tampoco.

—No puedes ir —tartamudeó, negándose tercamente a escucharlo. Cuando él empezó a mover la cabeza, insistiendo con su decisión, ella habló con una resolución aún mayor—. ¿Y si yo te pidiera que renunciaras a tu odio por Wilhelm Roth? ¿Y si te pidiera que eligieras...?

—No lo hagas —susurró—. No hay elección posible para mí en estos momentos.

Despejó el pelo de su rostro, sintiendo que algo precioso se le estaba escabullendo entre los dedos.

—Si yo me quedara ahora... incluso si renunciara a mi odio por Roth... ¿qué haríamos cuando viniera por nosotros? Porque lo hará, Claire. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Entonces nos enfrentaremos a él los dos. Si llega ese momento, lo derrotaremos juntos.

Reichen movió la cabeza lentamente.

—Esta es mi batalla, no la tuya. No quisiera que estuvieses cerca cuando llegue a encontrarme con Roth. El riesgo es demasiado grande. ¿Qué crees que te pasaría si el fuego en mi interior se encendiera y se negara a retroceder?

Dios, había contemplado ese escenario atroz en más de un centenar de ocasiones, desde ese día en el campo a las afueras de Hamburgo. Había estado pensando en ello incluso durante esa última noche, y hoy, también, cuando sentía las ascuas aún encendidas en su vientre.

¿Cómo podría perdonarse a sí mismo si dañara de algún modo a Claire?

—No puedo arriesgarme —dijo otra vez, ahora con más vehemencia—. Y no voy a permitir que tú te arriesgues, tampoco. Quiero que me acompañes hoy al cuartel de la Orden. Estarás a salvo en el recinto, y podrás quedarte allí hasta...

—¿Hasta cuándo? —Claire cerró los ojos durante un largo rato, como si absorbiera el peso de las palabras—. ¿Hasta que te mueras o estés al borde de la muerte? ¿Quieres que me quede esperando y mirando mientras vas en busca de tu propia destrucción, Andre? Ahora eres tú quien está pidiendo demasiado.

Quería decirle que sus miedos carecían de fundamento. Más que ninguna otra cosa, quería prometerle que no tenía dudas sobre cómo acabaría ese asunto con Roth. Le habría gustado poder asegurarle que de algún modo los dos sobrevivirían hasta llegar al final, que podrían tener un futuro juntos... el futuro que Wilhelm Roth les había impedido tener hacía tantos años.

Pero no podía engañarla.

Acabar con Roth podría exigirle los restos de su escaso control. Si tuviera que liberar sus poderes hasta las últimas e infernales consecuencias para destruir a ese

cabrón, lo haría. Y si la situación se lo exigía, sabía que las posibilidades de que emergiera de la experiencia con una brizna de su humanidad intacta eran virtualmente inexistentes.

Contempló su bello rostro y alisó tiernamente un mechón húmedo apartándolo de su frente.

—Vístete ahora, ¿de acuerdo? Podemos hablar más, pero no tardará el coche en llegar para recogernos. Y tú vienes conmigo, Claire. Sobre eso no hay discusión posible.

Ella lo miró durante un largo rato, sin decir nada. Luego apretó los labios e hizo un ligero gesto con la cabeza.

—Yo sé dónde está Roth, Andre.

Reichen era incapaz de responder cuando la oyó decir esas palabras. Se quedó allí, estupefacto y confundido, mientras una creciente sensación de rabia empezaba a surgir de sus entrañas.

—Sentí su presencia a través del lazo de sangre que me une a él anoche, cuando acabábamos de llegar a Boston.

Lo confesó con voz calmada y segura, llena de certeza. Reichen tuvo que detenerse, aunque su pulso latía a un ritmo desbocado.

—¿Está aquí en Estados Unidos?

Ella asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—En Boston.

La sangre de Reichen empezó a hervir.

—¿Lo sabías? Lo sabías pero no me dijiste nada.

No quería que sonase como una acusación, pero el calor que volvía a incendiarse en sus entrañas le dificultaba las palabras. Su cabeza zumbaba y le costaba hacer cualquier cosa que no fuese luchar por controlar el fuego que empezaba a arder en todo su cuerpo.

Roth estaba a solo una hora de distancia.

Todo este tiempo, había estado tan cerca de sus manos.

—No podía decírtelo, Andre. No quería darte una información que podría llevarte a la muerte. Por eso me fui del aeropuerto sin decírtelo. Pero luego me seguiste hasta aquí y pensé que tal vez si pasáramos un poco de tiempo juntos, como antes, entonces podría convencerte de que renunciaras a tu necesidad de venganza.

A Reichen le costaba respirar. Las ventanas de su nariz se llenaban del olor acre de humo y calor. Por sus brazos y sus piernas crujía una corriente eléctrica que se calentaba cada vez más.

—Por Dios, Claire. Tenías que habérmelo dicho. Necesitaba saberlo. Mierda, la Orden necesitaba saberlo.

—No quería que mi lazo de sangre con Roth te pusiera a ti o a cualquier otro en peligro.

Una nube de sangre rabiosa empezó a cubrirle los ojos mientras se apartaba de

ella, lleno de ira.

—Claire, eres tú la que has estado en peligro durante todo este tiempo. Si Roth está tan cerca, tiene que saber que tú también estás aquí. Podría haber aparecido aquí en cualquier momento.

—Pero no lo hizo —respondió ella en voz baja a sus espaldas—. No podía decirte que sabía dónde estaba, porque habrías ido detrás de él. No puedes decirme que no habrías insistido en que te ayudara a localizarlo, Andreas. Estás tan decidido a reclamar tu justicia, ¿cuánto habrías tardado en pedirme que utilizara el lazo de sangre para conducirte a él?

—Nunca —dijo, asqueado con la idea. Le dio la vuelta para tenerla cara a cara, su cuerpo lleno de calor—. Nunca te habría utilizado. Nunca. Dios, ¿no lo sabes?

—Supongo que no estaba dispuesta a comprobarlo —contestó—. Por favor, Andreas, no te enfades conmigo...

—¡Estoy furioso contigo! —rugió, incapaz de refrenar el miedo aferrado a su corazón. Un aliento agitado sacudía su pecho mientras intentaba llenar los pulmones de aire. La sacudida llegaba de un lugar muy profundo, un pozo de miedo tan negro e interminable que podría haberlo engullido por completo. Y el calor de su poder destructivo seguía surgiendo, quemando a su paso su razón y su autocontrol.

—No puedo estar cerca de ti ahora mismo. Tengo que salir de aquí.

Cuando se dispuso a abandonarla, Claire extendió rápidamente la mano.

Demasiado tarde para advertirle, sintió cómo los dedos se encerraban en torno a su mano. Ella lanzó un grito de dolor repentino y retrocedió unos pasos, sujetando la palma contra su pecho.

Oh, Dios. La había quemado.

Le había pisoteado el corazón y ahora le estaba haciendo daño de otra manera. Tal como había temido que terminaría sucediendo.

Avanzó por delante de Claire y con pasos bruscos cruzó la habitación hasta llegar a la puerta.

—Andreas —gritó ella.

Él no miró atrás. Con su cuerpo incendiado de una furia letal, salió atropelladamente de la habitación y descendió de un salto desde el balcón del segundo piso hasta el vestíbulo. Oyó que Claire gritaba otra vez su nombre, pero no se detuvo ni un segundo.

Radiante ahora, con su maldición piroquinética clamando por sus venas y sus piernas, su mente y su alma, abrió la puerta principal con una afilada orden mental. Y salió hacia el fresco aire de la noche, sin mirar atrás.

**T**ardó casi una hora en lograr controlar su calor piroquinético. Seguía enfadado con Claire al regresar a la casa, pero al menos ya no podría hacerle más daño. Ella seguía sintiendo algo de dolor, Reichen pudo darse cuenta mientras avanzaba por el camino de entrada. Allí la encontró esperando fuera con el guerrero que había sido enviado desde Boston para recogerlos.

—¿Lo ves? —dijo Río en cuanto vio a Reichen—. Ya te dije que volvería.

La voz grave del macho de la estirpe tenía un suave acento español, y cuando dirigió a Reichen una sonrisa de bienvenida y le extendió su mano para saludarlo, las cicatrices que marcaban el lado izquierdo de su rostro casi desaparecieron.

—Qué bueno verte, amigo mío.

—Lo mismo digo —respondió Reichen, apretando brevemente la mano del guerrero.

La bella compañera de sangre de Río, Dylan, de pelo castaño, lo acompañaba esa noche. Avanzó y dio a Reichen un beso rápido en la mejilla.

—Nos tenías un poco preocupados.

—Mis disculpas —murmuró, dirigiendo una mirada oblicua a Claire.

Ella evitaba mirarlo, y Reichen observó que sostenía sus dedos quemados contra su pecho. Se sintió asqueado al ver que su maldición la había dañado, aunque fuese solo un poco. Quería decírselo, pero prefería tener la conservación en privado.

De todos modos, ella no parecía estar dispuesta a conversar con él.

Tampoco parecía tener ganas de discutir sobre la necesidad de acompañarlo al cuartel de la Orden. Siguió a Dylan hasta el vehículo y empezó a subir al asiento de atrás.

—¿Todo va bien? —preguntó Río en cuanto las mujeres dejaron de oírlos—. No tienes muy buena pinta, amigo mío.

—Me sentiré mejor en cuanto ella esté a salvo en el cuartel —respondió.

En realidad, se sentiría mejor en cuanto tuviera la oportunidad de cazar y satisfacer la sed que aún lo asediaba por culpa del calor piroquinético. Lo último que necesitaba era estar encerrado con Claire durante la próxima hora o más mientras volvían a Boston. Tenía un urgente deseo de sangre para refrescar las últimas ascuas que seguían ardiendo dentro de él. Sería pura tortura tener que resistir estando sentado a unos cuantos centímetros de distancia de la mujer que más sed le provocaba en el mundo.

Río parecía darse cuenta mientras caminaban hacia el todoterreno.

—A Dylan no le importará si vas en el asiento del copiloto —dijo—. Ella y Claire pueden ir juntas detrás para que se conozcan un poco. Dylan es mucho mejor compañía que cualquiera de nosotros.

Reichen no iba a discutirlo. Se sentó delante, reclinándose en el asiento mientras Río dirigía el Range Rover por el camino y hacia la carretera que los llevaría a la

autopista interestatal.

Tenía razón cuando pensaba que el viaje sería un largo ejercicio de paciencia y control. Mientras Claire y Dylan charlaban en voz baja en los asientos traseros sobre las cosas que más amaban de Nueva Inglaterra, y sobre los lugares donde vivieron de niñas, y otros cien inocuos comentarios más, Reichen miraba hacia fuera a través del vidrio ahumado de la ventana, intentando no pensar en su hambre.

Era una batalla perdida de antemano.

En cuanto salieron del peaje y alcanzaron los límites interiores de la ciudad de Boston, su apetito febril ya estaba exigiendo alimento.

—Necesito caminar un poco —dijo a Río cuando el guerrero se detuvo en un semáforo. No esperó la respuesta, simplemente abrió la puerta y descendió de un salto—. Os veré dentro de poco en el recinto. Sé cómo encontrarlos.

Desde el asiento de atrás percibió la mirada ansiosa de Claire. Sintió cómo su inquietud vibraba también en su propia sangre. Ella pensaba que podría estar yendo detrás de Roth, solo por su cuenta.

Podría haber sentido esa tentación, si no fuera por el clamor de la sed. Por eso, en cuanto el todoterreno se alejó en la oscuridad, Reichen se puso a merodear por los muy poblados barrios de trabajadores. Tuvo el cuidado de mantenerse en las sombras de los callejones, donde era más fácil ocultar su presencia y su oscura intención. Era una noche lluviosa y de mucho viento en Boston, por lo cual eran muy pocos los que vagaban por las aceras o se quedaban en los portales de los bares fumando. Solo un puñado de los individuos más violentos y desesperados tendrían motivos para estar fuera esa noche... entre ellos Reichen.

Examinó las ofrendas de la ciudad con una mirada fría, sabiendo que en esas circunstancias, cabalgando al filo más extremo de sus poderes, era un depredador en el sentido más desagradable del término. Tenía la boca reseca y los colmillos le lastimaban la lengua. En ese estado, era tan mortífero como el Antiguo del escondite de Dragos. Un monstruo sediento y salvaje.

Mientras que Reichen merodeaba por el fondo de una estrecha calle del barrio, el golpe de una contrapuerta le hizo volver rápidamente la cabeza. Un hombre con gorra de béisbol y holgados pantalones de chándal bajó las escaleras de una precaria porchada de madera, gritando obscenidades a una mujer mayor, cuya silueta se veía contra las luces encendidas de la casa.

—¡Vuelve ahora mismo, Daniel! ¿Me oyes? —gritó ella, lo bastante alto como para que se la oyera a cuatro manzanas de distancia.

El hombre joven no le hizo caso, y continuó caminando mientras ella seguía gritando.

—Sí, claro que sí, ¡vete a la mierda, mamá! ¡Vuelve a tu botella y ni se te ocurra tocar mi hierba! ¡Me debes veinte dólares por esa mierda que me robaste!

Reichen levantó la cabeza, observando cómo el hombre se metía en un oscuro callejón lateral. Con la cabeza gacha y la boca aún espetando en silencio todo lo que

quería decirle a la borracha que lo había engendrado, el muchacho no advirtió que no estaba a solas en el estrecho callejón.

No vio a Reichen desplazarse a sus espaldas; probablemente apenas llegó a sentirlo como una ráfaga de aire frío sobre el tatuaje de su nuca. Antes de que tuviera la oportunidad de emitir un gemido de sorpresa, Reichen lo asaltó.

Lo tumbó rápidamente sobre el asfalto agrietado. Levantó el mentón del hombre y lo empujó a un lado, exponiendo el pulso latiente del lateral de su cuello. Mordió profundamente y se llenó la boca con la cálida y nutritiva sangre. Comió con hambre, con avidez, indiferente a la lucha febril de su huésped. Cada trago le resultaba amargo sobre su lengua y poco servía para saciar la sequedad ardiente de su garganta.

Su hambre persistía, aun cuando la resistencia del hombre se había abatido. Reichen siguió alimentándose. No podía parar. Tenía la sensación de que no sabía cómo parar... Era una de las terribles consecuencias que tenía la llamada de su talento.

Podría haber matado al hombre si no fuera porque de golpe sintió un acero frío y duro que se apretaba contra el lado de su cabeza.

—Se ha acabado el banquete, cabrón.

Reichen gruñó, pero solo un rayo muy ligero de reconocimiento ardía en su cerebro. Siguió bebiendo, hambriento, buscando más.

El percutor de la gran pistola la amartilló con un fuerte aviso metálico.

—Aléjate ahora mismo o comerás plomo.

Rugía ahora, enfurecido por la interrupción y aún demasiado enfebrecido para abandonar a su huésped. La sangre corría en torrentes sobre su lengua y por su garganta, pero el fuego en sus entrañas seguía ardiendo, inextinguible. Dirigió una mirada salvaje para examinar al hombre de la estirpe que tenía la pistola cargada y apuntada contra su cabeza.

—Dios santo —murmuró el enorme vampiro. El hocico helado de la pistola descendió de su sien—. ¿Reichen? ¿Qué coño...?

Reichen conocía a ese enorme macho de pelo leonado y despeinado e inhóspitos ojos verdes. El instinto le hizo saber que era un guerrero amigo, aunque su postura y su tono de hacía un momento transmitieran la intención de un asesinato mortalmente serio. Fue esa conciencia instintiva la que permitió que Reichen no atacara al vampiro cuando una mano fuerte lo cogió del hombro y lo separó forzosamente de su presa. Lo empujó hacia atrás con dureza y agarró al humano para sellar las perforaciones con un eficaz movimiento de la lengua.

Reichen, sentado sobre el asfalto, contempló cómo el gran macho de la estirpe colocaba su mano sobre la frente del hombre y borraba el ataque de su memoria.

—Ahora vete corriendo de aquí.

El hombre, aturdido, se levantó y avanzó zigzagueando hacia el extremo del callejón.

—Tegan —murmuró Reichen con voz espesa, pronunciando el nombre que por

fin le llegaba a la conciencia.

El guerrero se aproximó.

—¿Qué estás haciendo por aquí? Lo último que supe era que Lucan había enviado a Río a Newport para llevar tu patético culo al recinto.

Reichen se encogió de hombros.

—Tuve una necesidad repentina de comida rápida en el camino.

Tegan no se rio. Siguió mirando a Reichen con aspecto feroz, observándolo como si fuese una granada a punto de estallar.

—Tienes una pinta espantosa.

—Estoy mejor ahora —respondió Reichen, sintiendo cómo la nueva sangre aplacaba sus órganos y sus células. Pero no era suficiente. La sed seguía corroyéndolo, pidiendo más—. Estoy perfectamente bien.

Tegan soltó una carcajada de burla.

—Te ha dado la tembladera y no eres capaz de fijar los ojos en nada.

—Pasaré.

Tegan respondió con una maldición.

—Dame tu mano. Por lo visto no eres capaz ni de levantarte solo.

Reichen aceptó la oferta, aferrándose a la mano de Tegan y permitiendo que lo ayudara a levantarse. En cuanto estuvo de pie, Tegan empezó a silbar agudamente. Sus colmillos saltaron a la vista detrás de sus labios y el color verde de sus ojos se llenó de pronto de motas de ámbar brillante. Reichen recordó la capacidad del guerrero de leer las emociones a través del tacto, y no pudo hacer más que adivinar el torrente de cosas perturbadoras que habría percibido a raíz de ese breve contacto.

—¿Qué coño te está pasando, hombre? —le preguntó.

—Es la piroquinesis... me hace esto después... No es nada grave. —Al decirlo, Reichen se preguntó si era cierto. Convocar sus poderes se iba haciendo cada vez más fácil; emerger de ellos era otra cosa.

A lo mejor Claire tenía razón cuando lo cuestionaba sobre su ira. ¿Cuántas veces más iba a poder hacer esto y pretender salir otra vez sano y salvo? ¿Cuánto tardaría en llegar al punto límite en que el fuego consumiría los últimos restos de su humanidad?

Y si no lo hacía el fuego, tenía la sensación atroz de que la sed casi insaciable que el fuego dejaba tras su paso sí llegaría a hacerlo.

—Mierda —suspiró Tegan, mirándolo con ojos perplejos e inquisidores. Sacó un móvil del bolsillo de su chaqueta y apretó una tecla—. Sí, soy yo. Estoy en Jamaica Plain. Tengo aquí a Reichen. Lo voy a llevar al recinto.

Las mujeres de la Orden acogieron a Claire con más calidez de lo que había experimentado de sus contemporáneas en los Refugios Oscuros. Tres de las compañeras de sangre de los guerreros, Savannah, Gabrielle y Elise, le habían preparado una maravillosa cena a base de sopa cremosa y galletas caseras, y Dylan la condujo por un laberinto de pasillos de mármol para mostrarle un apartamento



privado que sería suyo durante el tiempo que estuviera en el recinto.

Le dijeron que se sintiera en casa, y no pudo resistir la tentación de pasar algunos minutos curioseando por el cuartel enorme que parecía extenderse sin fin. Era fascinante —y un tanto inquietante— tomar conciencia de que una organización como la Orden no solo existía sino que tenía la necesidad de existir. Se sintió tan ingenua, al reflexionar sobre cómo Wilhelm Roth y sus compinches de la Agencia de las fuerzas de la ley se daban aires, jactándose de ser los protectores de la estirpe, cuando eran corruptos como un cáncer que lentamente corroía el fundamento de algo verdaderamente bueno y justo. Wilhelm Roth había sido siempre un maleante, y Claire estaba demasiado ciega para verlo.

Pero lo que le dolía mucho más todavía era el hecho de haber estado enamorada de Andreas Reichen durante la mayor parte de su vida, y que ahora que recibía una milagrosa segunda oportunidad de estar con él pudiera ser otra vez Wilhelm Roth quien los separara. Lo único que podía hacer era esperar que el bien triunfara sobre el mal, encarnado en él y en Dragos. Solo podía rezar para que después de todo, ella y Andreas fueran capaces de poner fin a los miedos y a la ira que se habían interpuesto entre los dos.

El viaje de Newport a Boston pareció durar años en lugar de una hora. Le había parecido odioso que ella y Andreas no pudieran hablar antes de que Río y Dylan llegaran para llevarlos al recinto. Y aún sentía el nudo de fría ansiedad que se instaló en su corazón en el instante en que Andreas bajó del vehículo en cuanto estuvieron en la ciudad.

No sabía adónde había ido, pero le reconfortó un poco saber, a través de Elisa, que ahora estaba con Tegan, y que los dos iban, al parecer, camino de regreso al recinto.

Por lo menos estaba a salvo.

Por lo menos tendría todavía la oportunidad de arreglar las cosas entre los dos.

Claire giró por uno de los blancos y sinuosos corredores, y siguió el diseño de glifos negros incrustados en el suelo. Las marcas eran fascinantes, sobre todo para alguien que ya estaba perdida en sus pensamientos. Sintió un vago olor a cloro un instante antes de que una puerta se abriera de golpe por delante de ella en el pasillo.

Una niña con el pelo rubio y húmedo se detuvo directamente en su camino. Su pequeño cuerpo estaba envuelto en una toalla, y las tiras de un traje de baño color rosa asomaban por encima del tejido blanco.

—Oh —exclamó Claire, sobresaltada y sorprendida al ver a una niña en el recinto—. Lo siento. No te vi salir...

Su voz se fue apagando mientras se encontraba contemplando un par de anchos y luminosos ojos que tenían el color de plata pulida. Aquel color era muy extraño... en realidad carecían de color, eran casi blancos. Lisos como el vidrio... hipnóticos.

—Solo estaba... —murmuró Claire, sin saber qué quería decir a continuación, porque en ese momento los ojos de la chica empezaron a cambiar.

La superficie de los iris tembló, como un estanque de repente movido por un guijarro arrojado al agua. Las pupilas empezaron a encogerse hasta convertirse en minúsculos puntitos, atrayendo a Claire cada vez más hacia el peculiar hechizo de los ojos de esa niña. Luego percibió algo que se movía en la profundidad especular.

Era una imagen que rápidamente cobraba forma, se enfocaba mientras Claire la miraba atentamente totalmente embelesada. Era una mujer corriendo en la oscuridad. Chillaba, desconsolada.

Era ella misma.

Claire contempló transcurrir la visión como la escena de una película. Pero aquello no era una película; era su propia vida. Su angustia personal. Lo sabía instintivamente, mientras veía cómo atravesaba corriendo un matorral de arbustos y zarzas, intentando desesperadamente alcanzar algo —o alguien— pero sabiendo por el dolor de su alma que lo que buscaba estaba ya perdido. La luz cegadora de un fuego se dejó ver por delante, un oscuro pozo de escombros que rugía con llamas y humo, arrojando un calor tan intenso que la quemaba como si estuviera dentro de un horno.

Alguien le gritó que se apartara.

Aun así, ella siguió corriendo hacia delante.

No podía apartarse.

Aunque sabía en su corazón que él se había ido, no era capaz de apartarse.

—Andre —murmuró en voz alta.

La puerta volvió a abrirse y esta vez salió una mujer.

—Oh, Dios... Mira —exclamó, y rápidamente alejó a la niña de Claire, haciéndole apoyar su rostro en la redondez de su cuerpo embarazado.

Claire emergió de su aturdimiento como si le hubieran dado una bofetada.

—¿Qué es lo que acaba de pasar?

La otra mujer se había arrodillado delante de la niña y estaba acariciando sus mejillas con la palma de la mano, y susurrándole palabras de consuelo. Dirigió a Claire una mirada de disculpa.

—Hola, yo soy Tess. Tú debes de ser Claire. Esta es Mira. Acabamos de bañarnos. ¿Estás bien?

Claire asintió con la cabeza.

—Sus ojos...

—Sí —dijo Tess—. Mira tiene poderes proféticos. Normalmente usa lentillas para contener su talento, pero se las quitó porque tenía miedo de perderlas en la piscina.

—Hola, Claire —dijo Mira, que ahora tenía cuidado de no mirarla de frente—. No quise asustarte.

—No pasa nada. —Claire sonrió y acarició la cabeza húmeda de la niña con la mano, aunque seguía sintiéndose muy nerviosa después de lo que había visto.

Tess pareció intuir su inquietud. Los ojos color aguamarina de la compañera de sangre embarazada eran tiernos y compasivos.

—Mira, ¿por qué no entras? Iré enseguida a leerte un cuento mientras esperamos a que Renata y Niko vuelvan de su patrulla.

—Está bien. —La niña se volvió hacia Claire y, sin apartar los ojos de sus pies, murmuró—: Encantada de conocerte.

—Yo también, Mira.

Cuando se hubo marchado, Tess dirigió a Claire una sonrisa llena de simpatía.

—¿Fue atroz lo que te mostró?

—Sí —respondió, demasiado angustiada para explicar lo que había visto.

Tess hizo un gesto de dolor.

—Lo siento. Ojalá pudiera contarte que no siempre se cumplen las visiones de Mira. Su don es despiadadamente honesto. No puede evitarlo. Ni es capaz de controlarlo, y es por eso que ahora tiene las lentillas especiales. Cada vez que ejerce su talento, pierde algo de vista.

—Qué espantoso. —Ahora Claire se sintió mal por haberle quitado algo de vista, aunque fuera involuntariamente—. No tenía ni idea...

—Cómo ibas a saberlo. No debes sentirte mal —dijo Tess, generosamente, tratando de liberarla de cualquier culpa—. El vampiro que tenía a Mira antes de que llegara al recinto utilizaba su talento constantemente. Niko y Renata la salvaron de esa situación hace solo unas pocas semanas. Es nuestra esperanza que su vista pueda ser restaurada con el tiempo.

—Yo también lo espero —murmuró Claire, sintiendo pena por la niña. Aunque sus propios pensamientos estaban a varios kilómetros de distancia.

Tenía que contar a Andreas lo que había visto.

No se engañaba creyendo que Andreas iba a estar dispuesto a escuchar cualquier cosa que ella tuviera que decirle, ni siquiera sabía si iba a querer verla después de la manera en que dejaron su relación en Newport. Pero tenía que intentar comunicárselo, aunque solo fuera para que tuviese el conocimiento y pudiese decidir qué hacer por su propia cuenta.

Claire percibió que la otra compañera de sangre la estaba observando atentamente, como si comprendiera el peso de sus reflexiones.

—Cuando pasé por delante de la sala de armas hace muy poco, él estaba allí con Tegan y Río. Creo que acababan de llegar. ¿Quieres que te lleve allí?

—Gracias —dijo Claire, y enseguida se acopló al ritmo de los pasos de Tess, sintiendo su corazón apretado contra su pecho.

**D**espués de los pocos minutos que tardaron Claire y Tess en llegar a la sala de armas de la Orden, Andreas ya no estaba allí. Tegan y Río se hallaban de pie cerca de la zona de tiro con Gideon, revisando una colección de municiones y armas de fuego dispuestas sobre una mesa cerca de un gran armario lleno de diversos armamentos. Tegan levantó la cabeza cuando Tess entró en la sala con Claire.

—¿Has visto a Andreas? —preguntó Claire al formidable hombre de la primera generación.

Él asintió con gravedad.

—Lo he visto. Y te recomiendo que tú no lo hagas. Por lo menos no durante unas cuantas horas más. No es exactamente buena compañía en estos momentos.

—Necesito hablar con él, Tegan. Es importante.

Cuando se veía que el guerrero estaba a punto de rebatirle una vez más, intervino Tess.

—Estaba nadando con Mira en la piscina. No tenía puestas las lentillas y... Claire vio algo.

—Mierda. —Tegan no fue el único vampiro de la sala que soltó un grosero taco. Se pasó la mano por la mandíbula y luego hizo un gesto en dirección al pasillo—. Sus habitaciones están por ese corredor. La quinta puerta después de la primera curva.

Claire hizo un gesto de agradecimiento a Tess y a Tegan, luego se dio la vuelta y salió apresuradamente al pasillo. Encontró la curva en el corredor de mármol y contó las puertas cerradas mientras avanzaba rápidamente hacia la quinta.

Antes de llegar a la mitad del camino, sintió que se le erizaba el fino vello de la nuca. La sensación recorrió su piel como una descarga eléctrica de baja corriente. Reconocería esa sensación en cualquier lugar.

«Andreas».

Se detuvo delante de un portal abierto en forma de arco a su derecha. La habitación estaba a oscuras, iluminada solo por la luz trémula de una única vela al fondo. Era algún tipo de santuario. Una capilla, con muros de piedra tallada y dos filas de bancos por delante de un sencillo altar de pedestal sin ningún tipo de adornos.

Andreas estaba arrodillado delante de ese altar, su cabeza oscura inclinada profundamente hacia el suelo.

Pequeñas pulsaciones de luz bailoteaban sobre su cuerpo. No era el calor total y el fuego que Claire había visto antes, sino una forma más reducida de energía. Mucho menos volátil pero aún lo suficientemente poderosa como para que a ella las piernas y el cuello le reaccionaran con un picor. Mientras lo observaba, las pulsaciones empezaban a ralentizarse y a perder fuerza. En poco tiempo habían desaparecido por completo.

Andreas estaba tan inmóvil y meditativo que Claire no quería molestarlo.

Demasiado tarde, sin embargo. Volvió la cabeza y abrió los ojos, penetrándola

con una ráfaga de ámbar que le empapó los iris.

—No deberías estar aquí —dijo, con voz mortífera y grave, turbada por la presencia de sus colmillos—. Vete, Claire, no quiero que me veas en este estado.

No tuvo que preguntarle qué quería decir, porque aunque su cuerpo estaba ya liberado del efecto de su poder piroquinético, la tristeza lo recorría en oleadas que se podían palpar. Estaba atrapado por una profunda sed de sangre. Los colmillos extendidos y los ojos transformados eran prueba suficiente, pero sus dermoglifos lo demostraban sin una sombra de duda. Las marcas sobre la piel que se veían por debajo de su camisa brillaban con los colores del hambre.

Claire se adentró en el santuario de la capilla.

—¿Estás bien?

Reichen gruñó, animal y amenazador, mientras ella se acercaba. Claire pensaba que se pondría de pie y se alejaría, pero permaneció de rodillas mientras ella avanzaba hacia el banco más cercano y lentamente se sentaba.

La visión de los ojos de Mira estaba todavía muy viva en su mente, pero cuando contemplaba a Andreas, su preocupación por él era más inmediata. Quería tenderle una mano, despejar de su frente el pelo enredado y empapado por la lluvia, pero se contuvo, sin saber si él agradecería el gesto después de lo que había pasado entre los dos en Newport.

—¿Adónde fuiste esta noche, Andre?

—¿Quieres decirme que Tegan no te contó cómo tuvo que separarme a la fuerza de un hombre antes de que vaciara por completo al pobre cabrón? ¿No te dijo que hicieron falta el tacto de acero frío contra mi sien y la amenaza de una bala en mi cráneo para que recobraras mis sentidos?

Claire tragó saliva.

—No, no sabía nada de eso.

Al oír su negación, Reichen apartó los ojos, moviendo la cabeza mientras miraba fijamente la llama ondulante de la vela roja del altar.

—A menos que tengas una pistola escondida en algún lugar de tu anatomía, mi consejo sería que te dieras la vuelta y te alejaras corriendo de mí mientras todavía estés a tiempo.

Claire oyó el peligro en el tono extrañamente contenido de su voz, pero se mantuvo donde estaba.

—Estoy aquí porque estaba preocupada por ti esta noche. Y porque hace un rato ocurrió algo que me ha aterrado.

Él la miró con violencia, frunciendo las cejas por encima de la brillante intensidad ámbar de su mirada.

—¿Qué ha pasado? ¿Tiene algo que ver con Roth? ¿Te ha vuelto a hacer daño?

—No, nada de eso. Pero vi algo que tiene que ver con él, estoy segura. —Al ver la mueca interrogante de Reichen, continuó—. Hay una niña aquí en el recinto que tiene el don de la premonición...

—Mira —dijo él, que ya había oído hablar de ella a los guerreros.

—Sí, Mira. Vi algo espantoso en sus ojos hace unos pocos minutos. Vi tu muerte, Andreas. —Claire exhaló aire lentamente y cerró los ojos durante un instante, dolorida por el simple hecho de pronunciar esas palabras—. Vi un pozo de fuego y escombros, y tú estabas dentro. Intenté salvarte, pero no lograba alcanzarte a tiempo. Y el fuego era tan caliente...

Reichen soltó una suave maldición y se puso de pie. La oscura expresión de su rostro indicaba que estaba dispuesto a negar lo que estaba oyendo, pero Claire lo interrumpió antes de que tuviera la oportunidad de hablar.

—Sentí tu muerte, Andre. Yo estaba allí, dentro de la visión. Era algo real. Si no te libras de esta necesidad de destruir a Wilhelm Roth, creo que vas a morir.

Él la escuchó, con la mandíbula fija en lo que parecía ser una lúgubre aceptación. Como si hubiera sabido desde hacía tiempo que su muerte llegaría entre fuego y ruinas, pero no sintiera ninguna necesidad de rehurla.

—Dios mío —dijo Claire, furiosa al ver que solo ahora estaba empezando a comprender—. Cada vez que dejas que los fuegos se incendien en tu interior, estás mirando de frente tu propia muerte. Lo sabes, ¿verdad? Lo has sabido siempre, y sin embargo sigues utilizando el mismo poder que irremediamente algún día acabará contigo.

La escuchó sin inmutarse, con una expresión indescifrable e insoportablemente ausente de emoción.

—No me da miedo, Claire.

—No —dijo ella, obligando a su voz a pasar por la lengua acompañada de una risa patética—. No te da miedo, Andre. Ya lo veo, por fin. Estás corriendo hacia la muerte tan rápido como puedes. ¿Te resulta tan fácil abandonarme? Debe de ser así, porque no dejas de hacerlo.

—¿Qué querrías que hiciese? —murmuró.

—Abandonar ahora mismo tu deseo de vengarte de Wilhelm Roth. Deja que la Orden lo coja cuando persigan a Dragos, pero no lo hagas tú. Quiero que te mantengas lejos de él. ¿No puedes hacer eso... por mí?

Reichen la tocó tiernamente con la mano, acariciando con sus dedos el trémulo perfil de su mandíbula.

—Me estás pidiendo que abandone a todos los que han estado dispuestos a arriesgar la vida por mí en el pasado. Me estás pidiendo que olvide todo lo que Roth me ha hecho a mí y a mi familia... lo que ha hecho a numerosos seres inocentes. Me estás pidiendo que haga como si no existiera un criminal que no dudaría un momento en hacerte pagar toda su furia, Claire.

Ella contempló el húmedo ámbar de sus ojos —los ojos hambrientos de un vampiro— y vio un diluvio de emociones desnudas surgiendo de allí dentro.

—Hay mil cosas que quiero decirte, Claire. Promesas que me encantaría poder hacerte. Pero he llegado demasiado lejos con este asunto de Roth. He encendido una

guerra con él que no se va a extinguir hasta que uno o el otro sea tragado por las llamas. No quiero ser yo, pero no estoy dispuesto a rehuir cualquier conflagración que tenga que llegar.

Que Dios la ayudara, no quería perdonarlo ahora... perdonarlo por haber entrado otra vez en su vida, por hacerle recordar tan vívidamente que ella jamás había dejado de quererlo, y sobre todo por la posibilidad de perderlo de nuevo después de recibir un anticipo tan extraordinario de felicidad.

Pero cuando Reichen llevó los dedos a sus labios con tierno afecto y veneración total, la ira y los miedos de Claire se derritieron bajo su tacto.

Y cuando le besó el centro de la palma de una mano, y luego repitió esa misma suave adoración sobre su boca, ella ya estaba perdida por completo.

No hizo ni el más mínimo esfuerzo para resistirse cuando él se apartó, jadeante y salvaje, antes de despojarse los dos de su ropa en medio de la capilla sagrada del recinto. Los besos de Reichen se hicieron cada vez más exigentes, cada vez más bestiales. Ella gozó de su pasión y quedó con la respiración entrecortada cuando él le levantó las piernas en torno a su cintura y empezó a besarla todavía con más fuerza. La empaló con un duro y largo empujón de la cadera y detuvo su agudo gemido de placer con la boca.

Entonces ya estaba moviéndose dentro de ella, carne contra carne, mientras la llevaba con una velocidad y una vehemencia que eran mucho más que humanas. Claire sintió el toque helado de la firme piedra tallada sobre su espalda desnuda. Y entre sus muslos abiertos sintió cómo la cabalgaba, sintió la dura y ardiente carne que la llenaba tan profundamente, tan deliciosamente.

Andreas se apretó contra ella mientras seguía impulsándose con un ritmo agresivo, sin disculpa ninguna. Claire comprendió su necesidad. También la sentía. Agradeció cada empujón que la aplastaba, cada impulso furioso y cada cruel retirada.

Quería oírle gritar su orgasmo, aunque delatara su pasión a todo el recinto. No le importaba nada más allá de él y de ese placer demoledor de sus cuerpos unidos por lo que rezaba que no fuese la última vez.

—Fóllame —susurró contra su oído mientras él mecía las caderas contra su cuerpo con un ritmo cada vez más urgente—. Oh, Dios, Andre... Necesito sentirlo. Por favor, no pares.

Rugiendo, la cabalgó aún con más fuerza, llevándola a un nivel de clímax que iba más allá de todo lo conocido. Claire se despedazó en el orgasmo con un grito sordo, sepultando su rostro en el hombro de Reichen mientras su cuerpo se contraía en torno a él en una enorme y torrencial sacudida de sensaciones. Él se corrió al mismo tiempo, emitiendo una oscura maldición mientras acoplaba su pelvis rígida contra el cuerpo de Claire, estrechándola contra él, inundándola con el ardiente estallido de su orgasmo.

Reichen soltó los muslos de Claire y puso sus pies delicadamente otra vez sobre el suelo. Temblaba aún con las réplicas de su orgasmo, pero más todavía con la

necesidad palpitante de hundir sus colmillos en el pálido cuello de Claire.

Nunca se había sentido tan vivo como en los momentos que pasaba con ella. Estar con ella no hacía más que amplificar la farsa que había vivido durante todos los años en los que habían estado separados. Después de que se diera cuenta de la maldición de su piroquinesis, había tenido mucho cuidado en mantenerse a cierta distancia de los demás. Había amurallado su corazón como si fuese una fortaleza.

Pero no con Claire. De algún modo se había metido en la fibra de quien era y de quien algún día esperaba poder ser. Él era su compañero en todos los sentidos que importaban.

No en el sentido que ella necesitaba.

No tendría que haberlo hecho con ella... por más de una docena de razones.

Y la razón fundamental era porque no iba a cambiar de opinión respecto a la necesidad de buscar a Roth.

Ella también lo sabía.

Podía verlo en su mirada, al contemplarla delante de él con las mejillas ruborizadas y sus ojos marrón oscuros aún más sombríos por la negritud aterciopelada de sus pupilas empapadas de pasión.

—¿Ya les has hablado sobre cómo quieres ayudar a la Orden?

No tenía sentido intentar esconderle la verdad, cuando era evidente que nadie lo conocía tan bien como ella. Y que nadie lo conocería nunca tan bien.

—Tegan y yo conversamos sobre algunas cosas mientras regresábamos esta noche. A partir de mañana por la tarde, me uniré a las patrullas reemplazando al guerrero herido. Ahora que sabemos que Roth está en Boston, rastreamos la ciudad con la intención de localizarlo también a él.

Ella asintió brevemente, luego se apartó de él para recoger su ropa. Se vistió rápidamente, apresuradamente, como si tuviera que alejarse cuanto antes.

Reichen hizo un gesto de tristeza, incapaz de encontrar las palabras oportunas.

—Lo siento, Claire.

—Lo sé —respondió en voz baja—. Yo también lo siento.

No hizo un esfuerzo por detenerla cuando salió de la capilla y desapareció detrás de la curva del corredor. Por mucho que le costara mantener los pies sobre el suelo, se quedó allí como una estatua hasta saber que definitivamente se había ido.

Luego se arrodilló de nuevo y siguió rezando, pidiendo la fuerza que necesitaba para llevar al término necesario su venganza.



**P**oco después del alba, Claire se encontraba fuera de la ducha de su habitación en el recinto y tendió la mano para abrir el grifo. Miraba, sin ver nada, la neblina cálida que empezó a levantarse al otro lado del cristal.

Estaba perdiéndolo otra vez.

Otra vez por culpa de Wilhelm Roth.

Sintió cómo se helaba su cuerpo entero al pensar en todo lo que Roth ya les había quitado, se metió bajo el chorro hirviente y se quedó allí, temblando de un frío que le llegaba hasta los huesos. En unas pocas horas más el sol volvería a ponerse y Andreas se uniría a la Orden en las patrullas de combate... dirigiéndose directamente a la misma ciudad en la que ahora se encontraba Roth. Dirigiéndose potencialmente a la muerte.

Reichen ya había aclarado que nada de lo que ella dijera le impediría perseguir la justicia que él sentía que necesitaba, costara lo que le costase. Aunque les costase el amor que estaban volviendo a descubrir después de tantos años de separación.

Esta vez, por lo menos, no la estaba abandonando sin ofrecerle una explicación. Tenía sus motivos. Motivos buenos y nobles. Aunque nada de eso sirviera para que fuese más aceptable la verdad.

Una parte desesperada y egoísta de Claire había querido volver corriendo de inmediato a la capilla de la Orden para implorarle que reconsiderara su decisión. Le ofrecería cualquier cosa. Diría cualquier cosa.

Pero sabía que él no podía cambiar y no estaría dispuesto a cambiar de opinión.

Era un hombre demasiado honorable.

Y ella lo quería demasiado para intentar obligarle a sacrificar la integridad solo para satisfacer su angustiado corazón. Pero Dios, cómo le dolía pensar en dejarlo ir. O quizá perderlo para siempre.

Una mezcla de tristeza e ira la asaltó.

Se sentía tan confundida, tan asustada... y ya tan sola.

Claire se dejó caer sobre el suelo de baldosas de la ducha, permitiendo que el agua caliente y el vapor la envolvieran. Cerró los ojos y pensó en lo difícil que sería todo cuando él abandonara el recinto con los guerreros esa misma noche. Quedarse allí esperando su regreso calmaría parte de la ansiedad de su corazón, pero solo hasta que recordara que él estaría allí fuera buscando su combate con Roth. ¿Y si Dragos se agregaba a la lucha?

Le costaba mucho intentar imaginar el resultado de una confrontación de esa magnitud.

Pero ¿qué podía hacer para impedirla?

Una voz pequeña y desesperada en un rincón de su mente le murmuró que sí había algo que podía hacer. Algo que hasta entonces no se le había ocurrido. Algo tan desagradable que hizo que sintiera la bilis al fondo de su garganta.

Ella misma podía ir a enfrentarse directamente a Roth.

No para pedirle piedad, porque ella sabía que no tenía ninguna, sobre todo ahora. No, al menos, en lo que concerniera a ella o Andreas. Pero por muy segura que estuviera de ese hecho, también estaba segura de hasta qué punto Wilhelm Roth odiaba perder.

Siempre estaba obsesionado con ganar, aunque se tratara de los juegos más triviales.

¿Estaría dispuesto a aceptar la única cosa que a ella le quedaba por ofrecerle?

Claire solo podría saberlo si lo intentaba.

Sintiendo repugnancia por lo que estaba a punto de hacer, pero sabiendo que era su última esperanza en relación con Andreas, reclinó su cabeza sobre la pared de la ducha y respiró lentamente. Tenía la habilidad de quedarse dormida muy rápidamente, pero encontrar a Roth —con la esperanza de que él también estuviese dormido— no era tan fácil. Se alejó de la conciencia cabalgando la ola que la llevaba al reino de los sueños, buscando, rezando por encontrarlo allí.

Tardó varios minutos antes de percibir los límites de la mente dormida de Roth a través del velo del sueño. Sintió el hielo formándose en su vientre mientras se acercaba, ignorando cada instinto en sus entrañas, instintos que le gritaban que huyera a toda prisa en la dirección contraria.

Pero allí estaba delante de ella. Se hallaba de espaldas, y entraba apresuradamente en lo que parecía ser alguna especie de bóveda de tierra. Claire lo siguió en silencio, formulando su ruego desesperado. Por delante, una puerta pesada se abrió para que Roth pasara. Claire logró colarse justo detrás de él antes de que el grueso panel de piedra se cerrara.

Roth rezongaba entre dientes, palabras ininteligibles cargadas de veneno y frustración. Dentro de otra habitación, esta vez más clínica que la sala de aspecto más primitivo por la que acababan de pasar, avanzó a grandes pasos delante de una encimera cubierta con una fila de microscopios, recipientes y cubiletes. Al llegar al final de la larga superficie, dio un manotazo y arrojó numerosos objetos al suelo. Claire emitió un grito ahogado mientras el cristal estallaba contra el suelo y se rompía en pedazos delante de ella.

—Qué diablos... —Roth se giró rápidamente. En cuanto vio a Claire, sus ojos crueles se estrecharon y soltó una risa, un ruido áspero y peligroso al fondo de la garganta—. Vaya, vaya. Así que es mi compañera de sangre, la infiel hija de perra que es mi compañera de sangre.

No permitió que esa bofetada verbal le hiciera daño.

—Tenemos que hablar, Wilhelm. Tú y yo necesitamos llegar a algún tipo de acuerdo antes de que las cosas vayan más lejos entre tú y Andreas.

Ahora él se rio verdaderamente divertido.

—A ver si adivino bien. ¿Te ha enviado aquí para pedirme piedad? ¿Para hacer un llamamiento a mi sentido del honor?

—No me ha enviado, no. Ni sabe que estoy aquí. —Al ver la curiosidad en la frente de Roth, decidió seguir—. He venido para pedirte que no te acerques a Andreas. Que dejes el odio que sientes por él y por mí, y que lo permitas seguir con su vida.

Roth soltó una carcajada.

—No lo estás diciendo en serio.

—Sí lo digo en serio —respondió Claire—. Y estoy dispuesta a ofrecerte todo lo que tengo para conseguir tu palabra aquí mismo y ahora mismo. Volveré contigo, Wilhelm. Haz lo que quieras conmigo... descarga tu odio por él en mí, ya no me importa. Solo déjalo en paz. Por favor.

Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en filos que la cortaran con su malicia.

—¿Eres realmente tan ingenua, Claire? No me importa en absoluto Andreas —dijo, sin el más mínimo indicio de emoción—. Ni tú tampoco, en realidad.

Surgió una esperanza, vaga pero prometedora. Pero entonces Wilhelm desató una risa terrible que le erizó los pelos de la nuca.

—Nunca ha tenido nada que ver contigo, Claire. ¿No lo sabías? ¿No lo sospechabas? Tú eras simplemente un premio que yo quería porque significaba quitarle algo importante a él. Destruir su Refugio Oscuro y a la gente más cercana a él fue un placer que no había anticipado. Un placer que disfruté, de todos modos.

—Estás enfermo, Wilhelm. —Se le retorció el estómago con desprecio—. Dios mío, eres un monstruo de verdad.

—Y tú, Claire, ya estás muerta para mí —susurró, su voz convertida en un gruñido sin aire que helaba los huesos—. Tanto tú como Andreas ya estáis muertos. Es solo que no lo sabéis todavía. Sois obstáculos en el camino de la grandeza, y seréis eliminados. Vosotros y la Orden también.

—¿Es esa tu promesa a Dragos? —preguntó, anonadada—. ¿Cuánto tiempo llevas encargándote de sus maldades?

Roth respondió a su horror con una sonrisa maliciosa.

—Nuestra revolución comenzó antes incluso de que cometiera el error de tomarte como compañera. Nunca tendría que haberme molestado en perder el tiempo contigo, por mucho que me gustara saber lo que os había quitado a ti y a Reichen. Habría sido igualmente gratificante si te hubiera mandado a Dragos con las otras mujeres que le he ido enviando a lo largo de los años.

Claire luchó por comprender lo que estaba diciendo. Otras mujeres. Roth estaba enviando mujeres —¿quería decir compañeras de sangre?— a Dragos. Con qué fines, se preguntaba, pero sus dudas iban a ser despejadas apenas en un momento.

Del éter del sueño apareció de pronto una pared de celdas enrejadas. Cárceles oscuras, húmedas y espantosas. Y dentro de ellas había mujeres cautivas. Compañeras de sangre. Aun desde donde se encontraba, Claire podía ver en algunas la marca de nacimiento en forma de lágrima y medialuna creciente.

La misma marca de nacimiento que tenía ella. La misma marca de nacimiento que

señalaba a la hembra humana capaz de establecer lazos con un macho de la estirpe y tener hijos suyos.

Dios mío, había más de veinte mujeres encarceladas en esas celdas. Se le retorció el estómago todavía más al ver que algunas estaban embarazadas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, sintiéndose asqueada y horrorizada—. ¿Qué diablos estáis haciendo tú y Dragos?

Mientras lo decía, su voz siguió creciendo indignada, percibió el lejano aullido de un animal que emanaba de algún lugar profundo en el edificio donde ella y Roth se encontraban. El aullido se convirtió en un rugido... un grito agudo y dolorido que vibró a través de las plantas de sus pies hasta llegar directamente a su médula.

Era diferente a todo lo que había oído en su vida... un ruido totalmente de otro mundo que ató un nudo de terror en sus pulmones.

Dios, ¿qué lugar era ese? ¿Qué horrores estaban perpetrando allí Dragos y Roth?

El grito terrible siguió, tan fuerte que el suelo bajo sus pies reverberaba. Roth echó atrás la cabeza y aulló al son de la criatura oculta, con gesto burlón y sádico.

Luego le dirigió una sonrisa asesina.

—Estás muerta, Claire. Igual que esas compañeras de sangre que estás viendo. Te va a romper en pedazos. A no ser que yo tenga el gusto de hacerlo primero. Piensa en ello la próxima vez que dejes que Reichen te toque. La próxima vez que lo dejes follarte, recuerda que esto es lo que te espera. Os voy a matar a los dos, y voy a disfrutar haciéndolo.

Luego, en un instante, Roth y la cámara de los horrores desaparecieron. Él rompió la red que los conectaba en el suelo y Claire despertó temblando y jadeando bajo el chorro de agua caliente de la ducha.

—Dios mío —gimió, sepultando la cara entre sus manos mojadas. Sentía bilis en la garganta—. Dios mío... ¿qué he hecho?

Después de despertarse, Wilhelm Roth tardó algunos minutos antes de darse cuenta del alcance del error que acababa de cometer con Claire.

En un primer momento le había sorprendido verla en su sueño... No pensaba que la mujer tuviera el valor necesario para acercarse tanto, aun en el mundo del sueño, después de atizar conscientemente su ira al acostarse como una puta con Andreas Reichen. Después de la sorpresa inicial ante su atrevimiento, Roth se había permitido el placer de provocarla, cebando su miedo con una buena mirada a lo que él y Dragos eran capaces de hacer.

Disfrutó dejándola oír los rugidos monstruosos del Antiguo en su jaula. Y sintió un gozo deliciosamente sádico ante el horror de Claire cuando vio a las compañeras de sangre cautivas que Dragos había estado utilizando en todo tipo de experimentos.

Ahora que estaba despierto, tenía tiempo para considerar el precio que había pagado con su pequeño juego.

Le había mostrado el laboratorio y el búnker subterráneo donde Dragos guardaba todos sus secretos.

¿Sería capaz de comprender lo que había visto? Esperaba que no.

Claire tenía una mente inquisitiva, pero ¿qué podía hacer con esos conocimientos? Contárselos a la Orden, desde luego, pero lo que salvaba la situación era que Dragos ya estaba anticipando un movimiento por parte de los guerreros en Boston. Ya asumía que la Orden terminaría por descubrirlo después de la reunión que interrumpieron cerca de Montreal. Dragos se había ido preparando, moviendo piezas en la tabla de ajedrez de su plan maestro.

Aun así, Roth sabía que no podía silenciar esta torpeza. Sabía sin sombra de duda que si lo hiciera Dragos de algún modo descubriría la verdad enseguida. Tenía que confesar su error y cargar con las consecuencias. Con un poco de suerte, no tendría que rodar su cabeza.

Después de formular sus excusas, Roth llamó a Dragos a su línea privada.

—Señor —dijo, cuando el otro vampiro gruñó su saludo—, permíteme esta interrupción, pero tengo una noticia que desafortunadamente no puede esperar.

—Habla.

Roth le relató el encuentro con Claire en su sueño. Tuvo cuidado en minimizar su propia responsabilidad por el error, echando la culpa a la astucia de comadreja y las habilidades de su compañera de sangre.

—Me espió sin que lo supiera, señor. Cuando descubrí que estaba allí conmigo en el sueño, era demasiado tarde para impedir que viera el laboratorio.

—Hum —gruñó Dragos, que lo escuchaba con un silencio que enloquecía a Roth—. Me cansa cada vez más saber que esta mujer y su compañero siguen con vida, *Herr Roth*. Ahora que has puesto en marcha las cosas en Boston, tal vez ha llegado la hora de que hagas con ella lo que ya acordamos.

—Sí, señor. Lo haré. —Carraspeó, sintiendo cómo la agresividad de Dragos atravesaba la línea telefónica más allá de su calma exterior—. Será un placer muy grande quitarle la vida a esa puta... después de que me vea matar a Andreas Reichen.

—Yo tengo una idea mejor —dijo Dragos, su voz sedosa y envenenada—. Quiero que te acerques al cuartel a la puesta del sol.

—¿Señor? —Roth estaba confundido—. ¿Y el lazo de sangre?

—¿Qué tiene que ver el lazo de sangre?

—Si cuenta a la Orden lo que ha visto hoy, ¿quién dice que los guerreros no vayan a usar su lazo de sangre para buscarme a mí y el laboratorio?

Hubo un momento muy breve de duda al otro lado de la línea.

—Te digo que estés aquí a la puesta del sol, *Herr Roth*. Tus instrucciones te estarán esperando.

**E**l recinto de la Orden en Boston era una maravilla arquitectónica y tecnológica. A pesar de la gravedad de los motivos por los cuales estaba allí, Claire se sentía impresionada por la red subterránea de innumerables pasillos y habitaciones oculta debajo de la gran mansión de piedra caliza al nivel de la calle.

La Orden vivía con una comodidad incuestionable, y estaba claro que su ubicación tenía razones tácticas. La función principal de su cuartel —el centro neurológico del lugar entero— era el laboratorio de tecnología, con su masa de ordenadores, aparatos de vigilancia, tablas en la pared y mapas estratégicos de las ciudades clave en Estados Unidos y el extranjero. Había entrado en una sala dedicada a la guerra, y aunque se sintiera bienvenida allí como una invitada por toda la gente que había conocido hasta entonces, mientras estaba sentada ante la gran mesa de conferencias se dio cuenta con toda claridad del hecho de que era aún la compañera de Wilhelm Roth y por tanto el vínculo más cercano a un individuo que estaba aliado con el enemigo más traicionero de la Orden.

—Todo el mundo está en camino —dijo Gideon al resto de los guerreros y sus compañeras después de terminar una llamada para oír lo que Claire tenía que contarles.

Una de las mujeres residentes en el recinto, una joven de cabello castaño y aspecto aristocrático, puso su mano sobre la de Claire como una muestra de apoyo femenino. Se llamaba Gabrielle, y era la compañera de sangre del líder de la Orden, Lucan, que había sido el primero en saber la noticia perturbadora que había traído Claire después de visitar en sueños a Wilhelm Roth unas pocas horas antes. El gran vampiro de la primera generación empezó a caminar de un lado a otro de la sala, y sus largas piernas le permitían cruzar la anchura del lugar nada más que con una media docena de pasos, mientras que Río y Dylan observaban desde el otro lado de la mesa.

Claire no había sabido qué esperar de la Orden, y en realidad estaba un poco aprensiva cuando llegó a su cuartel de Boston la noche anterior. Le sorprendió ver que no eran seres groseros, como solía describirlos generalmente la población de la estirpe, sino más bien un equipo muy unido y profesional de camaradas.

Con sus compañeras de sangre, que vivían junto a ellos en el recinto, la Orden era una comunidad no muy diferente de los Refugios Oscuros que Claire conocía. Los guerreros y sus compañeras obviamente se protegían y se cuidaban mutuamente.

Eran una familia.

Claire sintió un breve pinchazo de envidia por eso, pero también un sentimiento aún más intenso de culpa cuando consideró el hecho de que Wilhelm Roth podría estar relacionado de algún modo con el peligro que ahora amenazaba a los guerreros. Después del horror de lo que vio en su sueño hacía muy poco, estaba repentina y férreamente comprometida con la causa de la Orden. Haría lo que pudiera para

impedir que Roth —o Dragos— ocasionaran más daño.

Desgraciadamente, desde la puesta de sol, el vínculo de su lazo sanguíneo con Roth parecía estar disminuyendo paulatinamente. Estaba en movimiento; lo sabía casi con total seguridad. Es posible que ya estuviera en Boston un par de noches atrás cuando llegó por primera vez con Reichen desde Europa, e incluso tan recientemente como la noche anterior, mientras subían en coche desde Newport, pero sus sentidos le decían que ya no se encontraba en la ciudad. Se lo había explicado a Gideon y a los otros reunidos en el laboratorio de tecnología antes del inicio de las patrullas nocturnas.

—¿Tienes alguna idea de adónde podría ir Roth? —Savannah, la compañera de Gideon, estaba sentada a su lado cerca de los puestos de trabajo de los ordenadores. La mujer alta y negra era una presencia tranquilizadora en la sala, una fuente de fuerza serena que parecía servir de buen contrapunto a la frenética energía de Gideon—. ¿Había algún punto de referencia reconocible en el sueño?

Claire hizo un gesto negativo.

—Nada concreto, me temo. Ojalá lo hubiera.

—¿Tiene conciencia de que estás en Boston? —preguntó Río, con su voz ondulada con un fuerte acento español y sus oscuras cejas fruncidas sobre los ojos de topacio ahumado.

—Es posible que lo haya sospechado —adivinó Claire—. Y si yo lo sentí a él, tengo que suponer que él también habrá sentido mi presencia en la ciudad.

Gideon asintió.

—Eso podría ser motivo suficiente para que abandonara la ciudad, si piensa también que podrías decidir entregarnos esa información.

—Si está ejecutando órdenes de Dragos —contribuyó Dylan desde el lado de Río—, entonces podría estar acercándose a un lugar cercano a la guarida de Dragos. Si descubrimos dónde se encuentra ahora, a lo mejor logramos dar con Dragos también.

Gideon esbozó una mueca pensativa, luego miró a Claire.

—Vamos a repasar otra vez lo que viste en tu sueño. Quizá Roth te dejara otras pistas más para ayudarnos a encontrarlo.

Claire empezó a relatar de nuevo su visita en sueños desde el comienzo. Mientras contaba los detalles de su confrontación con Roth, las puertas de cristal del laboratorio de tecnología se abrieron silenciosamente y entró Tegan con unos cuantos guerreros más, todos ellos vestidos para el combate de la cabeza hasta la punta del pie y armados hasta los dientes. Y detrás de ellos llegó Andreas, vestido del mismo modo y con una pinta tan letal como la de sus compañeros.

A Claire le dio un vuelco el corazón al verlo. Había contemplado la posibilidad de acudir directamente a él después de su visita en sueños a Roth, pero pensó que no soportaría estar cerca después de la forma en que se habían separado en la capilla. Y una parte más cobarde de su persona sabía que se pondría furioso al enterarse de lo que había hecho. La mirada que le dirigió al entrar en la sala con Regan no podría

describirse exactamente como amable. Era evidente que ya le habían informado del propósito de esta reunión improvisada de la Orden.

—¿Qué más recuerdas, Claire? —preguntó Gideon ahora—. Dijiste que veías aparatos químicos y mesas con filas de instrumentos de laboratorio.

Asintió con la cabeza.

—Sí, había microscopios, ordenadores y cubiletes, y muchos frascos químicos. Tenía pinta de ser todo muy moderno, pero no sabría decir qué tipo de experimentos estaban haciendo.

—Y más allá del laboratorio estaban las celdas con rejas —apuntó Gideon.

—Sí. Filas de celdas que contenían a mujeres prisioneras. Compañeras de sangre. Algunas de ellas embarazadas. —Claire sintió la mirada atenta de Andreas fija en ella mientras hablaba. Su forma de observarla en silencio furioso desde el otro lado de la sala la quemaba—. Por lo que decía Roth, tuve la clara impresión de que las compañeras de sangre estaban siendo entregadas a la criatura.

—Con propósitos de reproducción —dijo Gideon, dirigiendo una mirada sombría a Tegan—. Una nueva generación de machos de la estirpe, hijos de un Antiguo.

Claire volvió a sentir las náuseas que había tenido al verlas en el sueño y al oír lo que Roth le contaba.

—Dijo que llevaba suministrando compañeras de sangre a Dragos desde mucho antes de cuando yo lo conocí, que fue hace treinta años.

—Dios mío —bufó Tegan—. ¿Cuántos vampiros de primera generación puede haber creado durante más de tres décadas?

—¿Si tuviera un suministro constante de compañeras de sangre? —respondió Gideon—. Tiemblo con solo imaginarlo.

—¿Y quién sabe si Roth era el único que le llevaba compañeras? —añadió Río con voz grave. Miró hacia Dylan—. ¿Cuántos informes sobre compañeras de sangre desaparecidas recogiste en los archivos de las Refugios Oscuros, mi amor?

—¿A partir de qué fecha? —respondió ella, con expresión seria—. Aunque los números han aumentado de manera significativa en los últimos tiempos, hemos encontrado informes tan tempranos como de finales del siglo pasado. Eso sin contar la cantidad de mujeres que desaparecen cada año de la sociedad humana y que podrían ser también compañeras de sangre.

Se volvió hacia Claire para explicárselo.

—Hace unos meses, cuando Río y yo nos conocimos, descubrí que tengo un talento especial para ver a los muertos. Quiero decir, a compañeras de sangre que han muerto. Vi a varias en el refugio donde antes trabajaba mi madre. Me pidieron que ayudara a sus hermanas cautivas... a salvarlas antes de que las matara a todas. Me dijeron que había más, aún vivas, que estaban encerradas bajo tierra, en la oscuridad. Me dieron también el nombre del captor. Dragos.

—Oh, Dios mío —murmuró Claire, atónita.

—Encontrarlas se ha convertido para mí en una obsesión. Desde entonces, hemos



estado rastreando los informes de gente desaparecida, tratando de seguir pistas para ver dónde fueron vistas por última vez algunas de estas mujeres, dónde podrían haber ido. Quizá las podamos encontrar. Si logramos salvar una sola vida, habrá valido la pena.

—Os ayudaré en todo lo que pueda —dijo Claire—. Aunque tenga que recorrer Estados Unidos de costa a costa y de norte al sur, y rastrear toda Alemania para encontrar a Wilhem Roth y obligarlo a entregar a Dragos, lo haré.

Dylan sonrió.

—Ya me caes bien.

—No es una mala idea, en realidad. —Gideon se levantó de su silla giratoria y se acercó a uno de los grandes mapas de Nueva Inglaterra colgados en la pared. Señaló un alfiler rojo clavado en un lugar cercano a la frontera entre Nueva York y Connecticut—. Sabemos dónde ha sido visto Dragos últimamente. Sabemos que tuvo alguna vez una residencia en Nueva York bajo uno de sus nombres falsos. Si empezamos rastreando esta región y luego nos extendemos hacia la costa, tal vez encontremos algo. —Dirigió la vista hacia Claire—. Estamos demasiado cerca del alba para hacer algo esta noche, pero ¿estarías dispuesta a acompañarnos en una salida de reconocimiento y utilizar tu lazo de sangre para ver si podemos descubrir la ubicación de Roth?

—Por supuesto. —Fingió no oír el gruñido grave y apenas audible que emanó desde la dirección de Andreas. Aunque intentara disuadirla, su mente estaba decidida. Ahora era su propia batalla también, le gustara o no—. Puedo estar lista en cualquier momento.

**R**eichen alcanzó a Claire cuando la reunión en el laboratorio de tecnología empezaba a dispersarse. Se quedó atrás mientras la mayoría de los guerreros abandonaban la sala para preparar la última misión de la noche a la ciudad, con la mirada fija en Claire en una mezcla volátil de indignación y de un miedo extremo.

—¿Qué diablos ha sido todo esto? —exigió cuando Gabrielle y Savannah salieron juntas del laboratorio—. Cuando Tegan me dijo hace unos minutos que habías establecido contacto con Roth, no me lo podía creer. ¿En qué estabas pensando, Claire? Más bien, ¿estabas en realidad pensando?

Claire tragó saliva ante el asalto verbal, pero no se inmutó.

—Está todo bien —dijo a las compañeras de sangre que la acompañaban—. Andreas y yo deberíamos hablar a solas.

La ira de Reichen hervía mientras las compañeras de Lucan y Gideon salían de la sala y lo dejaban de pie en el pasillo con una Claire muy desafiante y muy segura de sí misma.

—Dios mío —dijo él, sintiéndose como si hubiera recibido una patada en el estómago. La misma sensación que tuvo cuando Tegan le contó la noticia de la visita en sueños de Claire a su compañero después del encuentro que terminó tan torpemente en la capilla del recinto—. ¿Qué pensabas conseguir al acercarte así a Roth?

—Tenía mis motivos —contestó ella con tranquilidad.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—No importa. No tenía interés en negociar. Estoy seguro de que eso debe de sorprenderte un poco.

Reichen soltó una risa.

—Roth nunca negocia. Quita cosas. Y cuando no puede simplemente quitarlas, las roba. Es un asesino, Claire. ¿Qué diablos pensabas que ibas a poder conseguir al buscarlo, aunque fuese en un sueño?

Ella empezó a caminar, como si tuviera la intención de dejarlo a solas en el pasillo sin una respuesta. Antes de que pudiese dar un segundo paso, él la agarró del brazo para retenerla.

—¿Qué le pediste, Claire? ¿Tu libertad? ¿Su clemencia? —Su boca se retorció en una mueca, y estaba tan furioso por su audacia como aliviado porque ella estaba viva y cálida bajo la mano que la apretaba—. ¿Pensabas que simplemente iba a dejarte ir si se lo pedías?

—No —dijo ella, levantando la barbilla con orgullo al responder—. No le pedí que me dejara ir, Andre. Le pedí que aceptara mi regreso, pero a condición de que se comprometiera a dejarte vivir a ti.

Era como si le acabase de dar un puñetazo en el esternón con un puño de plomo.

—¿Tu qué?

Dios mío, la simple posibilidad de que volviera con Roth, bajo las condiciones que fuera, era suficiente para hacerle hervir la sangre. ¿Y el hecho de que se ofreciera a Roth por él? Quiso rugir su indignación para que se la escuchara en las vigas del techo.

—No me quiere. Nunca me quiso. —Se encogió de hombros al liberarse de sus manos—. Me contó que solo me tomó como compañera porque sabía que te haría daño. Ha estado intentando hacerte daño durante mucho tiempo, Andreas.

Que el odio de Roth hubiese durado tanto no era una sorpresa para él, pero le costaba procesar todo eso cuando la gravedad de lo que Claire había hecho... y de lo que había estado dispuesta a sufrir, por él... seguía dando vueltas como un aceite ardiente en su corazón.

—¿Tienes alguna idea de cuánto daño te habría hecho si hubiese aceptado tu oferta?

—Probablemente no tanto como el daño que sentiré cuando vayas a tu muerte al intentar destrozarlo.

Reichen se lo merecía. Lo sabía. Pero no le impidió obstruir el camino cuando ella intentó sortearlo por segunda vez.

—Tú no vas a acercarte a él, Claire. Ni con la Orden, ni con todo el maldito ejército a tu lado. Oí lo que dijiste allí dentro, y sé que quieres ayudarnos a liquidarlo, pero no vas a salir del recinto mientras Roth siga en algún lugar allí fuera. Te lo prohíbo.

Claire se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo? ¿Me lo prohíbes...?

—No permitiré que lo hagas.

—Pero no recuerdo haberte pedido permiso —dijo ella, mientras la rabia ya empezaba a pincharle el pulso, tan afilada que él también podía sentir el eco en el suyo—. Después de lo que vi hoy en el sueño de Roth, tengo que ayudar a la Orden a liquidarlo. De cualquier forma que pueda. Pensaba que tú al menos serías capaz de entenderlo.

Reichen negó con la cabeza, sin ninguna intención de contemplar la idea.

—No lo vas a hacer, Claire. No puedo permitirte.

Lo miró durante un largo tiempo, luego algo llamó su atención detrás de Reichen, al final del pasillo.

—Tus camaradas te están esperando.

Él se volvió a mirar y encontró a Tegan, Río y otros dos guerreros más esperando al lado del ascensor que los llevaría arriba. Los saludó con la cabeza, señalando que le haría falta solo un minuto más. Cuando se volvió hacia Claire, ella ya no estaba a su lado, sino que caminaba apresuradamente por el pasillo en la dirección opuesta.

—Mierda —susurró entre dientes.

Luego giró otra vez hacia los guerreros y corrió hacia ellos para unirse a las patrullas nocturnas.

Wilhelm Roth sintió los ojos fríos y carentes de emoción de cinco asesinos de la primera generación que lo miraban mientras ejercía otra comprobación de sistemas en el laboratorio subterráneo de Dragos. Todo estaba en su lugar, exactamente como se le había instruido, y lo único que podía hacer ahora era esperar. Esperar, con la ilusión de que Claire estuviera en ese mismo momento con la Orden, quejándose de cómo él los había maltratado a ella y a Andreas Reichen y contando a los guerreros todo lo que había visto en su maldita visita en sueños.

Por muy difícil que fuese encontrar la ubicación oculta de la guarida de Dragos, la Orden tenía recursos y resolución. Esas eran las cualidades con las que contaba Dragos para atraerlos a la trampa que les habían tendido Roth y él.

El lazo de sangre de Claire con Roth y su ridículo sentido del honor haría lo demás.

Roth sabía perfectamente que su futuro dependía del éxito de la inminente ofensiva contra los guerreros. Si los asesinos encargados de ayudarlo no lo remataban, en caso de fracaso, entonces Dragos lo haría sin ninguna duda. Mientras inspeccionaba por última vez los detonadores y los kilos de explosivos, se preguntaba si no habría recibido una misión suicida.

Pero él no tenía ninguna intención de morir en ese lugar.

Los guerreros, sin embargo...

Una vez conducidos a la trampa, ninguno de ellos tendría ni una mínima posibilidad de salir vivo. Lo único que esperaba era que la Orden enviara a todo su equipo para buscarlo. Sería un placer enorme ver al grupo entero morir de un solo golpe.

Tanto mejor si incluía a Claire y al amante que había vuelto a encontrar.

Satisfecho al ver que todo estaba listo en el laboratorio, Roth se dirigió hacia la zona de la celda de luz ultravioleta para comprobar una vez más las combinaciones. Quería que todo estuviese perfecto para la llegada inminente de la Orden... y su inaplazable destrucción.

Todo estaba demasiado silencioso.

Lucan y el resto de la Orden habían pasado la mayor parte de la noche rastreando la ciudad, buscando indicios de Dragos o de los asesinos de la primera generación que al parecer había soltado en las calles para obligar a los guerreros a salir. Después de varias horas buscando en cada tierra baldía, almacén, pasillo y tejado, Lucan supo que no iban a encontrar nada.

Lo mismo les sucedía a todas las patrullas esa noche. Acababa de hablar con Niko y Renata, que juntos habían rastreado la zona cerca del Mystic River con Dante y Hunter. Ni el menor atisbo de problemas, salvo las estupideces habituales perpetradas por la humanidad contra sus hermanos.

La paz relativa que se respiraba esa noche no le gustaba nada a Lucan.

Había algo extraño.

Lucan seguía sintiendo en su médula que un problema serio había surgido en la

ciudad hacía algunas noches. Esos asesinatos de humanos eran significativos por su brutalidad y por su atrevimiento. La llamada para que saliera a jugar la Orden era muy evidente, así que ¿por qué escondían los ataques ahora que habían conseguido su atención?

Mientras volvía a repasar visualmente su zona en la última hora antes del amanecer, no podía dejar de sentir que él y el resto de la Orden estaban a punto de recibir el impacto de un tsunami. La marea y el viento habían retrocedido, dejando atrás una siniestra y falsa sensación de calma.

Todo estaba silencioso, pero en cualquier momento esa ola madre iba a atropellarlos y consumir todo lo que encontrara en su camino.

—Sigo diciendo que estamos perdiendo un tiempo y una oportunidad valiosos si no consideramos al menos una excursión diurna. —La compañera de Nikolai, Renata, bajó de la barra en la sala de armas y empezó a dar vueltas por la habitación con sus botas de combate y su traje negro de faena. Se había soltado la melena negra que le llegaba hasta la barbilla y que llevaba atada con una goma durante las patrullas. Oscilaba ahora en torno a su rostro mientras discutía el tema por segunda vez—. Vamos, chicos. Si el único fin de vuestra resistencia de machotes es manteneros a salvo, entonces es un argumento ridículo. Lo peor que podríamos encontrar durante las horas del día son secuaces, y desafío a cualquiera de vosotros a decirme que soy incapaz incluso dormida de deshacerme de un ser humano que es un esclavo mental. Podría hacerlo con una mano atada detrás de la espalda.

Niko miró sonriendo a su mujer.

—Tiene razón, Lucan. No se trata de una situación de combate, sino de enviarlas a buscar inteligencia e informarnos antes de que entremos en acción.

Lucan soltó un gruñido, levantando los ojos por debajo de sus cejas oscuras.

—No me gusta.

—A mí tampoco me gusta —intervino Río—. Pero sé que Dylan estará segura con Renata. Si las mujeres están dispuestas a hacerlo, entonces quizá deberíamos dejarlas ayudar. Como tú mismo has dicho, Lucan: ahora mismo necesitamos que todo el mundo arrime el hombro.

Reichen estaba sentado en un lateral y escuchaba en silencio, reprimiendo su propia opinión, que consistía básicamente en que lo que la Orden decidía estaba bien siempre y cuando dejaran a Claire completamente al margen.

Desafortunadamente para él y sus opiniones, Claire parecía tener otros planes.

Sintió su presencia en el umbral de la habitación antes de llegar a verla, el vínculo del lazo de sangre le hizo volver la cabeza en su dirección como si su eje estuviera conectado con ella por un alambre. Entró con la compañera de Dante, y ambas se sentaron al fondo de la habitación mientras el debate entre Lucan y Renata proseguía.

—Piénsalo, Lucan. Si trabajamos a la luz del día tendremos una ventaja de ocho o diez horas —dijo—. Ocho o diez horas de acercamiento a Roth podrían significar una ventaja clave para acercarnos también a Dragos. Si la retirada que vimos esta noche en Boston es un indicio de que están asustados y huyendo, entonces no hay tiempo que perder.

Varias cabezas asintieron a las palabras de Renata.

—¿Y si la retirada es un indicio de algo más? —preguntó Lucan con voz severa—. ¿Y si se han retirado abruptamente de Boston no porque les preocupe ser encontrados, sino porque están trabajando en algo más grande?

—En realidad, creo que debemos suponer que no se trata tanto de miedo como de estrategia. —La voz de Claire llamó la atención de todos desde el fondo de la sala de

armas. Ella recorrió el grupo con sus ojos, deteniéndose durante un instante en Reichen. Tenía la mirada inquieta, y él podía sentir el tormento que hacía latir dolorosamente el corazón en su pecho—. No conozco a Dragos, pero conozco perfectamente a Wilhelm Roth. Él nunca opera desde una posición de miedo. Se cree invencible, más listo que todos los demás. Esté donde esté, tiene un plan alternativo para golpear aún con más fuerza que antes.

—Otro motivo más para aprovechar cualquier ventaja para encontrarlo —añadió Ríó.

La mirada de Lucan viajó de Claire a Renata y luego a Dylan, el trío de compañeras de sangre que se encargarían de la misión diurna.

—¿Estáis todas de acuerdo, entonces? ¿Queréis hacerlo?

—Sí —contestaron, con voz unánime.

Reflexionó durante un largo rato, luego asintió solemnemente con la cabeza.

—Bien, entonces. Gideon programará la mejor zona para empezar la búsqueda. Antes de que salgáis, tendremos una última reunión en el laboratorio de tecnología para repasar las cosas.

Entre comentarios de acuerdo generalizado, la reunión empezó a disolverse. Reichen hizo un amago de aproximarse a Claire, pero antes de que pudiera alcanzarla y ofrecerle la docena de disculpas diferentes que había estado ensayando en su mente desde que se separaran, Renata y Dylan se la llevaron apresuradamente, hablando sin parar.

Ella lo miró muy brevemente cuando pasó por delante, y el mensaje en su mirada resultaba inequívoco. No tenía derecho a decir nada sobre su decisión. Él se había negado a hacerle promesas que era incapaz de guardar, y ahora ella se estaba vengando. Estaba recibiendo su merecido castigo y era amargo como el infierno.

Claire se alejó, conversando con sus dos compañeras sobre la misión diurna que había instalado en las entrañas de Reichen un bloque de miedo helado.

Antes de que saliera el sol, la frustración de Claire con Andreas ya había desaparecido. Comprendía su inquietud y su ira. Había sido estúpido pensar que podía negociar con Roth. Aún más estúpido pensar que ella sería capaz de volver a ser su compañera. Lo habría hecho, sin embargo. Habría hecho cualquier cosa con tal de asegurar el bienestar de Andreas. Sobre todo después de la visión que había tenido de su muerte entre las llamas.

Lo único que sentía era la necesidad de estrecharlo entre sus brazos. Por eso le había pedido que abandonara el intento de vengar a su familia y por eso había rogado, prácticamente de rodillas, que dejara que la Orden combatiera en la vanguardia contra Roth y Dragos. Fue un momento de afligida y egoísta desesperación, que la había cegado a todo lo que no fuese el amor que sentía por él. Lo único que la dominaba era la necesidad de mantenerlo cerca y de que nadie lo volviera a alejar de ella.

Pero mientras Claire se preparaba para abandonar el recinto esa mañana con Dylan y Renata, se daba cuenta de que le había estado pidiendo demasiado. En el

laboratorio de tecnología, junto con las otras, observaba desde un margen cómo Río y Nikolai se detenían durante unos instantes de tranquilidad murmurando palabras de ternura y abrazando a sus compañeras.

Al ver las cariñosas despedidas y los abrazos prolongados de dos parejas que se estaban separando por un día, Claire se sintió repentinamente avergonzada por lo que había esperado de Andreas. Su amor no era más sagrado del que estaba viendo allí. Su propia seguridad no era más importante que la de cualquiera de los guerreros o sus compañeras de sangre.

Andreas tenía razón cuando rechazó lo que le había pedido.

Claire podría habérselo dicho, pero él no acudió junto al resto de la Orden para despedirla. Al contrario, fueron Tess y Savannah quienes la abrazaron con brusca ternura mientras ella, Dylan y Renata reunían sus cosas para la misión diurna. Lucan y Gabrielle se acercaron un momento más tarde, y el líder de la Orden le hizo un gesto solemne mientras su compañera de sangre abrazaba brevemente a Claire.

—Agradezco tu disponibilidad para ayudarnos a rastrear a Roth —dijo con su voz grave e imperiosa—. Supongo que no debe de ser fácil para ti. Aún hay tiempo para que cambies de opinión, si prefirieras...

—No —interrumpió Claire, moviendo la cabeza—. Quiero hacerlo. Ahora que sé tanto de él, necesito hacerlo.

Un severo asentimiento con la cabeza fue la única respuesta de Lucan mientras Gideon llamaba la atención de todos para repasar el mapa que había preparado para las mujeres. Claire escuchó las instrucciones que las llevarían al sur de Boston y hasta Connecticut, para luego explorar la zona cerca de la frontera del estado de Nueva York, donde sabía que Dragos había sido confrontado una vez por el compañero de Dylan, Río, pero había logrado escapar. Desde allí, la misión de reconocimiento cubriría todo el terreno posible durante las horas de luz, con la esperanza de que en algún lugar el lazo de sangre que unía a Claire con Roth detectara un camino sólido que la Orden podría seguir después de la puesta del sol.

—Os estoy dando a cada una un teléfono equipado con navegador GPS —decía Gideon, alejándose del mapa que había pegado sobre la pared para recoger de la mesa tres móviles. Los entregó a Claire, Dylan y Renata—. Mantenedlos encendidos y fijados a vuestros cuerpos en todo momento. Estaremos siguiendo desde aquí vuestros movimientos y vuestros avances, pero queremos contacto directo al menos cada hora. Si tenéis alguna noticia de Roth, llamad cuanto antes. Si veis o sentís algo raro durante la misión, llamáis. Si tenéis motivos para detener el vehículo, aunque sea para ir dos minutos al baño, llamáis. ¿Comprendido?

Las tres asintieron, aunque Renata lo hizo dirigiendo un gesto de exasperación a Claire y Dylan. Por debajo de la negra gabardina que le llegaba hasta las pantorrillas, la compañera de pelo negro como el ébano llevaba botas de trabajo, vaqueros oscuros y un jersey negro de cuello alto... lo suficientemente convincentes como ropa cotidiana siempre que no se observara con demasiada atención los bultos que



rodeaban sus esbeltas caderas. Un pequeño arsenal de navajas y pistolas estaban enfundadas y atadas a los cinturones de cuero que envolvían su cintura.

A esta colección impresionante de armas, Nikolai añadió otra más: una pistola de aspecto imponente y de cañón largo, casi del mismo tamaño que el brazo de Claire. La entregó a Renata y luego colocó un cargador de municiones en sus manos.

—¿Tus célebres balas de titanio y de punta hueca? —preguntó, dando las gracias con una amplia sonrisa como si le hubiese entregado un racimo de rosas de campeonato.

Al devolverle la sonrisa, Niko mostró los dos hoyuelos de sus mejillas.

—Nadie dirá que te quiero tanto como estas balas hechas a mi medida.

Renata le dio un beso y se rio, metiendo el cargador en su bolsillo y colgando cuidadosamente la correa de la pistola sobre su hombro.

—Innecesario, pero todo un detalle. Gracias, mi amor.

—Esas balas no solo sirven para matar a los vampiros —dijo Lucan—. Eliminarán a un secuaz con la misma eficacia. No dudéis en disparar si os parece necesario.

Renata asintió.

—Créeme, no hay motivos para preocuparte. —Miró hacia Claire y Dylan—. ¿Listas para ponernos en marcha? Vámonos.

Claire metió el móvil en el bolsillo de sus vaqueros, luego se unió a las otras dos mujeres mientras salían a través de la puerta corredera de cristal del laboratorio de tecnología. No podía dejar de examinar el pasillo, por si estuviera Andreas. Pero no estaba allí y tampoco iba a estar. No sabía si lo había ahuyentado o si ya lo había perdido antes de su inútil último encuentro.

Aunque no importaba.

No estaba allí.

No era suyo y posiblemente nunca lo sería.

Claire supuso que aquel momento era tan bueno como cualquier otro para acostumbrarse de nuevo a ese hecho.

**R**eichen llevaba casi toda la mañana merodeando por los pasillos del recinto, intentando en vano deshacerse de los espasmos y temblores que le retorcían el cuerpo. Caminaba descalzo por uno de los largos y sinuosos tramos de mármol blanco, pero tuvo que detenerse cada veinte pasos cuando las sacudidas y las arcadas llegaban a ser tan fuertes que no lo dejaban avanzar.

Tenía el pecho sudoroso y el aire fresco del recinto golpeaba su piel como un viento del Ártico. Sus vaqueros tenían la tela empapada y pesaban como plomo sobre sus piernas. Se estremeció y tuvo que recostarse contra la pared para mantenerse en pie mientras su cabeza empezaba a zumbar y otra oleada de náuseas lo atenazaba. Cuando volvió a abrir los ojos, su mirada de ámbar brillante ardía entre los entrecerrados párpados. Tenía el sabor de sangre en su lengua y se dio cuenta, bastante alarmado, de que sus colmillos estaban totalmente extendidos y que sus puntas afiladas pinchaban la carne de su labio inferior. Los dermoglifos pulsaban en todo su cuerpo, las marcas de la piel se ensombrecían con los colores de un hambre intensa.

—Mierda —bufó, y otra ráfaga de dolor sacudió sus entrañas. Cayó de rodillas sobre la dura piedra del suelo barnizado.

Retorciéndose del dolor y jadeando, cruzó los brazos sobre su vientre y contuvo el gemido que surgía desde el fondo de su garganta. Resonaba en sus oídos el ruido de su propia sangre correteando por sus venas y el latido casi lo volvía loco. Inclínó la cabeza para descansar su frente y su mejilla sobre la piedra fría hasta que pasara el ataque, e intentó concentrarse simplemente en su respiración, dentro y fuera, dentro y fuera...

Por Dios, su sed de sangre había vuelto, peor que nunca. Le había estado picoteando, como un cuervo sobre la carroña, durante casi toda la mañana, y era lo único que lo había mantenido lejos de Claire cuando ella y las otras dos compañeras de sangre partieron para empezar su misión diurna en busca de información para la Orden.

Afortunadamente para él, la mayoría de los guerreros y sus compañeras estaban ahora en el laboratorio de tecnología o en sus habitaciones... Sería el colmo que lo encontraran en ese lamentable estado.

Con una enorme fuerza de voluntad Reichen consiguió ponerse en pie y avanzar a tropezones por el pasillo. Tenía la suerte de estar cerca de la sala de armas. Se arrastró hacia ella y se derrumbó contra una de las paredes, aliviado de encontrarse solo en la oscuridad. Se quedó allí sobre el suelo, agotado y desdichado, y sintió la aspereza de su aliento entre sus dientes y sus colmillos.

Podía haber estado dormido durante unos pocos segundos o hasta una hora. No sabía cuánto tiempo había pasado antes de que el suave sonido de la puerta al abrirse lo despertara y las luces de la zona del tiro se encendieran a su alrededor. Los reflejos

reverberaban sobre las paredes de cristal y a través de la neblina de su visión pudo ver que Tegan estaba de pie cerca de la puerta, su mano sobre el interruptor de la luz.

El guerrero soltó una maldición y dijo algo sobre el *déjà vu*, pero el cerebro de Reichen estaba demasiado afligido para comprender su significado. Siguió sentado allí en su desdicha, advirtiéndole a Tegan con un gruñido de que se alejara. El guerrero se rio y avanzó hacia él. Sus penetrantes ojos verdes mostraron una fría comprensión por el sufrimiento de Reichen.

—Supongo que te sientes tan mal como refleja tu aspecto.

Reichen tragó saliva, pero su garganta estaba demasiado seca para las palabras. Levantó sus ojos hacia el vampiro de primera generación al que consideraba su amigo, pero el latido constante en su cabeza nublaba su visión. Sintió la mirada de Tegan leyendo su dolor en los colores ominosos de sus glifos.

—Esa sangre que ingeriste en la ciudad hace un par de noches debería de haber sido suficiente para que aguantaras mucho más —dijo, con una voz dura como el acero martillado. La mandíbula de Tegan estaba tensa, las fosas de su nariz abiertas mientras se agachaba delante de Reichen—. ¿Cuándo empezaste a sentir esta sed?

Logró encogerse brevemente de hombros.

—Todo el día... en realidad, nunca llegó a irse, incluso después de que me alimentara.

—Mierda. —Tegan pasó una mano a través de su pelo leonado—. Sabes lo que está pasando, ¿verdad?

Reichen respondió con un gruñido y sus párpados empezaron a pesar tanto que se le cerraban los ojos.

—Es por la piroquinesis —murmuró espesamente—. Los fuegos se calman... y luego se instala el hambre. Siempre sucede igual.

—Y cada vez que sucede, el hambre es peor —dijo Tegan, sin preguntarlo—. Mierda, Reichen. Puede ser que la piroquinesis lo desencadene, pero lo que estás sintiendo, compañero, son los primeros tufillos de la lujuria de sangre. Aún no te has caído al abismo, pero estás en el camino y estás avanzando muy rápido. Y tú sabes perfectamente lo que está pasando, ¿no es así?

Reichen intentó negarlo con un movimiento de la cabeza, pero Tegan no era ningún tonto. Cuando Reichen levantó los ojos para ver el rostro del guerrero, se encontró con una mirada de terrible comprensión. Mierda, veía a un vampiro que había experimentado esta misma sed cegadora. Un vampiro al que, según se podía juzgar por la gravedad de su mirada, aún le atormentaba el recuerdo de una adicción a la sangre aún mayor de la que Reichen tenía que combatir cada vez que experimentara su piroquinesis.

Quería preguntarle cómo la había combatido... cómo había vencido esa sed espantosa que podía convertir hasta a los miembros más fuertes de la estirpe en asesinos salvajes... pero en ese momento sintió un retortijón violento en sus entrañas. Rugió con los espasmos del dolor, contrayendo sus brazos y piernas en torno a su

cuerpo.

—Aguántalo con la respiración —ordenó Tegan—. Tienes que ser más fuerte que la sed. No permitas que se adueñe de ti.

Reichen le obedeció, dispuesto a seguir cualquier consejo capaz de aliviar el tormento. Tardó varios minutos en superar lo peor. Luego asintió débilmente, consolado por el fragmento de paz que seguía al dolor.

—Háblame de la piroquinesis —dijo Tegan cuando Reichen respiró con hondura y logró sentarse—. ¿Cómo has podido manejarla tan bien hasta ahora? Mierda, nos hemos conocido durante casi un par de siglos y no me había dado cuenta de tu habilidad.

—No estoy orgulloso de ella —murmuró Reichen, lo cual era una descripción totalmente insuficiente.

La expresión de Tegan era sobria, pero no lo estaba condenando.

—¿Tú crees que yo no he hecho cosas que lamento? Es difícil pasar un solo año de tu vida sin hacer daño involuntariamente a alguien. Si empezara a contarte todos los horrores que he hecho y que me gustaría deshacer... créeme, no habría tiempo suficiente. Así que cuéntamelo tú primero. Háblame de la piroquinesis.

Quizá fuera solo la manera de Tegan de distraerlo, de llevarlo a hablar en vez de estar a la espera de la siguiente ronda de tormento, pero fueran los que fuesen los motivos de Tegan, Reichen se encontró de repente explicando cómo había vivido casi toda su vida sin saber nada de la maldición oculta en sus entrañas. Contó a Tegan cómo descubrió por primera vez los fuegos a raíz de las traiciones de Roth hacía solo unos treinta años... y del horror que sintió al darse cuenta en esa primera y espantosa ocasión de lo que su calor piroquinético haría a cualquiera que cometiera el descuido de acercarse a él.

—Maté a una niña inocente, Tegan. En pocos segundos estaba tan completamente calcinada que no era capaz ni de reconocerla como un ser humano. —Volvió otra vez al sentimiento de asco... no de hambre de sangre, sino del profundo odio a sí mismo que nunca había amainado y seguramente nunca lo haría—. Después tomé la decisión de no dejar que mis poderes volvieran a surgir. E hice todo lo posible para que así fuera. Luego Roth mandó su escuadrón de la muerte a mi Refugio Oscuro y a partir de entonces no había manera de contener los fuegos. Lo destruyó todo y se llevó a todos los que eran importantes para mí.

—Casi todos —dijo Tegan, cuyos astutos ojos verdes lo miraban fijamente—. ¿Desde cuándo estás enamorado de Claire?

Reichen suspiró profundamente.

—Hace tanto tiempo que ya ni recuerdo cómo era no estar enamorado de ella.

—Has bebido de ella, ¿verdad?

Asintió. No tenía sentido negarlo.

—¿Y después de la piroquinesis? ¿Bebes de ella entonces?

—Sí —dijo Reichen, recordando esa primera ocasión en la que había hincado los

colmillos en su garganta, la noche en el despacho de Roth en Hamburgo. Era como si hubiese pasado una vida entera desde entonces—. Bebí de ella la noche después de que entrara en el Refugio Oscuro de Roth.

—¿Cómo te sentiste después de beber de Claire? ¿Cuánta sed tenías al tener su sangre en tu cuerpo?

Reichen reflexionó durante un momento.

—Estaba mejor, me parece. No tan fuerte.

No se había dado cuenta entonces, pero ahora estaba seguro de que el acto de beber de Claire había atenuado su necesidad de seguir hinchándose de sangre. Siempre deseaba a Claire, pero de una manera muy diferente de la urgencia después de la piroquinesis, que lo convertía en algo muy cercano a un animal.

Reichen asintió con la cabeza.

—Haría cualquier cosa por ella, Tegan. Hasta alejarme de ella, que es lo que hice hace mucho tiempo.

—¿Y ahora? —preguntó Tegan.

—Ahora...

Reichen frunció el ceño, pensando en la forma en que se habían separado. Le había pedido que solo estuviera con ella... que era lo que más quería en el mundo... pero en su corazón sabía que no podía dárselo. No cuando sus poderes habían llegado a un punto de casi lograr controlarlo. Habían llegado mucho más lejos de lo que él mismo quería reconocer, incluso ante sí mismo. Y además, estaba el hecho de que Wilhelm Roth y Dragos seguían vivos, seguían caminando libres y conspirando con sus planes malvados.

Los poderes de Reichen era terribles, pero tal vez fuesen un arma necesaria en esta guerra que se iba haciendo cada vez más dura. Quizá pudiesen llegar a servir para algo... para algo noble. Entonces él mismo serviría para algo, algo más que sus simples necesidades y sus deseos.

—Un fuego más y no sé si seré capaz de superarlo, Tegan. Cada vez que surgen mis poderes, se hacen más fuertes. Menos controlables. La sed de sangre que sigue es infernal, pero el fuego en sí significa la muerte para cualquiera que se acerque. Me da lo mismo lo que pueda pasarme a mí, pero Claire... —Hizo una pausa bruscamente, negándose a considerarlo—. Ella no se merece estar atrapada en mi infierno personal.

Las cejas leonadas de Tegan se levantaron en un arco.

—¿Crees realmente que no está ya atrapada? El simple hecho de alejarla de ti no significa que vaya a estar más segura sin ti.

—Ella vio mi muerte, Tegan.

—¿Cómo?

—La niña, Mira, le mostró una visión de mi muerte esta mañana. Claire me dijo que vio las llamas y el humo. Se vio a sí misma corriendo hacia el fuego, metiéndose en medio del calor, para intentar salvarme.

—Dios.

Reichen asintió con un gesto lúgubre.

—Como comprenderás, por supuesto, no puedo permitir que lo haga. No puede estar cerca de mí mientras el fuego me controle. Hacerle daño es lo único que sería incapaz de soportar. Quiero que esté a salvo de Roth, también. Me da lo mismo el tiempo que tarde en cazar a ese cabrón, pero lo voy a encontrar, y lo voy a ver muerto.

—Sí, en relación con eso —dijo Tegan—, es posible que tengas la oportunidad más temprano que tarde. En realidad esa es la razón por la que te estaba buscando. Recibimos un informe de Claire y las demás hace algunos minutos.

La sangre de Reichen se erizó con una alarma más fuerte que la sed que aún lo apuñalaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Claire está bien?

—Claire está perfectamente bien. No pasa nada, pero recibió una señal de la presencia de Roth un par de horas al sur de donde estamos. Se hacía cada vez más fuerte a medida que se adentraban en Connecticut, así que están siguiéndola con la esperanza de triangular su ubicación antes de la puesta del sol.

—¿Roth está en Connecticut ahora? ¿Dónde, exactamente? —Reichen respiró profundamente, con cada músculo de su cuerpo en tensión. Sintió cómo las llamas de su ira volvían a despertar. Reconoció la necesidad de contenerlas, pero su preocupación por Claire superaba cualquier pensamiento racional—. Maldita sea, ¡no quiero que se acerque a ese hijo de puta!

—Relájate —dijo Tegan con voz pausada, al percibir el calor que empezaba a crujir muy notablemente bajo la superficie de la piel de Reichen—. Claire no está expuesta a ningún peligro en esta operación, te lo prometo. Están simplemente preparando los mapas desde la carretera, y en unas cuantas horas más conducirán de vuelta a Boston con toda la información que encuentren.

Reichen controló el hervor y volvió a desplomarse contra la pared. Soltó una maldición y hundió la cabeza entre sus rodillas. Sentía a Claire en su sangre, y ese lazo de sangre le daba la confirmación que necesitaba: en efecto, se encontraba bien. Claire era la calma por debajo del torrente que rugía en sus venas, era agua fresca que aliviaba el seco calor del fuego que estaba esperando la oportunidad de devorarlo.

—¿Qué pasa si todo esto ha ido demasiado lejos, Tegan? —Hasta él mismo podía oír el tono inseguro y dubitativo de su voz—. ¿Qué pasa si después de todo lo que hemos hecho, después de todo lo que he intentado hacer para protegerla, no es suficiente? ¿Qué pasa si resulta ser cierta la visión que tuvo? Lo único de lo que no soy capaz de protegerla es de mí mismo. ¿Qué pasa si Claire se acerca demasiado algún día y el calor la destruye?

—¿Y qué pasa si te equivocas? —dijo Tegan—. ¿Qué pasa si ella es lo único que podría salvarte de ti mismo?

Reichen miró fijamente al endurecido guerrero de la primera generación que una vez mató a dieciséis vampiros renegados en una hazaña de legendaria y solitaria

eficacia. Tegan nunca había sido un individuo cálido, pero había en sus ojos ahora una mirada de tranquila sabiduría... un conocimiento compasivo que no tenía incluso cuando Reichen lo había visto la última vez, hacía casi un año en Berlín. El amor por su compañera de sangre, Elise, lo había transformado de algún modo, lo había hecho más fuerte pero al mismo tiempo había pulido algunas partes más ásperas de su carácter.

Pero Tegan y Elise habían tenido que superar obstáculos diferentes. La relación de Reichen con Claire se había complicado casi desde el comienzo. Y ahora todo se reducía a una imposibilidad tras otra.

—No puedo arriesgarlo —dijo Reichen—. No voy a arriesgarlo. Si tengo que morir, maldita sea, moriré solo.

Tegan exhaló ruidosamente y expuso sus dientes en una sonrisa que no era exactamente amistosa.

—El fuego de la gloria, ¿no es así?

—Algo así —respondió Reichen.

El guerrero se levantó de golpe y se quedó estudiándolo.

—Tú puedes pensar que si alejas a Claire ahora, la estarás manteniendo a salvo, pero al único al que estarás protegiendo es a ti mismo. Si tú mueres, sea por la piroquinesis o porque la lujuria de sangre te posea, eso va a matar a Claire, y tú lo sabes. Simplemente quieres asegurarte de no estar ahí para verlo.

Reichen no hizo el intento de negar la acusación. Tampoco Tegan le dio la oportunidad. Se alejó de donde Reichen estaba sentado y salió de la sala de armas, tocando el interruptor al salir y devolviendo el lugar a la oscuridad de antes.

Wilhelm Roth estaba hablando con Dragos por teléfono cuando sus venas se encendieron con la conciencia de su compañera de sangre de antes. Increíblemente, Claire parecía estar cerca. De hecho, por la manera en que su pulso empezaba a hervir a raíz del lazo de sangre, estaba casi seguro de que Claire se hallaba a no menos de treinta kilómetros de donde él se encontraba... y acercándose cada vez más.

¿Qué diablos estaba haciendo? Comprobó el reloj en el laboratorio de Dragos e hizo una mueca al ver que pasaba un poco de la una de la tarde. Plena luz del día.

¿Así que finalmente ella y Reichen no habían pedido ayuda a la Orden? ¿O por algún motivo los guerreros se negaron a admitirlos en su recinto?

A Roth no se le ocurría otro motivo para explicar qué estaría haciendo Claire a la mitad del día... y aparentemente sin la protección de Reichen o de los otros guerreros de Boston.

¿Realmente podría ser tan tonta como para ir a buscarlo por su propia cuenta?

Roth se habría reído a carcajadas de semejante idiotez si no fuese porque su objetivo más inmediato para Dragos dependía de que Claire condujera a la Orden directamente hasta sus manos. Si ella llegaba sola, le estaría jodiendo todo el plan.

—Te has puesto muy silencioso de repente, *Herr* Roth. ¿Algún problema? —preguntó Dragos. Su voz tuvo que competir con un ruido de fondo al otro lado de la

línea, un rugido metálico que no lograba enmascarar la furia que hervía justo debajo de la superficie de calma exterior del vampiro—. Me estabas diciendo que todo estaba en su lugar, como habíamos acordado.

—Sí, señor —respondió Roth—. Pero hay algo... extraño.

—¿Oh? —El tono de la voz era tan plácido como el filo de la guillotina a punto de hacer rodar una cabeza—. Cuéntame, por favor.

—Se trata de Claire. Siento que se está moviendo, señor. Creo que es posible que se esté acercando al lugar del laboratorio. Estoy seguro de que debe sentirme, de la misma manera que yo la siento a ella. Supongo que ha decidido venir a buscarme.

—¿Qué hora es? —preguntó Dragos, la pregunta interrumpida por un súbito bocinazo y una voz distante chillando incomprensiblemente sobre algún asunto del altavoz de un almacén.

—Es el comienzo de la tarde, señor. Poco más de la una.

Dragos emitió un gruñido y se quedó reflexionando durante un largo rato.

—Si tu encantadora compañera de sangre viene a buscarte, entonces vamos a ayudarla a que llegue. Prepara una descripción de la mujer para los secuaces encargados de la seguridad a nivel de tierra. Diles que quiero que salgan para encontrarla y traérmela aquí.

—¿Y el plan? —interrumpió Roth—. Pensé que la necesitábamos para atraer a la Orden.

—Sí —bufó Dragos—. Lo hará. Su dolor atraerá al macho que tiene lazos con ella, y él se asegurará de contar con la compañía de la Orden.

—¿Habrás que torturarla? —sugirió Roth, escindido entre su deleite por el dolor inminente de Claire y su conocimiento de que él lo compartiría, ya que el lazo de sangre lo haría absorber todos los tormentos a los que la sometieran.

Dragos se rio al otro lado de la línea.

—Te dejaré a ti los detalles de la forma de tratarla, *Herr* Roth. Ponte en contacto conmigo en cuanto sepas algo más.

—Sí, señor —respondió Roth.

Cerró el móvil y empezó a imaginar las múltiples, prolongadas y sádicas maneras en que haría chillar a Claire.



Claire se secó las manos en una toalla de papel marrón mientras salía del baño público de una pequeña gasolinera situada en un tramo rural de una carretera de dos carriles, en algún lugar cerca de la frontera noroeste de Connecticut. La tarde había llegado a su mitad y el sol ya comenzaba a caer hacia las cimas de los tupidos pinos y los robles sin hojas que cubrían esa región de cerros y bosques. Entrecerró los ojos para evitar los cegadores rayos color naranja y pensó que necesitarían unas cuantas horas más para culminar su búsqueda.

Estaban muy cerca ahora; lo sentía en la médula. Durante el último par de horas, ella, Renata y Dylan había rastreado el área donde el lazo de sangre que Claire ahora odiaba se sentía con mayor fuerza. Poco a poco estaban acordonando a Wilhelm Roth, kilómetro tras kilómetro, sistemáticamente reduciendo la cantidad de ubicaciones posibles donde la Orden iba a poder encontrarlo. Otras dos horas de rastreo del área serían suficientes, pensaba Claire, para que tuvieran situado el lugar dentro del radio de un kilómetro y medio.

Ojalá se pudiera extender un poco la tarde otoñal, reflexionaba con impaciencia mientras tiraba la toalla de papel en un cubo de basura y se dirigía otra vez al negro Range Rover de la Orden, que estaba aparcado al lado de los surtidores de gasolina. Renata llenaba el depósito para la vuelta a Boston, con una postura de cautela disimulada mientras se reclinaba contra el vehículo y observaba los indicadores digitales en la fachada del surtidor. Claire percibió que la mano derecha de la mujer estaba cruzada sobre su vientre y escondida bajo los pliegues de su oscura gabardina, seguramente sujetando la culata de una pistola o el mango de una de sus navajas. Era tan vigilante como cualquiera de los guerreros y, suponía Claire, igualmente mortífera si la situación exigiera una fuerza letal.

Claire saludó a Renata al acercarse, se subió al todoterreno y cerró suavemente la puerta a sus espaldas, intentando no despertar a Dylan, que se había quedado dormida en el asiento de atrás. Había sido un día largo, y parecía aún más largo porque ninguna de ellas había podido dormir antes de dejar el recinto esa mañana. Claire estaba agotada, pero se rebelaba contra la idea de abandonar la búsqueda sin tener una localización exacta sobre Roth. Alcanzó otra vez el mapa que habían usado, que estaba ahora destacado con zonas en amarillo, verde y naranja, para indicar las áreas donde con más claridad había sentido la presencia de Roth.

—¿Adónde diablos vas? —susurró entre dientes, dejando atrás el sonido de la campana de la gasolinera para fijarse en un coche que se detuvo en el surtidor de al lado. Intentó concentrarse en ese latido de oscura y visceral conciencia que martilleaba en su pulso, procurando olvidar el hecho de que Roth debía de estar sintiéndola de la misma manera.

¿Sabía él que estaba a punto de encontrarlo en ese mismo instante? Seguramente. El simple hecho de que el sol no se hubiera puesto todavía era el único consuelo que

tenía cuando pensaba en la ira que tendría que confrontar si volviera a caer en sus manos. La mataría, estaba segura de ello. Pero antes descargaría en ella toda su rabia y le haría desear la muerte.

Estremecida por esas reflexiones, Claire giró en su asiento para guardar el mapa.

Fue entonces cuando se fijó en los dos hombres que bajaban del coche de al lado. Eran hombres grandes, los dos vestidos de negro desde las chaquetas de cuero con cremallera hasta los pantalones de chándal metidos en sus botas de combate. Miraban hacia ella y un intenso frío se instaló en los huesos de Claire. Tenían ojos crueles y extrañamente vacíos.

Y no era la primera vez que había visto a esa pareja durante el día.

Claire los había visto un par de horas antes, cuando ella, Renata y Dylan se detuvieron para comer en un café de carretera de un pueblo vecino. Era difícil no advertir la manera en que los dos hombres la estudiaban ahora, luego intercambiaron una mirada sin hablar antes de que uno de ellos rodeara el coche para sacar algo del maletero.

Dio un salto cuando Renata abrió de repente la puerta del conductor.

—Nos están siguiendo.

—Lo sé —dijo Claire mientras Renata se sentaba, cerrando la puerta con la mano izquierda y girando la llave de contacto con la otra.

—Los vi antes. Nos estaban estudiando entonces, también. Algo les pasa... son sus ojos. Me está poniendo los pelos de punta.

—Es porque son secuaces —dijo Renata, con toda naturalidad, mientras arrancaba el todoterreno.

En el asiento de atrás, Dylan se sentó y respiró hondo.

—Mierda. Chicas, tenemos compañía.

—Sí, ya lo sabemos —contestó Renata, sin dejar de observar el espejo retrovisor—. Poneos los cinturones.

Dylan empezó a decir algo más, pero Renata pisó el acelerador y los neumáticos del todoterreno quemaron caucho sobre el asfalto. Salieron chillando de la gasolinera y se metieron en la sinuosa carretera de dos pistas.

Segundos más tarde, los secuaces estaban directamente detrás de ellas.

Claire se volvió para calcular la distancia.

—Se están acercando rápido. Dios mío, van a embestirnos...

El golpe súbito del impacto hizo saltar y zigzaguear al Rover. Con gran aplomo Renata mantuvo el volante bajo control, corrigiendo el vehículo cuando empezó a virar hacia la otra pista. Aceleró, ganando un poco de espacio antes de que el sedán volviera a alcanzarlas, intentando echarlas de la carretera.

—Hay una pequeña carretera de acceso más adelante a la derecha —dijo Dylan, gritando para que se le escuchara sobre el rugido del motor y el pulsante aire de urgencia que llenaba el coche—. Métete por allí, Renata. Está justo detrás de ese tocón de árbol. ¿Lo ves?

—Lo veo —dijo Renata—, pero no quiero arriesgarme a entrar por ahí y que quedemos atrapadas en medio del bosque. Espera. Creo que puedo ir más rápido que esos cabrones.

—No estaremos atrapados —insistió Dylan—. ¡Tienes que hacerlo ya!

Claire miró atrás a la compañera de sangre de pelo castaño y vio la certidumbre en su mirada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el fantasma de la compañera de sangre muerta que está sentada aquí a mi lado me está diciendo que es nuestra mejor oportunidad para sobrevivir.

Claire abrió los ojos de par en par.

—Ya me has convencido —dijo Renata y disminuyó la velocidad lo suficiente para poder salir de la carretera y entrar en el camino lleno de baches que Dylan había señalado.

—Sigue —dijo Dylan—. Sigue por este camino hasta que te diga que pares.

—Está bien. —Renata volvió a acelerar, levantando polvo y guijarros en la estela del Rover.

Detrás de ellas, los secuaces del sedán tuvieron que frenar bruscamente y patinar hacia el lado para no perder el acceso. Lo consiguieron, y el coche avanzó como una bala, sin perder contacto. A través de la nube de escombros que separaba los dos vehículos, Claire lograba divisar los dientes blancos y los ojos oscuros de tiburón de los dos hombres que eran esclavos mentales.

¿Eran secuaces de Roth o pertenecían a alguien aun más peligroso que él: Dragos? No quería saberlo. Solo esperaba que las habilidades de Renata como conductora y el talento de la compañera de sangre de Dylan fueran suficientes para salvarlas. Si no...

Si no, entonces este tramo de bosque lleno de maleza podría ser lo último que verían en sus vidas.

—¡Más rápido, Renata! —gritó Dylan—. ¡Sigue por ahí... lo más rápido posible!

El Range Rover se tambaleó y avanzó dando brincos, mientras las ramas arañaban sus costados y golpeaban el parabrisas y las ventanas como tentáculos afilados.

Y todavía venían los secuaces.

—¡Gira a la izquierda! —gritó Dylan—. Lo más rápido posible, Renata. ¡A la izquierda y frena!

Claire se aferró al salpicadero cuando el vehículo giró violentamente sobre sus ruedas delanteras. El trasero del todoterreno torció detrás de ellas en lo que parecía ser una curva en cámara lenta, con la elegancia de una bailarina. Claire miró por la ventana y vio con horror que estaban sobre el borde de un abismo. Dos metros más abajo había un río que caía torrencialmente sobre enormes rocas del tamaño de un pequeño coche.

Fue incapaz de contener un grito. Y se quedó petrificada al ver con asombro cómo el sedán de los secuaces seguía avanzando a toda velocidad en su dirección.

Embistió contra el parachoques trasero con un terrible estruendo de metal aplastado y siguió adelante, apartándolas del camino, dio una vuelta de campana y se hundió, capó primero, en el agua.

—¡Dios santo! —gritó Dylan—. ¡Funcionó! ¿Lo habéis visto?

Renata no parecía tener ganas de celebrar nada. El Range Rover seguía fuera de control hasta que lo detuvo de pronto el tronco de un pequeño árbol que terminó envuelto por el parachoques. Ante el impacto los *airbags* salieron disparados del salpicadero, emitiendo un extraño quejido y una nube de humo electrónico. Aturdida y golpeada, Claire tardó unos cuantos segundos antes de orientarse mientras los *airbags* lentamente se desinflaban.

Renata, entretanto, apartó las ramas que obstaculizaban su puerta y salió del vehículo. Sacó del maletero el arma feroz que Nikolai le había regalado y caminó rápidamente hasta el borde del río.

Claire y Dylan emergieron del Rover siniestrado y la siguieron, corriendo hasta alcanzarla justo en el momento en que la compañera de sangre apuntaba contra los secuaces, que estaban intentando salir de su coche antes de que la corriente los llevara río abajo. Renata disparó solo dos veces... y cada bala alcanzó su blanco con una precisión infalible.

Los secuaces, echando sangre de los grandes agujeros de sus cabezas, flotaron sin vida en la rápida corriente.

—¿Estamos todas bien? —preguntó, mirando a sus compañeras con una calma desconcertante.

—Perfectamente —contestó Claire, todavía asombrada por todo lo que acababa de ver, y sobre todo por la fría eficacia con la que Renata había matado a los dos asaltantes.

Mientras las mujeres se alejaban del borde del precipicio, Dylan se quedó inmóvil en el camino.

—¿Chicas? ¿Recordáis que teníamos la esperanza de que si encontráramos a Roth podríamos usarlo para tener información concreta sobre la ubicación de Dragos? —Miró hacia Claire y Renata—. Me parece que estamos cada vez más cerca.

—¿Es eso lo que te está diciendo ahora la compañera muerta? —preguntó Claire.

—Sí. —Dylan alzó lentamente una mano para señalar la zona emboscada que las rodeaba—. Ella, y unas veinte más como ella. Están saliendo de entre los árboles, una tras otra, y están de pie delante de nosotras.

Claire tragó saliva mientras miraba en vano el bosque vacío, al tiempo que los últimos rayos de luz lo cubrían todo con un oscuro brillo rojizo. No lograba ver lo que Dylan contaba, pero los finos pelos de su nuca empezaban a erizarse.

—Hay que llamar al recinto —dijo Renata.

—Sí —murmuró Dylan—. Buena idea. Porque tengo la sensación de que ahora mismo estamos de pie casi exactamente por encima de la guarida de Dragos.

**R**eichen había dormido durante casi todo el día, pero aun así se despertó perturbado por la necesidad de alimentarse. Después de su confrontación con Tegan, había logrado de alguna manera desplazarse de la sala de armas a la habitación temporal que tenía en el recinto, donde se dejó caer sobre la cabeza y entrar en un estado de inconsciencia total.

Ahora, duchado, vestido y por fin capaz de mantenerse de pie sin problemas, sentía el urgente deseo de salir de caza. Sabía lo suficiente de la lujuria de sangre para darse cuenta de que el hambre solo empeoraría si la nutría ahora, pero eso no sirvió para ralentizar su paso mientras avanzaba por el pasillo hacia los ascensores que lo llevarían al nivel de la calle y a la ciudad rebotante de seres humanos, justo al otro lado de las puertas del cuartel de la Orden. Se le hacía la boca agua al pensar en ello, y la hinchazón de sus colmillos le provocaba dolor en las encías.

Sobre la tierra debía de ser todavía la hora de la puesta del sol, pero a Reichen no le importaban unos pocos minutos de quemadura ultravioleta. Alcanzó los ascensores y empujó el botón de llamada.

Mientras esperaba, impaciente como un gato, oyó unos pesados pasos de botas que llegaban desde la otra dirección. Los guerreros Kade y Brock aparecieron por una curva en el corredor, los dos vestidos con el atuendo de combate y armados hasta los dientes. Tenían toda la pinta de estar en su salsa en la guerra.

—Hola —dijo Kade, levantando levemente su mandíbula cuadrada y saludando a Reichen como un lobo con sombríos ojos de azogue. Su erizado pelo de color ébano estaba cubierto por un negro gorro de lana, igual que el que llevaba Brock sobre su cabeza morena y rapada. Los dos grandes vampiros se detuvieron cuando Reichen se volvió para verlos de frente.

—¿Qué pasa? —preguntó a los guerreros, con la esperanza de que no estuvieran a punto de preguntarle lo mismo.

—Salimos en unos pocos minutos más para Connecticut, amigo —dijo Brock, su voz grave cargada con unas ganas tronantes de entrar en batalla—. Con un poco de suerte vamos a darle una buena paliza a Dragos antes de que la noche termine.

—¿Dragos? —dijo Reichen—. ¿Tenemos información sobre él?

—La mejor que hemos tenido hasta ahora —intervino Kade—. Gideon está recibiendo las coordenadas de Renata en estos mismos instantes.

—¿Cuándo volvieron las mujeres?

Brock hizo un gesto con la cabeza.

—No han vuelto. El Rover está destrozado, así que vamos a recogerlas ahora en cuanto lleguemos.

Un estruendo de alarma retorció el cuerpo de Reichen.

—¿Qué quieres decir? ¿El vehículo se averió?

—Chocó contra un árbol —dijo Kade—. Podría haber sido mucho peor, si los

secuaces que intentaban echarlas de la carretera las hubieran cogido. Están bien las tres y los esclavos mentales están muertos. Renata les dio una dosis letal de veneno de plomo.

—Dios mío. —La sangre de Reichen se helaba en sus venas.

Secuaces.

Un choque de coche y disparos.

«Claire...»

—¿Gideon está hablando con ellas por teléfono en este momento? —preguntó.

Kade asintió.

—¿Dónde?

—En el laboratorio de tecnología.

Reichen salió corriendo, sus pies y su corazón latiendo con la urgencia de oír la voz de Claire, saber de sus propios labios que estaba ilesa.

Gideon se hallaba dentro con la mayoría de la Orden, todos congregados e inspeccionando el mapa y las coordenadas colgadas sobre la pared del laboratorio. Tegan, Nikolai, Río, y el exasesino de la primera generación, Hunter, estaban todos vestidos igual que Kade y Brock, cargados de armas y con una resolución mortífera.

Reichen entró en la sala y avanzó directamente hasta Gideon, justo a tiempo para oír al guerrero terminar su conversación con Renata y desconectar el teléfono.

—Necesito hablar con Claire.

—No le pasa nada —dijo Gideon—. La situación está totalmente bajo control.

—Una mierda —rugió, casi temblando de ansiedad—. ¿Fueron atacadas por secuaces y ahora están tiradas allí? ¿Qué narices ha pasado?

—Sabíamos que la misión no carecía totalmente de riesgo —dijo Lucan con voz sobria. Cuando Reichen se dio la vuelta para mirarlo de frente, el líder de la Orden continuó—. Las mujeres también sabían los riesgos. Los aceptaron y los han manejado muy bien, en realidad.

Reichen se tranquilizó un poco.

—Dime qué pasó.

Gideon resumió brevemente los hechos relatados por Renata: la certeza de Claire de que estaban a pocos kilómetros de Roth; el doble encuentro con los secuaces que al parecer las seguían desde el comienzo de la tarde; la persecución a alta velocidad que terminó en un tramo de bosques sin urbanizar a unas tres horas de distancia; y la noticia asombrosa de que el don psíquico de Dylan no solo las había salvado, sino que también, aparentemente, las había llevado al lado de lo que debía de ser la guarida oculta de Dragos.

Por muy aturdido que estuviera al oír los extraordinarios acontecimientos del día, por muy aliviado que se sintiera al saber que ni Claire ni las otras dos mujeres estaban heridas, otra parte de su ser estaba llena de confusión... y de sentimientos de culpa.

Claire debía de haber sentido terror cuando ella y sus compañeras fueron atacadas

por los secuaces. Su adrenalina debía de haber latido con violencia por su cuerpo, pero el lazo de sangre que la unía a Reichen no le había comunicado nada.

—¿No lo supiste? —dijo Tegan, que parecía estar leyendo sus pensamientos.

Reichen negó con un brusco movimiento de cabeza. Había estado tumbado en la cama mientras Claire se encontraba en grave peligro. La conciencia de hasta qué punto podría haberle fallado lo hirió como una puñalada en el pecho.

Y ahora estaba allí a la intemperie, vulnerable, tan cerca de Roth que lo sentía, y posiblemente al alcance de Dragos, también.

Reichen sintió cómo todo el vello del cuerpo se le erizaba cuando lo pensaba. Sintió la primera oleada crujiente de calor nacer en sus entrañas cuando la Orden volvió a repasar la operación de la noche. Sumergiendo el fuego, con su mente enfocada exclusivamente en Claire, escuchó el plan de los guerreros de rastrear la zona emboscada señalada por las mujeres en el mapa, con la intención de descubrir lo que parecía ser la base de operaciones de Dragos. Por la información conseguida a través del lazo de sangre de Claire, estaban confiados en poder encontrar a Roth, pero el objetivo principal seguía siendo el de encontrar al propio Dragos, sacar a ese maldito cabrón de mierda de su escondite y entregarlo a la Orden.

Los guerreros empezaron a dispersarse. Los que ya estaban vestidos para el combate se dirigieron al corredor, mientras que Lucan, Dante y Gideon coordinarían la misión desde el recinto. Cuando Reichen empezó a seguir a Tegan y los demás en su camino al pasillo, Lucan lo detuvo con una mirada.

—Esta misión pertenece a la Orden, y no podemos correr el riesgo de tener un punto débil en la cadena. —Ante la mueca de disconformidad de Reichen, Lucan continuó su discurso—. Escucha, has sido un aliado genial hasta ahora, Reichen, pero Tegan me ha contado cosas... todo lo que estás sufriendo con la piroquinesis y sus secuelas. También he conocido la visión que la compañera de sangre de Roth tuvo en los ojos de Mira. No son cosas sin importancia, y en estos momentos no podemos correr ningún riesgo.

Reichen miró fijamente los ojos grises y agudos del guerrero de la primera generación.

—Tengo un lazo de sangre con ella, Lucan. La quiero. Si quieres excluirme de la operación, entonces vas a tener que matarme ahora mismo.

El silencio descendió sobre el laboratorio y el grupo de guerreros reunidos allí.

—He entregado a la Orden todo mi apoyo —dijo Reichen—. Ha tenido un alto coste para mí, pero estoy ocupándome de ello. Ahora te estoy pidiendo que me des una sola cosa: quiero a Roth muerto. Necesito a Roth muerto, y lo necesita la Orden también. Déjame encargarme de ese maldito cabrón, aunque sea lo último que haga.

—¿Y qué pasa si es realmente lo último que hagas? —insistió Lucan.

Reichen hizo un gesto inequívoco con la cabeza, sintiendo que la resolución se encendía en sus venas, aún más fuerte que lo peor de su piroquinesis.

—No tengo ninguna intención de perder esta batalla, Lucan. No tengo la

intención de perder a Claire, tampoco.

El vampiro de la primera generación lo observó durante un largo rato, sus ojos grises sopesándolo con un examen implacable.

—Muy bien —dijo por fin—. Vístete y vete corriendo. Que Dios te acompañe, Reichen. Tengo la sensación de que lo vas a necesitar.

El último rayo de sol se hundió por el oeste en el mismo momento en que Claire, Renata y Dylan dejaron atrás el Range Rover al borde del río y empezaron a caminar por el camino polvoriento hacia la carretera. Habían recogido todo lo importante del siniestrado todoterreno —mapas, apuntes, armas y municiones— y se iban a instalar cerca de la carretera como los guerreros habían instruido a Renata cuando los llamó hacía poco.

Mientras subían por el estrecho camino en la semioscuridad del anochecer, Claire no podía evitar mirar atrás una y otra vez y sobresaltarse con cada ruido inesperado que emergía del bosque cada vez más oscuro que tenían a ambos lados. El día ya había sido lo suficientemente angustiante, pero era el zumbido en sus venas —la certidumbre atroz de que Wilhelm Roth estaba cerca— lo que le tensaba la piel sobre todo su cuerpo, manteniendo los nervios de punta.

Volvía constantemente a su encuentro con Roth en el sueño, sintiéndose helada al recordar con cuánto entusiasmo había prometido hacer sufrir a Andreas y a ella. También recordaba, con toda nitidez, a las numerosas mujeres que estaban presas en las jaulas de Dragos... jaulas de una cárcel que podría encontrarse a muy poca distancia de donde ella y sus dos compañeras habían estado poco antes. Le asqueaba pensar en los horrores que debían de haber sufrido esas compañeras de sangre. Horrores que terminaron con la muerte para muchas de ellas, como había evidenciado el grupo de fantasmas que aparecieron ante Dylan en esos bosques lejanos.

Había que parar a Dragos. A Wilhelm Roth, también, y a todos los miembros de la estirpe que aprobarían los tormentos y el terror de los que ella había sido testigo a través de la mente inconsciente de Roth. Claire sabía que hombres como él tenían que ser eliminados de este mundo, pero eso no aliviaba el miedo que sentía por los que habían convertido en su misión de vida la destrucción de esa especie de maldad. No aliviaba su preocupación por Andreas ni la visión angustiada de fuego y muerte; había rezado para que esa visión jamás se hiciera realidad.

Mientras ella y sus compañeras buscaban un refugio para esperar a que los guerreros las recogieran, Claire no podía evitar pensar que la noche que había por delante podía ser solo el comienzo de una oscuridad futura todavía más grande.



**R**eichen iba sentado junto a Tegan en el asiento trasero de un Range Rover durante el trayecto, que parecía interminable, hasta un rincón del noroeste de Connecticut. Río iba al volante, y Nikolai, que llevaba una escopeta, se mantenía constantemente en contacto con Renata a través del móvil desde que los guerreros habían salido de Boston, hacía ya tres horas. Detrás de ellos iba otro todoterreno con el resto del equipo que los acompañaba en la misión: Kade, Brock y Hunter.

Hacía unos cuarenta y cinco minutos que se habían desviado de la carretera nacional y habían tomado un camino serpenteante por una ruta rural tras otra, siguiendo las coordenadas que les habían proporcionado las mujeres y la fuerza de los lazos de sangre que guiarían a Niko y a Río hacia sus compañeras incluso sin necesidad de mapas y sistemas GPS. Asimismo, los sentidos de Reichen lo empujaban hacia Claire cada vez con mayor intensidad a medida que se adentraban en la tortuosa extensión de asfalto de dos carriles iluminada por la luna.

—Acabamos de pasar la gasolinera familiar que mencionaste —dijo Niko a través del teléfono móvil cuando el establecimiento cerrado quedó tras ellos en la oscuridad—. Ahora estamos a punto de girar. Deberías estar viendo las luces del coche en cualquier momento. Te haré un parpadeo con ellas para que sepas que somos nosotros.

Delante del vehículo, la carretera se iluminó con mayor intensidad cuando Río hizo parpadear las luces largas un par de veces.

—Sí, te vemos —dijo Niko cuando una figura con ropa oscura salió del bosque haciendo una señal para que la localizaran.

Observando desde atrás de Nikolai, Reichen respiraba con dificultad mientras Río sacaba el coche de la carretera y se adentraba por el camino boscoso, de un solo carril, que conducía al lugar donde los esperaban las tres compañeras de sangre. Su mirada buscó directamente a Claire. Parecía tan vulnerable y fuera de lugar rodeada por la noche y el bosque oscuro, por no mencionar el hecho de que Wilhelm Roth no podía estar lejos del lugar donde ella se hallaba ahora mismo.

Pero Reichen apenas detectó en ella una señal de leve temor. El pulso de Claire sonaba fuerte y firme en su propio corazón, y su modo de andar era seguro cuando ella y sus dos compañeras se acercaron al vehículo.

Tan pronto como Río aparcó el todoterreno, él y Niko bajaron del coche para dar a sus compañeras largos abrazos de alivio. Reichen y Tegan también bajaron. Tegan caminó hacia atrás para recibir al segundo vehículo mientras este se detenía en el sendero de tierra. La conversación era un murmullo discreto, hablaban de táctica y estrategias y daban un repaso rápido a los planes establecidos para rastrear la zona donde Dylan había visto fantasmas de compañeras de sangre. De este modo esperaban poder lanzar un ataque de ofensiva sobre el posible escondite de Dragos.

Reichen, mientras tanto, no podía despegar los ojos de Claire. Se dejó arrastrar hacia ella, cruzándose de brazos aunque la urgencia de abrazarla era demasiado fuerte como para negarla. No estaba seguro de si ella agradecería su preocupación después de cómo habían quedado las cosas en el recinto.

—¿Estás bien? —preguntó, advirtiendo que ella también mantenía las manos quietas mientras él se acercaba—. Dios santo, Claire. He oído lo que ha ocurrido hoy. No tienes ni idea de lo preocupado que he estado...

Ella le dirigió una mirada indescifrable, fijándose en su traje negro de combate y las numerosas armas que le había suministrado la Orden y que llevaba en el cinturón alrededor de sus caderas. Luego lo miró a los ojos una vez más y asintió con la cabeza.

—Estoy bien —dijo de modo inexpresivo—. Gracias por preocuparte.

Dios, él odiaba aquella cordialidad forzada, al igual que odiaba el hecho de que la escasa distancia de un metro que ahora los separaba pareciera haberse convertido en un kilómetro. Claire le ofrecía aquella perfecta expresión de calma que en otra época le había ofrecido a Wilhelm Roth. Esa máscara agradable e impenetrable que Reichen había visto en las fotografías. Ahora lo miraba de ese modo a él. Lo dejaba fuera con ese mismo tipo de distancia cordial que antes reservaba para los extraños y las personas en las que no confiaba realmente.

Darse cuenta de eso le dolió profundamente, a pesar de que él se hubiera ganado su frialdad. Diablos, se había ganado más que eso en relación a Claire. Había trastocado todo su mundo, la había colocado en el punto de mira de una guerra letal y personal. Y aún era mucho peor el hecho de que hubiera regresado a su vida solo para arrastrarla al centro de su conflicto con Roth.

—Claire —dijo con suavidad, intentando que solo ella oyera sus palabras—. Hay tantas cosas de las que quiero disculparme...

—Por favor, no lo hagas. —Ella alzó la vista en la oscuridad y sacudió débilmente la cabeza. No había condena en su voz, ni dolor crudo. Solo una tranquila resignación—. ¿De verdad crees que estaba esperando que vinieras a disculparte? No, Andreas, ya no. Sobre todo no ahora. Cuando todo haya acabado esta noche, entonces podrás decirme lo que necesites.

A ella le preocupaba que él estuviera caminando hacia la muerte, y tal vez así era. Respiró profundamente, sorprendido, como siempre, por la fuerza que ella albergaba en su interior. La acarició por el más breve de los segundos, memorizando la textura aterciopelada de su cálida y melosa piel.

—Siempre te he amado, Claire. Lo sabes, ¿verdad?

Ella apretó los dedos tiernamente contra sus labios.

—No te atrevas a finjir que esto es un adiós —susurró con ferocidad—. Maldita sea, Andre, no te atrevas.

Reichen besó las suaves yemas de sus dedos, luego pasó su brazo alrededor de su pequeña cintura y la atrajo hacia él. El hambre lo abrasó, la sangre y el deseo se

inflamaron a la vez, necesidades gemelas centradas en la mujer que se acoplaba tan bien a su abrazo.

—Eres mía, Claire —gruñó él contra su boca mientras la besaba, larga y profundamente. A su alrededor, los guerreros se preparaban para dispersarse y comenzar la búsqueda en los alrededores del bosque. Reichen dio un paso para apartarse de Claire, sintiendo el espacio que los separaba como una repentina ráfaga de aire helado—. Ahora tengo que irme.

—Lo sé —dijo ella suavemente—. Pero volverás conmigo, ¿verdad? Esta vez prométeme que volverás conmigo, Andre.

Él lanzó una mirada rápida al bosque oscuro, con los sentidos alerta, consciente de la dura batalla que lo esperaba. Volvió a mirar a Claire y se empapó de su imagen. Su bella y extraordinaria Claire. Después de esa noche, quedaría libre de Roth. Reichen se aseguraría de eso. Después de esa noche, Claire estaría a salvo, no importaba lo que él tuviera que hacer para asegurarse de eso.

—Tengo que irme —dijo de nuevo.

La mirada de ella era suplicante, una cuchilla que a él se le clavaba en el pecho.

—Andre..., prométemelo.

—Cuídate, Claire. Te amo.

Acudió junto a Tegan y los demás guerreros y no volvió a mirar atrás.

Claire permaneció allí de pie durante un rato, contemplando en silencio el bosque que se había tragado a Andreas y a los otros guerreros. Había conservado su valor más tiempo del que se creía capaz, pero ahora que él se había marchado, sentía la columna menos sólida y las piernas un poco menos firmes. Se sobresaltó cuando una mano le tocó suavemente el hombro.

—Hey. —Era Dylan, con una expresión dulce y simpática—. Volvamos al coche, Claire. Dentro hace menos frío. Río y yo te haremos compañía hasta que todo haya acabado.

Ella se dejó conducir hasta el vehículo que los aguardaba, y advirtió que Renata también se había unido a los guerreros. En el interior del Range Rover, Río podía comunicarse con cada miembro de la misión, incluido Andreas. La conexión con él, aunque fuera electrónica, le dio un pequeño consuelo. Al menos podía oír su voz de vez en cuando, y así saber que todavía estaba con ella. Todavía vivo.

Se negó a considerar la cantidad de maneras terribles en que podía acabar aquello. En lugar de eso, se aferró a la calidez del abrazo de Andreas, su beso apasionado, sus palabras de amor.

Tenía que volver con ella.

Tenía que sobrevivir.

Mientras mantenía aquellos pensamientos cerca como un escudo, la voz profunda de Tegan llegó a través del receptor al tablero de mandos del coche.

—Joder, creo que hemos encontrado algo. —Se oyó un crujido de movimiento al fondo. El sonido de botas pisando cuidadosamente las hojas secas. El guerrero bajó la

voz hasta convertirla en un susurro—. Oh, demonios... tenemos algo. Un granero desvencijado aproximadamente a unos quinientos metros al noreste del Range Rover.

—Te copio —dijo Brock en voz baja—. Voy para allá.

Claire intercambió una mirada ansiosa con Dylan mientras los otros guerreros confirmaban que estaban rodeando la localización que Tegan había dado.

—Hay un par de secuaces fuera, armados con semiautomáticas —añadió Tegan—. Reichen y yo vamos hacia ellos. Todos los demás id a la retaguardia.

Unos pocos segundos más tarde, estallaron los disparos en la lejanía del bosque.

**W**ilhelm Roth se apartó del circuito oculto de cámaras del viejo granero después de que la Orden hubiera acribillado al puñado de secuaces que montaban guardia en la entrada a nivel del suelo del laboratorio. Los secuaces eran prescindibles, nada más que un aparente obstáculo. Después de todo, la Orden sospecharía si él y Dragos hubieran extendido una alfombra roja para recibirlos. Había que hacerles creer que tendrían que esforzarse un poco para conseguir su premio. Calmarlos con la creencia de que eran quienes tenían el control, cuando en realidad su llegada había sido anticipada, e incluso alentada.

Ahora que ya habían logrado entrar en la instalación subterránea, sería tan solo cuestión de minutos que el grupo de guerreros y Andreas Reichen encontraran su camino en el búnker de catacumbas hasta el corazón de los cuarteles de Dragos. Y en unos pocos minutos más advertirían que habían entrado en una trampa sin escapatoria.

Era solo cuestión de minutos que Roth pudiera disfrutar del placer de matarlos a todos de una sola vez.

Sonrió con genuina alegría mientras se volvía hacia la media docena de asesinos de primera generación que se hallaban reunidos con él en la habitación de control.

—Dos de vosotros, venid conmigo —dijo. Le tenía sin cuidado cuál de los asesinos expertos, cultivados por Dragos, le acompañara, ya que todos habían sido criados para tratar con la muerte—. El resto, id a vigilar la entrada. Aseguraos de que no entre ni salga nadie.

Mientras cuatro de ellos se movieron para obedecer la orden, Wilhelm Roth salió de la habitación de control a la espera de su momento de triunfo sobre Andreas Reichen y sus condenados compañeros.

Tegan y Nikolai fueron los primeros en bajar por el oscuro, frío y húmedo túnel que había sido excavado en las profundidades de la tierra y reforzado con cemento y soportes de acero. Pocos segundos después de su descenso, Niko volvió hacia arriba e hizo una seña a Brock, Kade y Reichen indicando que el camino estaba despejado. Hunter y Renata se quedaron vigilando fuera, cubriendo la salida.

En cuanto eliminaron a los guardias secuaces de la entrada, Reichen y los demás habían entrado en el viejo granero, que en realidad no era tan viejo como parecía. Desde fuera no se advertía ninguna señal del búnker oculto.

Al otro extremo del túnel en pendiente, fácilmente unos cincuenta metros por debajo, el búnker se extendía y se desplegaba tan ancho y largo como un gimnasio. Las luces fluorescentes bañaban el lugar con un pálido brillo blanco, iluminando las mesas y sillas tipo cafetería que habían sido amontonadas cuidadosamente contra la pared. Una puerta de bisagras con una ventana redonda a la altura de los ojos parecía abrirse a una especie de cocina y zona de servicio, vacía y claramente cerrada a pesar de que los olores de comida recién hecha todavía permanecían en el aire.

—Adivina quién viene a cenar —dijo Kade por lo bajo, arrastrando las sílabas. Brock frunció el ceño y asintió.

—Humanos.

—Secuaces —lo corrigió Tegan con un gruñido mientras olisqueaba con sorna—. Un buen lote, además. Dragos mantiene una plantilla extensa aquí abajo.

Nikolai gruñó.

—Sí, pero, ¿para qué?

—Vamos a averiguarlo —dijo Tegan, haciendo avanzar al grupo junto a él mientras atravesaba el espacio vacío hasta el pasillo que había al otro lado.

Avanzaron sigilosamente, atravesando múltiples espacios, puerta tras puerta, habitaciones vacías tipo dormitorio con catres gemelos, toallas compartidas y una notoria falta de objetos personales.

—Dios —susurró Kade—. ¿Cuántos secuaces necesita tener a su disposición este bastardo retorcido?

—Los suficientes para manejar muchos medios clínicos caros —dijo Reichen, deteniéndose frente a un par de puertas de acero que abrió para mirar atentamente en su interior.

Detrás de las puertas había un enorme laboratorio con armarios medio vacíos y cajones abiertos, espacios de trabajo desordenados, y un suelo pulido cubierto de trozos de equipos rotos. Parecía que había habido una evacuación rápida. Los guerreros entraron con cuidado, tomando nota de las pocas cosas que quedaban. Había algunos microscopios volcados y muestras resquebrajadas, y otros varios utensilios que parecían salidos del sueño de un químico.

—Mirad esto —llamó Kade desde un extremo del laboratorio. Señaló un tambor de acero inoxidable con tapa que parecía una especie de olla a presión gigante—. ¿Para qué demonios se supone que sirve esta cosa?

Reichen y Tegan caminaron hacia allí junto a Brok y Nikolai, y miraron dentro del enorme cilindro mientras Kade abría los cierres para levantar la tapa. El aparato ya no estaba enchufado, así que la temperatura del interior se había calentado considerablemente respecto al frío helado que mantenía cuando estaba en funcionamiento, y lo que fuera que contenía ya no estaba. Sin embargo, no había duda respecto al propósito de la máquina.

—Es un recipiente de criogenización —dijo Reichen.

Tegan asintió sombrío. Levantó la barbilla señalando otra habitación cercana, donde había un conjunto de cajas de plexiglás transparente —como las que uno podría esperar ver en el ala de maternidad de un hospital humano—, apiladas caprichosamente contra la pared.

—Incubadoras. Dios santo. Dragos tiene aquí abajo una maldita fábrica de reproducción.

—O la tenía —dijo Nikolai—. Es evidente que se marchó de forma apresurada.

—Tal vez sabía que íbamos a venir —sugirió Brock—. No puedo hablar por los

demás, pero empiezo a tener una mala vibración.

Kade lanzó a su amigo una mirada cómplice.

—A mí tampoco me gusta esto. Entrar ha sido demasiado fácil. Puede que sea algún tipo de trampa.

—Todas las ratas parecen haber abandonado este barco —añadió Nikolai—. Tal vez están en alguna parte. Dragos no dejaría una instalación como esta vulnerable ante un ataque a menos que fuera de manera deliberada. Me apuesto las pelotas a que todavía está aquí, y que conserva con él todo lo que hay de valor.

—Puede que Dragos se haya marchado —dijo Reichen—, pero Wilhelm Roth está aquí en alguna parte, y quiero encontrar a ese maldito cabrón. —La ira se despertó mientras despreciaba su propia inquietud para concentrarse en una meta más inmediata y crucial—. Regresad, si queréis. No me molestaré con nadie. Pero yo voy a seguir.

Los ojos verdes de Tegan brillaron peligrosamente.

—Hay demasiadas preguntas sin responder aquí abajo como para regresar antes de registrar cada centímetro de este agujero infernal. Estás loco si piensas que voy a dejarte esto a ti solo, Reichen.

Reichen sostuvo esa mirada verde y sintió un gran aprecio por el vínculo que formaba con aquel guerrero. Con todos los de la Orden, de hecho. El resto de los guerreros no vacilaron a la hora de mostrar su acuerdo con Tegan, y permanecieron junto a él y Reichen, adentrándose más profundamente en las instalaciones vacías.

Justo cuando parecía que las operaciones secretas de Dragos no podían esconder nada más perturbador, Reichen advirtió una larga hilera de celdas, como las que Claire había descrito después de introducirse en el sueño de Roth. Excepto que ninguna de ellas contenía compañeras de sangre, hecho que procuraba poco consuelo cuando era obvio, por el estado de las celdas, que habían sido evacuadas recientemente.

—Maldita sea —murmuró Niko mientras el grupo avanzaba por la zona para verlas de cerca—. Aquí debe de haber cincuenta jaulas. Si estaban ocupadas por mujeres prisioneras, ¿qué habrá hecho Dragos con ellas?

—Trasladarlas, sin duda —dijo Tegan—. Posiblemente al mismo lugar donde haya reubicado a sus trabajadores y su equipo, aunque puede que haya tenido que separar sus recursos al verse obligado a abandonar el lugar apresuradamente.

—Este tipo es un jodido enfermo —señaló Brock mientras miraba con atención dentro de una de las células y se pasaba la mano por la cabeza.

—Todavía no has visto nada. —Kade había avanzado hasta una pesada puerta con cerrojo que ahora se hallaba sospechosamente abierta. Entró en la habitación y dejó escapar un silbido grave desde el otro lado—. ¡Qué demonios... joder!

Reichen y los demás entraron tras él. Un conmovido y prolongado silencio se instaló entre los machos de la estirpe, desde el más joven del grupo hasta el de la primera generación, de varios siglos. Un vampiro al que Reichen jamás había visto

quedarse sin palabras.

Al otro lado de esa puerta había una ancha plataforma que se elevaba ligeramente del suelo. Y sobre esa plataforma había una gran silla giratoria equipada con unas pesadas cadenas. Todo estaba construido para un individuo de una inmensa fuerza y tamaño. Las abrazaderas de los tobillos tenían el diámetro del muslo de una mujer. Los grilletes eran para poderosas muñecas que debían de pertenecer a manos capaces de agrietar un cráneo humano como si fuera del tamaño de una nuez.

—Aquí es donde tenían al Antiguo —dijo Tegan, que fue el primero en lograr articular una palabra—. Dios bendito. Han tenido al Antiguo bajo control todo este tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Nikolai. Luego miró a sus pies y dejó escapar una maldición—. Barrotes de luz ultravioleta. Mira el suelo. Y en el techo también. El perímetro entero de la plataforma está rodeado por un despliegue de rayos UVA. Cuando se activan, los barrotes de rayos UVA retienen dentro al Antiguo con más eficacia que el más fuerte de los metales.

Las palabras no habían acabado de salir de la boca de Niko cuando un extraño y repentino zumbido desgarró el aire a su alrededor. Un intensa luz estalló en todas direcciones, tan brillante y caliente que Reichen y los demás no tuvieron más remedio que cubrirse los ojos con los antebrazos. Reichen olió el matiz acre de la piel quemada. Al principio, temió que su poder se hubiera despertado. Luego se dio cuenta de que se trataba de algo mucho peor.

Reichen entrecerró los ojos tratando de ver más allá del desgarrador chorro de luz, hacia una zona de observación protegida por un cristal que estaba encima de la celda del Antiguo y que no había advertido hasta aquel momento.

Dentro de esa zona de observación estaba Wilhelm Roth, sonriendo con petulante satisfacción mientras Reichen, Tegan y el resto de los guerreros se hallaban acorralados por las letales barras verticales de rayos ultravioletas que los rodeaban por todas partes. Roth hizo un gesto hacia un par de enormes machos, vestidos de negro, con mirada dura y armados con pistolas automáticas. Ambos llevaban gruesos collarines negros de polímero alrededor del cuello, tenían la cabeza rapada y en la zona descubierta de la garganta se veían glifos de la primera generación. Cada centímetro de sus imponentes músculos ardía con un propósito letal. Los dos asesinos salieron por ambos lados de la zona de observación y cada uno aterrizó en un tramo de escaleras gemelas.

Apuntaron sus armas hacia Reichen y los demás, atrapados en el interior de la jaula de rayos UVA. Luego, abrieron fuego.



**E**l corazón de Claire golpeó contra su esternón ante el repentino sonido de balas que irrumpió desde el aparato del tablero de mandos del coche. Había estado siguiendo con tensión los progresos del equipo en el interior de la guarida de Dragos, junto a Dylan y Río, y sentía el miedo retorcerse en su estómago como una serpiente cada vez que Andreas y los otros se adentraban un paso más en aquel horrible lugar.

Ahora el miedo le estalló en la garganta, haciéndole gritar al oír los sonidos de balas, chillidos y el caos que llegó hasta el vehículo.

—¡Oh, Dios mío! —gritó, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas—. ¡Oh, Dios mío, no!

Arremetió frenéticamente contra el mango de la puerta del asiento trasero, pero Río se dio la vuelta hacia ella y le puso la mano en el hombro para mantenerla en su sitio.

—Quédate quieta, Claire. No puedes hacer nada para ayudarles —dijo, con su acento español y sus graves ojos oscuros. Soltó una blasfemia al oír más disparos a través del receptor.

Y de pronto, otro desastre, esta vez al nivel del suelo cerca de la entrada del granero, donde Renata y Hunter estaban vigilando.

La voz de Renata, susurrante, se oyó dentro del vehículo.

—Ah, mierda. Tenemos compañía. Hay cuatro guardias a la vista fuera del granero... joder, creo que son de la primera generación...

*¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!*

Se oyeron más balas. El barullo interrumpió a Renata haciendo un eco atronador a través del bosque.

—Oh, Dios —susurró Dylan junto al asiento de su compañero en la parte delantera del todoterreno mientras la Orden era atacada dentro de la guarida de Dragos y también en el exterior al nivel del suelo—. Río, ¿qué debemos hacer?

—Quedaos aquí las dos —ordenó sombrío, al tiempo que sacaba una pistola de la funda de su cinturón y la cargaba. Abrió la puerta del conductor y salió del vehículo—. Quedaos en el coche y largaos si las cosas empeoran y tenéis que hacerlo. Voy a ir.

Los asesinos de primera generación arrojaron una lluvia de balas contra Reichen y los guerreros atrapados en la jaula de rayos UVA. Devolver los disparos no era sencillo. Los barrotes de luz eran cegadores y quemaban, y dejaban poco lugar para esquivar las balas mientras los guerreros trataban de responder disparando sus propias armas.

Desde su lado, Reichen vio a Tegan quitarse una bala del hombro. Otra rozó a Nikolai en la pierna, haciéndolo tambalearse un segundo antes de poder cargar otra pistola y disparar varias balas con el arma semiautomática. Y allí encima, a resguardo

detrás del plexiglás a prueba de balas que le servía de escudo, Wilhelm Roth los observaba, todavía regodeándose. Sonriente, como si aquello fuera un mero entretenimiento y él ya hubiera ganado esa guerra.

La furia de Reichen se agitó y comenzó a bullir rápidamente.

El fuego ya se estaba encendiendo en su interior, sentía el calor vivo tensándose a través de su piel, al tiempo que observaba con indiferente aceptación cómo las balas que deberían hundirse en su cuerpo caían al suelo en el instante en que topaban con el campo de energía psíquica que lo envolvía.

—¡Poneos detrás de mí! —le gritó a Tegan y a los demás, abriendo los brazos para crear un campo de protección todavía más amplio—. No demasiado cerca —advirtió—. El calor detiene las balas, pero también mata.

Los guerreros se situaron tras él a una distancia prudente y usaron el cuerpo de Reichen como escudo mientras continuaban luchando contra sus atacantes, que tenían la ventaja de poder moverse sin restricciones y parecían poder disparar de forma interminable.

La visión de Reichen comenzó a nublarse. Su poder aumentaba ahora más rápido, ardiendo con más fuerza que nunca cada vez que lanzaba una mirada a Roth. Dejó que su rabia se expandiera, alentando las llamas para que crecieran aún más en su interior. Reunió cada chispa de fuego bajo sus órdenes, dejando que estas se agolparan en su estómago, dejando que estas se fortalecieran hasta alcanzar un punto más allá del dolor, más allá incluso de la cordura.

Lo poco que quedaba de su destrozado instinto le advertía de que estaba avanzando hacia el desastre, pero dejó la razón a un lado y echó aún más carbón para avivar las llamas. Saboreó la necesidad de venganza, de una justicia sangrienta, como si fuera un potente licor dentro de su boca.

—Wilhelm Roth —bramó oscuramente, haciendo acopio de todo su odio y su energía ardiente para arrojarlo sobre el hombre que le había arrebatado tanto, incluso antes de la matanza que perpetró contra los suyos en su Refugio Oscuro—. ¡Esta noche morirás, Roth!

Concentrando su talento, Reichen cerró la mano en un puño y dio un golpe contra los barrotes de luz ultravioleta de la celda. No se quemó, no sintió más calor que el que ya circulaba a través de él. Alzó la vista y halló satisfacción al ver que Roth estaba boquiabierto y con una expresión de desconcierto escrita en su rostro. Sonriendo ahora con una sonrisa llena de odio, Reichen salió de la jaula del Antiguo con un rugido que era una mezcla de triunfo y de rabia asesina.

Los dos asesinos de la primera generación le dispararon con sus armas inútiles. Reichen los miró, haciendo salir las ondas de su cuerpo con intensidad nuclear. Convocó el poder para hacerlo llegar hacia sus puños alzados y luego lo soltó contra aquellos dos. Dos bolas de fuego gemelas salieron de sus palmas. Las orbes ardientes alcanzaron su blanco al instante, incinerando a los vampiros tras el impacto, reduciendo sus cuerpos y sus armas a un chaparrón de cenizas esparcidas a la deriva y

trozos de metal derretidos que se deslizaban por las escaleras.

—¡Dios bendito! —Alardeó uno de los guerreros detrás de él, pero Reichen no tuvo tiempo de recrearse en la pequeña victoria.

Ahora Roth lo miraba con los ojos abiertos de pánico y se apartaba de la ventana, como preparándose para salir huyendo.

Reichen se puso en cuclillas y luego dio un gran salto en el aire. Con un movimiento fluido, envuelto en fuego, se elevó del suelo despegando hacia la amplia plancha de plexiglás que los separaba de su presa. Fijó los ojos en Roth, curvando sus labios y asomando sus dientes y colmillos mientras golpeaba contra la superficie transparente y esta se deshacía en un millón de pedazos derretidos.

Wilhelm Roth se quedó boquiabierto al ver el pilar de fuego infernal que había transformado a Andreas Reichen en algo demasiado increíble para poder ser nombrado. Tenía entendido que el único talento que poseía por nacimiento era la piroquinesis, pero aquello... aquello era totalmente inesperado.

Había algo imponente en ese poder. Y Roth no podía dejar de mirar fijamente, mudo e inmóvil por el asombro y el miedo, mientras Reichen avanzaba hacia él. El suelo de cemento se quemó hasta quedar negro bajo las botas de Reichen. Las luces fluorescentes que había en el techo explotaron desprendiendo humo cuando pasó por debajo de ellas, avanzando lentamente a través de la sala de observación. Roth se echó hacia atrás, sintiendo que su pelo y su piel se quemaban por la intensidad del calor que emanaba de Reichen.

—¿Crees que vas a conseguir algo matándome? —preguntó Roth a aquella figura incandescente que avanzaba hacia él con la evidente intención de matarlo—. Ya has visto este lugar, Reichen. Puedes imaginarte para qué se ha usado durante todos estos años. Dragos ha criado aquí su propio ejército. Ha hecho mucho más que eso, y nada puede detenerlo ahora. ¿De verdad crees que mi muerte cambiará en algo el estado de las cosas?

—Cambiará algo para Claire —fue la respuesta profunda y deformada por el fuego—. Cambiará algo para mí.

Roth continuó retrocediendo, hasta golpearse la espalda con los indicadores y botones del panel de control de la jaula de rayos UVA que había detrás de él.

—Déjame marchar y tal vez tus amigos puedan salir con vida de esa jaula.

—Ya no puedes hacer daño a nadie. Ya no más.

La mirada de Reichen iba de un lado a otro del panel de control. Los circuitos chisporroteaban, disparando chispas y humo de los aparatos eléctricos. Roth tenía que esquivar las pequeñas explosiones, la lluvia radioactiva de la calcinante mirada de Reichen lo hizo encogerse de miedo en una esquina de la habitación. Roth gruñó, furioso por haber sido obligado a arrodillarse, especialmente por ese hombre, cuya muerte había ansiado y buscado durante tanto tiempo.

Mientras Reichen se acercaba, con las ganas de matar ardiendo en cada poro de su cuerpo, Roth hizo un salto repentino hasta uno de los indicadores del panel de

control. Entendía que no podría vencer esa lucha, pero no estaba dispuesto a aceptar ser el único derrotado.

Con un gruñido de determinación, Roth aplastó su puño contra el interruptor de alarma que activaba el sistema de detonación de emergencia del laboratorio. Las sirenas comenzaron a sonar inmediatamente. Las alarmas se dispararon en todas direcciones, señalando el principio de una cuenta atrás irreversible.

Roth se rio.

—Dios mío. Casi merece la pena... saber que voy a morir junto a ti y unos cuantos de la Orden. Ver esa expresión en tu rostro... tu derrota es evidente, Reichen. También el horror y la indignación, y el dolor emocional desgarrador... todo puede verse en tus ojos. —Suspiró con deliberado dramatismo—. Solo desearía que Claire también estuviera con nosotros cuando este condenado lugar vuele en pedazos dentro de cinco... cuatro minutos y cuarenta y nueve segundos.

Claire quería que todo fuera un sueño. Una terrible pesadilla de la que simplemente pudiera despertarse para que todo volviera a la normalidad. Quería regresar tres noches atrás, cuando ella y Andreas estaban solos en la casa de Newport, haciendo el amor, caminando por el embarcadero, abrazados bajo la luz de la luna.

Pero el sonido de la voz cruel y animada de Wilhelm Roth... darse cuenta de lo que acababa de hacerle a Andreas y a los guerreros que estaban dentro de la guarida abandonada con él... a las mujeres que quedarían viudas en cuestión de minutos... era como un veneno en el alma de Claire.

—No puedo quedarme aquí ni un segundo más —murmuró, encontrándose con la mirada lívida de Dylan.

—No podemos salir, Claire. ¿No has oído los disparos junto a la entrada?

Claire los había oído. Río había ido allí hacía apenas unos minutos. Él, Renata y Hunter estaban todavía luchando con los asesinos de la primera generación que se habían encontrado al nivel del suelo. Era peligroso estar fuera del vehículo; Claire lo sabía. Pero mientras miraba ansiosa a través del parabrisas teñido hacia el bosque que las rodeaba, sintió un tipo de miedo más profundo.

—Oh, Dios mío... no. Esta no puede ser la visión de Mira.

Abrió la puerta y salió del coche, advirtiendo que la premonición que había visto en los ojos de la niña estaba a punto de cumplirse. Justo ahí, en los próximos espantosos cinco minutos.

Dylan salió del vehículo y se acercó a ella para cogerla por los brazos.

—Claire, por favor, vuelve adentro. No puedes...

—Este es el mismo bosque que vi en los ojos de Mira —gritó, enferma por aquella certeza. El mismo lugar donde había sentido la angustia de perder a Andreas en esa pila de humo, escombros y cenizas—. La explosión, Dylan. Eso es exactamente lo que Mira me mostró. Realmente va a ocurrir. ¡Oh, Dios mío... no!

Claire se soltó con fuerza de la otra compañera de sangre y corrió hacia la oscuridad del bosque, con el corazón roto, a punto de estallarle en el pecho, y el nombre de Andreas como una desesperada oración en los labios.

Cada célula del cuerpo de Reichen clamaba por desatar todo el poder de su furia contra Wilhelm Roth. Sería cuestión de un instante reducir al bastardo a un puñado de cenizas que pisotear con sus botas.

Pero incinerar a Roth con un único estallido de furia era demasiado piadoso. Un malvado como él merecía sufrir, especialmente después de la cobardía que había demostrado al activar los explosivos para que ninguno de los guerreros atrapados en la jaula de rayos UVA tuviera la menor esperanza de escapar. Sus amigos no tenían por qué haber muerto por culpa del rencor que existía entre él y Roth.

Fue aquel pensamiento, más que ningún otro, el que le otorgó a Reichen la habilidad para ignorar su odio hacia Roth y arrojar, en cambio, su ira contra el panel de control que ocupaba toda la pared posterior de la sala de observación. Lanzó un relámpago de llamas tras otro contra los indicadores y aparatos de supervisión, hasta que finalmente sonó un fuerte estallido y el espacio entero quedó a oscuras.

No vio moverse a Roth hasta que ese maldito cabrón había conseguido arrastrarse a través de la puerta. Reichen se volvió hacia el lado donde antes estaba el cristal y miró hacia los guerreros, que salían de la jaula que había quedado desactivada.

—¡Reichen! —Era la voz profunda de Tegan la que lo llamaba, aunque la visión de Reichen estaba inundada de ámbar y tensa con el calor que se hacía aún más ardiente en su interior—. ¡Reichen, vamos! Deja a ese maldito cabrón. Está muerto si se queda aquí dentro.

Era cierto, pensó Reichen. Pero por lo que ahora sentía en su cuerpo, por la forma en que la lava hervía en sus venas y la única obsesión que gobernaba su mente, la destrucción, se dio cuenta de que el momento que durante tanto tiempo había temido finalmente había llegado.

Había ido demasiado lejos. El fuego ardía intensamente en su interior, ya fuera de su control.

—¡Reichen, maldita sea! —gritó Tegan, vacilando mientras el resto de los guerreros se apresuraban en evacuar el lugar—. ¡Olvídate de Roth y saca el culo de este sitio antes de que vuele en pedazos!

—Cuida de ella por mí —consiguió decir, sintiendo la garganta seca e incendiada, y un rasponazo con cada sílaba—. Llévala a un lugar seguro... hazlo por mí, Tegan.

No esperó a oír el duro insulto que salió desde la habitación de abajo. Reichen salió tras Wilhelm Roth, confiando en que su amigo guerrero cumpliría con su petición. Si podía estar seguro de que Claire estaría a salvo, no necesitaba preocuparse de nada más.

Nada más que de asegurarse de que Wilhelm Roth estuviera muerto.

Avanzó a través del pasillo por el que había huido Roth, oyendo el ruido del metal al doblarse, los refuerzos de acero y cemento del búnker subterráneo protestando ante su presencia. Las carretillas para transportar instrumentos, vacías, se caían cuando pasaba junto a ellas, los ventanales de cristal en las puertas y oficinas se quebraban en pedazos por la intensidad de las llamas blancas que se anillaban en torno a sus extremidades y a su torso como un capullo de energía vivo e impenetrable.

—¡Wilhelm Roth! —rugió, llamando al vampiro que se hallaba a pocos metros de él.

Roth había huido como la chusma que era, pero ahora iba más lento, y finalmente se detuvo. Sin duda advirtió la inutilidad de intentar escapar de la muerte que lo perseguía, fuera o no de la mano de Reichen, cuando él había accionado ese detonador tres minutos atrás.

Roth se volvió lentamente para mirarlo a la cara.

—Me sorprendes, Reichen. Creía que tu amor por mi compañera infiel era más fuerte que tu odio por mí.

Reichen gruñó. No estaba dispuesto a discutir sobre Claire o sobre lo que sentía por ella con aquella basura. Roth tenía que saberlo, puesto que en menos de tres minutos se produciría la detonación y ninguno de ellos lograría salir de aquel búnker antes de que volara en pedazos.

Reichen avanzó, empleando toda su concentración para no calcinar a Roth en aquel mismo sitio. Quería emplear bien los dos minutos que le quedaban de vida, y no se le ocurría mejor propósito que matar a Roth segundo a segundo, haciendo arder su existencia centímetro a centímetro. A medida que él se acercaba, Roth no tenía más remedio que retroceder, ya muy cerca del extremo del corredor.

Vio cómo la piel de Roth comenzaba a enrojecerse. Se acercó, haciéndolo retroceder más aún. Gotas de sudor brotaron de la frente y el labio superior de Roth, pronto su cara entera y su cuello brillaron de humedad. Y Reichen seguía avanzando. Roth silbó cuando su piel expuesta comenzó a ampollarse y arder. Un hedor salió de su pelo rubio, que también empezó a chamuscarse bajo el efecto del despiadado talento de Reichen.

Roth gritó cuando sus ropas comenzaron a desprender humo.

—Sigue adelante y acaba —exclamó jadeando por la agonía y, sin embargo, todavía capaz de separar los labios quemados para esbozar una sonrisa sádica—. ¿Lo has olvidado? Mi lazo de sangre con Claire... mientras yo viva ella sentirá mi dolor. Tortúrame, y la estarás torturando también a ella.

Claire gritó y cayó al suelo de rodillas. Al levantar la cabeza en la oscuridad vio a Renata, a Hunter y a Río encargándose del último vampiro de primera generación junto al viejo granero. A través de las negras fauces de la entrada, vio también a Kade, Nikolai y luego a Brock y a Tegan, que salían de las profundidades de la guarida de Dragos. ¿Qué pasaba con Andreas? Iba a preguntárselo a los guerreros, pero el dolor lacerante la sacudió tan violentamente que se quedó sin aliento.

La hizo venirse abajo rápidamente, el calor circulaba a través de su cuerpo como si estuviera en el corazón del horno del mismísimo diablo. O más bien, como si Wilhelm Roth estuviera de pie en el infierno. Era su agonía la que la sacudía, era su dolor el que hacía eco en su sangre.

«Andre».

Él era la fuente del dolor de Roth. Lo cual significaba que seguía aún con vida. Todavía respiraba en algún lugar de aquel búnker subterráneo, así que todavía tenía una oportunidad de salir de allí antes de que sucediera lo peor. Todavía tenía una oportunidad de regresar con ella.

Claire se arrastró para ponerse en pie, logrando mantenerse a flote por la esperanza.

Luchó contra el dolor del lazo psíquico que mantenía con Roth y comenzó a correr de nuevo. Si Tegan y el resto de los guerreros acababan de salir, estaba segura

de que Andreas no podía hallarse lejos de ellos.



**R**eichen se quedó totalmente pasmado al darse cuenta de que al dar rienda suelta a su odio sobre Roth estaba dañando a Claire. Al igual que el pesado sueño inducido por la sed de sangre había apagado su propio lazo con ella aquella mañana, su fuerza piroquinética había arrasado prácticamente todos sus sentidos. Lo había despojado de casi todo salvo de su furia, y del fuego que ardía en su interior.

—¿Por qué lo hiciste? —exigió Reichen violentamente—. ¿Por qué necesitabas tener a Claire?

La sonrisa de Roth se tensó detrás de la piel agrietada de sus labios quemados.

—Porque tú la deseabas. Y porque ella no era capaz de ver que yo era un hombre mucho mejor. Tú no eras nada en comparación conmigo. Nunca lo fuiste. Yo incluso me quité de encima el único obstáculo que me impedía perseguir a Claire de manera seria...

—La mujer que habías tomado como compañera —gruñó Reichen.

—La mujer que tú te atreviste a mimar en una ocasión en que yo la había puesto en su sitio.

Roth miraba fijamente a Reichen como si debiera recordar el suceso del que hablaba. Reichen pensó en su pasado con Roth... y de pronto recordó a una tímida compañera de sangre sentada en un balcón empapado por la lluvia durante una fiesta en un Refugio Oscuro.

—La llevé adentro y le di mi chaqueta —dijo él, recordando su rostro afligido cuando tuvo con ella esa pequeña amabilidad—. Estaba helada y llorando, así que la envié a su casa con mi chófer.

—Me humillaste delante de mis iguales. Y aún peor, delante de mis subordinados. Ilsa y tú, ambos me humillasteis aquella noche.

—¿Por eso la mataste? —rugió Reichen, incrédulo.

—Fue atacada por un renegado —dijo Roth con ligereza. Se encogió de hombros—. Nadie me cuestionó acerca del incidente, ya que fueron mis socios más cercanos quienes elaboraron el informe.

—Por puro rencor, mataste a una mujer inocente que confiaba en ti por encima de todos los demás. Y luego tomaste a Claire como compañera de sangre para vengarte de mí.

—Hice más que eso —dijo Roth con desdén—. Lo dispuse todo para deshacerme también de ti. Desapareciste durante un año sin dar ni una palabra de excusa. Todo el mundo se preguntaba si estabas muerto. Y, sin embargo, Claire todavía te quería.

Prácticamente escupió la palabra.

Celos y soberbia, pensó Reichen, enfermo al ver que algo tan mezquino hubiera causado tanto dolor.

La mirada de Roth era afilada, áspera.

—Supongo que al darme cuenta de eso, mi odio por Claire superó incluso el odio

que sentía por ti. Hubiera disfrutado matándola, Reichen. Tanto como disfruté ordenando las muertes de tus parientes del Refugio Oscuro y convirtiendo a una de tus putas humanas en una secuaz.

Reichen rugió con angustia e indignación renovadas. Terminaría con Roth en ese mismo instante. Estaba enfermo de muerte por las espantosas palabras del bastardo. Estiró las manos hacia él y sintió cómo el fuego viajaba desde su centro a través de sus extremidades. Y cómo era expulsado por las yemas de los dedos que se extendían hacia Roth.

—Muere, jodido enfermo —rugió.

Y luego soltó un estallido de dos cañones llameantes a la cara del más traidor de sus enemigos. La muerte de Roth fue instantánea, un gesto de piedad que Reichen solo le otorgó por tener en cuenta a Claire.

Reichen aún gritaba como un animal enfurecido, todavía incendiando el suelo donde se apilaban las cenizas de Roth, cuando sintió los primeros rugidos de la explosión del edificio bajo las suelas de sus pies.

Las paredes a su alrededor temblaron.

Luego la tierra se convulsionó violentamente con el impacto de la detonación del laboratorio.

Claire supo el preciso momento en que Wilhelm Roth dio su último aliento. Lo sintió como una repentina inundación de paz... una increíble sensación de libertad que se encendió en sus venas y dio a sus miembros una fuerza renovada para impulsarla hacia delante mientras corría los últimos metros hasta el viejo granero del que acababan de salir los guerreros.

Roth estaba muerto.

Andreas estaba vivo.

Dios... ¿era posible que el infierno de los últimos días, de las últimas décadas que ella y Andreas habían estado separados por las maquinaciones de Roth, hubiera llegado a su fin?

Quería creerlo. Necesitaba creerlo.

Claire se aferró a esa esperanza, incluso mientras el suelo daba un temblor prolongado bajo sus pies.

—¡Dios santo! —gritó una voz masculina detrás de ella en la oscuridad—. ¿Has sentido eso? ¡Ese hijo de puta está a punto de explotar!

Claire continuó corriendo, negando lo que estaba oyendo. No podía ser verdad. No podía estar pasando. No cuando Andreas no había salido de allí a salvo.

—¡Vuelve atrás, vuelve atrás! —El acento de Río sonó desde algún lugar cercano. El enorme guerrero se había precipitado hacia los árboles junto a Renata, Hunter y otro par de la misión. Río alcanzó a Claire, y trató de llevarla con ellos, pero ella se soltó y continuó corriendo. Hubo más gritos de advertencia, más movimientos urgentes en el bosque oscuro, mientras la profunda sacudida de la tierra retumbaba con más fuerza.

Hubo un violento traqueteo y luego una profunda y atronadora explosión.

Unos brazos fuertes y un cuerpo duro y cálido envolvieron a Claire, amortiguando su caída cuando la repercusión le hizo tambalearse sobre sus pies. Ella gritó, pero apenas podía oír su propia voz mientras el bosque se agitaba y rugía con la fuerza de lo que parecía una explosión tremenda e interminable.

—Quédate en el suelo, Claire. —La voz de Tegan fue un aire cálido contra su oído—. Le prometí que te sacaría de aquí sana y salva.

—¡Nooo! —gritó ella, sin importarle vivir o morir al contemplar el horror mientras el granero abandonado estallaba hacia el cielo con una cegadora masa de llamas, calor y humo espeso y turbio. Las columnas de fuego iban en todas direcciones, mostrando grandes pedazos de madera astillada y brasas ardientes cayendo hacia el bosque. Más calor emergía del agujero excavado en la tierra bajo el granero, a la entrada del búnker de donde Andreas todavía no había logrado escapar—. ¡Oh, Dios mío... no! ¡Él está todavía ahí! ¡Andreas, no!

Ella se puso en pie. Tegan la agarraba del brazo con firmeza, pero ella se soltó con un grito desesperado.

—¡Déjame, maldita sea!

La adrenalina y la desesperación la hicieron salir corriendo por encima de los escombros esparcidos en el suelo, a través de los espesos árboles iluminados por la luz naranja y sobrenatural del fuego que ardía donde un minuto antes había estado en pie el granero. Notó que Tegan iba tras ella. Los otros guerreros se movieron también, en silencio y cautelosamente. Una de las compañeras de sangre murmuraba una suave oración por Andreas, tiernas palabras que Claire casi no podía soportar.

Se acercó más al crepitante calor. Era insoportable, la golpeaba en la cara como un horno abierto. Sin embargo, siguió avanzando, transfigurada por el cráter de tierra, escombros y cenizas ardientes que se habían hundido hacia el interior con la explosión.

—Andreas —llamó suavemente. Luego alzó la voz, esperando que pudiera oírla, esperando un milagro—. ¡Andreas!

Cuando hubo llegado aún más cerca, lo bastante cerca como para que las llamas alcanzaran casi a tocarla, Tegan apoyó las manos suavemente sobre sus hombros.

—Vamos, Claire, no te hagas esto a ti misma.

—¡Andre! —gritó, negándose obstinadamente a abandonar.

Una nueva columna de chispas emergió desde el interior del centro fundido del cráter, haciendo moverse y crujir los escombros. Ella sintió las manos del guerrero apretándola fuerte y supo que estaba dispuesto a sacarla de allí si se demoraba un segundo más. Pero Claire no se movió. Llamó de nuevo a Andreas, y su voz se quebró en un sollozo mientras sonaba otro profundo estruendo subterráneo.

Entonces, ella notó algo extraño en el hoyo de cenizas ardientes y llamas que se agitaban...

En el interior, algo se movía.

—Dios bendito —dijo Tegan, obviamente fijándose en lo mismo que ella—. Dios bendito. No puede ser...

—Andreas —dijo Claire con un grito ahogado, atemorizada, incrédula y también muy muy aliviada.

Observó los escombros que se derretían a su alrededor mientras él subía desde el centro del infierno para salir del cráter, con el cuerpo irradiando ese calor blanco que era su extraordinario y terrible don. El humo creció a su alrededor formando grandes nubes negras. Las llamas rugieron y ondearon detrás de él como un volcán enfurecido, pero él seguía en pie, ileso.

—Gracias a Dios —susurró ella, sintiendo renacer su corazón.

Pero entonces se dio cuenta con pavor de que algo en él estaba muy mal.

El calor que lo envolvía —el mismo calor que había demostrado ser impermeable a las balas la primera noche que ella lo había visto así— podía haber sido lo único que lo había salvado de morir por la fuerza de la explosión, pero el brillo que lo rodeaba era ahora más potente que nunca. Más caliente que las llamas de la explosión que rugían a su alrededor.

Su mirada estaba vacía mientras avanzaba hacia Claire y los demás allí reunidos. Salía luz de las cuencas de sus ojos, abrasadores e inhumanos. Despiadados.

Claire dio un paso hacia él, ahora vacilante.

—¿Andreas? ¿Andre... puedes oírme?

Esa mirada vacía y ardiente se volvió ahora hacia ella. El calor la golpeó, empujándola varios pasos atrás. Ella se dio cuenta de que él no la miraba, sino que miraba a través de ella. No la veía, del mismo modo que no veía al resto de guerreros, sus amigos, de pie ante él en un silencio atónito. Claire advertía el peligro que él suponía en aquel estado, más ahora que él estaba muy lejos de poder reconocerlo.

Ella tenía que atravesar su barrera.

—Andre, soy yo, Claire. Háblame. Dime que me reconoces. Dime que estás bien.

Él rugió, un rugido grave y letal en el fondo de su garganta. Ella no se dejó asustar. Mantuvo los ojos fijos en los de él y avanzó un paso.

—Dios santo —bufó Tegan desde cerca. Se movió para impedirle el paso—. Claire, no creo que debas...

Una bola de fuego navegó por el aire, aterrizando a los pies de Tegan.

—¡Andre, no!

Tegan saltó para esquivar el asalto, llevándose a Claire con él. Andreas entonces rugió y soltó una repentina lluvia de orbes ardientes. Pedazos de tierra oscura se resquebrajaron cuando las bolas del tamaño de una pelota estallaron en el suelo, haciendo echarse atrás a todo el mundo. Claire le gritó que se detuviera, y por un momento pensó que lo haría. Él la miró, luego de repente levantó las manos a ambos lados de la cabeza y permaneció de pie vacilante. El brillo en torno a él se atenuó mientras se apretaba las sienes con las palmas de las manos, contorsionando el rostro en una mueca de dolor.

Cuando Claire miró hacia un lado, entendió por qué.

Renata lo miraba fijamente y sin pestañear. Lo mismo que había hecho la compañera de sangre un momento atrás con el asesino de la primera generación, lo hacía ahora con Andreas: lo golpeaba con el poder de su mente. Él se dobló sobre una rodilla, las ondas de calor que viajaban por su cuerpo parpadeaban como una luz estroboscópica.

Cuando ella lo soltó, Andreas jadeaba y temblaba. Pero el brillo todavía lo envolvía. Y cuando levantó la cabeza, el rugido que salió de su boca sacudió el bosque entero con una furia salvaje y letal.

**E**l fuego lo gobernaba.

Él lo sabía, lo supo desde el momento en que el búnker explotó a su alrededor pero no lo hizo explotar a él. Sabía que había ido demasiado lejos, incluso cuando se arrastró intacto entre las cenizas y los escombros, su cuerpo estaba protegido por el furioso calor que únicamente parecía crecer más fuerte, más brillante, más incontrolable tras cada segundo. Había perdido la batalla contra su terrible habilidad, contra sí mismo, justo como temía que ocurriera.

Los otros, que lo miraban boquiabiertos desde el bosque oscuro empapado por las llamas, también lo sabían. Especialmente ella, la mujer cuyos ojos oscuros desgarraban ahora algo profundo en su interior. La amaba. Ni siquiera la locura de aquel fuego implacable podía quemar ese hecho.

Esa mujer vivía en su corazón.

Era su mujer.

Su compañera. Algo primario y angustioso aulló en su interior.

La amaba profundamente, completamente, pero sabía que no podía tenerla. No ahora.

Nunca más.

Echó la cabeza hacia atrás y rugió ante aquel pensamiento, y su voz lanzó una bola de llamas blancas. La orbe alcanzó altura y luego se estrelló en el suelo a media docena de pasos de él, regando la zona de chispas y pedazos de tierra arcillosa levantada.

—Andreas, por favor —gritó su mujer—. Déjanos ayudarte.

El fuego danzaba alrededor de ella. Las lágrimas llenaban sus ojos y le temblaban las manos al extenderlas a través del humo y las pálidas cenizas flotantes que caían como copos de nieve desde el toldo de árboles que tenían encima.

—Andre, mírame. Escúchame. Yo sé que puedes. —Caminó hacia él, ignorando las serias advertencias de más de uno de sus compañeros—. No estoy preparada para dejarte marchar —dijo ferozmente, palabras que parecían hacer eco en él como un recuerdo.

¿Las había oído esa misma noche en aquel mismo lugar? ¿Era él quien se las había dicho a ella?

No importaba. No podía permitir que importara. Ella y los otros que estaban con ella —su instinto le hacía llamarlos amigos— no estaban a salvo a su alrededor. Tenían que irse.

Solo que ella no estaba dispuesta a dejarle allí. Él podía verlo claramente por la tozudez con que inclinaba la mandíbula. Gruñó con furia, y sintió que otra bola de calor se formaba en su estómago.

Por increíble que fuera, ella se acercó aún más.

Una visión atravesó su mente cuando la vio dar todavía un paso más hacia él. Vio

a una niña con coletas rubias y una dulce sonrisa que extendía su mano hacia él con un gesto bondadoso. Vio un rostro brillante e inocente ofreciéndole ayuda y compasión... justo antes de que el fuego que vivía en su interior emergiera de él para consumirla.

Había matado algo precioso y puro una vez. No volvería a hacerlo.

Lanzando un bramido de desprecio hacía sí, envió una pequeña descarga de bolas de fuego al suelo frente a él. Un muro de llamas de poca altura que se retorcían y crepitaban, haciéndola retroceder. No era suficiente. Necesitaba que se marchara... necesitaba saber que ella se hallaba lejos de aquel poder destructor.

Necesitaba que todos se marcharan.

Lanzó más fuego, obligando a todo el grupo a echarse atrás. Mientras se apartaban poco a poco, vio el bello rostro surcado de lágrimas de la mujer que amaba, su mujer, fijo en él a través de la pared de llamas que los separaba.

—No, Andre —murmuró—. No. No voy a permitir que hagas esto.

Salían ráfagas de calor de las llamas que había frente a Claire y los demás. Detrás de la pared de fuego ondulante, ella contempló el rostro de Andreas. Sus ojos estaban llenos de dolor y tormento. Y también de locura. Una resolución lóbrega y desgarradora ardía en su mirada.

Estaba abandonando.

Estaba intentando apartarla de él para poder enfrentarse a su sufrimiento, y probablemente también a su muerte, a solas.

No, pensó Claire, rechazando la idea con firmeza. No pensaba aceptar eso de ninguna manera. No después de todo lo que habían pasado. No después de haberlo estado esperando, de no haber dejado de amarlo nunca durante todo este tiempo.

Tenía que haber alguna manera de abrirse paso hacia él. Tenía que haber algún modo de ayudarlo.

—Renata —dijo ella, volviéndose para mirar a la otra compañera de sangre—. Hace unos minutos le hiciste algo con tu mente. Eso disminuyó un poco el calor que lo envuelve...

—Sí —confirmó Renata—. Yo también lo vi.

—Necesito que lo hagas otra vez.

Nikolai avanzó un paso, con expresión grave.

—El talento de Renata es letal, Claire. No es algo con lo que se pueda jugar, créeme. Si vuelve a emplearlo contra Andreas, podría...

—¿Podría qué? ¿Matarlo? —Claire sentía cómo la histeria bullía en su interior—. Míralo. Ya está agonizando. Si no hacemos algo rápido, su poder lo matará.

Miró a Renata, desesperada por aferrarse a la menor posibilidad de salvar a Andreas.

—Por favor..., por favor, inténtalo.

Renata asintió con la cabeza, luego apartó la vista para fijarla en la imponente torre de calor y llamas que era Andreas. Lo miró sin pestañear, concentrada como un láser. Claire sintió que el aire junto a ella se movía de manera casi imperceptible mientras una corriente invisible salía de la mente de Renata y daba en el blanco.

Retrocedió en el instante en que fue golpeado.

El corazón de Claire dio una sacudida cuando él echó la cabeza hacia atrás y aulló, con todos sus músculos tensos como cables. Se agarró ambos lados de la cabeza y se tambaleó mientras Renata lo tenía agarrado con el poder psíquico debilitante de su fuerte mente. Andreas tembló y rugió... y mientras luchaba, el brillo que lo inundaba comenzó a extinguirse.

—¡Continúa, Renata! Oh, Dios mío, creo que está funcionando.

Claire oyó a más de uno de los guerreros soltando exclamaciones. Todos lo observaban de cerca, todos tan perplejos como Claire mientras el chorro de fuerza mental de Renata continuaba apagando el calor de Andreas. Se le doblaron las rodillas, y se inclinó hacia delante sujetándose todavía la cabeza entre las manos. Parecía sufrir una absoluta agonía, pero el calor que viajaba por sus miembros y su torso había disminuido aún más.

—Por favor, Andre, resiste —susurró ella, con el corazón triturado por verlo sufrir tanto. Le flaquearon los nervios. Justo cuando estaba a punto de decirle a Renata que se detuviera, Andreas se inclinó hacia delante y se desplomó sobre el suelo.

—¡Claire, vuelve atrás! —le gritó alguien, pero ella ya había salido disparada hacia él.

Esquivó las llamas que aún ardían y corrió junto a Andre. La energía chisporroteaba en su piel, y a ella se le erizó el vello de los brazos, pero el brillo se había extinguido. El calor había cesado.

—Andre —sollozó, doblando las piernas y cayendo a su lado en el suelo.

Le puso la cabeza en su regazo y le acarició las pálidas mejillas y la frente. Estaba frío. Inmóvil.

Oh, Dios.

—¿Andre, puedes oírme? —Acunó sus anchos hombros y se inclinó para apretar la cara contra la de él—. Andreas, por favor, no te mueras. Por favor... vuelve conmigo.

Lo besó por todas partes, abrazándolo con fuerza, rezando por haber hecho lo correcto. Esperando que aún estuviera en alguna parte y que el intento que había hecho por salvarle la vida no fuera el peor error jamás cometido.

—Andre, te amo —murmuró, apenas consciente de que Renata, Dylan y los guerreros se habían reunido ahora junto a ellos—. No puedes dejarme. No puedes.

Tegan se arrodilló junto a ella y puso la mano a un lado del cuello de Andreas.

—Está vivo. Respira, pero está inconsciente. Tiene el pulso fuerte, al menos...

—Gracias a Dios —susurró Renata, apretando a Niko con un fuerte abrazo



mientras miraba a Claire compartiendo su preocupación.

—Tenemos que sacarlo de aquí —dijo Tegan. Alzó la vista hacia Renata—. ¿Serás capaz de mantenerlo bajo control si recobra el conocimiento de camino a Boston?

Ella asintió.

—Pase lo que pase, sí. Yo me encargo.

—Vamos, Claire. —El guerrero la empujó suavemente hacia el coche y se agachó para cargar el pesado cuerpo de Andre sobre los hombros como hubiera hecho con cualquiera de sus compañeros—. Lo llevaré hasta el Range Rover. Todo irá bien ahora.

Claire asintió aturdida y caminó junto a él el trayecto a través del bosque quemado y el búnker destruido hasta el lugar donde esperaban los vehículos.

Quería creer a Tegan, pero cuando veía el rostro lívido e insensible de Andreas, no podía evitar sentir que, en lo que a él concernía, todo estaba todavía muy lejos de estar bien.

**D**ragos cerró su teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta de cachemir. Alzó la vista hacia el cielo estrellado de un área de estacionamiento industrial de la I-90, en Albany, Nueva York, y soltó un taco violento. Wilhelm Roth no respondía a sus llamadas.

Lo cual significaba que Wilhelm Roth estaba muerto.

El hecho de que las cámaras y el sistema de comunicación de Dragos en los cuarteles de Connecticut ya no funcionaran significaba que el búnker había sido detonado, tal como estaba planeado. Solo cabía esperar que Roth se hubiera asegurado de que un buen número de miembros de la Orden hubieran volado en pedazos después de la precipitada huida del laboratorio.

En cuanto al propio Roth, a Dragos no le importaba si el teniente alemán había sobrevivido a la destrucción del laboratorio; era cuestión de un momento encontrar otro brazo eficiente que pudiera encargarse de su misión.

Y ya lo tenía.

Dragos se apartó del secuaz chófer de su sedán para inspeccionar a quien iba a remplazar a Roth en su trabajo. La segunda generación de machos de la estirpe reclutados de la Costa Oeste estaba supervisando el movimiento de los recursos de Dragos... una diversificación necesaria debido a la enervante y persistente interferencia de la Orden.

Pero Dragos no había llegado tan lejos sin anticipar algunos golpes en su operación. Había alternativas exploradas desde hacía años, y ahora era tan solo cuestión de reordenar las piezas que ya había en juego. La Orden le retrasaría tan solo algunos días, un par de semanas a lo sumo, y luego sus asuntos marcharían de nuevo perfectamente.

Mejor que nunca.

Imparables; no importaba las imágenes perturbadoras que había visto en los ojos de bruja de esa niña semanas atrás en Montreal.

—¿Ya estamos listos para salir? —preguntó a su teniente.

El enorme vampiro asintió de manera cortante desde donde estaba, de pie detrás de varios camiones con remolque que estaban cargados y esperaban para salir del estacionamiento industrial hasta sus destinos señalados. Las dobles puertas de uno de los más cercanos al teniente estaban ya parcialmente abiertas, dejando ver los rostros ansiosos de las compañeras de sangre que habían sido sacadas de sus celdas del laboratorio para ser transportadas a otro lugar. Sabían que era mejor no gritar ni intentar escapar. El estacionamiento industrial pertenecía a Dragos, y era manejado por sus secuaces.

Además, las cadenas y grilletes que ataban a las mujeres unas a otras impedían que ninguna de ellas pudiera llegar muy lejos, incluso si era lo bastante tonta para intentarlo.

—Enciérralas y llévatelas de aquí —dijo Dragos, observando satisfecho al teniente mientras este cerraba las puertas y colocaba los pesados cerrojos de acero y candados. Dio un pequeño puñetazo a la parte trasera del vehículo y este se puso en marcha, con uno de los secuaces de Dragos al volante.

Más lejos, otros camiones esperaban la orden de partida. Dragos pasó junto a aquellos que contenían su equipo de laboratorio, valorado en un millón de dólares, y clavó la mirada en un gran remolque blanco que había al final de la fila.

Era un tanque de refrigeración, especialmente equipado para preservar la delicada carga que estaba encerrada y sedada ahí dentro. Dos asesinos de la primera generación estaban parados junto al remolque para proteger su contenido, otro par iría junto al secuaz que conducía y los socios de Dragos de la Costa Oeste se asegurarían de que el envío no encontrara problemas durante la ruta hasta la terminal de trenes, donde comenzaría el siguiente tramo del largo viaje del contenedor.

—Todo está a punto, señor.

—Excelente —dijo Dragos—. Contacta conmigo tan pronto como llegues a Seattle para hacer la última conexión.

—Sí, señor.

Dragos observó la flota de camiones poniéndose en marcha y abandonando el depósito.

La Orden había interrumpido aquella operación, pero estaba muy lejos de haberla estropeado.

Con una sonrisa confiada tirando de la comisura de sus labios, Dragos caminó hacia el coche que lo esperaba. Se subió al asiento trasero y esperó aburrido mientras el conductor cerraba la puerta y se dirigía a su asiento para ponerse al volante.

Esa noche, la guarida que tanto esfuerzo y tanto dinero le había costado construir había desaparecido, pero Dragos prefería pensar en eso como un paso necesario en la evolución de sus planes. Ahora comenzaría una nueva fase en su operación, y él apenas podía esperar el momento de empezar.

Dragos apoyó la cabeza en el suave cuero del asiento y miró a través de la ventana trasera mientras un hilo de nubes pálidas se deslizaba por encima de la luna lechosa.

Andreas no se despertó ni una vez durante las tres horas de trayecto hasta los cuarteles de la Orden.

Y tampoco durante todo el día siguiente.

Claire había oído a Tess usar la palabra «coma» en una conversación con Gabrielle y Savannah cuando las tres mujeres estaban preparando el apartamento privado para él en el recinto aquella mañana temprano. Ella no podía fingir que no estaba preocupada, y cuanto más tiempo permaneciera inconsciente más aumentaría su temor.

Aquella espera lenta e impotente era todavía peor que verlo luchar contra su piroquinesis. Claire le sostenía la mano mientras yacía inmóvil en la cama. Sabía que

él estaba allí. Podía sentir su sangre moviéndose bajo la piel, podía ver el movimiento ocasional de sus ojos cerrados cuando ella le hablaba.

—¿Hay algo más que necesites? —preguntó Tess suavemente, secándose las manos con una toalla de papel del cuarto de baño. La compañera de Dante tenía experiencia como veterinaria y poseía el don psíquico de curar con la imposición de sus manos antes de que su actual estado de embarazo hubiera inhibido esa habilidad. Ahora puso la mano suavemente sobre la de Claire y le ofreció una sonrisa amable y compasiva—. Deberías comer algo, lo sabes. Y descansar un poco.

—Lo sé —dijo Claire, mirando la bandeja de comida sin tocar sobre la mesita con ruedas que habían traído de la enfermería y ahora estaba junto a la cama—. Estoy bien. Tomaré algo dentro de un rato. No tengo mucha hambre. Solo quiero quedarme aquí sentada un poco más.

Tess no parecía muy convencida.

—Volveré a verte dentro de un par de horas. Prométeme que ese sándwich no estará todavía en el plato.

Claire se limitó a sonreír con una seguridad que hubiera deseado sentir.

—Por favor, no te preocupes por mí. Estoy bien.

Tess asintió levemente con la cabeza.

—Háznos saber si hay cualquier cambio en él, ¿de acuerdo? Los dos estáis ahora en los pensamientos y las oraciones de todos, Claire.

—Gracias —murmuró ella, conmovida por la amabilidad que le habían demostrado todos en el recinto. Querían a Andreas como si fuera uno de los suyos, lo trataban como a un pariente, y por eso ella también los quería.

—Te veré dentro de un par de horas —dijo cerrando lentamente la puerta al salir.

Claire se volvió hacia Andreas y le pasó la mano por la frente, acariciándole el pelo alborotado y apartándose de la cara. Lo observó, preguntándose dónde estaría en aquel profundo sueño inducido por el trauma vivido.

Preguntándose si encontraría la fuerza para regresar con ella.

—Oh, Andre —susurró, mirando el rostro guapo y orgulloso que había amado durante tanto tiempo. Llevó sus labios a los de él y lo besó, incapaz de contener las lágrimas que corrieron por sus mejillas cuando sintió la boca de él apretada y cálida contra la suya, pero insensible.

Claire se puso en la cama junto a él, necesitando estar cerca. Se estiró a su lado, apoyó la cabeza en su hombro y colocó la palma de su mano en su pecho para notar el firme latido de su corazón. Cerró los ojos y dejó que aquel fuerte pulso calmara sus pensamientos.

Andreas estaba vivo. Mientras pudiera tocarlo y él respirara no abandonaría la esperanza de que regresara de nuevo con ella.

Y si no estaba preparado para volver, sería ella la que iría junto a él.

—Esta vez para siempre —murmuró.

Dejó que sus ojos se cerraran y se hundió en el reino del sueño.

No fue difícil encontrarlo. Claire se adentró en un vacío lóbrego y negro y fue atraída por el brillo de un fuego que ardía intensamente en la distancia. Estaba sola y desnuda, sus pies descalzos caminaban a lo largo de una superficie de piedra oscura y fría que parecía extenderse durante millas interminables, y que acababa en el lugar donde danzaban las llamas a lo lejos como serpentinan naranjas.

Andreas estaba también allí.

Claire pudo distinguir un bulto grande con la forma de un hombre, tumbado en el suelo frente a la rugiente pared de fuego. Estaba desnudo, también, tumbado de lado como lo había visto en el suelo del bosque después de que el ataque de Renata lo dejara inconsciente.

Claire se acercó, y se dio cuenta de que ahora la superficie de piedra negra que había bajo sus pies era muy estrecha, un paseo traicionero que apenas dejaba menos de medio metro a cada lado de ella. El camino de piedra negra flotaba sobre un mar de oscuridad, un abismo cuyo centro ardía como el hoyo más profundo del infierno.

Y Andreas yacía en el extremo de la estrecha piedra fría.

—Oh, Dios —susurró mientras se acercaba, dándose cuenta de lo precaria que era su posición. Un movimiento en falso, un resbalón inconsciente, lo haría caer por el borde y caer en picado en aquel furioso infierno.

Claire se acercó con cuidado y se inclinó hacia él sobre el precipicio de piedra. Tiernamente, aterrada ante la idea de despertarlo de manera brusca, le pasó los dedos por la mejilla. Él no se movió. Tenía la piel demasiado fría, y su respiración era lenta y soñolienta.

Seguía durmiendo, ni siquiera sabía que ella estaba allí.

—Está bien, Andre —le dijo suavemente, mientras se acomodaba en el borde de la fría superficie negra. Se colocó detrás de él, lo abrazó impidiéndole caer y acomodó su cuerpo contra el de él para darle calor—. Dormiremos aquí juntos durante un rato. Te esperaré hasta que estés preparado para volver conmigo.

—**H**an sido cinco días, Lucan. Tenemos que tomar algunas decisiones, y habrá que tomarlas rápido.

Lucan asintió solemnemente y contempló la mirada inquieta de la compañera de Dante, Tess. Fue ella quien descubrió a Claire inconsciente al lado de Reichen el día después de la explosión en el búnker de Dragos. Desde entonces, Tess se había esmerado en vigilar tanto a Reichen como a Claire, asegurándose de que no cogieran frío y de que estuvieran cómodos en la cama que compartían, y a la vez buscando alguna manera de ayudar a que recuperaran la conciencia. Hasta el momento nada había funcionado.

—El metabolismo de la estirpe de Andreas es más fuerte que el metabolismo humano de Claire —dijo—. Lo más probable es que él pueda sobrevivir unas cuantas semanas más sin alimento, pero Claire se está deshidratando muy rápido. A menos que introduzcamos en su cuerpo algunos fluidos, pronto empezarán a fallar sus órganos vitales.

Lucan miró a la mujer dormida sobre la cama. Su cuerpo pequeño estaba acurrucado estrechamente contra el de Reichen, y sus brazos lo envolvían amorosamente, sujetándolo en lo que parecía ser un abrazo ferozmente posesivo. Su sueño parecía totalmente distinto al de Reichen. Mientras que él estaba tumbado inerte e indiferente, los ojos de Claire bailaban rápidamente debajo de sus párpados cerrados. Sus delicados músculos se movían de vez en cuando, como si estuviera en medio de una siesta, y no profundamente dormida desde hacía varios días.

—¿Has probado todo para intentar despertarla? —preguntó a Tess.

—Todo, Lucan. Es como si su cuerpo, y al mismo tiempo su corazón y su mente, simplemente se negaran a recuperar la conciencia. No quiere dejar de estar dormida, estoy segura.

Lucan esbozó una mueca, mirando el movimiento de los párpados de Claire agitándose con la oscilación de los ojos por debajo.

—¿Ha estado soñando así todo el tiempo?

—Sí, desde que la encontré en este estado. Mi única conclusión es que está usando su talento para estar con Andreas.

Lucan suspiró hondamente.

—¿Incluso si se mata en el proceso?

—Los viste juntos, ¿no es así? —La voz de Tess emanaba simpatía y algo de asombro—. Creo que puedo comprender la profundidad de devoción, de amor puro e inalterable, que inspiraría esta especie de sacrificio. Si fuera Dante sobre esa cama y yo pensara que podría alcanzarlo de algún modo, de cualquier modo, yo haría lo mismo, también. Durante el tiempo que hiciera falta. Sé que si se tratara de Gabrielle, tú harías lo mismo por ella.

Lucan no lo iba a negar. Pero era simplemente incapaz de no hacer nada y

permitir conscientemente que Claire, o Reichen, se consumieran ante sus propios ojos.

Volvió a mirar a Tess e hizo un gesto a la compañera de sangre.

—Reúne lo que necesites de la enfermería para que Claire se hidrate. Informaré a todo el mundo de la situación.

A varios millares de kilómetros de Boston, en un tramo distante de la vía de tren que conducía al corazón helado del interior de Alaska, los restos siniestrados de un enorme contenedor de carga congelada se encontraban abiertos y expuestos a la intemperie.

Después del viaje desde la nave industrial de Albany, Nueva York, a la estación de ferrocarril que la enviaría hacia el oeste para atravesar el país, llegó a la hora programada, cuatro días después, al puerto de Seattle. Desde allí fue cargado sin problemas en un barco y llevado al norte, donde estaba previsto que llegara a su destino final unas dieciocho horas más tarde.

Cuando el teniente de Dragos y el equipo de guardias de la primera generación que acompañaban la peligrosa carga tuvieron el primer pálpito de que algo iba mal, era ya demasiado tarde para impedir lo que estaba a punto de ocurrir.

Ahora esa carga peligrosa ya no estaba allí.

Lo único que quedaba en el contenedor eran algunos cuerpos mutilados y ensangrentados. Otros yacían desparramados sobre la nieve.

Hacia el páramo gélido y cubierto de bosques, alejándose de los rieles iluminados por la luna, se podía ver la huella de las enormes pisadas de una criatura salvaje y mortífera que no pertenecía a este mundo.

Una criatura que había aguantado durante semanas un régimen de hambre y drogas, fingiendo apatía y conformidad, mientras aguardaba su oportunidad de escapar.

**L**a oscuridad interminable se negaba a soltarlo. Los pulmones de Reichen se hinchaban, inhalando aire, como si llevara tiempo bajo el agua y acabara de alcanzar la superficie después de medio año luchando contra la marea. Respiró hondamente y enseguida empezó a asfixiarse con el acre sabor a azufre y humo.

Sentía que un peso ligero lo rodeaba en la oscuridad total de su entorno.

Eran los brazos de Claire, que lo estrechaban.

Su suave y tierno cuerpo se moldeaba contra él por detrás.

Aun en medio del lóbrego vacío que lo envolvía, nunca había sentido algo tan perfecto y tan consolador.

Sabía que estaba soñando, pero ¿desde cuándo? No podía dejar de sentir que llevaba mucho tiempo perdido en la oscuridad de ese otro mundo. Y Claire estaba con él.

Dios mío... ¿había estado con él durante todo ese tiempo?

Acarició con la palma la extensión aterciopelada de su brazo. Su piel resultaba fría al tacto, peligrosamente fría. No se inmutó mientras la acariciaba. Lo que más le preocupaba era la debilidad de la respiración contra su oído, la flacidez notable y la frialdad de los dedos que apretaba entre los suyos, intentando animarla.

—Claire —murmuró, con la lengua entorpecida, la voz espesa y lenta emergiendo de la pesada nube de su sueño cargado de humo—. ¿Claire?

No hubo respuesta.

Atenazado por el pánico, abrió los ojos de par en par. Fue entonces cuando advirtió el brillo de las llamas que se levantaban desde muy abajo del saliente duro y gélido donde él y Claire estaban tumbados. Al sentarse, vio que las llamas también se erguían, como si ellas también llevaran tiempo descansando y surgieran de nuevo con fuerzas renovadas. Más allá del estrecho saliente había un enorme abismo. Un pozo de fuego y lava hirviente se revolvía al fondo de ese precipicio infernal.

Las llamas avanzaban con violencia, retorciéndose y revolcándose en el aire, casi cegándolo con la intensidad del calor.

Como una bestia liberada de sus grilletes, el fuego arremetió contra él. Tentáculos candentes invadieron de golpe el saliente de piedra, tendiendo ávidas garras de fuego al lugar donde él y Claire se encontraban.

Reichen protegió instintivamente el cuerpo de Claire con el suyo, cubriéndola mientras el calor rugía en torno a los dos. La quemadura lamía su piel desnuda, abrasándola implacablemente. Pero no llegaba a tocar a Claire. Él no iba a permitirlo.

De ninguna manera se le iban a acercar esos fuegos.

Bramó con furia mientras la fuerza de su poder rodaba sobre su cuerpo, envolviéndolo. El calor infernal le pertenecía a él... era él, la maldición atroz de su derecho de nacimiento.

El mismo poder que lo había protegido contra la explosión en la guarida



subterránea de Dragos.

El recuerdo de ese instante lo arrolló de golpe. Recordó que tuvo que emplear toda la fuerza de su furia para escudarse de ese infierno que estalló a su alrededor. Su don lo salvó de la muerte en el momento del estallido, pero todavía no lo soltaba. Ardía todavía en sus entrañas. Estaba dispuesto a consumirlo, como Claire había intentado advertirle.

Él mismo sabía que era inevitable, desde el instante en que se encendiera esa chispa inicial en ese maldito campo de Hamburgo.

Si renunciara ahora, si titubeara mínimamente en su voluntad de proteger a Claire del calor, la maldición que lo perseguía desde hacía tiempo lo dominaría por completo. Y destruiría en el proceso a Claire. Sentía como si el fuego la buscara, las llamas bufando y brincando como las lenguas de una serpiente, hambrientas por saborear el tesoro que él les negaba.

—¡No! —Se oyó gritar—. ¡Maldita sea! ¡No!

Mientras envolvía a Claire con sus brazos y su cuerpo para abrigoarla, Reichen dirigió todo su rabia hacia dentro. Se concentró en el calor que residía en las profundidades más recónditas de su ser. Lo buscó con su mente, ejerciendo toda su fuerza de voluntad, sintiendo que cada vez que intentaba agarrar esa energía abrasadora y encerrarla en el puño apretado de su resolución, esta intentaba escabullirse de sus manos.

No podía dejarla triunfar.

Tenía que tomar el control de la bestia.

Tenía que dominarla, allí mismo, en ese mismo instante.

Para siempre.

Ejerciendo todo el poder de su mente, logró agarrar por el cuello la espiral de fuego que daba vueltas en sus entrañas. Empezó a apretar. A su alrededor las llamas tronaban, el chisporroteo del calor asfixiado empezaba a atenuarse, extinguiéndose. Por el rabillo del ojo podía ver que las columnas de fuego se alejaban retorciéndose de la saliente de piedra, regresando al abismo profundo donde habían nacido.

Siguió sin renunciar.

Arrostró las rugientes olas de fuego que aún aspiraban a emerger del pozo, mostrándoles sus dientes y sus colmillos y bramando con poder y con furia.

—¡No! —gritó—. Yo soy vuestro dueño. ¡Vosotras me serviréis, me obedeceréis!

Fue su amor por Claire lo que le otorgaba la resolución que necesitaba. Su necesidad de protegerla, de mantenerla a salvo, pasara lo que pasara, era el motor que le permitía saber que era capaz de vencer la maldición de su poder destructivo.

Fue el amor que ella le había dado, el amor que sentía palpitando dentro de él, en sus venas, en el vínculo de sangre que los unía en ese momento y para siempre, lo que le permitió esperar que algún día sería capaz no solo de dominar su habilidad infernal sino también de contemplarla como algo más que una maldición. Tuvo de repente la certidumbre de que la maldición que había temido durante tiempo podía

convertirse algún día en un talento que lo podría ayudar en lugar de aniquilarlo.

Reichen se aferró a esa esperanza y a su amor por Claire, mientras ordenaba a las llamas que se calmaran. Las devolvió al abismo que había a sus pies, no con miedo ni despreciándose a sí mismo, sino con fortaleza. Con un sentido creciente de control inquebrantable.

Emitió un grito de triunfo al ver que la última llama empezaba a agonizar.

Las fuegos se apagaban al fondo del pozo.

Se despejaba el aire del humo y de la ceniza asfixiante.

Abriendo tentativamente los ojos, Reichen levantó la cabeza y encontró que ya no estaba aislado sobre el estrecho saliente de piedra fría y negra, sino en medio de una cama enorme. Estaba tumbado sobre el cuerpo pequeño de Claire, escudándola todavía, aunque el sueño oscuro ya los había liberado.

Le acarició la mejilla.

—Claire, ¿te encuentras bien? Abre los ojos, mi amor. Ábrelos por mí.

No hubo respuesta.

Sintió el pánico retorcerse en sus entrañas. Volvió a nombrarla, más angustiado ahora al ver la palidez preocupante del cuerpo que estaba tendido inerte sobre sus piernas, el pelo negro y sedoso que caía sobre su frente fría y amarillenta. Tomó sus hombros esbeltos entre sus manos y sacudió firmemente el cuerpo aparentemente sin vida.

—Claire. Despiértate ahora.

Un dolor gélido lo apuñaló cuando se inclinó y tocó su boca contra los labios secos y agrietados. Estaba tan débil... hambrienta. La puñalada que sentía ahora era de ella. Sintió la gravedad de su hambre reverberando en su sangre, quemando sus venas.

Pensó otra vez en el sueño interminable y su peso envolvente e incesante. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? Recordaba haber asaltado con la Orden la guarida vacía de Dragos. Recordaba que había matado a Wilhelm Roth. Recordaba el estallido en el cuartel subterráneo y la mirada de miedo y horror en el rostro de Claire cuando salió de los escombros envuelto en llamas infernales. Recordaba el coraje que mostró cuando lo enfrentó con terca firmeza, negándose a dejarlo morir.

A partir de entonces recordaba solo la nada... la nada interminable.

Quizá perdiera la conciencia hacía varios días. Tal vez una semana o más.

¿Cuánto tiempo llevaba Claire acompañándolo en el reino del sueño, olvidando su propia salud para consolarlo en la oscuridad?

—Por favor, Claire. Abre los ojos. Dime que me oyes. —Acarició con la mano su cara y su pelo, sintiendo que se le partía el corazón al abrazarse contra su cuerpo tan debilitado—. Déjame saber que sigues conmigo, que no te he perdido.

Dios santo, no hubo respuesta. Estaba tan fría e inmóvil, su aliento tan frágil y trémulo.

Reichen registró vagamente el sonido de pisadas que se acercaban por el pasillo al

otro lado de la puerta abierta de la habitación, pero toda su mente estaba concentrada en la necesidad de recuperar a Claire. Alguien soltó un gemido desde el corredor, y llegaron enseguida más voces mientras una pequeña masa de guerreros y sus compañeras se congregaban al lado de la puerta.

—Mierda —murmuró Tegan, con una maldición repetida por varios de los presentes.

Reichen no sabía si su reacción de asombro se debía al hecho de que él estaba despierto y libre de la fuerza piroquinética o a la condición preocupante de Claire tumbada inerte entre sus brazos. Levantó la cabeza para mirar a Lucan, Tegan y los demás miembros de la Orden que estaban en el pasillo con Tess y el resto de las compañeras de sangre que vivían en el recinto. Tess y Savannah llevaban en sus manos tubos de goteo intravenoso y bolsas de un líquido transparente. Detrás de ellas, Gideon había acercado una camilla de la enfermería.

—Algo le pasa a Claire —murmuró, con la garganta reseca. Una ráfaga de frío pareció atravesar su cuerpo e instalarse en su pecho.

—Vamos a ayudarla —dijo Tess con voz suave, mostrando los artefactos médicos que llevaban.

—No. Es demasiado tarde —susurró, sabiendo instintivamente que estaba más allá de la necesidad de cualquier intervención mortal.

Lo que necesitaba era sangre.

Por mucho que hubiera temido alguna vez ser solo capaz de hacerle daño, y que su amor no fuera lo bastante poderoso para mantenerla a salvo de su talento destructor, Reichen sintió que sin ninguna duda él era ahora el único capaz de salvarla. Gruñó con rabia cuando un par de guerreros hicieron el amago de entrar en la habitación, como si tuvieran la intención de alejarlo de Claire.

Ella le pertenecía... en ese instante y para siempre.

—Vuelve a mí —susurró, luego levantó la muñeca a su boca y hundió los colmillos en su propia carne.

La sangre surgió de sus venas mientras llevaba la herida a sus labios sin vida y apretó las incisiones contra su lengua.

—Bebe, Claire —murmuró con un hilo de voz, sujetándole la cabeza y animándola a volver a la vida. No le importaba tener que rogárselo. No le importaba que hubiera público presente, observando con un silencio solemne y dubitativo a apenas dos metros de distancia—. Hazlo por mí ahora, Claire. Bebe, por favor...

El primer movimiento de la lengua de Claire contra su piel lo hizo respirar con alivio. Luego ella empezó a tragar, apretando sus labios cada vez con más fuerza contra esa fuente de sangre cálida y vigorizante. Su sangre, que ahora fluiría dentro de ella y le daría durante mucho tiempo fuerza y vida.

Era su sangre, que la vincularía a él como su pareja, ahora y para siempre.

—Andre —murmuró, con voz dormida, mirándolo a los ojos por debajo de las oscuras pestañas—. ¡He pasado tanto miedo! Pensaba que te había perdido.

—Nunca —respondió—. Nunca más.

La boca de Claire esbozó una débil sonrisa, y luego volvió a chupar de su muñeca.

—Toma de mí todo lo que necesites, mi amor —la animó con ternura, su garganta espesa con la emoción. No le importaba que su voz y sus manos temblaran mientras la acercaba. No sentía ninguna vergüenza por la profundidad del vínculo con esa mujer.

Su mujer. Su pareja.

Su amada, por fin, y para el resto de sus vidas.

Al mirar otra vez el lugar donde se hallaban sus amigos, le sorprendió ver que se habían marchado. La puerta de la habitación estaba cerrada, dejando a Claire y a él en la intimidad de su reunión en privado.

Reichen no hizo ningún intento de apurarla. Dejó que bebiera durante mucho tiempo, feliz simplemente de tenerla en sus brazos y contemplar cómo la sangre devolvía el rubor a sus mejillas y daba vida renovada a su cuerpo.

Bastante tiempo después, cuando ya estaba saciada y fuerte otra vez, se recostó con ella en la cama y la envolvió en un abrazo protector, ofreciéndole un centenar de promesas solemnes que estaba dispuesto a cumplir, y amándola con toda la reverencia y adoración de un guerrero con lazos de sangre que había mirado de frente al infierno y ahora comprendía que sujetaba en sus brazos el paraíso.

**NEWPORT, RHODE ISLAND**

## EPÍLOGO

### *Una semana más tarde*

**R**eichen estaba solo en la orilla iluminada por la luna de la bahía de Narragansett, perdido en una meditación privada que se había convertido en su ritual nocturno después de que él y Claire abandonaran Boston. A sus espaldas, en la casa, Claire tocaba el piano y el suave sonido lo alcanzaba. Permitted que lo envolvieran las notas consoladoras mientras concentraba toda su energía mental en la bola de fuego radiante que mantenía suspendida en los treinta centímetros de espacio que separaban sus palmas.

La bola dio vueltas cada vez más deprisa mientras lentamente se acercaban las dos manos. La luz se calentaba, abandonando el color anaranjado de la llama para convertirse en un intenso blanco azulado. Aun así, Reichen siguió apretándola, comprimiendo el poder del fuego en un espacio cada vez más breve que estaba totalmente bajo su control.

La piroquinesis que antes recorría su cuerpo entero como un incendio descontrolado ahora estaba poco a poco bajo control. Se amoldaba por fin a la voluntad de Reichen, obedeciéndolo.

El ejercicio resultaba agotador, pero cada vez que trabajaba con el fuego aumentaba sus logros. Esa noche lo había mantenido fijo durante diez minutos, el doble que la noche anterior. Estaba resuelto a convertir su habilidad en un verdadero talento, y eso tenía que agradecerse a Claire.

Ella era la fuerza que servía como su fundamento. La sangre de Claire le procuraba la calma y su amor lo mantenía íntegro. Por fin estaba llegando a aceptarse a sí mismo tal como era: todo lo que él era, incluyendo esa parte que tanto tiempo había luchado por negar. Pasó tres décadas viviendo una existencia superficial, blindándose de cualquier emoción verdadera por miedo a convertirse en un ser débil. Ahora lo sentía todo de una manera infinitamente más intensa. Con Claire a su lado, por fin estaba llegando a comprender todo lo que podía significar estar vivo.

A lo lejos, mientras reducía el orbe de fuego en una esfera cada vez más pequeña y brillante, se dio cuenta de que la música en la casa había parado. Le hizo falta ejercer toda su concentración para que la bola siguiera girando entre las palmas de sus dos manos. Hasta tal punto de que no se dio cuenta de que alguien se acercaba hasta que una voz grave y masculina soltó un fuerte taco a sus espaldas.

—No pasa nada, Tegan —dijo Claire, mientras Reichen se volvía lentamente a mirarlos. La sonrisa de Claire mostraba alegría y orgullo al cruzarse con la mirada de su compañero—. Estás mejorando. La última vez que lo hiciste, lograste reducir la bolita hasta el tamaño de una naranja.

Reichen le guiñó el ojo y luego juntó de golpe las dos manos, extinguendo las llamas por completo. Tenía el cuerpo cansado después del esfuerzo que exigía manejar su talento, pero su corazón dio un salto al constatar la confianza que Claire tenía en él. Además, le hacía ilusión volver a ver a su amigo de Boston.

—Tegan —dijo, tendiéndole la mano al guerrero para saludarlo.

El guerrero de la primera generación lo observó con mirada cautelosa mientras le estrechaba la mano que hacía un instante había estado ardiendo con un calor sobrenatural.

—Impresionante —dijo, sonriendo—. Se ve que alguien ha estado tomando sus cereales.

Reichen se rio.

—Tengo algo mucho mejor que eso, amigo mío.

Claire se acercó y lo abrazó, acurrucándose contra su cuerpo. Reichen nunca se cansaría de sentirla así, apretada contra él, y la semana que habían pasado juntos en Newport era la mejor rehabilitación posible. Estaba más feliz de lo que nunca hubiera podido imaginar, pero al ver otra vez a Tegan, tenía que reconocer que sentía unas ganas crecientes de volver a la acción con sus amigos de la Orden.

—¿Hay noticias sobre Dragos desde que hablamos hace un par de días? —preguntó, calculando que el guerrero no habría hecho el camino a Rhode Island solo para hacerle una visita.

—Tenemos unas cuantas pistas, pero parece que el hijo de puta se ha ido por completo. Es evidente que sabía que llegaríamos a su lugar en Connecticut, y creemos que es posible que estableciera ya de antemano lugares alternativos. Lo mejor que podemos hacer por el momento es ir desarticulando la red de asociados en la Agencia de las fuerzas de la ley.

—Cualquier cosa que yo pueda hacer... —dijo Reichen—. Dime dónde me necesitáis. Sabes que estoy a plena disposición de la Orden.

—Amigo, tu ayuda ya ha sido inestimable. Sin ti y sin Claire, es más que probable que nunca hubiéramos encontrado el laboratorio de Dragos. Ahora hemos podido confirmar muchas de nuestras sospechas sobre su operación. Es más importante que nunca que encontremos a Dragos, pero también necesitamos encontrar al Antiguo que ha tenido encarcelado durante todo este tiempo. No hay forma de saber adónde puede haber llegado la criatura, pero el hecho de que esté allí fuera es un desastre potencial que puede surgir en cualquier momento.

Reichen asintió con rostro serio.

—La Orden parece estar muy ocupada, aún más que antes.

—Así es —respondió Tegan—. En realidad, Lucan y todos los demás en Boston estamos de acuerdo en que nos iría bien tener a un enviado para ayudarnos a buscar apoyos entre la población europea. Tu reputación ha sido de oro tanto en los Refugios Oscuros de allí como en la Agencia de las fuerzas de la ley. Vamos a necesitar a alguien con la mente fría y con buenos instintos para ayudarnos a forjar alianzas

nuestras, y a la vez para arrancar de raíz cualquier posible alianza de Dragos con esos grupos. ¿Estaríais dispuestos a dejar vuestro pequeño nido de amor aquí en Newport para hacer un poco de trabajo diplomático para nosotros de vez en cuando?

Reichen miró a Claire. Se habían puesto de acuerdo en convertir la casa de Newport en su hogar, e incluso quizá para comenzar una familia en los próximos tiempos. Le atraía mucho la vida que estaban planeando, pero el deber y la lealtad de la Orden también lo tentaban.

Ella lo comprendía. Reichen vio la aceptación en sus ojos cuando Claire sonrió y asintió con la cabeza.

—A este ritmo, la próxima semana ya te habrás aburrido de hacer malabarismos con el fuego. Estarás buscando nuevos desafíos. A lo mejor los estaremos buscando los dos. A lo mejor hay trabajo suficiente para los dos en la Orden —dijo, mirando a Tegan con ojos inquisidores.

El guerrero respondió con una sonrisa.

—Nos honraría poder contar con vosotros.

—Mi salida de Alemania no se hizo en condiciones óptimas —murmuró Reichen—. Es probable que la Agencia de allá me vea más como a un fugitivo que como a un amigo.

—Para decir la verdad —dijo Tegan—, a efectos prácticos eres un hombre muerto. Moriste el verano pasado en el fuego que arrasó tu Refugio Oscuro. Ahora Roth y todos los de su círculo también están muertos. Para todos los demás eres un fantasma, Reichen. Eso te dará una oportunidad aún mayor para aproximarte a nuestros objetivos allí y para apuntalar alianzas secretas.

—¿Un espía de la Orden? —dijo Reichen, ya entusiasmado con la idea.

—No digo que vaya a ser fácil. Va a ser un trabajo jodidamente difícil a veces. Y va a ser terriblemente peligroso, también. —Tegan terminó con una pregunta—. ¿Te ves capaz de hacerlo?

Reichen volvió a contemplar a Claire, sintiéndose más fuerte que nunca al ver la fe y la admiración brillando en sus suaves ojos de color marrón.

—Sí —dijo—. Me considero capaz.

Con Claire a su lado, amándolo —y creyendo en él—, era capaz de hacer cualquier cosa.

## AGRADECIMIENTOS

Con gratitud y reconocimiento, a mi editora, Shauna Summers, y a todas las personas del equipo editorial de Bantam Dell, y a mi agente, Karen Solem. ¡Es realmente una alegría trabajar con todos vosotros!

Un fuerte abrazo a Zazoo, Picky, Gem, Jules, Pebbles, Sly, Rangi, Mandy y al resto del sorprendente grupo del foro de fans de la Estirpe de Medianoche por toda vuestra amistad, amor y apoyo (¡por no mencionar los deliciosos bombones!). ¡Me conmueve todo lo que hacéis!

Debo las gracias a mis amigas escritoras Kayla Gray, Patricia Rasey, Elizabeth Boyle, Larissa Ione, Jaci Burton y Stephanie Tyler por comprenderme cuando necesito desenchufarme del mundo durante varias semanas y seguir todavía ahí, preparadas para recogerme cuando salimos o dispuestas a una lectura rápida. ¡Sois las mejores!

Y por último, pero no menos importante, mi agradecimiento y todo mi amor a mi marido, por hacerme sentir ese «y vivieron felices para siempre» que muchos creen solo posible en la ficción. ¡De aquí a los próximos veinte años!





LARA ADRIAN (Michigan, EE. UU., 1996). Cuyo nombre real es Tina St. John es una escritora norteamericana. De pequeña solía ocultarse de las criaturas nocturnas metiendo todo su cuerpo debajo de las sábanas de su cama. Su mayor miedo era ser mordida por un vampiro y convertirse en una criatura espectral.

Unos años más tarde, fascinada por la literatura de Bram Stoker y Anne Rice, comenzó a plantearse la idea de aquellos miedos hasta que al final acabó aceptándolos como un anhelo de caminar entre las sombras. Lo que la llevó a convertirse en escritora.

Tras ser consciente de que ella no podría vivir jamás una experiencia similar, empezó a desarrollar en su mente historias fantásticas en las que un hombre apuesto, sensual y peligroso la invitaba a vivir un sin fin de historias y sueños maravillosa. De esta forma nació la serie de vampiros conocida como «Razas de Medianoche».

Lara Adrian cuenta con un linaje real que se remonta a la corte del rey Enrique VIII.

En la actualidad reside en la costa de Nueva Inglaterra, rodeada de cementerios, tiendas urbanas y fabulosas vistas al océano atlántico. Felizmente casada, Lara Adrian continúa fascinando al público con sus narraciones y así lo demuestran los catorce países que ya han adquirido los derechos para las publicaciones de sus libros.

En 2008, el éxito internacional le llegó tras la traducción de su novela de «Razas de Medianoche» al alemán, y desde entonces no ha parado de cosechar éxitos y de fascinar al mundo con sus obras.